

Una familia muy, muy numerosa

José Ignacio
Pardo de Santayana

Fundación Zoo de Santillana

© 2013, José Ignacio Pardo de Santayana

© De esta edición:

2013, Fundación Zoo de Santillana

Avda. del Zoo, 2.

39330 Santillana del Mar

Cantabria

Teléfono: 942818125

Fax.: 942818365

info@fundacionzoodesantillana.org

www.fundacionzoodesantillana.org

Proyecto gráfico: Fundación Zoo de Santillana

1ª edición marzo de 2013

ISBN: xxx-xx-xxx-xxxx-x

Depósito legal: SA-xxx-2013

Impreso en España por: Artes Gráficas Quinzaños S.L (Cantabria)

Printed in Spain

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en parte ni en el todo, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electro óptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo escrito de la Fundación Zoo de Santillana.

A Pilar Larios y Julio Pozueta que en estos días están permanentemente en mi pensamiento, deseando que estas páginas los acerquen los recuerdos de tantos viajes en su compañía.

Agradecimientos

En primer lugar, a los protagonistas: los miles de animales que aquí han vivido, se han reproducido o no, han muerto en este lugar o -como la emigración, en nuestros días desgraciadamente tan en boga- han viajado a lejanos zoos o colecciones de otro tipo, pero que, durante su estancia aquí, han sido nuestros compañeros de viaje vital, sin los cuales el zoo y este texto no habría existido.

En segundo lugar, a los visitantes que vinieron en estos trece primeros años, de los que -ya que escribir todos sus nombres sería un latazo “que diría mi abuela Ota”- me voy a contentar con escribir su número: 1.111.987 y que, junto con los animales, fueron complemento esencial de este proyecto. No olvido a los que se colaron sin pagar que, aunque desconozco su número, sí me gustaría conocer sus nombres porque, el hecho de colarse sin sacar la entrada, al menos demuestra que les gustan los animales, aunque más el dinero...

En cuarto lugar a todos los que de alguna forma, activa o pasiva, forman parte de este libro y en particular a mis íntimos y muy queridos amigos, el matrimonio formado por Pilar Larios y Julio Pozueta que, además de con su compañía en los viajes, me han ayudado a que estos fuesen un motivo de llenar unas páginas con curiosas anécdotas.

A mis “jefes” y co-protagonistas -por suerte o por desgracia, mi vida ha transcurrido con una escasez de jefes pre-ocupante- Agustín Gómez Obregón, ya fallecido, mi jefe en

la Escuela de Caminos y Pepe Díaz durante mi andadura televisiva.

Mi agradecimiento también, a todos nuestros sufridos empleados, que día tras día -y a veces también, alguna noche de inundación- han velado por el buen funcionamiento del Zoo y mejora de la calidad de vida de nuestros huéspedes.

Por último, a las personas que han colaborado en que este libro, escrito por un amateur entusiasta -con tantas lagunas gramaticales como la desecada Janda- pase decentemente una censura gramatical: Maribel, mi esposa y dueña; María, mi sobrina y gerente del Zoo; Andrea, también sobrina y bióloga del Zoo y que, a pesar de tener dos preciosos bebés, gemelas de cuatro meses, se ha esforzado en que su colaboración, en composición de portada y contraportada así como en fotos del interior, haya sido posible en el momento preciso.

A Mercedes Cabello, mi “hada madrina” particular, que ha velado en un tiempo record por que los acentos, comas y demás entresijos gramaticales, hagan legible el texto sin que alguien piense que es una complicada adivinanza.

A Manolo García Alonso Toyos -no quisiera olvidar ninguno de sus apellidos- quien ha colaborado en la corrección del libro, y, con su sagaz vista de pintor, ha conseguido que no quede un espacio de más entre dos palabras.

GRACIAS A TODOS POR VUESTRA AYUDA Y COLABORACIÓN

N.B.: También gracias a todo aquel que se considere olvidado pero con méritos suficientes como para estar en alguno de estos apartados. No tengáis pudor, añadiros vosotros mismos de vuestro puño y letra, que yo lo consideraré razonable.

Índice

1977. CAPÍTULO 1.....	13
1978. CAPÍTULO 2.....	29
1979. CAPÍTULO 3.....	59
1980. CAPÍTULO 4.....	95
1981. CAPÍTULO 5.....	119
1982. CAPÍTULO 6.....	157
1983. CAPÍTULO 7.....	187
1984. CAPÍTULO 8.....	221
1985. CAPÍTULO 9.....	265
1986. CAPÍTULO 10.....	303
1987. CAPÍTULO 11.....	339
1988. CAPÍTULO 12.....	381
1989. CAPÍTULO 13.....	411

Prólogo

Una característica básica del ser humano es la incertidumbre de la duración de su vida. Tengo que reconocer que, a medida que pasan los años, me siento más escéptico y pesimista respecto a mi futuro. Quizá por eso, y por dejar una estela de lo que hice en mi vida, me lancé hace unos años a escribir mi primer libro: “El beso del chimpancé”. En él transmití mis vivencias a aquellos que no tuvieron la suerte de, como me ocurrió a mí, ser testigo de ciertos comportamientos de estos seres tan entrañables que son, en muchas ocasiones, los animales. Mi necesidad de compartirlo me decidió a comenzar este camino de intérprete y transmisor de la conducta animal.

Años más tarde, decidí que quería contar cómo comenzó mi Big Bang particular -el comienzo del Zoo- que transformó mi vida, hasta el punto de cambiar de profesión y recluirme en un recinto diseñado para contener animales, igual que hacen los anacoretas en los monasterios. Para lograrlo, escribí un nuevo libro: “Cómo tener un Zoo a los treinta años”.

Ahora, treinta y seis años más tarde, me ha entrado la prisa de contar cómo se construyó este “monasterio” regado con nuestro ADN -el de Maribel y el mío- así como por el de los más de cien trabajadores que aquí han contribuido con su esfuerzo, para que este pequeño universo se haya expandido, hasta la fecha, felizmente.

Mirando hacia atrás, veo aquél comienzo lejano y todas las alegrías -las más- pero también los sustos, los sinsabores, las

preocupaciones y las decepciones que hemos vivido a lo largo de estos años.

Es mi intención dejar constancia de una parte -aquella que recuerdo y encuentro con alguna gracia o interés- para que ¿quién sabe? si en una fecha futura y lejana, un arqueólogo -terrácola o extraterrestre- haciendo en este lugar excavaciones, no se sorprenda tanto con sus descubrimientos y los encuentre -a la luz de éste libro y, si el tiempo me lo permite, de los dos siguientes que bullen por mi cabeza- un cierto sentido a todo.

La historia del Zoo es casi por entero la historia de nuestra vidas y, aunque la radio me ha permitido desahogarme en los sufridos oyentes que me siguieron durante años en Radio 5, en éste libro, y posiblemente en los siguientes, lo haré para los que prefieren la lectura a las ondas hertzianas.

1977



1977

CAPÍTULO 1

Después de la inundación catastrófica ocurrida la noche del domingo 12 al lunes 13 de junio de 1977 en el que, no sólo no conseguimos abrir al público por primera vez, sino que tuvimos que enterrar los cadáveres de más de treinta animales muertos por ahogamiento, a causa de aquellas terribles lluvias torrenciales consecuencia de la fatídica gota fría, decidí que había que sobreponerse a aquel revés inicial y continuar con el proyecto sin desmayo.

Lo primero que tenía que hacer era reorganizar el zoo y, después, recomponer en lo posible la diezmada colección de animales. De nada me servía ya llorar a mi pareja de águilas ratoneras -una de las cuales me había acompañado desde mi infancia y que murió después de disfrutar, tan solo, menos de veinticuatro horas en su nuevo acomodo- ni tampoco me resolvía nada lamentarme de mi mala suerte inicial. Tenía un compromiso de tres millones de “pelas” con la Caja de Ahorros de Santander y había que pagarlo rescatándolo de lo que produjese el zoo. Esta cantidad -que con el paso de los años puede parecer ridícula- no tenía de ridícula nada, ya que por entonces, un sueldo normal de un funcionario administrativo, ascendía a la escalofriante cifra de quince mil pesetas mensuales. O sea, que si mis ingresos fuesen similares, necesitaría todo mi sueldo de quince años, sin gastar ni en comer, para pagar aquella deuda.

Antes de comenzar la aventura del zoo, había rechazado la oferta de comprar el piso en el que vivíamos de alquiler en

el Sardinero en Santander, porque nos pareció excesiva... y no llegaba ni a la mitad del crédito que había firmado.

Al descender las aguas, el panorama no podía ser más desolador. Todo aquello que flotaba estaba esparcido por los 4.000 metros cuadrados del zoo e, incluso, trepado en lugares insólitos. Una manguera apareció “trepada” encima de un cercado, los bancos de madera habían cruzado el recinto a la deriva y se encontraban en el extremo opuesto y la cerámica de la tienda de recuerdos que había instalada en la taquilla -al abrirse las ventanas como consecuencia del oleaje y la corriente producidos por el viento- había salido por aquellas aguas flotando, transformándose en una especie de Armada Invencible de tazas, jarras y cuencos y que como ella, al llenarse de agua por la lluvia, se hundió aquí y allá repartida por todo el recinto. Una sopera por su capacidad, cual si se tratase del buque insignia, era la más alejada del lugar de partida al ser la que más agua admitió y debió de ser la última en irse al fondo.

Los animales vivos también dieron trabajo, especialmente los patos que, nadando por encima del vallado de tres metros de altura que protegía todo el recinto, se fueron de excursión como si de turistas se tratase hasta la proximidad de la carretera que conduce a las Cuevas de Altamira. Nos llevó casi un día hacerles volver a todos al redil, aunque creo recordar que hubo un par de desaparecidos. En cambio los jabalíes, que salieron nadando por encima de su cercado, retornaron sin dificultad a su parque. Tanto patos como jabalíes disfrutaron de un día de excursión en que, sobre todo los primeros, lo pasaron en grande. No me ocurrió a mí lo mismo...

Nunca hasta entonces se me ocurrió pensar que una riada, en tan solo veinticuatro horas, pudiese depositar tanto barro. La tarea de desplazarle hasta el cauce del arroyo, para que continuase por él su camino, aquellos diez centímetros de espesor de barro decantado que cubrían la mayor parte del recinto, fue una paliza que no olvidaré... Pero no todo eran

malas noticias. Una cosa quedó clara desde el primer momento, no tendríamos que regar el césped en todo el verano.

Una semana más tarde el sábado 18 de junio –con la huella casi imborrable del barro sobre las hojas de los avellanos– abrimos el zoo “en segunda convocatoria”, como se merece todo acto importante. Aunque el precio de cincuenta pesetas los mayores, veinticinco los niños y quince los nenes en excursión escolar, hoy, trascurridos treinta y seis años, parezca de chiste si lo expresamos en euros: 0,29 mayores, 0,145 niños y 0,09 niños en grupo escolar. A nosotros, aquel primer día 18 de junio de 1977 nos abrió un horizonte de esperanza en que aquellos planes de crecimiento de aquella semilla de zoo, quizá se hiciesen algún día realidad.

Al principio, puesto que la que sería nuestra casa estaba dentro del recinto sin tejado y a medio construir, nos instalamos en precario en la preciosa “casa de muñecas montañesa” que está nada mas entrar al zoo y que, aunque rezumando humedad por los cuatro costados –ya que el agua llegó a cubrir los geranios del balcón– nos pareció acogedora en su pequeñez de treinta metros cuadrados por planta. Frente al balcón había varias cosas interesantes de observar: un peral –o mejor dicho “el peral”– y detrás de este frutal, campos, campos y más campos, hasta perderse de vista en lo alto de la ladera.

Los primeros días trascurrieron sin novedad y no tuvimos tiempo de nada, ensimismados como estábamos en recomponer poco a poco el aspecto del recinto...

La tarde del veinticuatro de junio estábamos Maribel y yo en el piso de arriba, volcados en adecentar aquella vivienda donde pensábamos vivir aquel primer verano. Colocábamos los objetos de nuestro dormitorio con la ventana que mira hacia el camino de entrada al zoo abierta de par en par, para que escapase el vapor del agua que impregnaba las paredes... Poco

antes de las siete, cuando nos disponíamos a reparar fuerzas con un café, escuchamos voces infantiles en la lejanía.

—¿Ese murmullo que se oye son niños en el aparcamiento?- me preguntó Maribel con tal cara de sorpresa como si los niños fuesen seres extraterrestres. Los dos nos asomamos a la ventana y afinamos el oído todo lo posible.

—Sí, son críos. ¡Mira! Están jugando al balón en el aparcamiento- Comenté al ver un balón que volaba por encima de los avellanos que nos impedían toda visibilidad.

—Ignacio. ¡Están bajando por el camino! ¿Qué hacemos?- A Maribel aquella visita inesperada le cambió el semblante. Yo, en cambio, ante la “difícil” situación hice gala de una serenidad improvisada...

—Bajamos corriendo a la taquilla, abrimos la puerta y les cobramos la entrada. ¿Qué te parece?- y nos lanzamos escaleras abajo a atender a aquella primera excursión escolar que nos visitaba. Fue un momento memorable...pero ahí no acabó todo.

A la salida los niños, como si se tratase de otro partido, se disputaron con igual entusiasmo la compra de unos animalitos de cerámica que nos hacía un artista de Segorbe, allá por Valencia. Eran de barro macizo y por tanto ninguno huyó flotando como hicieron tazas, platos, cuencos y otros cacharos. Las cebras, bisontes, jirafas etc. se vendieron como rosquillas. Total: 675 pesetas de la entrada colectiva y 475 de animalitos de la tienda nos hicieron 1.150 pesetas menos pobres.

Aquel acontecimiento tan trascendental no podía pasar al olvido. Nos fuimos a cenar juntos para celebrarlo y nos pasamos la cena comentando aquellos momentos inolvidables, cuando vimos a los niños descendiendo por el camino hacia la entrada.

Fue la primera excursión escolar que nos visitó.

No sé cuántos vinieron aquel primer día a visitar al nuevo “bebé zoo” pero sí conservo los datos de aquellos últimos diez días de junio: 164 mayores 117 niños y dos excursiones

que sumaban 100 niños más, 381 almas en total... 19.540 pesetas de la época. ¡Casi nada!

El despliegue de personal para atender a semejante gentío era, lógicamente, proporcional. Yo en persona atendía a los animales, segaba a dalle —o guadaña, como prefieran— por aquí y por allá para los rumiantes, repartía la carne de pollo que nos proporcionaban en dos carnicerías y una sala de despiece de un matadero de pollos cercano, consistente básicamente en patas, -no muslos, patas, con sus cuatro dedos- carcasas sin pechuga ni alas y restos variados. Claro que, para los supervivientes carnívoros: tres lobos adultos, dos tejones, dos jinetas, dos buitres y tres o cuatro rapaces, era más que suficiente.

Su menú había cambiado de forma sustancial desde que compré el recinto. Hasta entonces habían comido ternera exclusivamente, que estaba carísima. Yo no me podía permitir comprar filetes de ternera en las carnicerías... y tampoco pensaba seguir manteniendo el menú de ternera al que estaban habituados, porque los filetes de ternera que comían eran de los animales que se morían al nacer o con pocos días en las cuadras vecinas y que, para evitarse enterrarlos, los ganaderos preferían depositarlos “amablemente” en la entrada del zoo.

Ni que decir tiene que al tercer ternero “fiambre” que me encontré depositado a la entrada de la que sería mi casa, puse en el mismo lugar un cartel tajante: “No se admiten animales muertos para alimento. Muchas gracias”. Pero al no disponer de luz eléctrica que iluminase el cartel por la noche y ser los ganaderos gente madrugadora donde la haya, algunos no veían el aviso, no sabían leer o miraban para otra parte. El caso es que tuvimos que excavar bastantes fosas y dar sepultura a bastantes animales, aunque poco a poco fueron disminuyendo este tipo de entregas a domicilio...

El resto de los animales eran vegetarianos, comían grano, semillas o pienso y eran más fáciles de alimentar. Con unos calderos de maíz y pienso, unos puñados de otras semillas y poco más era suficiente para, bien administrado, alimentar a aquellos pocos animales del inicio. El reparto del alimento lo solía hacer yo personalmente y así, al mismo tiempo que administraba las comidas, vigilaba la salud de mis huéspedes invitados, porque, como es sabido, no hay síntoma más claro de enfermedad que la inapetencia.

La taquilla y tienda era lo más complicado. Si oíamos el lejano portazo de la portezuela de un coche al cerrarse, acudíamos como flechas a la taquilla, abríamos su puerta, nos sentábamos tras el mostrador y poníamos cara de llevar allí toda la mañana dando entradas sin parar. Hablo en plural, porque la taquilla era cosa de todos: Maribel mi mujer, Esteban e Isabel sus padres, mi madre si estaba de visita o cualquier otro familiar que se prestase al juego y por supuesto yo.

Pero, como los comienzos eran difíciles, “robábamos” personal donde podíamos y ese lugar sólo era uno: el chalet de mis padres que tenía dos jardineros de empresa: Donato Fernández Barreda -“Nato”- y Germán Solís, los cuales, si no tenían demasiado trabajo en el momento en que yo, en alguna de mis varias visitas diarias al jardín de mis padres para atender a mis patos y faisanes que allí criaba, se apuntaban a acompañarme hasta el zoo y me echaban una mano en la siega o la jardinería.

Este trasiego sólo duró unas semanas, pues enseguida vi que necesitaba a alguien fijo. El hijo de un amigo se prestó a trabajar de taquilla, por supuesto sin contrato. Venía desde su casa en Puente San Miguel utilizando el medio de locomoción típico de la época: la bicicleta -en su caso de mujer, que era la que tenía a mano- que por cierto pesaba como un demonio, lo que, unido a la orografía a recorrer hasta el zoo: un kilómetro cuesta arriba y otro descendente y sumando a esto que él no tenía especiales dotes de ciclista, hacía que llegase a trabajar

derrengado. Era “de poco esfuerzo” -como se decía en cetrería de los halcones poco dispuestos a la caza- y no le podía exigir casi nada, pues con el esfuerzo de la bici tenía de sobra, quedaba agotado y necesitaba la tarde para recuperarse... Pero me resolvía el problema de la taquilla -que no era poco- y con eso me tuve que conformar.

Una mañana de la reciente primavera, cuando aún no había abierto las puertas al público, habían venido atraídos por la curiosidad varios guardias civiles de Santillana. Supongo que se preguntaban qué clase de loco era aquel que, en vez de vacas, que era un buen negocio por todos sabido, quería dedicarse a criar animales improductivos e incluso muchos de ellos incomedibles. Pero, para mi sorpresa, se quedaron prendados de unos patos maravillosos que nadaban por el arroyo. Eran los machos de pato mandarín en época de celo y con su plumaje nupcial en todo su esplendor, una de las especies de patos más espectaculares de las ciento cuarenta y cinco que pueblan el planeta... Pasaron unos meses.

Un día de comienzos de verano volvieron los guardias con un nuevo compañero y se sorprendieron al no ver aquellas bellezas nadando por el estanque, así que me preguntaron.

—¿Acaso se perdieron en la inundación aquellos patos que eran los que más destacaban en el estanque?

—No, aunque parezca una sinrazón que se ahogue un pato, un macho de pato mandarín se ahogó en la inundación. Se metió nadando en una pajarera con techo, tenía ésta una puerta muy pequeña y baja por la que había que entrar agachado, siempre estaba abierta ya que esta pajarera todavía no tenía ocupantes. Al subir el nivel del agua y cubrirla en su totalidad, el pobre pato que estaba dentro curioseando, no supo encontrar la salida buceando y se ahogó. Pero todos los

demás están aquí, son aquel grupo de patos grises que nadan junto a la orilla. Acaban de perder los colores y están, como les ocurre todos los veranos, con el que se conoce como “plumaje de eclipse”. Pronto volverán a estar bonitos y en cuanto les crezcan las alas y puedan volar de nuevo no necesitarán esconderse y podrán volver a lucir su plumaje esplendoroso. ¡Lástima su plumaje de eclipse coincida con el verano cuando espero más visitantes! Así que a esperar. Volved dentro de tres meses y veréis que cambio. ¡Es increíble!

El dieciséis de julio apareció la noticia de la apertura del zoo en el periódico Alerta. El titular decía así: “EL ZOO DE SANTILLANA PUEDE SER EL MEJOR DE ESPAÑA EN ANÁTIDAS Y OTRAS AVES” y no iba descaminado porque para entonces ya disponíamos de 50 especies y un total de doscientas diez aves.

Pero en el mismo artículo había también dos malas noticias: la primera que un Emperador había muerto en el zoo, ahorcado la víspera, al engancharse su cabeza en una tela metálica –por suerte, no un emperador humano, lo que nos hubiera dado una malísima imagen, sino un pobre y desgraciado “ganso emperador”- y la segunda se refería a la hembra de gamo, que días atrás había desaparecido misteriosamente. Nunca supimos si se escapó o nos la robaron, aunque me inclinó más por lo segundo, máxime si tenemos en cuenta que su desaparición coincidió con las fiestas locales de Santa Juliana. Alguien las debió de celebrar a lo grande y no precisamente cenando de vigilia...

Dos fotos ilustraban el texto: en una se veía a los tres lobos adultos correteando por su recinto y en la otra aparecía yo con dos serpientes de escalera en mis manos.

El final del artículo se refería a nuestra declaración de intenciones para el futuro.

Diez días más tarde, Man Sierra, periodista del diario “Alerta”, nos dedicaría otro artículo en el mismo periódico, en esta ocasión sin crónica de malos sucesos.

Las dos primeras anécdotas que recuerdo de aquel comienzo tuvieron que ver con mi azor Doña Brunilda que presidía subida en su posadero la entrada del zoo. Con su experiencia de haber hecho conmigo “la mili” en el CIR Nº 1 en Colmenar Viejo, Brunilda miraba a los visitantes con un estoicismo y seguridad en sí misma que impactaba al público. Con su pico ganchudo, apoyada en una sola pata, con la otra escondida entre su plumaje, le importaba un pepino lo que los humanos hiciésemos a su alrededor, e incluso no se inmutó cuando uno la insultó, ofendiéndola en su honor, al insistir durante un buen rato, repitiéndole sin cesar en tono autoritario la misma frase.

—¡Di CABRÓN, di CABRÓN, di CABRÓN...!- Pues el visitante la había confundido... con un loro.

Del peral de la entrada, que daba peras para nosotros y sombra a Brunilda, colgaba un cartel de chapa metálica verde, sobre el que yo mismo había rotulado con pintura blanca el siguiente epitafio: “AZOR” y debajo, en letra más pequeña, “España”.

Una mañana entró un matrimonio joven, se detuvieron frente a “Brunilda” y mantuvieron una corta pero inolvidable conversación, hoy horrible por su contenido y tono “machista”.

—¿Qué clase de pajaraco será ese que tienen amarrado?- comentó él.

—Mira, un azor, lo pone ahí- respondió ella con desconfianza.

—¡Que tonta eres! ¡Azor será el árbol!- Ante aquella aseveración incuestionable, ella agachó la cabeza y tras él, entró en el zoo.

Aquel fue un verano idílico para Maribel y para mí. Casados desde cuatro años antes, en nuestra recién estrenada “casa

de muñecas”, con baño y cocina “fórmula uno” por sus dimensiones, -sólo tenían cabida para una persona dentro- porque, a pesar de esto, gozábamos de toda clase de comodidades... ya que la ropa nos la lavaban y planchaban en casa de mis padres, donde por supuesto, hacíamos una parte importante de las comidas. El resto de las comidas y cenas las prorrateábamos entre los padres de Maribel, sus tíos Juanjo y Luisina y algún restaurante de la zona. Nuestra única obligación era mantener treinta metros cuadrados en estado habitable y disfrutar de nuestro zoo.

Nuestra vida era cómoda, relajada y además barata. No gastábamos casi nada en alimentación y nada concretamente en luz eléctrica porque carecíamos de ella. Eso sí, teníamos dos linternas de pilas, un candil y una magnífica nevera... Se preguntará el lector: ¿Para qué queríamos una nevera si carecíamos de electricidad? La respuesta es sencilla: Porque la nevera -que formaba parte de la compra del conjunto del zoo- funcionaba a gas butano, lo que para mí fue un descubrimiento sorprendente cuando me lo dijeron. Un calentador para la ducha y una cocina que funcionaban ambos con el mismo combustible que la nevera, completaban las comodidades de nuestro primitivo hogar. ¿Para qué más? Vivíamos “a pilas” con las linternas y gracias a la falta de energía eléctrica que se prolongaría por espacio de cuatro años, aprenderíamos a movernos en la oscuridad como los gatos.

El verano del 77 lo recuerdo con un tiempo excelente, lo que nos permitió disfrutar de aquel paraíso. Desayunábamos en la “solana” -que es como se le llama en esta zona de España a los balcones orientados al sur de las típicas casas montañesas- sólo teníamos que abrir la ventana de la cocina y allí mismo estaba la mesa -ventajas de la minicasa- a través de esa ventana poníamos y quitábamos la mesa y estirando

el brazo desde el balcón, llegábamos a retirar la comida del infiernillo de gas que estaba sobre una cocina económica, que nunca llegamos a encender.

Desayunar y comer al sol en la solana, con el ser humano más cercano a cuatrocientos metros, era vivir a lo Robinsón Crusoe. Hasta teníamos el peral frente a la casa, que nos proporcionó, al final del verano, el postre de cada día sin necesidad de acudir a la frutería.

Todo esto hubiera sido un desastre si la asistencia de visitantes no hubiese colmado nuestras expectativas. Por suerte no fue así... incluso algunos se dieron hasta demasiada prisa en venir.

Aquel sábado de primeros de agosto salimos a cenar y nos acostamos a "las tantas", que diría la abuela Ota. Ni que decir tiene que a nuestra edad, sin un rayo de luz artificial y en el silencio bucólico del campo sólo alterado por el canto de grillos y pájaros, dormíamos como piedras en el fondo de las claras aguas de un río salmonero... Pero algo nuevo turbó mi sueño... Al oírlo, salté de la cama como si tuviese un resorte y Maribel se despertó al instante.

—¿A dónde vas con tanta prisa a estas horas?- Fueron sus primeras palabras.

—A intentar batir el record de vestirse sin lavarse y a abrir la puerta del zoo. Estoy oyendo a una familia hablando en la puerta y se nos van a marchar y, por dormilones, nos estará bien empleado- Las últimas palabras las dije corriendo escaleras abajo al tiempo que me limpiaba los ojos con un dedo y me peinaba con la otra mano. Afortunadamente la familia seguía allí y entraron. Lo mismo habían hecho otros muchos durante el mes anterior. En total 2.761 entre grandes y chicos nos visitaron aquel mes de julio.

Unos días más tarde, el quince de agosto, fiesta de la patrona de Torrelavega, amaneció nublado lo que me decepcionó considerablemente. Me había acostumbrado al sol y aquella neblina no me agradaba en absoluto, pero...

Desde primera hora comenzó a llegar gente a buen ritmo. La taquilla estaba concurrida por grupos familiares que entraban o salían o bien por algún rezagado que curioseaba la cerámica o las cuatro cosas más que teníamos para vender.

A la vista de la cantidad de personas que antes de comer ya entraban por la taquilla, como si fuese una premonición, me vino a la mente aquella canción, aun sin componer, que cuatro años más tarde, en mayo de 1981 compondría el célebre Joan Manuel Serrat y cuya letra comenzaría así: “Hoy puede ser un gran día, plantéatelo así”... y lo fue: 241 adultos y 114 niños que, sumando la recaudación de la tienda, se elevó a ¡casi quince mil pesetas! -menos de noventa futuros euros- constituyendo el primer record importante que se mantendría durante unos cuantos meses, hasta la Semana Santa del siguiente año.

Este día sirvió para darme cuenta de que la playa era nuestro principal enemigo y competidor. En mi mente se comenzó a formar la imagen del día ideal...

Agosto fue glorioso y colmó nuestras esperanzas: 3.854 mayores, 1.370 niños acompañando a sus papás y otros 148 niños en excursiones de campamentos de verano.

Esto nos permitiría comenzar de inmediato y antes de lo previsto, las obras de nuestra futura casa, comprada a medio construir y que, una vez terminada, sería nuestra vivienda definitiva.

Al final del verano hice un viaje a Barcelona para volver a su zoo, no ya como aficionado como en anteriores ocasiones, sino como dueño y señor de un zoo que necesitaba más conocimientos y animales de refuerzo.

Allí ya conocía a Jordi Sabater quien me acompañó y presentó a la dirección y parte del staff de este prestigioso zoo: Antonio Jonch Cuspinera, Director, la Sra. Nos, Conservado-

ra de aves, los hermanos Luera, veterinarios, y en ese y posteriores viajes a una serie de biólogos-conservadores, estudiantes de biología y becarios como Luis Colom, Jaime Champein, José María Ruiz, Alicia San Miguel, Justo el A.T.S. (con su pelo en cola de caballo) y cuidadores, oficinistas, etc. Todos ellos me trataron con amabilidad y me hicieron con su ayuda y consejos más fáciles estos comienzos.

Me ofrecieron algunos animales que compré. De allí vinieron unos días más tarde cuatro ibis sagrados y una pareja de mapaches para convertirse, junto con Maribel y conmigo, en socios fundadores.

Pero sobre todo se habló de bisontes europeos, como los de Altamira pero vivos y, quedamos en que, si yo era capaz de preparar un lugar para acoger a uno de estos animales, el zoo de Barcelona me vendería uno para que llegase el siguiente verano.

Este primer grupo de animales, junto con algunas aves más compradas a pajarerías e importadores de Madrid, completaron aquella colección inicial.

El otoño del 77 no hicimos gran cosa. Con sólo el empleado “de poco esfuerzo” y la ayuda esporádica de alguno de los jardineros voluntarios como personal, sólo me permitía mantener a mis animales con vida y en buen estado de salud.

Pero llegaron las Navidades y me entró una fiebre constructiva que comenzó frente a la taquilla.

Aquellas jaulas canijas que construyó mi antecesor y donde falleció el pato mandarín ahogado, me hacían daño a la vista.

Tirarlas fue cosa de poco, pero hacer unas nuevas con unos arcos que les diesen otra gracia, más grandes y altas y donde los faisanes estuviesen más cómodos y seguros, me ocupó todas las vacaciones navideñas de sol a sol. Pero el resultado fue de mi agrado y conferían a la entrada otra gracia con la nueva perspectiva. En ellas planté arbustos y puse palos para que se aselaran a dormir sus ocupantes.

El día de fin de año, antes de tomar las doce uvas, hice balance y cerré mi contabilidad: 8791 personas adultas, 3214 niños acompañando a sus padres o familiares y 298 “rapaces” más en excursiones, totalizaban 12.403 visitantes, de lo que se derivaban unos ingresos de 726.600 pesetas. Como años después comentaría en estas ocasiones un niño, sobrino mío y de nombre Pablo Salvador... una “pasta gansa”.

1978



1978

CAPÍTULO 2

Apenas comenzado 1978, tuve una reunión en la Escuela de Ingenieros de Caminos con el catedrático Enrique Castillo, éste me puso en contacto con el entonces director Ricardo Quince y, a su vez este último, con Agustín Gómez Obregón, profesor de la asignatura llamada Procedimientos Generales de Construcción que me ofreció ocupar junto a él, la vacante de profesor ayudante.

El tres de febrero firmé el contrato y comencé a trabajar en la Universidad de Cantabria en esta asignatura, a la que en Madrid se llamaba Maquinaria y en la que, además de tener de ella buenos recuerdos, las materias a enseñar no eran entes abstractos sino temas muy relacionados con la construcción.

—Mira Ignacio- comenzó Agustín -Soy el único profesor de esta asignatura, así que tu ayuda me vendrá muy bien. Yo tengo mi propia empresa FOESTRA, en la cual nos dedicamos a hacer proyectos lo cual me tiene muy ocupado. La Escuela es para mí un hobby y un descanso, tenemos clase los lunes y martes a primera hora, lo que no me parte ni los días ni la semana. De momento tú no vas a dar clase hasta que comprendas cómo me gusta a mí explicar la asignatura. Ponte al día siguiendo mis apuntes, y pronto te daré la alternativa. Comenzaras con los ejercicios prácticos y más tarde, cuando por alguna razón me sea a mí imposible dar la clase, darás tú también alguna clase teórica.

Comprendí que este esquema me permitiría compaginar la atención del zoo con mi nuevo trabajo. De inmediato me incorporé a la Escuela donde compartí despacho con un colega de Salamanca: Eladio Moreno Andrés.

La enseñanza me atraía, pero no como para dedicarle toda mi vida profesional. Mis objetivos eran otros.

Unos años trabajando como profesor en la Escuela de Caminos me vendría bien para darme tiempo a organizar mi futuro faunístico. Mientras tanto desarrollaría mi actividad como si fuese a dedicarme a la enseñanza a “full time”.

Para ser profesor titular, dentro de los posibles puestos de catedrático, profesor adjunto etc. era necesario realizar un doctorado previo. Por mi origen del extinguido y sepultado plan 57, de dos años de ingreso y cinco más de carrera –como compensación- yo no tendría que hacer los dos cursos de doctorado y me sería suficiente con leer una tesis doctoral, que no era moco de pavo, o de *Meleagris gallipavo* como decíamos los que teníamos aficiones ornitológicas. No obstante me apunté a los cursos de doctorado organizados en la escuela. Ya que iba a estar allí muchas horas, no estaría de más adquirir nuevos conocimientos.

Tenía especial curiosidad por el curso de “Tectónica de placas” que impartía el catedrático de geología y a la vez rector de esta universidad D. Guillermo Gómez Laa, y a él asistí con regularidad desde el primer momento.

A Guillermo Gómez Laa le debió hacer gracia tener entre sus placas tectónicas a un espécimen como yo, del extinguido plan de estudios del 57 y que compartía vida y costumbres con diversos animales dentro de un zoo, porque su trato conmigo fue, desde un principio, especial. Comenzó entre nosotros una extraña amistad, dada la distancia que separa a un recién llegado a la clase docente, de un Rector Magnífico de la universidad, los dos extremos opuestos en el rango universitario. Yo no podía alegar en este caso, lo que se contaba que decía –en tiempos de Maricastaña- el número dos de una promoción de

ingenieros navales, que, con sólo dos miembros –casi se quedan aquel año sin promoción- decía del número uno que era bastante serio: “Fijaos si hay diferencias entre este y yo, que yo soy el segundo de la promoción y él... el anteúltimo”. Como iban juntos a todas partes como si fuesen siameses, contaban que este chascarrillo lo repetía igual que un loro.

Tiempo después, con Guillermo, participé en un estudio de la hidrología sobre las cuevas de Altamira, recién cerradas al público. Guillermo, alejado en Santander durante la semana de Maria Teresa su esposa y del resto de su familia que vivían entre Madrid y Salamanca, venía a veces a comer a casa sin avisar siquiera, tal fue la confianza que tuvo con nosotros. Nos invitó a cenar con él en su cincuenta cumpleaños y en varias ocasiones charlamos hasta la madrugada, frente a una copita de aguardiente, en su finca de Pedrosillo de los Aires, próxima a Salamanca, donde, con la cría de ganado morucho, Guillermo disfrutaba como yo con mi variada fauna.

Las anécdotas que de él recuerdo, curiosas y originalísimas -como no podía ser de otra manera, teniendo como origen una persona tan extraordinaria- podrían servirme para llenar con ellas un amplio capítulo, pero basten estas líneas para agradecer su cariño y mi admiración por este personaje singular -ya fallecido hace años- y tan importante, por haber sido el primer rector de esta universidad.

En cuanto a que yo llegase o no a leer una tesis doctoral, dependía principalmente de cómo se desarrollasen las cosas por el zoo. Tiempo al tiempo.

Poco después conocí a la Doctora Rosa Martínez Silvestre, que era profesora de “Ecología Acuática” de la universidad de Granada y una de las científicas, junto a su marido y también catedrático, Luis García Ballester, pero él de “Historia de la Ciencia”, que más me han impresionado y que accedió –si se trasladaba a esta universidad de Santander- a dirigirme una tesis sobre algún tema que mezclase “bichitos acuáticos” con ingeniería.

Desde el comienzo de 1978 tenía como objetivo principal que, aquel verano, las pezuñas de un bisonte europeo tenían que pisar las tierras cercanas a Altamira, donde sus antepasados lograron fama mundial, gracias a la ayuda inestimable del artista que habitó en la famosa cueva.

Pero primero tenía que resolver temas administrativos importantes. Sin duda el más urgente era la contratación de unas chicas que atendiesen la taquilla y la tienda. Si pensaba “jugar” a tener un zoo, tenía que apostar por su éxito desde el principio. “El de poco esfuerzo” decidió abandonar cuando le propuse que viniese a trabajar mañana y tarde. Se negó en redondo alegando que era una paliza ascender en bicicleta, dos veces al día en cada dirección, el “pico” de Vispieres de 70 metros de elevación, así que tarifamos y comencé a buscar personal.

Pregunté por aquí y por allá y localicé a una chica morena a la que ya conocía de verla varias veces por el zoo el anterior verano, lo cual era muy buena señal como currículo de presentación. Pensé que, si venía a gusto pagando su entrada, con más motivo vendría cobrando. Vivía en el barrio o pueblo de nombre Vispieres -junto al temido puerto de montaña- a un kilómetro escaso del que se convertiría en su lugar de trabajo. Su nombre era Carmen Caballero y como imaginé, estaba deseando comenzar a trabajar.

Por ella supe de su amiga, Rosa Cuevas, que se unió a los pocos días al equipo.

Dos albañiles “externos”, Adolfo y Julio trabajarían en la casa a medio construir. José Antonio Barreda -hijo de Nato, uno de los jardineros de la casa de mi padre- y Germán Solís, el otro jardinero recién jubilado, sus dos hijos José Manuel y José Antonio, que con otros trabajos -el primero de minero y el otro hermano no recuerdo de qué- vendrían cuando dispusieran de tiempo y ganas... entre todos y a ratos, comenzamos con ilusión a intentar adecentar el recinto.

José Manuel era lo más parecido que he visto al -extinguido por explosión- volcán Krakatoa, pero en ser humano. Su fuerza era descomunal, los músculos de sus brazos eran gruesos como calderos. Me contaron de él que en la mina de Novales donde trabajaba como martillero, mientras perforaba la roca con un martillo neumático de más de treinta kilos de peso, para después colocar en el agujero el cartucho de dinamita, se permitía el lujo de aguantar el martillo de percusión con una sola mano... mientras con la otra levantaba la bota de vino para echar un trago... pero esto no era nada comparado con lo que le vi hacer en varias ocasiones...

Ya el año anterior en una de sus visitas esporádicas, antes de abrir el zoo al público, “avisó” de lo que era capaz... Estábamos arreglando el parque de los jabalíes, su padre fuera y él dentro del recinto rodeado de un cercado de dos metros y medio de altura. En eso el padre le dice.

—Nene, sácame el carrito.

Los cien kilos del “Nene”, cogen el carrito de treinta y cinco kilos empleado en la obra y con una sola mano, como si fuese una pluma, lo lanza al aire por encima del vallado cayendo cerca de donde está el padre de la “criatura”.

Aquella Semana Santa prometía pasar a la historia. Por lo que anunciaban los meteorólogos —si en algún lugar de España hay que desconfiar de ellos, es esta región, por sus microclimas, la más adecuada- el tiempo meteorológicamente sería de lo mejor. Nos esperaban días primaverales y eso suponía, mucho público, buenas taquillas y, por tanto, nuevos proyectos.

Todo marchaba sobre ruedas hasta la mañana del Viernes Santo, sin duda, el día del año de más afluencia de visitantes.

Cuando, a eso de las ocho de la mañana, llegué al zoo -habíamos pasado fuera esa noche- me encontré una sorpresa muy desagradable. Primero fue un ronroneo lo que me advirtió de

algo inusual; después, atraído por este soniquete, descubrí varios sacos disimulados entre un montón de escombros que aun conservábamos de las obras de la casa. Al acercarme a ellos el ronroneo lo identifique claramente como estertores producidos por seres vivos. Por último, al desatar la cuerda que hacía las veces de precinto de uno de ellos ¡cuál no sería mi sorpresa! cuando descubrí unos ojos vidriosos que me miraban carentes ya de toda expresión por la proximidad de la muerte, cuyo propietario, un ternero de pocos días de edad, enfermo de muerte, se debatía en sus últimos momentos de agonía.

El segundo saco contenía otro ternero, pero éste, en lugar de ser blanco y negro, combinaba el blanco con el color café con leche de sus manchas. Su estado de salud era igualmente deplorable. Por la posición de éste supe la causa de las ya inminentes muertes, pues tenía las patas traseras manchadas de una a modo de papilla amarillenta que indicaban una diarrea de primera magnitud y mortal de necesidad.

El tercer saco contenía otro más que, un poco más vivo que los dos anteriores, intentó sin conseguirlo escapar de su sudario de muerte.

La papeleta que tenía por delante para disfrutar del día no era nada envidiable. ¿Qué hacer con ellos? No me sentía con fuerzas para apuntillar a aquellos pobres terneros o para propinarles un sencillo garrotazo que, sin duda, por flojo que fuese, les haría cruzar el umbral de la muerte. Dejarlos solos con su sufrimiento me parecía también una crueldad...

Estaba solo, a punto de abrir la taquilla y, para rematar la faena, aquel día tendría como invitados a varios compañeros de la universidad a comer una paella que yo mismo cocinaría...

Una hora más tarde uno de los terneros dejó de respirar —curiosamente el que demostraba más vitalidad— y a lo largo de la mañana lo hicieron los otros dos. Aparté los sacos, para que no despidiesen mal olor, alejados del camino de entrada donde los habían depositado. Me acordé, por enésima vez

en la mañana, de todos los familiares y antepasados de aquel ganadero desconocido y carente de escrúpulos que me dejó aquel regalo, y me dispuse a vivir con renovados ánimos aquel día que de forma tan desagradable había comenzado. Al día siguiente dispondría de ayuda para cavar una fosa y enterrar a aquellos desdichados seres.

La entrega de “terneros a domicilio” me costaría años de tenerla. En la oscuridad del amanecer, cuando ya me había olvidado del asunto, una sombra se acercaba a la entrada del zoo con andar furtivo y nos soltaba el regalito. Él se ahorra el entierro y el funeral y nosotros cavábamos otra fosa anónima.

Poco a poco, en los siguientes años, cesaron las entregas anónimas y sólo perduraron las llamadas de madrugada, cuando los ganaderos se asoman a la cuadra por primera vez, con la intención de alimentar y ordeñar a sus animales y se encuentran, que “para calentar” los músculos, tienen que enterrar lo que para ellos supone mucho dinero, porque uno de sus animales ha muerto durante la noche. ¿Qué mejor cosa que regalárselo al zoo para evitarse el trabajo? La pérdida ya es irremediable y la solución está ahí, con solo marcar un número de teléfono y transportar unos cientos de metros al muerto en el tractor o la furgoneta.

Las llamadas siempre tuvieron en común el siguiente patrón. Hora, entre cinco y seis de la mañana. Suena el teléfono y una voz somnolienta —generalmente la mía porque tengo el aparato del teléfono en mi mesita de noche— contesta.

—¿Diga?

—Mire usted. Acabo de entrar a la cuadra y me he encontrado muerto un ternero, o un burro, o una yegua, o una vaca, o una “jata”, o una oveja -no existen más posibilidades, lo he comprobado decenas de veces, sólo se puede variar el masculino por el femenino- ¿Se le puedo acercar en un momento hasta el zoo “pa” que dé de comer a sus animales?

—Pues mire, no, muchas gracias. Hace más de dos, tres, cuatro, cinco años... -ponga el lector la cifra que quiera has-

ta por lo menos 18, que todas las he pronunciado por este motivo alguna madrugada- que no damos de comer animales muertos de enfermedad a nuestros animales...

—¡Cómo que no!- Algunas veces la voz madrugadora manifiesta indignación.

—¡Hace poco que a mi cuñado se le desgració una becerro, becerro, burra, burro...-ponga lo que más le guste- y la entregó ahí!

—Le puedo asegurar que no, eso ocurriría como muy cercano en el año 1977- Tras alguna lucha para convencer al desilusionado ganadero que ve, con resignación, que no sólo ha perdido a un valioso animal sino que le espera, como “compensación” un arduo trabajo para enterrarlo, damos la conversación por finalizada.

Pero de todas las conversaciones de madrugada, que han sido muchas, una, por su singularidad no la olvidaré mientras viva. Ocurrió, ¡cómo no! a eso de las cuatro y media de la madrugada.

Al descolgar el teléfono una voz culta, educada, en un tono no utilizado por los ganaderos, me pregunta.

—Mire, soy el abad del monasterio de San... en Segovia ¿Disponen ustedes de pavos reales a la venta? Me gustaría, si así fuera, adquirir algún ejemplar para soltar por los jardines del monasterio...

Sin duda el abad en cuestión interpretó que si él se levantaba a las tres de la mañana a rezar “maitines”, a las cuatro cualquier ser humano que se precie de serlo, debería ya estar desayunado y en pie de guerra. Tal fue la sorpresa que me produjo esta llamada que —a diferencia de las de ofrecimiento de terneros, que sólo conseguían hacer una corta pausa en mis sueños- me desveló completamente.

Hasta mediados de abril me dediqué a ejecutar obras menores, entre ellas construir una pajarera nueva de planta irregular justo debajo del recinto de los buitres, que allí continúa hoy día como monumento y castigo a mi ignorancia a la hora de pedir presupuesto antes de contratar.

Se la encargué a un soldador -Tomás- que trabajaba en las minas de Reocín. Minas donde mi padre, antes de jubilarse, había dedicado toda su vida profesional de Ingeniero de Minas, hasta ocupar los últimos veintitantos años el cargo de subdirector.

Tomás era polifacético y pluriempleado, lo tenía todo.

Por el día trabajaba en el taller de calderería de Reocín, los fines de semana en su puesto de camarero, servía comida en bodas y banquetes y por las tardes entre semana, hacía “chapuzas”... pero no me imaginé de qué tipo hasta el final de la obra.

La pajarera había que hacerla “a la antigua” con soldadura oxiacetilénica, -esas botellas de acero alargadas que ya no se ven por el mundo- por carecer, como dije, de energía eléctrica. El soldador vino acompañado de su hijo como ayudante -un chaval de no más de diecisiete años- me aseguró que iba a quedar satisfecho con el trabajo. Una vez terminada la obra, de una resistencia como para albergar leones, pasamos a ver a cuanto ascendía la “chapuza”.

—Hagamos cuentas- le dije -¿Cuánto te debo?

—Yo cobro la hora a 250 pesetas...

Nada más oír el precio de cada hora, mi mente comenzó a multiplicar y mis piernas, simultáneamente, comenzaron a temblar... Estaba pagando a mis ayudantes a 60 pesetas la hora y no les parecía mal...

Le interrumpí con una pregunta

—Y tu hijo ¿A cuanto la cobra?

—Igual. A 250 pesetas.- Ahí terminó la conversación.

Le “apoquiné” un “fajo” de once mil setecientas pesetas y aún tuve que añadir cincuenta en calderilla. La “chapuza” económica fue de cuidado.

Decidí que buscaría con más precaución al próximo soldador.

Ahora me faltaba encontrar unos huéspedes para ella que estuviesen a la altura del coste de aquel “palacio”.

El doce de mayo -el patrono de los ingenieros de caminos, Santo Domingo de la Calzada- cayó en viernes. La víspera no tenía que dar clase, por lo que decidí aprovechar y hacer un viaje con Manolo, el marido de Conchi, prima de Maribel, que, al ser bombero y hacer guardias de 24 horas, disponía de más de veinte días de libranza cada mes, que dedicaba a disfrutar a su antojo. Sabía por experiencia que Manolo se apuntaba a un bombardeo y, sin llegar a eso, lo que le propuse tenía su similitud por exigirnos “volar bajo”.

—Salimos mañana, jueves, a las cinco de la mañana y pasado mañana, viernes por la noche, estamos de regreso. Son mil ochocientos kilómetros de nada ¿Qué es eso para ti? ... nada.

A las cinco de la mañana salimos de Santander en mi SEAT 127 matrícula 1608 D con rumbo a Valencia. Hicimos paradas en Jérica para comer y en Segorbe, Alcora y Ribesalves para comprar toda la cerámica posible que cupiese en nuestro coche reconvertido en furgoneta. Llegamos agotados a dormir a Reus y cenamos y dormimos en un hotel, ahora para mí desconocido u olvidado.

A las siete de la mañana del siguiente día, estábamos en carretera rumbo a Barcelona y, antes de sonar las nueve en todos los relojes con “sonery” de Europa occidental, entrábamos en el Zoo de Barcelona por la puerta de acceso del parque de la Ciudadela. Nos dirigimos de inmediato a dirección, donde, en poco más de una hora, “cerramos el trato” como hacen los ganaderos, ya que de ganado se trataba. Fuimos de inmediato a ver la “res”, un hermoso ternero de bisonte europeo, que pasaría

a la historia si todo salía bien. Ciento cincuenta mil pesetas fue el precio convenido, o sea, el equivalente a lo recaudado con la venta en taquilla de 3.000 entradas de visitante adulto.

Vimos el zoo durante un par de horas y emprendimos el regreso. Manolo decidió que, puesto que nuestro destino era Santander, el mejor camino y más corto era atravesando la Cordillera Cantábrica por el puerto de los Tornos... que él conocía a la perfección.

No se donde nos perdimos, no se si fue en el Crucero de Montija o en otro cruce, pero lo que sí se es que nos vimos, pasadas las doce de la noche, perdidos en una carretera estrecha rodeada de bosques en pleno país vasco, de los que sólo vislumbrábamos la primera hilera de árboles, ya que nos envolvía una niebla impenetrable.

En aquellos años el tema de ETA estaba a su nivel máximo. Encontrarnos, en aquellos andurriales y a aquellas horas, con una patrulla de la guardia civil haciendo un control, podía resultar bastante desagradable tanto para ellos como para nosotros, por los nervios derivados de aquella hora y situación.

En ese momento, se me paseó por la cabeza un encuentro al atardecer, ocurrido unos años atrás, en pleno monte de la finca de mis parientes los Piniés, en que, pese a estar en su finca del Mas de San Vicente y acompañados por el hijo de Marieta, prima de mi padre y propietaria de aquel bosque, la patrulla con la que nos topamos por sorpresa, se puso tan nerviosa, que uno de ellos permaneció escondido en la frondosidad cubriendo al compañero, mientras éste miraba y remiraba nuestra documentación... pero con el arma dispuesta. Fueron momentos de tensión porque –llegada la calma nos lo explicaron- acababan de encontrar en las cercanías un campamento, escondido en pleno bosque y con señales recientes de haber sido utilizado.

Por suerte llegamos sin contratiempos -no me preguntan por donde- al pueblo de Carranza, donde recuperamos la orientación hasta acabar felizmente el viaje.

Al llegar a casa de los padres de Maribel, cercanas las dos de la mañana, estaban preocupados esperándonos y mataban el tiempo, mientras tanto, colocando los cientos de monedas que cuatrocientos niños se habían gastado comprando postales y otras chucherías en la tienda del zoo. Los viernes de mayo provocaron, durante años, auténticas riadas de niños corriendo por los senderos del zoo.

Por aquella época yo viajaba, en cortas escapadas, con cierta regularidad a Madrid, donde mi amigo Álvaro García Andrade -el que abrió la Pajarería Kenia, con todos los pájaros que yo le suministré, hacía casi quince años- había instalado junto al chalé del arquitecto Fisac, muy cerca de los Dominicos de Alcobendas, un centro de importación de animales en una antigua granja de gallinas, que había alquilado por cuatro perras. Allí llegaban desde Holanda -con menos regularidad de lo que yo deseaba- patos, loros, palomas, gallinas y en algunas ocasiones... monos.

Álvaro se convirtió, en esos primeros momentos, no sólo en mi principal cliente -a él le enviaba, para que vendiera, la mayoría de los patos, faisanes, periquitos, canarios y pájaros australianos que yo reproducía- sino también en mi principal proveedor. Desde Hatari -así se llamaba este centro- me llegaban nuevos especímenes que engrosaban mi creciente número de especies. Dejarme caer con cierta periodicidad por Hatari, me facilitaba elegir los mejores ejemplares y encontrarme con sorpresas para mí desconocidas, ya que Álvaro no era precisamente un buen comercial y, con frecuencia, se le olvidaba ofrecer sus últimas novedades a aquellos que nos podían interesar.

En una de esas visitas, físgoneando por aquellas naves que en su día estuvieron llenas de gallinas...

—Esa banda de monos verdes que tienes en ese gallinero, ¿de donde los has traído?- le pregunté sorprendido, al ver

dos aseladeros destinados en su origen a gallinas y ahora materialmente cubiertos de monos verdes africanos con cara de pasmo.

—Ha sido una ocasión y me he comprado el lote completo. Están un poco asustados, como puedes observar. Tengo que sacármelos cuanto antes, porque, si no, se comen el beneficio en menos que se dice. ¿No te interesan unos cuantos?

—Déjame que lo piense unos días. De todas formas, si me decido, no me mandes machos adultos, prefiero hembras con crías medianas o pequeñas que se adaptarán mejor y no corres el peligro de que te rebanen un brazo con sus colmillos como si se estuviesen comiendo una tostada de pan.

Los machos de casi todas las especies de monos tienen unos colmillos desarrolladísimos comparados con los de las hembras. El que ha visto un macho de mandril “sonriendo”, soñará con esos dientes en alguna ocasión. Pero cercopitecos, macacos y otros muchos, en proporción a sus cuerpos, no tienen nada que envidiar en cuestión de “piños” a los de los famosos mandriles.

No tardé en tomar la decisión. Pronto comenzaría la época fuerte de visitantes y así tendría algo nuevo que ofrecer llenando la instalación vacía que construyó Tomás “el Barato”.

Pocos días después llegaban a Santillana tres cercopitecos verdes, más amedrentados aun por el nuevo traslado. Su nuevo destino: la jaula “barata” que me hizo Tomás. El grupo lo formaban una hembra adulta con una amiga y un macho jovencito, que, con su edad -le calculé tres añitos- se adaptaría estupendamente.

Sabía que el joven macho, cuando se desarrollase, tendría el éxito de una estrella de cine entre niños y jóvenes, especialmente con los niños en esa edad crucial de la pubertad, en que todo lo que tiene que ver con el sexo les hace una gracia especial. Porque los machos de estos primates, y de otros cercopitecos tienen dos “partes” muy importantes de su cuerpo —pueden figurarse cuales- de un color azul cobalto, casi fosfo-

rescente, que destaca cantidad. Cuando un niño de doce a catorce años, hace ese descubrimiento en la anatomía del mono, -más aún si va con niñas- se retuerce de risa.

Según les abrí el trasportín en que venían de viaje para que entrasen en su nueva jaula -repito, aquella que me hizo el soldador de una y no más- la madre salió corriendo como una flecha y con tal ímpetu, que chocó contra el enrejado y se hizo una pequeña brecha, que comenzó a sangrar profusamente. Me alejé al instante para que se tranquilizase y cesase de forma natural la hemorragia. Entonces se escondió en una de las casetas de madera que hacían las veces de dormitorio y a partir de ese momento, sólo aparecía y salía a comer cuando no veía enemigos en la costa, o sea, cualquier ser humano próximo y en especial a mí.

Hasta que se medio tranquilizó, pasaron semanas y, mientras tanto, tuve que cruzar por aquella zona con sumo cuidado, despacio, en silencio y mirando hacia otra parte para no asustar más a aquel pobre animal.

El hijo, como estaba previsto, se adaptó enseguida y, mucho más audaz, divertía al público con sus monerías, porque los monos en esta región eran casi desconocidos por la mayoría de las personas. Pero a mí concretamente, me daba de lado. Si me veía aproximarme a su instalación, se metía en una de las cajas, asomaba uno de sus ojillos, para mantenerme vigilado y desde ese lugar seguro, esperaba a que me alejase para continuar haciendo sus gracias a la vista del resto de las personas, que le importaban tres cominos.

No era el primer animal, ni sería el último, que me relacionase con el mal recuerdo de su traslado, desde su lugar habitual conocido, hasta otro mundo muy diferente al que tardaría en adaptarse. Me miraba como al principal culpable, aunque en éste y en la mayoría de los casos, su cambio de vida fuese a mejor. Sin duda, tanto los animales como las personas, tardan en comprender el significado que para ellos suponen estos cambios. Si los humanos necesitamos tiempo y perspec-

tiva para comprender, lo mismo les ocurre a los animales... y lógico es pensar, que los más parecidos a nosotros, los otros primates, se comporten de un modo muy similar.

Tuve que ponerme a trabajar de inmediato. Dos meses y medio para construir una instalación para un bisonte, no era precisamente demasiado tiempo. Necesitaba, básicamente y en este orden, primero, los materiales adecuados: postes de madera bien fuertes y tubos de hierro a prueba de carros de combate, que era lo más parecido a un bisonte adulto que yo conocía. En segundo lugar un soldador con un precio de hora razonable. En tercero, un camión que trajese la caja que aportaba el zoo de Barcelona con el animal dentro, y, por último, una grúa que bajase la caja con el animal desde el camión hasta el suelo. A continuación, entre todos los forzudos que hubiese conseguido reunir, la empujaríamos, deslizando sobre rodillos de madera, hasta la nueva construcción.

Elegí como tipo de cercado, uno mixto de postes de madera y cuatro tubos de hierro horizontales, éstos con una separación de cuarenta centímetros entre ellos y cincuenta desde el más bajo hasta el suelo, soldados a lo largo de todo el perímetro excepto donde iba situada la puerta de acceso.

Los postes se los compré a una empresa de tendidos eléctricos, los tubos de hierro me los vendieron a bajo precio o me los regalaron -no recuerdo exactamente- en las minas de la Florida, donde los tenían arrumbados en la chatarra. Eran tubos de los utilizados en los sondeos, viejos y algo torcidos, pero de un espesor de pared que les hacía pesar de forma increíble y por tanto cien por cien resistentes.

Para enlazar el conjunto taladrábamos cada poste a ambos lados del lugar que ocuparía la barra y, con una gruesa barra roscada y doblada en forma de “u”, lo sujetábamos atornillando sendas tuercas por el lado contrario. Se vio enseguida que

aquello podía constituir perfectamente un cierre antitanques, por lo tanto también “antibisontes”.

Una vez los tubos en su sitio, el nuevo soldador, Venancio Barreda, -“Ciuco” para los del pueblo- cuando, a las cinco de la tarde, acababa su trabajo habitual en la empresa SNIACE, se reenganchaba a soldar unas horas más... a ciento veinticinco pesetas la hora y, además, lo hacía muy bien y sin hijo a sueldo, todo hay que decirlo. El único inconveniente era que Ciuco también venía con un hijo, Pedrín, de diez añitos de edad, pero que, aunque no cobraba, nos traía a todos de cabeza... cosa que haría a partir de entonces durante muchos años...

Ahora necesitábamos construir una cuadra, para la que reutilizamos ladrillos de cara vista en las paredes, aprovechando los que habían sobrado de construir la que sería mi casa y que estaban incluidos en la compra inicial del zoo, por lo que no hubo que efectuar desembolso alguno. La cubierta de viguetas y bovedillas, hubo que construirla con materiales nuevos y con mucho esfuerzo, ya que la nueva cuadra, de unos veinte metros cuadrados, estaba en lo más alto de la parcela -bastante en cuesta por cierto- lo que se derivaría en futuros problemas inimaginables en aquellos momentos.

Hacer el hormigón de la misma manera que hacían la guerra en la Edad Media los señores feudales de Santillana, “a mano”, subirlo a carretillos hasta la base de la cuadra, lanzarlo a pala hasta una plataforma improvisada a medio camino del tejado y, por último, volverlo a impulsar hasta su ubicación definitiva encima del forjado, no sé que hubiera sido sin la colaboración inestimable de los brazos como calderos de “El Nene”.

Pero donde verdaderamente “El Nene” se lució e hizo gala de su poderío, fue unos días antes acarreando ladrillos macizos de cara vista de 1,8 kilogramos de peso la unidad y salvando el obstáculo de una escalera rudimentaria, con peldaños de hormigón de un metro de ancho, sólo diez centímetros de altura y ligeramente inclinados hacia arriba...

—“Nene”- le dijo provocándolo otro de los que participaban en la obra- A que no tienes cojones de subir en el carretillo de un sólo viaje 100 ladrillos.

El Nene, que cuando se cabreaba o ponía nervioso por algo le afloraba un ligero tartamudeo, contestó sin vacilar.

—Los te-tengo pa-pa cien y también pa-pa ciento veinte.

—Pues demuéstralo. Te juego un cubata a que no los subes.

—Hecho- contestó el Nene, que de “embarcar” cubatas sabía más que todos los presentes juntos.

Ya debía de haber hecho algo parecido en otra ocasión porque, sin dudar un momento, cogió cuatro trozos de a metro de tabla de encofrar, los cargó en el carretillo y todos -abandonando momentáneamente el trabajo- le seguimos hasta la pila de ladrillos junto a mi casa, distante unos cien metros del lugar de la construcción.

Colocó las tablas de un metro de longitud cada una dentro del carretillo inclinadas y sobresaliendo por los costados a modo de barandilla, para evitar así que se le cayesen hacia fuera los ladrillos de la parte superior de la carga.

Fuimos contando uno por uno hasta los 120 del reto. En total doscientos dieciséis kilos de ladrillos más treinta y cinco del carretillo, que sumados y en números redondos, rondaban los 250 KILOS, con mayúsculas.

La pila era descomunal, sobresalían por encima más ladrillos de los que llenaban la caja habitualmente y aquella carga se veía a las claras que era de lo más inestable.

La bajada hasta el puente de piedra que cruza sobre el arroyo la hizo frenando inclinando hacia atrás todo lo posible el carretillo, para contrarrestar el peso de la imponente carga. El ligero repecho siguiente le costó subirlo, “uno” de los que había asegurado que tenía, “pa eso y pa ciento veinte”, pero lo superó sin problemas. Todos esperábamos que se rindiera al llegar al primer peldaño. La rueda se veía plana en su punto de apoyo, como si estuviera pinchada y un minuto antes de cargar el carretillo no lo estaba.

Al llegar al primer peldaño, y empujar con todas sus fuerzas, aquellos músculos como calderos se hincharon y pareció que iban a reventar... pero lo superó. Así uno tras otro los fue subiendo, pero... cada vez los peldaños eran más cortos y pendientes y, cuando parecía que iba a ganar la apuesta, al dar un empujón sobrehumano para rodar aquella llanta sobre el canto del peldaño, el carretillo se inclinó levemente y no hubo forma de detenerlo en su caída.

Me consolé del tiempo perdido con el montón de ladrillos que había acercado a la obra, e incluso habíamos avanzado más, pues, gracias a la caída, tenía suficiente número de ladrillos rotos por la mitad para rematar las esquinas y completar las hiladas. El que no se consuela es porque no quiere.

La escalera, en recuerdo de la fallida gesta, sigue allí desde entonces y sin modificar ni cambiar un ápice... por si algún día me da por intentarlo a mí con un carretillo... por supuesto, vacío.

El “Nene” no era perfecto, se le notaba nada más verle. Lo peor que yo podía hacer era pagarle la totalidad y sin tardanza el primer día de cada mes. En cuanto cobraba desaparecía, no le volvíamos a ver el pelo, ni nosotros ni en la mina, y así nos dejó tirados en momentos cruciales.

También era un error garrafal contratarle algo a “tanto alzado”...

Estábamos vaciando de tierra y piedras el lugar donde íbamos a ubicar un nuevo estanque. En el fondo de la excavación descubrimos una lastra rocosa algo inclinada, pero que me pareció que, si la descubría por completo, podría dejarla de fondo natural y no tener que gastar un duro en hormigón. Con apoyar en ella las paredes sería suficiente. Como cimienta no podía ser mejor.

Ya faltaban sólo tres o cuatro metros cuadrados por descubrir y limpiar...

—Por qui-quinientas pesetas le lim-limpio lo que queda. ¿Hace?

Tenía ganas de terminar con aquello y acepté de inmediato.

En cuanto dije “de acuerdo” pareció al instante que el “Nene” se hubiese trasfigurado y vuelto loco. De los golpes que atizaba con la azada que esgrimía como herramienta, comenzaron a saltar chispas. Al cuarto o quinto azadazo el mango se rompió. Lo lanzó a un lado, cogió otra de repuesto y también sucumbió en un instante. Su padre intentó frenarlo, y le recriminó por romper dos azadas en un minuto. ¡Nunca lo hiciera! El “Nene” se excitó más todavía y, comenzando con los santos y continuando con sus familiares más directos, soltó tales juramentos y barbaridades que me son imposibles ponerlas por escrito.

Prudentemente puse pies en polvorosa y huí de la zona “cero” ante el peligro de que me arrastrase el huracán “Nene”. Ahí se las entendieran padre e hijo.

Volviendo a la cuadra. Se terminó en el tiempo previsto sin mayores contratiempos. Únicamente nos faltaba el inquilino.

El transporte me lo agenció mi hermano Eduardo, ingeniero de minas, que diseñaba lavaderos de mineral, con frecuencia, para Suria y Cardona donde había minas de las sales llamadas silvina y carnalita por su color. Eduardo me buscó un retorno de un camión que volvería de vacío y por el que Aníbal, el dueño de la empresa de camiones, me hizo un bajo precio.

La grúa fue un problema que no nos ocupó más de diez minutos. Quedamos con su conductor en que el sábado 28 de julio, a primera hora de la tarde le daríamos la posición que ocuparía nuestro tesoro en el mapa de España, para que estuviese preparado en el momento crucial de la llegada.

Tres días antes me fui con Maribel a Barcelona para, mientras ella visitaba a su tía y primas que vivían hacía unos años en la plaza Letamendi de esta ciudad, yo dedicarme a recorrer el zoo, comprar algo de cerámica típica de Cardedeu y por último, supervisar la operación de embarque del que ya era mi bisonte.

Todo se realizó con absoluta normalidad y la tarde del jueves 27 de julio partió el camión con su preciosa carga, sin prisas, para dormir esa noche en carretera y a media tarde del siguiente día, llegar a Santillana.

Habíamos calculado una duración del viaje de más de doce horas. No quería que zarandeasen demasiado al pobre animal. Había que darle de beber durante el trayecto, y sólo el tramo de carretera desde Bilbao hasta Santillana, estrecha, llena de curvas y con posibilidad de atascos, emplearía tres horas largas en recorrerla.

Nuestra intención era alcanzarlo por el camino, para lo que saldríamos al siguiente día de Barcelona a las cinco de la mañana o antes, con lo que no sufriríamos el calor de los temidos Monegros.

Antes de las cinco de la mañana, la calle Aragón, ante mi sorpresa, parecía una romería. Medio Barcelona decidió acompañarnos en tan emocionante momento, o, sencillamente, irse de fin de semana huyendo del agobio de la gran ciudad para comenzar las vacaciones de agosto un poco antes.

Hasta pasado Lérida no empezó a clarear el tráfico. El resto del viaje fue coser y cantar.

A las tres de la tarde estábamos en Santillana organizando el desembarco. Del camión no sabíamos nada, pero esperábamos tener noticias de un momento a otro. No teníamos electricidad pero, aunque al lector le parezca un sin sentido, sí teníamos un flamante teléfono.

Poco después de comer, la esperada llamada nos alertó de la proximidad del camión. Había rebasado Laredo, estaba repostando combustible y calculaba que a las cinco y media o seis estaría llegando.

A partir de ese momento los minutos, que ya eran de cien segundos, se trasformaron, como por arte de magia en minutos de doscientos segundos. Se me hacían eternos, parecía que las manecillas del reloj estaban inmóviles.

Pero todo llega, y a eso de las seis, con un camión grúa junto a mi casa, buena parte de mi familia presente, un numeroso grupo de amigos, incluida la visita inesperada de mi amigo Javier Botella -Chin familiarmente, que unos días antes se acababa de casar- varios miembros y ninguna “miembra” (aún no se habían inventado) de la prensa y radio local, recibimos con una gran ovación la aparición del camión...

—¡Menos escándalo que vais a asustar al animal!-y dirigiéndome al entumecido conductor- ¿Qué tal el viaje? ¿Bebió el animal durante el trayecto?

—El viaje lento por el tráfico y la carga, pero sin novedad. El animal, con el calor bebe tanto o más que los cosacos que mataron y se comieron a sus antepasados- Noté por el comentario que, durante su espera en el zoo de origen, no había perdido el tiempo y se había documentado.

—Pues, si todo está en orden, mete “de culo” el camión hasta aquí, que cuanto antes lo bajemos y soltemos en su parque más cómodo estará el animal.

En un momento el camión se emparejó con el de la grúa y tuvimos al bisonte de mis desvelos a seis metros de altura, a continuación, posamos la caja sobre unos troncos redondos que, cambiándolos adelante cuando salían por detrás hicieron las veces de primitivas ruedas. En diez minutos la caja estaba embocada a la puerta de su parque... el nerviosismo se palpaba en el ambiente. ¿Cómo saldría el animal? ¿Hecho una furia? ¿O pondría las pezuñas en su nueva tierra como si fuese un manso cordero?...

Un poco decepcionante, el animal eligió la última opción. Salió del cajón lentamente mirando a izquierda y derecha con desconfianza. Una vez fuera comenzó a mordisquear unas hierbas verdes del suelo, probablemente las primeras que comía de forma natural, ya que en el anterior zoo estaba sobre terreno yermo sin brizna de pasto natural. Su aspecto, con greñas de pelo colgándole de lo alto del lomo —en verano mudan el pelo que se les cae a jirones- y su tamaño de becerrete, aun sin desa-

rollar, no era demasiado impresionante, pero casi ninguno de los presentes había visto nada igual por lo que las exclamaciones fueron numerosas. Yo anime el cotarro en lo que pude.

—¡¡Qué animal!! ¡Y pensar que han pastado por aquí sus antepasados!! ¿No os parece un milagro, que después de estar extinguido en libertad desde hace 50 años, ahora podamos ver a este becerrete pastando en este campo? ¡¡Ya veréis cuando crezca y triplique su tamaño!! Yo he visto a su padre y es una mole mil kilos de peso.- Había que hacer el artículo y yo –lo reconozco- lo hice con todo mi entusiasmo.

Desde días antes los titulares de los periódicos locales y nacionales se hacían eco de la noticia.

“El bisonte vuelve a Altamira” Adelantó en un titular “La Gaceta del Norte” el 12 de ese mismo mes... Pero cuando llegó el animal todos los demás periódicos dedicaron grandes espacios y sabrosos titulares a la noticia.

“Ayer llegó un bisonte al zoo de Santillana del Mar” tituló el suyo “La Gaceta del Norte”, cuyo director en persona –Jesús Delgado- estuvo presente en la llegada.

“13.000 años después, Santillana vuelve a tener un bisonte” Tituló el periódico Alerta... “Vuelve el bisonte a Altamira” escribió El País.

“Un bisonte de carne y hueso en Altamira” fue otro impactante titular del momento...

Para nuestra satisfacción, como consecuencia de esta noticia, las visitas de los curiosos –ganaderos locales incluidos- aumentaron sensiblemente.

Pero no todo quedó ahí. Los comentarios más sabrosos y repetidos en numerosas ocasiones ante el animal, no tenían desperdicio.

—¡¡¡Fíjate qué animal!!! Tiene un pelo áspero en apariencia, pero... ¡hay que ver los abrigos bonitos que se hacen con sus pieles!- Para que eso fuese cierto, sólo había que suprimirle la última sílaba del nombre y corregir la falta de ortografía resultante, cambiando la b por la v...

Pero sí hubo quien intentó trenzar su lana de invierno -que en primavera se caía o se la quitábamos porque salía a jirones- para confeccionar un jersey al estilo de los que estuvieron de moda en las cuevas de Altamira. Entregué la lana -de un olor dulzón que a mí, personalmente, me encantaba- pero nunca llegué a ver el resultado.

Pero este éxito tuvo sus consecuencias. El dinero recaudado con la ayuda inestimable de “Luis” iba a durar muy poco en nuestros bolsillos.

El nombre de Luis -como es obvio en nada apropiado para un bisonte- fue inspiración y puesto por Jesús Delgado, el director de la Gaceta del Norte en Santander, alegando que así, cuando llamase al Señor Delegado de información y Turismo, Jaime García Enterría, y se pusiese al teléfono Maribel, que era secretaria, no se delataría ante los que escuchasen la conversación en su oficina.

—¿Qué tal Luis?- resultaría mucho más discreto que un...

—¿Qué tal el bisonte?- que sin duda distraería más a los que lo oyesen y estuviesen trabajando en sus cercanías.

El bisonte Luis y yo intimamos desde el principio. El animal era noble, y así me lo demostró desde el primer momento. Le daba de comer con mi mano jugosas hierbas de las que más le gustaban, y manzanas que devoraba con apetito. Poco a poco me permitió más confianzas hasta que, viendo su lentitud al levantarse, una tarde que estaba junto a él, mientras rumiaba, me acerqué, le pasé la mano por el lomo y, lentamente, me senté encima de su grupa. El animal ni se inmutó y continuó con su rumia como si tal cosa.

A partir de entonces, debido también a la carencia de bancos para sentarse en el zoo -con poco aparcamiento el ideal era que no se entretuviesen los visitantes más de lo necesario- y a la posición privilegiada de la cuadra de Luis que dominaba buena parte de nuestro pequeño zoo, cada vez que pasaba junto a él, si estaba rumiando, le hacía un rato de compañía

sentado en su grupa, que aprovechaba para descansar y meditar nuevos cambios, siempre rondando por mi mente.

El bisonte, sobre aquel terreno natural, disfrutaba como el ternero que era. Sus saltos y carreras eran impresionantes y se revolcaba en el polvo en su lugar favorito, donde, de tanto revolcón, conservaba impresa la huella de su cuerpo.

Trascurrió el verano, me incorporé a mis clases en la universidad donde, de inmediato, Agustín me dio la alternativa y, todo hay que decirlo, comencé a disfrutar con mis nuevas obligaciones.

Tenía clase los lunes y martes de ocho y media a diez y media de la mañana, esto condicionó mis fines de semana. Los domingos nos íbamos a Santander al anochecer.

El lunes me levantaba a las cinco de la mañana y después de un café bebido, me dedicaba durante tres horas a preparar mi clase. No quería que se notase mi inexperiencia y debía prever preguntas difíciles de contestar. Mis alumnos, con una media de edad rondando los veintiséis años y a tan solo un año de acabar la carrera, sabían más que yo -lo tenían más fresco- de desarrollos matemáticos y eran cuarenta contra uno, por lo que consideré que cualquier precaución me vendría de perlas en caso de necesidad.

El martes era más descansado porque la clase era práctica y hacíamos ejercicios que yo había resuelto de antemano y había estudiado las posibles soluciones y problemas derivados de cada una. No obstante madrugaba a la misma hora para llegar preparado y puntual.

Con el otoño llegaron las lluvias, y las carreras del animal continuaron arriba y abajo... pero en sus bruscos frenazos sus pezuñas se hincaban en el terreno como las cuchillas de los bulldózer que yo explicaba en clase y del mismo modo que estos, arrancaban la tierra y la desplazaban hacia abajo. Podía

haber puesto en clase un ejercicio comparativo, para que los alumnos calculasen el rendimiento de un bisonte arrancando tierras, pero no lo hice.

Con tanta agua de lluvia y las carreras del animal, éste, lograba amasar tan perfectamente toda la tierra desprendida, que pensé en poner un taller de alfarería, tal era la cantidad de barro disponible.

En noviembre no tuve la menor duda de que tenía que hacer algo, y pronto, a no ser que lo que quisiese fuera buscar petróleo. El bisonte, en la parte mas baja del parque, se hundía en el barro de tal manera que parecía que carecía de patas.

Tuve que diseñar la forma de hormigonar el parque en el menor tiempo posible -lo cual no podría hacer antes de las vacaciones de Navidad- y preparar para ello una combinación nueva de puertas, que permitiesen al bisonte acceder a su cuadra por una nueva puerta en la parte de atrás, sin tener que pisar en ningún momento el hormigón recién extendido.

Los días del puente de la Inmaculada Concepción los pasé meditando este tema en el zoo. El último día, con un tiempo infernal, adelantamos nuestro viaje de regreso a Santander. Al día siguiente tenía que dar clase y quería repasar mis notas y otros detalles.

Llegados a nuestro domicilio, frente a la escuela de caminos, Maribel se sentó en el sofá y comenzó a ojear un Blanco y Negro... yo me senté a su lado y compartimos la lectura...

—¡Mira qué gracia tiene esta viñeta de Forges!- dije, y ambos reímos de buena gana.

—Mira esta otra- dije...y Maribel permaneció en silencio...

Según volví la cabeza hacia ella y la vi, salté del sofá y comencé a pedir ayuda llamando a las puertas de los vecinos. El primero que apareció fue un alumno mío, era de Burgos y de

apellido compuesto, creo que Rodríguez del Val, que vivía en el hostel de estudiantes junto a nuestra puerta.

—¡Rápido, por favor! ven conmigo y ayúdame. Tengo que llevar inmediatamente a Maribel al Hospital Valdecilla, pues la ha repetido la encefalitis de hace tres años.

Entre los dos la cogimos como pudimos por brazos y piernas, la bajamos a mi coche el 127, lo convertimos en furgoneta en un instante y allí pusimos tendida a Maribel, totalmente inconsciente. Después de lo vivido hacía tres años sabía que el tiempo era vital. En la anterior ocasión aquel 18 de noviembre, con Franco a punto de morir, llegamos a Valdecilla en una furgoneta de hierros porque no pudimos esperar a la ambulancia, por consejo del médico que la atendió en la clínica a la que la llevamos en aquella ocasión, que quedó demostrado que carecía de medios suficientes. En esta ocasión, a los siete minutos desde el comienzo del episodio, Maribel llegaba a una UVI en muchas mejores condiciones que la vez anterior.

Una hora después, Guillermo Diersen, el neurocirujano alemán hijo del dueño del Vivarium del Sardinero, al que yo proporcioné años antes salamandras y tritones, me tranquilizó acerca del estado de Maribel.

—Aunque los síntomas aparentemente sean los mismos, en esta ocasión la gravedad es mucho menor. Ya os advertí que podía aparecer algún episodio de este tipo, aunque no pensé nunca que de esta intensidad. De su encefalitis le quedó una pequeña cicatriz eléctrica —una especie de cortocircuito mínimo— y ahora ha hecho un contacto y ha producido este ataque. A partir de ahora tomará una medicación y espero que nunca más se vuelva a repetir.

Después de dos días en la UVI, la trasladaron a la habitación... pero los sustos no habían acabado aún.

Diez días más tarde, ya casi repuesta Maribel, cuando estamos a punto de acostarnos y esperando recibir el alta médica para pasar las vacaciones de Navidad en casa, se abre de golpe la puerta de nuestra habitación y aparecen dos miembros de

la Policía Armada, pistola en mano y un enfermero de blanco junto con ellos.

—¡Rápido! ¡Apoyen las sillas contra la puerta y no abran oigan lo que oigan! ¡Se ha escapado un enfermo mental peligroso y lleva un cuchillo de cocina! Hemos bloqueado los ascensores y estamos registrando las habitaciones una por una, pues creemos que ha subido hasta esta planta...- Con las mismas se fueron.

“Lo mejor” para que se duerma una convaleciente que ha pasado un trance similar, es recibir una impresión de este tipo. En nuestro caso, sorprendentemente, no funcionó y me pasé la noche intentando que se durmiese la enferma, que incluso con la ayuda de una pastilla, que una hora más tarde le trajo el enfermero —esta vez sin policías pistola en mano— no ocurrió hasta poco antes del alba. Unos días después, con el alta médica, intentamos volver a nuestra rutina habitual. Me esperaba un bisonte cubierto de barro, al que tenía que poner sobre suelo firme lo antes posible.

Por necesidad me convertí primero en encofrador, después en pisador de uvas como en la vendimia, sólo que, lo que yo “pisaba”, era hormigón hecho “a mano,” al cual, cuando me cansaba de darle vueltas con la pala para homogeneizar la mezcla, me dedicaba a rematar la faena paseando y hundiendo mis pies enfundados en botas de goma en aquella masa pastosa. Así continuaba con el amasado sin necesidad de doblar el espinazo. José Antonio Barreda —el hijo de Nato— hizo las veces de “pinche”, y juntos, amasamos y subimos un número incontable de carretillos cargados de hormigón, por la misma ruta que el “Nene” utilizó para subir los ladrillos.

Antes de reincorporarme a las clases de la universidad, ya tenía al bisonte paseando sobre hormigón y, poco a poco, como mariposa que sale de su crisálida, aquella croqueta de bisonte fue desprendiéndose de su costra de barro.

1979



CAPÍTULO 3

La víspera de Reyes, en una forma física envidiable gracias al trajín de hormigonar los más de cien metros cuadrados, que estaban muy alejados del lugar donde el camión suministrador nos entregaba los materiales, dimos la obra por finalizada. Ahora Luis disponía de un parque de invierno, con suelo de hormigón donde estar limpio y seco y otro de verano para retozar a su antojo y revolcarse con piso de tierra. Problema resuelto.

La mañana de Reyes hice balance de los resultados de este primer año completo. Superaba todas mis previsiones: 20.955 adultos, 7.718 niños y 6.104 peques en excursiones escolares... con tienda, y todo lo demás 1.903.525 pesetas.

Los gastos se habían disparado, 864.337 pesetas sólo en salarios. De una forma u otra, trece personas habían contribuido con su granito de arena a la puesta en marcha de aquel alevín de zoo.

En alimentos 296.292 pesetas más, gastadas en: 4.500 kilos de maíz, otros 5.400 kilos de piensos compuestos, 1.200 kilos de otros cereales... y un sin fin de “varios”, daban una idea de en que medida habían aumentado nuestros huéspedes. El resto, hasta casi el total de los ingresos, correspondía a ferretería, materiales de construcción, etc.

Pero desde el percance de Maribel en el puente de la Inmaculada, algo intangible había cambiado en nuestras vidas. Una sombra, parecida al miedo, me rondaba cuando volvía a aquella casa de la Avenida de los Castros, en la que habíamos vivido cuatro años y de la que ya habíamos salido precipitadamente en dos ocasiones camino de Valdecilla. Para evitar el “No hay dos sin tres”, rehuí, hasta donde me fue posible, dormir en aquella vivienda.

Primero la excusa fue la convalecencia. Posteriormente, con el alargamiento de las tardes y que nuestra casa -aunque sin electricidad- estaba casi terminada, permanecíamos en ella hasta el anochecer y, alegando comodidad, dormíamos en Torrelavega, en casa de mis padres, desde donde, por la mañana, me iba directamente hasta la universidad.

Enseguida nos dimos cuenta de que lo más aconsejable era hacer la mudanza definitiva y convertirnos en una parte de este Monumento Nacional que es Santillana del Mar.

Agustín, mi jefe en la escuela de caminos tenía almacenados en su empresa de proyectos FOESTRA, gran cantidad de carpetas conteniendo apuntes, exámenes atrasados, trabajos de los alumnos, etc. Esto me obligaba, con cierta frecuencia, a desplazarme hasta allí donde su secretaria, Marián, que conocía todos los entresijos de aquella oficina, lograba encontrar aquello que yo necesitaba.

Con Agustín trabajaban varios ingenieros de mi edad, con los que pronto entablé amistad, Julio Pozueta, Jesús Gómez de Barreda, Carlos de la Hoz...

En varias ocasiones nos habíamos reunido para cenar, primero en restaurantes de Santander y más tarde en sus domicilios. Nuestra obligación era corresponder, y así lo hicimos en

una cena, alumbrados por candiles de gas colgantes de lámparas eléctricas con bombillas, en la que uno de los casi cien temas que abordamos durante la animada conversación —la cena se prolongó, a pesar de la mala iluminación, hasta las cinco de la mañana— fue el esquí.

Esa noche descubrimos que Julio y Pilar querían ir a esquiar, en lo que coincidían con Maribel, que llevaba años sin practicarlo y ardía en deseos de calzarse nuevamente unos esquís.

—¿Qué os parece si nos escapamos de nuestros respectivos jefes, o sea de Agustín, y nos largamos una semana de vacaciones?— insinuó el Pozueta.

—Por mí no hay inconveniente. Agustín ha estado dos semanas ocupado y yo he dado sus clases y las mías. Justo es, en compensación, que le deje un poco de mi trabajo para que disfrute. ¿Qué os parece Granada?— Insinué esa posibilidad con la intención de, en vez de esquiar que no me atraía en absoluto, hacer una escapada hasta la laguna de Fuente de Piedra, a ver si ahora tenía la suerte de toparme allí con los flamencos. Uno de mis sueños dorados.

—Pues no se hable más. ¡A Granada que nos vamos!

A continuación, para celebrarlo, Julio y Carlos acompañados con su guitarra, hicieron un magnífico dúo que pasó a la historia. En un improvisado escenario sin iluminación, junto a la chimenea encendida y subido cada uno sobre una gran rodaja de un tronco de pino utilizada a modo de podio, interpretaron magistralmente el famoso y entonces de moda Rock and Roll: “Vamos a tocar un Rock and Roll en la plaza del pueblo”... en la siguiente estrofa cuando acababan de cantar: “y nadie nos va a parar”... un movimiento involuntario de Carlos el guitarrista, hizo que el tronco en el que estaba subido, y por cierto, cuya base no era demasiado uniforme, se tambalease, diese un pequeño giro que —a pesar de la letra de su última estrofa— los paró en seco. Por suerte no cayeron al fuego de la chimenea con el que se iluminaban y lograron

agarrarse aquí y allá, lo que evitó daños mayores... Hay quien opina que el tronco estaba perfectamente plano, no así el vino de la cena.

Sin bajas en el equipo -ya se encargaría en su momento la nieve de Granada- nos juramentamos para marcharnos a esquiar nueve días más tarde.

Tres días antes de la partida nos convoca Julio a un cónclave urgente.

—¿Tenéis pasaporte en regla?- fue su saludo.

Y al saber que sí, dijo: -Pues entonces perfecto. El domingo volamos tras el telón de acero a Sofia, la capital de Bulgaria. Vais a tener el honor de ser de los primeros españoles que conquisten las nevadas cumbres del Vitocha, una montaña próxima a esta ciudad, donde, además de esquiar nos pondremos ciegos de vodka, slivoba —el licor más famoso de Bulgaria-y por supuesto de caviar.

—¿Estás loco? ¿No habías reservado en Granada?

—He anulado las reservas y he hecho unas nuevas en Bulgaria, porque, por menos dinero -sólo veinte mil pesetas cada uno- he encontrado una oferta de la Balkantourist, en que nos incluyen todo: vuelo en Tupolev, estancia en el hotel Proctor en plena estación de esquí, remontes gratis, comida, cena y desayuno e incluso una comisario político que nos acompañará hasta al baño.- Una pausa para observar nuestra cara de sorpresa y sin dejarnos reaccionar continúa- En Granada, por el mismo dinero, solo nos daban el desayuno y los remontes, y teníamos que ir en nuestro coche desde Madrid hasta allí. Esto es un auténtico chollo. Hasta, si tenemos suerte, nos pueden invitar a pasar una larga estancia en el archipiélago GULAG, que es un lugar de veraneo de moda, donde, a los que van una vez, les gusta tanto que se quedan a vivir-.

Sólo nos quedó asentar y encontrarnos en el aeropuerto de Barajas tres días más tarde. ¡Adiós flamencos queridos! ¡Bienvenidos sean los -para mí desconocidos- arrendajos funestos de los Balcanes! Una cosa por la otra.

Hasta ese momento, yo no recordaba si había volado en avión una vez o ninguna, por lo que, justo antes de subir al avión -supongo que como le ha ocurrido a muchas otras personas- me salió del alma comenzar a rezar padrenuestros y avemarías, con la misma fluidez con que lo hice en mis años de colegial en los PP Escolapios. Hubo quien, sin saberlo, me ayudó...

Al cruzar por el control de tarjetas de embarque, el gigante rubio que nos precedía -seguro que austriaco- depositó, como el que no quiere la cosa, un voluminoso bulto de mano sobre el mostrador. La azafata lo intentó levantar y no pudo.

—¿Qué lleva usted aquí? ¿Piedras?! Con este peso nos echa usted abajo el avión!

—Padre nuestro que estás en los cielos...- contesté yo.

—Llevo un poco de café- dijo modestamente el gigante.

—Santa María madre de Dios...- continué yo.

Con las letras del periódico grabadas en nuestras manos a causa del sudor producido por el miedo, como si con el periódico hubiésemos hecho una radiografía, llegamos primeramente a nuestra escala técnica en Viena y dos horas más tarde, felizmente, a nuestro destino final: Sófia.

Al salir del aeropuerto se me acercaron dos hombres sinistros vestidos con gabardina, el uniforme de la KGB, se volvieron al unísono la solapa de la reglamentaria prenda y dirigiéndose a mí.

—Policía ¿Es usted portugués?

—No, español.

—Continúe, continúe.

Para sobresaltos ya teníamos bastantes.

Acerté en los arrendajos funestos, que los vi por primera y última vez. Descubrí que las cornejas de Bulgaria eran mitad

grises y mitad cenicientas. Bajé varias veces el jodido Vito-cha haciendo la “vuelta María”. Diré para los no iniciados en que consiste: una vez estrellado el esquiador contra el primer abeto del bosque, para poder estrellarse contra el de el lado opuesto de la pista, hay que dar la vuelta en redondo, para lo que, primero, levantando un esquí, se gira una pierna ciento ochenta grados hasta poner su esquí en aquella dirección, a continuación -si aun se conserva la otra pierna íntegra- se la gira también y ya se está en condiciones de elegir el abeto más cómodo para estrellarse. Repitiendo este proceso con habilidad se pueden bajar fuertes pendientes aunque -todo hay que decirlo- lleva su tiempo. Pero fue lo único que supe hacer para sobrevivir en aquella ladera tan pendiente.

No me gustó el sabor de los abetos -por lo menos los que probé, que fueron varios-.

Al día siguiente, domingo, visité el zoo de la capital, que no estaba mal y por la noche bailamos en el hotel Sofia, un hotel de lujo, donde cenamos caviar -barato para los bolsillos españoles- codeándonos con parejas formadas por camareros y chicas de los guardarropas. Mientras tanto otros camareros - también desocupados en esos momentos- aprovechaban su tiempo cómodamente sentados alrededor de la mesa contigua a la nuestra, y, mientras charlaban animadamente, se fumaban un cigarrito. ¿No estábamos en un país comunista? ¡Pues que se note!

En todo lo demás, Julio acertó de lleno. Quizás infravaloró las existencias de vodka y slivob del país, que por suerte fueron superiores a las estimadas.

Hasta el último momento la comisario político, apodada cariñosamente “la gallina Coco guagua” —nosotros éramos sus pollitos- nos intentó llevar de aquí para allá a su antojo, sin conseguirlo... Una noche, incluso, perdió a dos de ellos: Julio y Pilar, que, como el día siguiente era domingo y no íbamos a esquiar, prefirieron quedarse en el hotel Sofia donde acabábamos de cenar y ahorrarse el viaje en taxi de esa noche y de

la mañana siguiente... La pobre “gallina” por la mañana –al pasar lista- tenía un disgusto que para qué contarlo.

En la salida por el aeropuerto, los de la KGB, al acecho, encontraron no sé qué problema en el pasaporte de Alfredo Páez –un técnico de FOESTRA, que no quiso perderse aquel viaje y se apuntó a última hora- lo frenaron en seco, se guardaron el pasaporte y Alfredo que iba el último del grupo, cuando vio que el resto, cargados de equipajes y compras de última hora, nos alejábamos dejándole con los KGB, casi se nos desmayó del susto. Por suerte solo fue un mal entendido y nos alcanzó minutos más tarde.

Por todo, y la llegada a Madrid principalmente, un viaje inolvidable.

Porque ese mismo veinte de marzo, nada más llegar a terreno conocido, nos dirigimos a ver, por primera vez, a una nueva sobrina que acababa de nacer en la clínica del Rosario, en la calle General Mola: su nombre Andrea y su futuro –leído junto a su canastilla por mí en una bola de cristal-... ser la bióloga del zoo durante un montón de años.

Pero otra cosa cambió drásticamente con mi viaje tras el telón de acero. Nuevamente comencé a sentir con fuerza ganas de estrangular a algunas personas. Hasta ese momento –ya me había ocurrido antes- el motivo desencadenante era bien sencillo...

—¿Dónde dice que tiene un zoo?- la pregunta presagiaba lo peor.

—En Santillana del Mar...

—¡Ah! ¡La de las tres mentiras! Ya que ni es ni “santa” ni es “llana” ni tiene mar. ¿Lo sabía usted?

Yo, aparentando sorpresa por el descubrimiento y poniendo una cara de estúpido conseguida tras múltiples esfuerzos ante un espejo, respondía con perplejidad.

—¡Qué original! No lo había oído nunca.

Aproximadamente debió de ser a la repetición número mil cuando comencé con la necesidad de asesinar a alguien.

Ahora -a mi regreso de Bulgaria- el cambio había sido sustancial, con nuevos motivos para el asesinato.

—¿Dónde dice que ha estado esquiando? ¿En Bulgaria? ¿Ya sabe lo de aquel señor que acudió a la llamada de un anuncio que decía textualmente? “Señorita extranjera, enseña el búlgaro de siete a ocho” y descubrió con sorpresa que “el búlgaro” era... ¡Un idioma!

Aproveché la misma expresión, ya practicada con creces anteriormente, y comprendí a los de Calatayud con el sambenito de “la Dolores de la copla”.

Por suerte el viaje a Bulgaria perdió muy pronto actualidad y volvimos a las tres mentiras, ni santa, ni llana ni tiene mar... por lo menos recordarían la situación de mi zoo, por lo que decidí no matar a ningún posible cliente.

Al comenzar la primavera mis ocupaciones aumentaban gradualmente, y ese año no iba a constituir una excepción. Mi vida no se puede decir que fuese tranquila, tenía más frentes abiertos que los alemanes en la segunda Guerra Mundial.

En Santander la universidad me ocupaba todas las mañanas y los lunes también la tarde. Algunos días, si me surgía algo inesperado, hacía novillos parciales, o bien llegaba más tarde o me iba un poco antes, en función de mis necesidades.

Pero era en Santillana y sus alrededores donde tenía mi propio Stalingrado. El zoo consumía la mayor parte de mis fuerzas, como les ocurrió a los alemanes en aquella ciudad. En Villapresente tenía aún la fábrica de canarios en asociación con Antonio Mier, donde “sólo” 150 parejas de canarios, y sus 1.500 hijos de cada primavera, reclamaban mi presencia y dedicarles parte de mi tiempo para encontrarles clientes entre las pajarerías que nos los compraban habitualmente... A escasos tres kilómetros, en el lago de la mina de Reocín, nadaban patos de mi propiedad a los que había que dar de comer, remar

en mi pequeño bote entre ellos cada dos días, para ver qué contenían los nidos flotantes y vigilar su número y estado de salud. Tenía la intención –por mucho que me gustase y disfrutase en mis visitas al lago- de darles “boleta” ese mismo otoño, como decía un amigo cada vez que terminaba su relación con una de sus novias y la mandaba a paseo. Pasada la época de cría, me los llevaría a todos al zoo y cerraría aquel capítulo de mi vida.

Pero donde, al acercarse la primavera, me tenía que entregar en cuerpo y alma era en Torrelavega. Allí –de momento no veía otra solución por mi carencia de energía eléctrica en Santillana- realizaba toda la cría de faisanes y patos raros, de los que tenía mucha demanda entre decenas de aficionados que me los pedían. Constituían una parte importante de mis ingresos de otoño e invierno, época en que descendían en picado los ingresos de la taquilla del zoo, como si se lanzasen sin frenos por el temido puerto del Escudo. Los precios de mis patos –en torno a las cinco mil pesetas de promedio por pareja- equivalían a una excursión de más de cien niños pasando por taquilla. Con lo que mi vida era un continuo vete y ven, con salida de Santillana del Mar, parada en Villapresente, apeadero en el lago de Reocín y estación de destino el chalé familiar de Torrelavega. Los únicos viajes directos eran el de la primera hora de la mañana, con parada en Torrelavega -en torno a las seis- y destino final en la universidad y el último de la noche después de sonar las doce campanadas, con destino final en una cama donde me relajaba por unas horas del ajetreo diario.

El grueso del trabajo primaveral estaba concentrado en la cría de patos y faisanes.

Las incubadoras y las gallinas que utilizaba de madres adoptivas no solían ser una fuente de problemas que causasen bajas repentinas, pero las criadoras, donde se desarrollaba la vida de estos pequeños seres durante el primer mes de vida, era otro cantar.

A pesar de que cada criadora de recién nacidos, disponía por precaución de dos bombillas de calor, cada primavera ocurría una o dos veces que, por sí mismas o ayudadas por las salpicaduras de agua producidas por los patitos que chapoteaban en el bebedero, al llegar en una de mis innumerables visitas de control, descubría que en una criadora se había fundido no sólo una bombilla -lo que ocurría casi a diario en una de las casi veinte criadoras que tenía en marcha- si no las dos de una misma instalación.

Si el tiempo no era demasiado frío, no hacía mucho que se había fundido la segunda bombilla o los patitos no se habían bañado unos minutos antes del segundo fallo, la cosa no solía ser grave, pero... en alguna ocasión, al llegar, me encontré a diez o doce preciosos patos mandarines recién nacidos, hechos una sopa y muertos de frío, pero MUERTOS, MUERTOS, con mayúsculas.

Aunque los metía al instante a una de las incubadoras, que estaban permanentemente en marcha y confiaba en la increíble capacidad de recuperación de un patito recién nacido cuando se queda sin calor, hubo ocasiones en las que todos murieron.

Para el que sea aficionado y no lo sepa, tengo que aclarar un par de detalles importantes que muchos avicultores con poca experiencia desconocen y que pueden evitarles muchos sinsabores.

—Alguna vez he tenido que tirar todos los huevos de la incubadora porque tuve una avería eléctrica que duró más de doce horas y se me quedaron los huevos helados, los de la incubadora, se entiende.- Así me han llorado criadores de aves en varias ocasiones.

—Pues has metido la pata hasta el amén- le digo a mi inexperto interlocutor que me mira con cara de pasmo, como un cercopiteco recién trasladado- Si los hubieses dejado en ella y hubieses continuado la incubación, descubrirías que no más de un veinte por ciento de los huevos se han muerto por

esa causa. Un pollito que se queda sin calor, aunque esté aparentemente muerto y si no está mojado, en muchos casos si lo metes en una incubadora bien calentita, revive como Lázaro. Parece un milagro. Cuanto más pequeño sea el pollito -si aún le queda un hálito de vida, aunque éste sea imperceptible- más posibilidades tiene de recuperarse. Es curioso, pero un pollito o patito de tres días se recupera mucho mejor que uno de veinte que se muere aunque no haya llegado al estado de “muerte aparente” del pequeño.

Todo esto lo aprendí a base de sustos, desgracias y equivocaciones, pero lo aprendí, que es lo que importa. Sin embargo, lo que más he temido siempre y en ocasiones me ha traído de cabeza, son las averías generales, como por ejemplo las que producen las tormentas.

En cierta ocasión, al ver que no regresaba el suministro eléctrico –además de meter a los más pequeños directamente en la incubadora, que tiene la inercia térmica de un radiador- tuve, como última solución, que llenar de agua caliente todos los recipientes con tapón que encontré a mi alcance, colocarlos en cajas de cartón y repartir en ellas a todos los patitos y pequeños faisanes, cerrarlas después y rezar para que volviese ese suministro, que se echa más en falta cuando se tiene y se pierde momentáneamente, que cuando se carece de él permanentemente, y hablo por experiencia.

Esta vida ajetreada ocupaba dieciocho horas de cada día. Si no hubiese tenido la ayuda de mi padre, que revisaba las criadoras en mis ausencias forzosas, y por el jardinero, que me las atendía mientras por las mañanas yo acudía a la universidad, se habría ido toda mi estructura a pique, en menos tiempo que el Titanic.

Maribel tampoco era ajena a este ajetreo constante de aquí para allá. Trabajaba de secretaria de Jaime García En-

terría, delegado del Ministerio de Información y Turismo y, por derivación, director del Festival Internacional de Música y Danza que tenía por escenario la Plaza Porticada de Santander. Allí, bajo la ventana de su despacho, estaba el escenario que permitía a Maribel, durante el mes de agosto, trabajar, no como hacía una parte importante de la humanidad con la radio puesta, sino directamente con la Filarmónica de Berlín u otra de las grandes orquestas mundiales, ensayando “a sus pies” las obras maestras de los clásicos, que interpretarían para el público esa misma noche.

A pesar de todo esto, Maribel estaba incómoda en su trabajo, no por el trabajo en sí, sino porque llevaba muy mal lo de madrugar antes de las ocho y llegar a Santillana a las tres de la tarde con el estómago dado vuelta, para continuar con la preparación de la comida y las tareas domésticas. Aunque ella callaba y no se lamentaba, yo veía a las claras que tendría que terminar pidiendo la excedencia de su puesto de funcionaria para quedarse en casa, atendiendo ocupaciones y resolviendo problemas del zoo que, en mi ausencia, sólo ella podría afrontar.

Por otra parte —este era un punto de vista mío de lo más egoísta— si ella continuaba trabajando y yendo mañanera-mente a la delegación, yo no me sentiría ni con fuerzas, ni moralmente capacitado, para dejar mi trabajo en la E.T.S. de Ingenieros de Caminos y entregarme en cuerpo y alma a la aventura del zoo. En mi mente, ya le tenía puesto fecha a mi abandono de la docencia. Con dos cursos más como máximo, tendría el tiempo suficiente de desarrollar el zoo hasta el punto de que nos garantizase una vida con ciertas comodidades.

El primero de mayo, festividad de los trabajadores amaneció un día inmejorable. El sol radiante, la temperatura en su punto justo para no sentir ni frío ni calor y el haber pasado

los días anteriores padeciendo inclemencias meteorológicas severas, aseguraba que todo el mundo se echaría a la calle de celebración, lo cual auguraba abundantes visitas.

Pepe Pozueta era un amigo abogado con el que compartí excursiones para cocinar y comer paellas camperas en compañía de una pandilla de chicas y un grupo de amigos, en lugares tan poco visitados en aquella época como el embalse del Ebro o los montes de Ucieda, donde, además de forrarnos a paella que Pepe cocinaba con maestría y disfrutar con la conversación con el grupo de acompañantes, yo aprovechaba para rebuscar todo tipo de seres vivos que volasen, reptasen, nadasen o buceasen.

Si era en el Ebro, Pepe cocinaba, el grupo bebía y yo capturaba ranas de san Antonio. Si era en los hayedos cabuérnigos, revolvía un poco el musgo, miraba bajo piedras y troncos y siempre descubría algo nuevo, además de las salamandras, negras con rayas amarillas, abundantísimas en estos bosques.

Pero desde que me casé, y posteriormente con mi pluriempleo a cinco bandas –universidad, zoo, lago, canarios y cría de patitos- nuestras salidas al campo se habían reducido a una al año, para recordar viejos tiempos, y a alguna visita esporádica de Pepe al Zoo, -ya merecía nombrarle con mayúsculas- donde se desternillaba de risa oyendo los comentarios y auténticas barbaridades zoológicas que decían los visitantes.

Aquel primero de mayo Pepe estaba apostado en la entrada del Zoo, junto a Maribel, sus padres, el azor Brunilda en su posadero y yo. Contemplábamos el fluir de visitantes por la puerta de mi recinto, que agradablemente colmaba con creces nuestras expectativas...

—¡Ya se yo de uno, que como “pesque” seguidos otros dos primeros de mayo como éste... se afilia al partido comunista!- El comentario de Pepe, como no podía ser de otra forma, se repitió a partir de entonces año tras año, si el tiempo en ese día tan especial así lo aconsejaba.

A finales de junio los alumnos tenían que disfrutar de los exámenes finales. Nuestra asignatura, Agustín se había propuesto desde que comenzó a impartirla allá por el año 1968, que fuese la que más disfrute proporcionase al alumnado. ¿Cómo conseguirlo? Poniendo el examen más maratónico de la universidad: más de diez horas de duración —eso sí, sin tomarse un respiro— con sólo un descansito para comer, pues no queríamos desmayos por inanición.

El examen era un tanto especial y básicamente consistía en un proyecto de movimiento de tierras. Dábamos un plano con curvas de nivel y el tipo de terreno a diferentes profundidades, su resistencia, dureza y poco más. La pregunta era sencilla: déjeme el terreno con una parcelita explanada de 1.800 metros de largo por 60 metros de ancho para construir sobre ella un aeropuerto...

El alumno podía utilizar todos los libros, apuntes etc. que le viniese en gana. Debía elegir cada tipo de máquina a utilizar en función del volumen, tipo de material a arrancar y transportar etc. Lo mismo con los medios humanos. Al final la solución, como siempre en la vida, se refería al jodido dinero. ¿Cuánto cuesta esa obra?

Yo no corregía los exámenes —no me pagaban tanto como para eso— lo que me evitaba discusiones enojosas, aunque sí seguía de cerca los resultados, pues el número de alumnos, próximo a cuarenta, hacía que los conociese a todos y me preocupasen sus resultados.

Al llegar una mañana me encontré un revuelo importante frente al tablón donde se exponían las notas.

—¿Qué pasa? ¿Acaso han matado a alguien?— pregunté para quitar hierro a aquella tensa situación, que noté estaba a punto de estallar.

—Nos han suspendido a unos cuantos —comentó uno cariacontecido— Pero lo de Rafa en concreto ¡No hay por donde

cogerlo! Le han puesto un “peloto” como la copa de un pino. ¿Cómo es posible?

—Rafa, vente a mi despacho. Tenemos que hablar a solas.

Rafael Ferrer era un buen estudiante, uno de los mejores sin duda, trabajador, interesado en la asignatura y buena persona. Era inconcebible que hubiese hecho el examen tan mal como para recibir el primer cero de la historia en esta asignatura.

Ya en mi despacho comencé con la investigación.

—No lo entiendo- fue su única respuesta.- He entregado el examen perfecto y me han calcado el único cero de mi vida.

—Iré ahora mismo a ver tu examen y hablaré con Agustín. A la tarde te quiero ver aquí...

—El examen no estaba bien, estaba muy bien-. Me encaré con Agustín -¿Qué te ha disgustado de este examen, hasta el punto de suspenderle con un cero?

—Que este Rafael tiene una cara que se la pisa. Ha traído el examen hecho de casa. ¿No lo ves? Hasta parte de él lo trae a máquina...

—Agustín. De lo único que se le puede acusar es de ser el más trabajador de la promoción. Mira, él trae a máquina los posibles movimientos de cada máquina, pero si te das cuenta, todos los números están hechos durante el examen adaptados a cada movimiento. El impreso dice... Bulldozer Caterpillar modelo D9... y él escribe a bolígrafo en la casilla donde dice “girar” _____ 10 segundos... en avanzar _____ 100 metros y a continuación, en tiempo necesario para efectuar este recorrido _____ 30 segundos etc...

—Visto así, quizás tengas razón...- Agustín se dio cuenta de que, literalmente, había metido la pata. —Dile que venga a hablar conmigo, que le revisaré el examen.

Rafa Ferrer, herido profundamente en su orgullo, se negó —por más que le insistí- a acudir al despacho de Agustín. Quizás tampoco quería ponerlo en evidencia. Porque Rafa era una bellísima persona. Se despidió de mí con un lacónico:

—En septiembre te veré. Que tengas un buen verano en tu zoo.

Una mañana de primeros de julio, me avisan de que está en el aparcamiento un furgón con animales y que su conductor nos ofrece verlos por si queremos comprarle alguno... me encaminé hasta él sin demasiado ánimo ni esperanzas de encontrar algo interesante en el interior de aquella furgoneta. Cual no sería mi sorpresa cuando descubrí que allí hacinados, había más animales que en el arca del difunto Noé. Aunque hasta la fecha, nadie ha podido demostrar que este personaje bíblico haya fallecido, dejémosle en el “desaparecido Noé”.

Periquitos, jilgueros, canarios, tórtolas, loros de varias especies y no se cuantas aves más y, entre toda aquella barahúnda de jaulas repletas de seres alados, en una de ellas, abrazadas una a la otra, estaban alojadas dos monitas rubias, con una expresión en sus bonitos ojos mezcla de miedo, sueño y deseo de una vida mejor, que me llegó al corazón.

Me afectó profundamente en mis sentimientos aquella escena y, aunque no estaba en ese momento en mis propósitos cercanos tener más primates en el zoo... fui a casa y bajé con el dinero -unos miles de pesetas, pero no demasiados, por cada una- y, sintiendo que fuesen dos hembras —habría preferido pareja- me hice con aquellas dos monitas, clasificadas posteriormente como pertenecientes a otra especie de cercopitecos africanos, conocida comúnmente como “mono patas”.

Las instalé en una de la pajareras de delante de la taquilla, les preparé una caja de madera resistente e impermeable para que se guareciesen a dormir y allí, enseguida, se sintieron felices, se volvieron juguetonas y me hicieron a mí sentir mejor por haberlas librado de un futuro incierto.

No imaginé en ese momento cuántas alegrías me iban a proporcionar aquellas dos “hermanas”.

Antes de comenzar el verano del setenta y nueve, ya habíamos alcanzado un cierto estatus. Nuestra colección de anátidas –gracias a las compras en Hatari y los suministros de otros zoos- rondaba las sesenta especies, aproximándose así al ecuador de las existentes en nuestro planeta, cifradas según qué autor, en unas ciento cuarenta y cinco. Habíamos hecho reformas y traído nuevos animales, principalmente otras aves y algunas culebras españolas inofensivas...

Para entonces, nuevos artículos cubrían las estanterías de ladrillo revocado y pintadas de blanco, de nuestra tienda-taquilla. Habíamos comprobado que, cuando a los niños les lleva el colegio de excursión, sus dos prioridades más importantes son: zamparse la comida con la coca cola que llevan en su mochila... y gastarse hasta la última peseta que les dieron sus papás para esa ocasión.

Estaba sobradamente demostrado desde las primeras excursiones que las postales eran una golosina para la chiquillería, pero faltaba algo importante porque a las madres, siempre que se sale de excursión, gusta llevarles algo de regalo, máxime si el niño se ha alejado de ella a la increíble distancia de cuarenta kilómetros, que era el radio de alcance de los autobuses escolares. Cuando éstos salían, cargados de vociferantes criaturas para disfrute de los padres, que se quedaban esperando su regreso, en un hogar convertido en un remanso de paz... y para “alegría” del conductor del vehículo, que al llegar a casa, contaba ya con cenarse una estupenda tortilla de aspirinas, que le aliviase el dolor de cabeza producido por aquel vocerío.

Las plantas de adorno –por este motivo- se convirtieron en el complemento principal de la tienda, durante los dos meses de duración del periodo de excursiones escolares.

Comenzamos comprando plantas baratas y decorativas en los viveros Escalante de Mazcuerras o Luzmela, como más le guste llamar a esta localidad, que a los dos nombres responde

el mismo pueblo. Los “coleos”—parecidos a ortigas- de colores variados, hicieron estragos entre los niños. Begonias semperflorens, para los escasos de calderilla y begonias rex, para los más pudientes, junto con crotones, helechos, pequeños ficus, variadas plantas de interior como “peperomias”, difenbachias, aralias... pero, sobre todo cactus, cactus y más cactus, que por su precio redondo de 50, 75, o 100 pesetas según tamaños y su reducido volumen fácil de trasportar, parecía como si los devorasen las excursiones. Las bandejas de veinte o treinta cactus — no recuerdo si el contenido de cada una era de cuatro por cinco o de cinco por seis- entraban llenas a la tienda y salían vacías, al mismo tiempo que lo hacían los niños camino del autobús.

Enseguida, visto el éxito de la venta de plantas, buscamos proveedores mayoristas: Viveros Cengotita en el vecino País Vasco y Viveros San Valero en la Comunidad Valenciana, enviaban camiones de distribución cada semana, llenos de plantas a rebosar, para atender los pedidos de todas las floristerías de España.

Los jueves a primera hora, llegaba el camión de San Valero, acondicionado con luz, humedad y temperatura adecuada, transportando nuestro pedido y otros muchos incluidos en la ruta cantábrica. Acto seguido, no más de media hora más tarde de completar su descarga, hacían su aparición las primeras excursiones de niños de la mañana. Era tal la sincronización del proceso, que algunas plantas no reposaban en las estanterías de nuestra tienda más de una hora, tal era la efectividad del sistema. Si el ataque de las huestes de niños era muy numeroso y virulento y nos dejaban pelados de plantas, salía zumbando un servidor -si estaba por las cercanías- hasta los viveros de Escalante, distantes veinte kilómetros, que me sacaban del atolladero y mientras tanto, exponíamos en su lugar pequeñas piezas de cerámica tradicional que también —aunque menos- tenían buen tirón.

Pero a mí siempre me ha gustado abastecerme y ser autosuficiente en lo posible de aquello que necesito, por lo que

“me lié la manta a la cabeza” y comencé a fabricarme un invernadero artesanal desde donde competir con San Valero en la producción de planta de interior.

Disponía de un lugar adecuado, hasta ese momento en total estado de abandono. Mi antecesor había construido unas perreras y junto a ellas un voladizo, donde tenía la intención de colocar, a salvo de la lluvia, unas cuantas colmenas de abejas que pienso que nunca instaló.

Comencé por una limpieza y desescombros un tanto brutal. Tiré lo que a las claras, no tenía utilidad para mis propósitos y diseñé un tejado transparente de un material llamado “relón”, compuesto aparentemente de una resina tipo poliéster y fibra de vidrio. Era resistente, algo aislante y dejaba el paso de suficiente cantidad de luz solar, como para que mis futuras plantas se sintiesen allí como en la gloria. A ratos libres comencé su construcción.

Desde el momento en que comencé con la venta de cactus, me fijé en que la mayoría de los cactus que no eran globulares, estaban formados por muchos pequeños cactus, que crecían formando una unidad sobre una primera planta inicial muy sencilla, de la que brotaban o bien en pisos como hacían las “opuntias” —el ejemplo más claro son las chumberas— o bien nacían por los costados, a veces a ras de tierra, formando una auténtica piña.

Comprobé, que si a uno de estos cactus lo despedazaba literalmente y plantaba sus partes en tiestos separados, éstas eran capaces de producir raíces y desarrollarse hasta transformarse cada una en un cactus como el inicial.

Con lo que aprendí con unos libros y practicando con plantas en mi pequeño invernadero, decidí cubrir con mi producción propia mis necesidades de estas plantas. Busqué un fabricante de tiestos de plástico, que no se como localicé en la Rioja. Guardé todas las bandejas vacías de poliuretano de la venta de los cactus de esa primavera y me juré a mi mismo que, durante las tardes de los domingos del siguiente otoño,

en que dispondría de tiempo, me dedicaría a desgazar suficiente número de cactus, como para fabricar los tres mil que necesitaría en la siguiente primavera. Desde el momento en que tomé esa decisión, cada cactus que veía con posibilidades de trasformarle en más de diez nuevas plantas, lo requisaba para mí preparándome para la batalla otoñal.

Pero también teníamos junto con las postales, otro producto estrella de segunda magnitud, pero estrella al fin y al cabo, que eran los juguetes de barro: cazuelas, platos, jarras etc, de barro vidriado, hechos a mano y a una escala reducida, ideales para que las niñas jugasen o decorasen las madres sus casitas de muñecas de la niñez. Fabricaban estos cacharritos a la manera tradicional, una familia de alfareros de Tudela de Duero, cerca de Valladolid. También nos proveían de jarras de diversos tamaños —con la inscripción “Zoo de Santillana”— para su uso con agua o vino... solamente había dos pequeños inconvenientes. El primero, que el encargo se tenía que hacer el otoño anterior y nos avisaban para enviar el dinero, cuando todo el pedido estuviese preparado y el segundo, la cerámica, en especial las jarras de color rojo barro y amarillas eran un material frágil que no nos garantizaban si se deterioraban durante el transporte que tardaba más de una semana...

Cuando en pleno mayo nos dieron el aviso de que el pedido estaba preparado para su envío, hacía tiempo que habíamos terminado las existencias de este proveedor, estábamos en plena época de excursiones y no podíamos esperar...

En aquella época tenía un coche de marca Citroen y modelo Mehari con matrícula: S-1576-E, una especie de extraño todo-terreno. Era de carrocería de plástico y techo de lona, parecía un coche de juguete. Se lo había comprado a Francisco Ballester, el de Monobra, por ciento cincuenta mil pesetas y lo usábamos para trasladar cachivaches, carne para los animales y otros alimentos, siempre en recorridos a lugares no muy lejanos. El viaje más largo hasta esa fecha, había sido a la boda de Pepe Pozueta —el que pronosticó mi afiliación al P.C.— que casó

con una novia de juventud en San Pedro del Romeral. A tan montañoso lugar -con nuestro otro coche titular en el taller-, nos hizo cierta gracia presentarnos vestidos de boda, en aquel pintoresco vehículo.

Ahora el viaje urgía. Apenas quedaban existencias en la tienda, así que, a las seis de la mañana, con Manolo de copiloto “voluntario”, subidos los dos en aquella caja de zapatos, nos fuimos de excursión hasta Tudela de Duero, más allá de Valladolid. Mientras cargaban la cerámica y liquidaba yo el importe de la cuenta, Manolo sometió a los alfareros a un hábil interrogatorio.

—Tardan 45 segundos en tornear cada jarra, después la ponen el asa y acto seguido las barnizan por inmersión, por último, las cuecen en el horno- me comentó Manolo, ya camino de casa.

—Con esos conocimientos básicos no tenemos suficiente para hacerles la competencia.- desanimé a Manolo, que con su afán investigador, seguro que ya estaba pensando en fabricarme él la alfarería.

Con la caja de zapatos cargada hasta los topes, regresamos a tiempo de comer en casa... arrastrando el tubo de escape, del peso que trasportaba. Pero llegamos.

El verano del 79 no fue tan glorioso como cabía esperar. Un aumento de visitantes de un diez por ciento no estaba mal, pero parecía ridículo si lo comparábamos con la diferencia de los resultados entre los dos años anteriores, que fue del doscientos cincuenta por ciento, aunque —esto era evidente— el 77 fue el año del comienzo y además abrimos sólo seis meses.

Poca publicidad en los medios de comunicación, si lo comparamos con el éxito obtenido con la llegada del bisonte, limitó la mejora de resultados, pero... una oportuna inspiración me hizo elevar el precio de las entradas de los adultos y

de los niños hasta 100 y 50 pesetas las entradas de adultos y niños respectivamente. Esta subida de precios tuvo dos consecuencias importantes: por un lado nos facilitó muchísimo la devolución de los cambios en taquilla y, por otra parte, me iba a permitir lanzarme a una ampliación de terrenos, a todas luces imprescindibles, porque, con el aumento de visitantes y del tiempo de permanencia de éstos en el interior de mi recinto, el aparcamiento se saturaba e, incluso, obligaba a que algunos conductores, al ver la dificultad para aparcar, diesen la media vuelta y se largasen con viento fresco por donde habían venido.

“Este invierno tendré que resolver este problema”, me repetí sin cesar. Hasta que me decidí a encararlo.

Junto a mi aparcamiento había una pequeña finca de unos mil metros cuadrados y sin salida propia. Obligadamente tenían que entrar y salir con el carro a través de mi aparcamiento. Seguro que estaban deseando venderla.

Tras unas averiguaciones localicé a su dueño, Saturnino, que vivía junto a su hermano, también soltero, en una casita del barrio de Herrán. Ambos estaban jubilados y apenas salían de casa, por lo que al primer intento los localicé. Decidí hacerme el inocente y simpático y, acompañado de Maribel haciendo las veces de escudera, para así, con su presencia, hacer menos violentos los comienzos de la negociación, nos presentamos una soleada tarde en su casa.

El comienzo de la negociación no pudo ser mejor. Aquel asunto, se veía a las claras que iba a ser muy fácil, porque nada más comenzar a hablar, el que no era Saturnino, me interrumpió.

—Yo a usted lo conozco. Usted es el hijo de don Gonzalo, el director de la Mina de Reocín. ¡Que buena persona es su padre! ¡Cuánto le aprecio por lo bien que siempre me ha tratado! He sido ordenanza de las oficinas durante treinta años y todos los días era para mí un honor abrirle la puerta a su padre...

Visto lo visto -con la recomendación implícita de mi padre- con mi mejor sonrisa y seguro de mi mismo, me dirigí a Saturnino en tono cordial.

—Mire, el caso es que tengo cierto interés en comprarle ese poco de tierra sin valor que tiene junto a mi aparcamiento. ¿Qué le parece?

—Bien —comenzó serio el propietario- Pero sepa que no pienso discutir el precio y que le voy a pedir una barbaridad.

Aquel giro de ciento ochenta grados que había dado repentinamente la conversación, no me gustó ni un pelo.

—Bueno. Dígame. ¿Qué es lo que entiende usted por una barbaridad?- Y me la dijo. Tenía toda la razón. Era una absoluta barbaridad: UN MILLÓN CIENTO CINCUENTA MIL PESETAS.

Nos quedamos helados. Dimos la media vuelta y marchamos los dos con las orejas gachas, como perros heridos.

—¡Vaya con el vejete! No se pierde la gente de este pueblo. Tú trabaja, Ignacio, que los beneficios de tu trabajo ya procuran quedarse otros con ellos- Maribel daba muestras de indignación por el resultado de este primer asalto, pero sin duda habría más.

En septiembre, Rafa Ferrer se presentó de nuevo al examen. Agustín ya estaba al corriente de que Rafael era el único alumno que traía hechos de casa unos impresos, con todas las máquinas que podría necesitar en el movimiento de tierras y que los tiempos para calcular los ciclos, los realizaba durante el examen.

Su examen fue perfecto y Agustín le puso un notable, lo que no era habitual en la convocatoria de septiembre.

Ya había terminado el verano -aunque no el tiempo caluroso que continuaba veraniego- cuando una llamada telefónica en apariencia inocente, iba a constituir el comienzo de una incorporación sorprendente a la plantilla faunística del zoo.

—¿Es el zoo de Santillana?- mi contestación, como no podía ser de otra forma, fue un “sí” rotundo.

—Le llamo de Reinosa y me gustaría donarles un puercoespín... -No pude por menos que interrumpirle. Hay veces que la gente hace llamadas de lo más peregrinas, pensé yo para mis adentros, y en esta tierra está bastante extendida la costumbre de confundir a los erizos con puercoespines.

—Mire, erizos es lo que me sobran. Si quisiese uno, sólo tendría que bajarme del coche y coger uno de los que, cada media docena de noches, cruzan ante mí por la carretera y sin embargo no lo hago, a pesar de que con ello le salvaré la vida al animal, porque, ¿para que quiero yo un erizo, que es un bicho que todo el mundo está aburrido de encontrárselo en la huerta?- Con esto sin duda, le quitaría las ganas de volver a hacer, durante lo que le quedase de vida, otra llamada tan tonta como esta.

—Como nuestro Bongo no encontrará ninguno por la carretera- se defendió como pudo mi interlocutor.

—¿De donde ha sacado ese erizo que dice que es tan especial?- pregunté algo mosqueado por los derroteros que estaba tomando la conversación.

—De Guinea Ecuatorial- Fue su contestación, que me dejó como al David de Miguel Ángel, o sea de piedra, aunque yo vestido.

Bongo -ese era su nombre de pila- era una especie de puercoespín de la que yo desconocía hasta su existencia. Del tamaño de un conejo, con púas por la espalda, pero no tan largas como las del puercoespín africano que vemos en todos los libros y con dos rasgos muy especiales, o mejor dicho tres. Su cola acababa en una especie de tiras de plástico blancas, como las que se utilizan en la fabricación de sacos de fibra para

el pienso, que le daban un aspecto muy especial. Su mirada la podría definir como “acuosa”, una mirada vaga, rara, como perdida, con unos ojos vidriosos como si tuviesen cataratas, pero que indicaban bien a las claras que estaban diseñados para ver en plena noche. Por último, su lengua era rasposa como la lija y le encantaba lamer dedos humanos, porque Bongo fue uno de los animales silvestres más cariñosos que he tenido.

Agradecí la donación y di todas las excusas posibles por mi tono burlón durante los primeros compases de nuestra conversación telefónica, e insinué que si, con sus enlaces en Guinea, me conseguía la parejita, le estaría eternamente agradecido, cosa que no fue necesaria, porque nunca me la consiguió.

A Bongo lo instalé en una ruina de jaula, que estaba decidido a demoler en la primera ocasión que se presentase. A diario acudía varias veces a hacerle una visita, para que me raspase el dedo con aquella entrega y fruición que siempre me demostró.

“From lost to the river”. De perdidos al río. ¿Qué más daba en inglés macarrónico que en el castellano del amigo Berceo? A la pregunta de Julio, de si nos animábamos a un viaje a Sry Lanka, el antiguo Ceilán, le conteste que sí.

Perdido el miedo a volar –lo de perdido es un decir- tenía que aprovechar el descubrimiento del avión. Ceilán me atraía mil veces más que la nieve. Mariposas exóticas, pájaros desconocidos, monos langures y “La senda de los elefantes” la película de Liz Taylor, Peter Finch –traducido, Pedro “pinzón”- Dana Andrews y el inefable Apujami. Los vería a todos. Me subiría en un elefante y me traería de este viaje un montón de mariposas, pues pensaba ir pertrechado de material para capturarlas, como los de aquella célebre “Expedición Iglesias

al Amazonas” que no se les debió de dar demasiado bien, ya que mi padre –y supongo que todos los entomólogos del Museo de Ciencias de Madrid- cincuenta años más tarde, utilizaba aún los triángulos de papel sobrantes de aquel evento, con la inscripción de dicha expedición, para guardar en ellos sus capturas de mariposas.

Después de un periplo por la isla... volaríamos a que nos comiesen los tiburones de las Maldivas, que por escasez de turistas -nos dijeron en la agencia- las estaban pasando canutas.

El segundo viaje de este año loco, no era para mí lo que estaba deseando. Hasta tres días antes de comenzar lo tuve la esperanza de que Julio encontrase alguna oferta a Kenia –mi destino deseado- a los territorios del Yukon en Alaska o a otro paraíso para mí desconocido, pero no, se mantuvo el programa original.

Después de un despegue leyendo el periódico del revés, una escala técnica en Zurich y otra posterior a las seis de la mañana en el aeropuerto de Daharan, donde sólo nos permitieron asomarnos a una puerta, para sentir en nuestros rostros aquel horno de pan en continuo funcionamiento que son los emiratos árabes, llegamos felizmente a nuestro destino: Colombo.

Al llegar al hotel de las afueras de esa ciudad, de nombre Mount Laviña Beach, algo en mi cerebro me dijo que conocía aquel lugar... En el balcón tuvimos que atender a los primeros invitados, unos cuervos descarados que tomaban los trozos de piña que les ofrecíamos de nuestra mano, se posaban a nuestro lado y nos robaban cualquier comestible que dejásemos a su alcance. Tiré de guía y en cuanto vi un nombre “House crow” o “cuervo de las casas” supe que eran ellos. Había miles y miles y más miles en toda la isla. No he visto más cuervos en toda mi vida.

El primer día fuimos directos al zoo de Colombo. Precioso es poco para describirlo. Los árboles llenos de nidos de pequeños cormoranes y garzas, a los que casi podía tocar con

mis manos. A mi alrededor, mariposas para mí desconocidas, lagartos llamados varanos casi tan grandes como cocodrilos, lagartijas de colores y pájaros nunca vistos, me tenían mareado. Detrás de mí, un cingalés me perseguía insistentemente queriendo cogerme de la mano para arrastrarme en una dirección, al tiempo que repetía sin cesar: Gorila, Gorila, Gorila...

Por más que yo, con la misma insistencia le repetía: A mí que coño me importa, A mí que coño me importa... no conseguí ni hacerme entender ni despegarme de él, hasta que, en un momento de inspiración le di unas rupias y se fue dejando el puesto a otro que se presentó al instante diciendo: Gorila, Gorila...

Fue imposible que comprendiesen, que la fauna que pululaba libre por todas partes, era para mí más interesante de fotografiar que todos los gorilas del mundo, porque ya tenía vistos a más de cincuenta.

De todas formas -aunque también tenía vistos muchos- no pude por menos de sentarme a contemplar a la sombra de una carpa, a una fila de elefantes engalanados y sujetos con una cadena por una de sus patas. Eran ejemplares magníficos y sin duda... si me vendiesen dos o tres... todos tenían su nombre ante ellos en un cartel...

En cierta ocasión, a la orilla de un río, descubrimos a unos indígenas bañando a dos elefantes. La ocasión era clara y, tras unos regateos monetarios, nos pusimos de acuerdo en la cantidad de rupias a pagar por subirnos en aquellos animales.

Primero Julio y Pilar se dieron un corto paseo. A su regreso sanos y salvos nos tocó el turno a Maribel y a mí.

Me subí a horcajadas sobre la espalda del animal y me así a una gruesa sogá que hacía las veces de collar. El conductor decidió bajarme al río y descendió la empinada orilla. El elefante se inclinó peligrosamente hacia delante y yo, para compensar y guardar el equilibrio, hice lo mismo pero hacia atrás. Cuando estábamos en plena faena deshojando la margarita de si me caigo al río o no, sale de debajo del collar de cuerda -que

yo mantenía tenso para no caerme- la araña con más cara de mala leche que he visto en mi vida, que se fue directamente hacia mi mano dispuesta a vengarse por medio aplastarla con la cuerda. Cuando ya me veía con la mano hinchada como una raqueta de tenis, el elefante se puso horizontal y pude soltar una mano para, de un manotazo, deshacerme de aquel bicho con cara de mala uva.

Todo acabó felizmente, principalmente para el dueño de los elefantes que pescó a cuatro pardillos, que pagaron –a cambio de un corto paseo- la comida de los animales durante cuatro días.

Alquilamos un coche con chofer -un cingalés muy moreno y tan amable como moreno, de nombre Suni- con la intención de dar la vuelta a la isla. A este plan le dedicamos seis días.

El recorrido por esta isla, de la que se dice que fue el Paraíso Terrenal donde habitaron nuestros parientes, los difuntos Adán y Eva, nos llevó en primer lugar a Anuradhapura en el norte de la isla. Allí, mientras Maribel, Pilar y Julio se dedicaban a contemplar budas de todos los tamaños imaginables y en las más variadas posturas: sentados en cuclillas, de pie y, el mayor de todos tumbado echando la siesta, me dediqué, armado de un cazamariposas plegable que me traje de casa, a perseguir mariposas. Vista la poca variedad existente –casi todas eran de la familia de la muy conocida mariposa monarca- debido a que era la estación seca, me dediqué a contemplar a los monos langures, de patas y rabo largísimo y que se paseaban cerca de los turistas, con una seguridad en sí mismos que hacía que me sintiese un invasor en casa ajena. En una gran charca poblada de nenúfares vi las primeras jacanas de mi vida, andando sobre las plantas acuáticas apoyándose en sus largos dedos. También oí y entreví entre las copas de los árboles a unas preciosas oropéndolas y a unos minas, que tienen la mayor capacidad de imitar sonidos de entre todas las aves, más incluso que los loros.

Para rematar el día, un baño al anochecer en la piscina del hotel Habarana —una maravilla de jardines atestados de buganvillas de todos los colores— nos hizo olvidarnos del hambre... porque para neutralizar el picante de la comida de este país, hace falta un extintor de incendios... o no comer, que era lo más fácil.

De allí a Sirigiya, donde un maharajá loco se hizo un palacio encima de una montaña inaccesible a la que, por unas escaleras excavadas en la roca, pasando cerca de diez panales de abejas asesinas —por suerte descansando— y sujetándonos a una barra de hierro a modo de protección, llegamos a la cima sin novedad. Lo que más me impresionó fue ver a las viejecitas del país, esbeltas como juncos que, aun yendo descalzas, trepaban por allí como cabras mientras yo, “acongojado”, subía con más miedo que si subiese a un patíbulo. Un turista europeo muy original no contó con lo peligroso que es el viento en estas alturas y, vestido con el típico “saron” —una especie de falda larga típica de este país— y olvidándose en el hotel los calzoncillos y por causa del viento que subía por la ladera y le levantaba el faldamento, tuvo que optar entre despeñarse o dejar expuestas al público sus partes íntimas... Sobrevivió, no me pregunten cómo.

Cuando descendía de aquel peligroso lugar, un halcón peregrino que voló de la pared rocosa adornada con preciosas pinturas, por unos instantes me hizo olvidar mis sufrimientos.

Después Polonnaruba, que no me dejó ningún recuerdo destacable y de allí a Kandy, la antigua capital, lugar precioso, donde una listilla llamada Lady Mounbatten se construyó una casa de campo en torno al más bonito jardín botánico que he visto o que pude imaginar. Lo tiene todo: bambúes gruesos como el torso de un humano, árboles gigantescos, bajo uno de los cuales —de ramas horizontales de treinta metros— se dio una recepción a cientos de personas. Paseos de palmeras altísimas, un invernadero de orquídeas que te deja atontado y un

dormidero con cientos, o quizá miles, de zorros voladores que me dejaron extasiado con su contemplación.

Ya al anochecer, a remojo en la piscina del hotel, cientos y cientos del omnipresente “cuervo de las casas”, nos sobrevolaron para dormir en unos árboles a la orilla del precioso lago de esta ciudad paraíso.

Por último, como si fuésemos británicos dueños de plantaciones de té, nos dirigimos a Nuwara Eliya. En el camino, nos detuvimos a ver con detenimiento una plantación de té y cómo se realizaba todo el proceso desde la recolección hasta estar preparado para el consumo. Desde el almacén donde nos lo explicaban a mí se me iban los ojos hasta un pino cercano, donde una pareja de elanios —una rapaz gris, que sólo vi una vez en Doñana durante mi viaje de novios— tenía su nido y atendía a sus polluelos.

Ya en el hotel nos salvaron la vida, pues nos enseñaron que la comida incomedible por el picante, si se reboza en coco rallado y se traga de un solo golpe sin apenas rozar la lengua, puede evitarte que mueras de inanición. Allí nos tocó la lotería y un camarero, conocedor de la suerte que nos esperaba, por la noche y ante una chimenea encendida —Nuwara Eliya está a muchísima altura y a esas horas, aunque está próximo al ecuador, hace un frío que te pelas— nos sacó para cenar un montón de estupendos sándwiches sin picante y unas copas de Tío Pepe, que nos hizo reconciliarnos con la comida local.

En un momento del viaje, se me apareció en sueños el actor William Holden vestido de militar americano y paseando por el hotel Mount Laviña Beach... Comprendí que fue él, en la película “El puente sobre el río Kwai”, quien me descubrió ese hotel —que en la segunda guerra mundial fue reconvertido en Hospital— por lo que lo encontré tan familiar.

De regreso a Colombo, nueva visita a su precioso Zoo y unos padrenuestros para prepararme para el vuelo a Maldivas

El vuelo desde Colombo hasta al aeropuerto de Maldivas, en una isla, estrecha y alargada, próxima a su capital Malé,

no tuvo nada de particular... lo único y por destacar algo... el frenazo en seco al aterrizar, que se prolongó durante todo el tiempo que tardó en detenerse el aparato y que acabó en un brusco giro, pasando un ala junto a una excavadora que estaba añadiendo corales y más corales al final de la pista, para prolongarla y evitar sacar más reactores del fondo del Océano Índico. Nada de importancia.

En aquella isla, de nombre Bandos, en que nos alojábamos, éramos pocos humanos —algunos en pelota picada— no muchas más aves: una garza real y su amiga una garceta blanca, que pescaban junta en el arrecife, un grupo de limícolas perdidas en su viaje otoñal desde el hemisferio norte y un extraño cuco, que entreví en el bosque de palmeras y que por más que busqué y rebusqué, no volví a dar con él.

La sorpresa llegó al anochecer.

Estábamos charlando los cuatro sentados sobre la arena, con nuestra vista hacia el oeste en dirección a la lejana África. Hasta nosotros llegaba el monocorde sonido de las olas rompiendo sobre los arrecifes en marea baja. La temperatura, inmejorable, invitaba a prolongar aquella puesta de sol...

—Acabo de ver una sombra volando, de un tamaño descomunal— comentó Pilar.

Segundos después, cuando nuestros cuatro pares de ojos escudriñaban el cielo cubierto de tímidas estrellas, apareció la segunda sombra que ya nos encontró prevenidos.

—¡Vaya pedazo de murciélago! ¿Habéis visto? Era del tamaño de un águila ratonera. Casi con seguridad que es como los cientos de zorros voladores que vimos la semana pasada en el jardín botánico de Kandy, la antigua capital de Ceilán. ¿Los recordáis?

—¡Como los vamos a olvidar!— Comentó Maribel —¡Si a mí se me pone la carne de gallina cuando recuerdo cómo se echaron a volar!

La cosa no era para tanto pero, para el que tema a los murciélagos —que hay quien les tiene fobia— ver sobre su cabeza

un enjambre de estos gigantes de la noche que, asustados por un ruido extraño se lanzan a volar todos juntos, comprendo que no es un plato de gusto.

Enseguida descubrimos que aquello sólo era el comienzo. Decenas y decenas de estos mamíferos alados de inusual tamaño comenzaron a cruzar sobre nuestras cabezas a escasos metros de altura. Se adentraban en el mar, lo más probable que en busca de una isla repleta de fruta cuya existencia ya conocían de antemano y procedentes de un dormidero oculto a nuestra vista y en lugar tranquilo.

Todas las tardes de aquella semana se repitió el espectáculo, pero no encontré el dormidero, llegando a la conclusión de que procedían de otra isla situada más al este y que la nuestra, Bandos, la cruzaban por comodidad o para engrosar en ella el grupo con algunos amigos.

No he visto posteriormente en mis viajes por países tropicales, ningún atolón coralino tan bonito y cómodo de observar como éste de las islas Maldivas. Bastaba con tumbarse boca abajo a unos metros de la orilla para, en tres palmos de agua, donde nos movíamos a gatas, observar multitud de peces del coral.

En la comida me guardaba uno o dos plátanos en el bolsillo. Más tarde, cuando me bañaba en aquella agua cristalina y a veintiocho grados, deshacía en el agua los plátanos que me sacaba del bolsillo de la camisa con la que me bañaba -para evitar roces con aristas de corales- y venían los peces, en bancos de colores, a quitarme el dulce fruto de entre los dedos.

Si cruzaba hasta el final de los corales y me asomaba al abismo que delimitaba el atolón, el espectáculo era sobrecogedor. Un acuario inmenso se extendía en todas direcciones: peces escorpión, cirujanos, ballestas, damiselas, peces loro, tiburones de aletas de punta blanca, cardúmenes de sardinas, pargos, peces mariposa de varias especies y junto a las rocas, siempre próximos a su actinia preferida, los preciosas e inconfundibles peces payaso, que al acercarme, se escondían entre los tentáculos protectores. Yo los apartaba con cuidado con

mis dedos –estas especies de actinia son poco agresivas- y allí, camuflados, descubría el colorido y los ojos de estas pequeñas joyas vivientes de los mares tropicales.

Los siete días que pasamos en este islote –el primer día le dimos la vuelta con calma, calculando completarla a la hora del desayuno... y una hora antes de abrir el comedor la habíamos completado- fueron días mágicos. El clima, el agua y el sol, con toda la naturaleza que contenía, creaba la sensación de estar en el Paraíso Terrenal. No he encontrado en mi vida un lugar semejante.

Dos días más en Colombo, y como despedida, una cena inolvidable al aire libre, en el jardín del hotel Intercontinental.

La vuelta a casa se me hizo eterna. Con los ojos enfermos de una conjuntivitis galopante, aguanté como pude varias horas en el asfixiante aire del aeropuerto de Bankog donde hicimos una escala técnica de seis horas.

Por la mañana paseo por Zurich, donde en su aeropuerto, nos encontramos la cara conocida de un médico de Valdecilla que resultó ser Gunter Sach, ex marido de Brigitte Bardot... un patinazo le puede dar cualquiera.

Y felizmente en casa.

Dejado atrás el verano, comencé a dedicar mis ratos libres a la preparación de la cosecha de plantas –cactus principalmente- para la siguiente campaña de excursiones escolares.

Mi pequeño invernadero se mostró superior en su respuesta térmica a lo que yo habría dado por bueno. Con su suelo de hormigón y su orientación soleada, mantenía a buen nivel en su interior la temperatura en la noche. Por el día, gracias a la orientación –a poco sol que hiciese- se calentaba hasta temperaturas excesivas, aunque los cactus –todo el mundo lo sabe- crecen en zonas áridas y desiertos, por lo que los extremos de calor y frío, son para ellos el pan nuestro de cada día.

Como me ha ocurrido siempre cuando comienzo algo nuevo, me apasioné de tal manera que Maribel venía a rescatarme de mi abstracción absoluta de este mundo terrenal.

—¿Te das cuenta de qué hora es? ¿Es que no piensas comer hoy?

A regañadientes abandonaba la “mesa de operaciones” y continuaba exponiéndole mis razones más poderosas.

—He despiezado a veinte cactus y con ellos plantaré doscientos más. A este ritmo, en un mes cubro el cupo, aprovechando sólo este rato de antes de comer de los fines de semana. Me siento optimista en cuanto a cómo será su enraizamiento y crecimiento posterior. Hasta ahora, los que planté de prueba en el verano van como tiros y los nuevos, con el calorcito que allí hace... Mira, toca mi camisa. Tengo una sudada encima como si los hubiese estado plantando en el Valle de la Muerte, que es uno de los desiertos más calurosos y áridos del mundo. Que para más señas está entre los estados de California y Nevada, a un montón de metros bajo el nivel del mar.

Pero los miles de cactus -además de entretenerme en horas tontas del invierno- servirían para recaudar unos fondos que complementaban los del resto de mis ingresos. Para poder ampliar el zoo, primero debería de hacer que el conjunto funcionase como una máquina bien engrasada, y, en este caso, la grasa era el dinero.

1980



CAPÍTULO 4

Despedí el año, si no con plena satisfacción, sí contento de haber superado los registros del año anterior, aunque no fuese de una forma tan espectacular como en esa ocasión.

Se produjo el cierre absoluto de las cuevas de Altamira a toda persona, excepto para el equipo de la universidad, entre los que me encontraba, que valoraba de qué forma afectaba en los parámetros físicos la entrada de tanto público como las había visitado en años anteriores.

Cuando alguien, en uno de mis paseos por el zoo, me preguntaba cuál era el problema, le exponía mis puntos de vista.

—Las pinturas de Altamira no dejan de ser sólo una cascarilla de pigmentos sobre una roca porosa —aunque su permeabilidad sea tan solo de diez elevado a la menos siete, que es casi como si fuese absolutamente impermeable— que recibe ondas de calor o frío desde el exterior, debido al transcurrir de las cuatro estaciones del año. Si tiene usted en cuenta que su edad ronda los catorce mil años... para que lo entienda mejor, estas pinturas tienen cuarenta veces más edad que los cuadros de Velázquez y seis veces más que la Acrópolis de Atenas. ¡Por cada año de las pinturas de los clásicos españoles, estas pinturas rupestres han soportad 40 AÑOS de humedades, pequeños cambios de temperatura y todo lo que pueda imaginar!— Me tomaba un respiro y esperaba a que mi interlocutor asimilase estas magnitudes...

—¿Cuál es ahora el problema? Si usted se miró hoy por la mañana al espejo y se comparó con ayer, no habrá notado ningún cambio en su fisonomía, pero lo ha habido, e importante. Otra cosa es que usted sea capaz de apreciarlo. Un hombre, cuando cumple sus sesenta años, ha vivido 21.915 días, incluyendo los veintinueves de febrero de los bisiestos. Cada dos años de edad de las pinturas de Altamira se corresponden por tanto con tres días de la vida de una persona. Para saber si Altamira ha envejecido lo mismo que un hombre en noventa días –cantidad a todas luces inapreciable- tendríamos que estar ¡Sesenta años! Observándolas a diario.

Por otra parte, en un corto espacio de tiempo –como ocurre en las personas- su aspecto puede mejorar o empeorar de forma transitoria, para después volver aparentemente al mismo punto. Una subida de un grado en el interior de la cueva o una variación de un dos por ciento en la humedad relativa debido a un periodo de viento sur, pueden –aunque sea solo aparentemente y de forma transitoria- devolverles intensidad a los pigmentos o quitarles brillo. El tema es tan controvertido, que, a pesar de los modernísimos y costosísimos aparatos que están instalando el equipo de físicos de Eugenio Villar... ya verá usted que políticos y científicos, no se van a poner de acuerdo tan fácilmente...

—...El otro día acompañé al Rector de esta universidad de Cantabria, Guillermo Gómez Laa –con el que colaboro en un estudio de esta cueva- a una visita a su interior. Para entrar tuvimos que pelear un poco con su pintoresco director, Méndez, que no le gusta que le “pisen” los forasteros su cueva ¿A que suena a película del oeste? Durante el tiempo que estuvimos charlando con él, nos contó cada cosa que, por su pintoresquismo, no quiero repetir, pero sí le contaré que entre otras, nos contó con ese hablar un poco entre gangoso y entrecortado...

—Mire rector, esto de las cuevas me tiene hartó. Todo el mundo me pregunta y me escriben incluso desde el extranje-

ro. Hoy sin ir más lejos, he enviado una carta a un periódico alemán que quiere saber por qué se han cerrado las cuevas a los visitantes. Les he expuesto mi opinión, aunque le duela a quien le duela -eso iba por nosotros, seguro- Se lo he escrito así de claro:

—“Si antes de cerrar la puerta de la cueva a cal y canto, la cueva en su interior tenía una humedad del noventa por ciento... ahora, con la cueva cerrada, habrá dentro de ella el ciento veinte o ciento treinta por ciento de humedad...” ¡Cómo no se van a estropear las pinturas con esta humedad! Ahora todavía más que si estuviesen abiertas.

Después nos contó que era lanzador de cuchillos, cinturón negro de karate...

Al salir, Guillermo, me hizo el siguiente comentario.

—Espero que los alemanes no entiendan en toda su dimensión este comentario de Méndez, o por lo menos no nos desprestigien con su publicación...- Nunca lo supimos.

—De todas formas, Guillermo, te diré que he oído a Gregorio -un colombófilo que ganó un concurso con sus palomas mensajeras- explicar a mi padre que la razón de su triunfo radicó exclusivamente en la comida que preparaba para sus palomas mensajeras. La fórmula era ésta, por si algún día te viene esta afición... Apunta. Repito sus palabras al pié de la letra.

—“Un cincuenta por ciento de maíz, un veinte de yeros, un diez de beza, un quince de trigo, un diez de habas, otro diez de guisantes, un cinco por ciento de cañamón -que les encela cantidad- otro cinco de linaza, la semilla de lino -que es muy buena para la pluma-... ¡Se me olvidaba! Es esencial añadirle otro diez por ciento de pipas de girasol, que con la grasa las da mucha potencia de vuelo... ¿Qué te parece?

—Que con ese pienso tan extraordinario, es difícil que no ganes todos los concursos- contestó mi padre. Y dirigiéndose a mí, ahora por lo bajines -Cada paloma, en cada diez gramos de pienso se come, sin ella saberlo, casi quince... ¡No me extraña que estén tan fuertes...!

Las cuevas cerradas despertaron mucha polémica, e incluso un día todo el pueblo se sublevó y mantuvo el casco urbano de esta villa cerrado, en señal de protesta.

En el Zoo los animales comen todos los días, no hay por tanto forma humana, de cerrar por vacaciones. Siempre hay alguien trabajando aunque llueva, nieve o granice, sea Navidad o Año Nuevo. Este día de cierre en época invernal y motivado por las cuevas, no nos produjo ninguna pérdida, aunque me molestó por principios. El tema político estaba detrás y nadie quería comprender que el cierre era una medida de conservación... aunque muchas veces me pregunté si merecía la pena marcarse un horizonte a miles de años vista.

¿No sería una triste gracia que las cuevas quedasen como recuerdo de una humanidad extinguida que no las disfrutó? A quién le iba a importar entonces su estado de conservación...

Habían pasado varios meses. Rehecho de las “heridas” que me infligió Saturnino, decidí intentar, en una nueva negociación, conseguir mejores condiciones. Por más que me lamenté, le expliqué el escaso valor de su terreno, mis escasas disponibilidades de dinero y todo aquello que pensé que podría ablandar aquella roca granítica que era aquel viejo soltero y jubilado, todo resultó en vano. Me fui como había llegado, con un no rotundo por todo capital.

Esperé unos cuantos días, me juré que no me lanzaría a su cuello —que era lo que más deseaba en aquel momento— y me presenté en su casita de Herrán. ¿Qué otra cosa podía hacer? Sucumbí a aquel asalto a mano armada, que se llevaba por delante la subida de precio y parte de los exiguos ahorros que se habían salvado del viaje a Ceilán. Firmé un contrato privado y conseguí —no sin lucha— que me permitiese demorar la mayor parte del pago durante unos meses, hasta después del, cada vez más próximo, verano, en que firmaríamos la venta

ante el notario, pero tomando posesión de la parcela de inmediato. Esto suponía un respiro para mi economía y un alivio en el aparcamiento. Sin esta finquita, de nada me servía hacer publicidad, si parte de los que viniesen se daban la vuelta por falta de lugar para aparcar.

Unos días más tarde, varios camiones cargados de piedra machacada de diversos tamaños y con algo de arcilla mezclada, descargaron lo que sería el firme del futuro aparcamiento que -por caro que resultase- representaba una miseria en comparación con lo que, en un futuro de muchos años, podía aportar. Con esta grava bien extendida y compactada, podían aparcar los coches sin quedar atascados cuando lloviese. Veintitrés plazas más de capacidad de aparcamiento, resolvían momentáneamente el problema.

Tenía dos magníficos guacamayos azules que el zoo de Barcelona me donó amablemente. Eran mis joyas de la corona de aves. Llevaban pocos días en el zoo y yo no hacía otra cosa que mirarlos y escuchar satisfecho sus gritos que resonaban por todo el valle.

Una mañana oí sus gritos habituales, pero eran como un eco lejano que me llegaba de la dirección equivocada. ¿Qué ocurría? Volé en dirección a la pajarera de mis aves predilectas y éstas no estaban. Un agujero en el techo -aprovechando un alambre de unión poco apretado- había dado la oportunidad de huir a aquellos dos guacamayos.

El problema no era manco. Dos aves habituadas a su entorno son fáciles de recuperar, pero dos aves “novatas”, pueden llegar a representar un problema de difícil solución.

Mis dos guacamayos, azules y amarillos estaban subidos en lo más alto de los inmensos y centenarios plátanos que bordean la carretera. El lugar, como punto de orientación era para ellos inmejorable, pero para mí, no solo inalcanzable,

sino también difícil de controlar, pues su plumaje, a pesar de su aparente vistosidad, se funde con los verdes de las hojas y los rayos de sol de tal manera que, incluso con unos buenos prismáticos nos las veíamos y deseábamos para controlar a los dos fugitivos.

Tras cuatro horas de espera dieron un primer vuelo de tanteo, entonces se manifestó su belleza en todo su esplendor, pero no sólo para nosotros, sino para todos los habitantes del valle, siendo las aves silvestres las que más sufrieron con su presencia. El miedo a que aquellos invasores de colores, provistos de largas colas, fuesen terribles rapaces, hizo enmudecer a todos los pajarillos de la zona, que se refugiaron en lo más profundo de los matorrales, guardando un silencio absoluto.

Personalmente disfruté viendo por el aire aquellas aves... aunque en el fondo de mi ser desease verlas –para mi tranquilidad- a la mayor brevedad posible, dentro de su ya reparada pajarera.

Cuando estaba mirando sus evoluciones a través de mis prismáticos, una sombra y un quiebro me alertó de que algo imprevisto estaba ocurriendo... Un milano negro, recién llegado de África y dueño de este territorio, no estaba por la labor de que unos intrusos –aunque fuesen de colores- le usurpasen su espacio aéreo. Eligió al que estaba más a su alcance y comenzó a perseguirlo con saña. El pobre e inexperto guacamayo, aceleró lo que pudo, pero su perseguidor, incansable, no cejó en su empeño. El cariz que estaba tomando el asunto no me gustó ni un poco. El guacamayo y su perseguidor a cada vuelta se alejaban más y más, casi hasta perderlos de vista, pero mi ave iba perdiendo fuelle, cada vez volaba más baja y se le notaba agotada, hasta que, exhausta, se lanzó para salvar su vida, a un matorral denso bajo una encina.

Armado de un salobre de fuerte red, corrí hasta allí deseando que el milano se conformase con agotar al intruso y no intentase atacarlo, aunque, en el pico del guacamayo se encontraría una defensa difícil de atravesar.

Cuando llegué al matorral la pobre ave jadeaba con el pico abierto al máximo para que le entrase la mayor cantidad de aire posible. Fue coser y cantar capturarlo, ya que no ofreció la menor resistencia.

Con él en sitio seguro —dado lo fieles que son estas aves a sus parejas— mis posibilidades de captura del evadido aumentaron hasta casi el cien por cien, o ¿acaso como Méndez llegase a sobrepasar esta cifra? Debió de ser así, a juzgar por lo rápido que capturamos a la pareja. Cinco minutos en una jaula en un tejado bien visible fueron suficientes para que descendiese junto a su compañero, se metiese en la jaula contigua provista de comida y agua y, con un leve tirón de un nylon, cerrase la puerta y lo dejase cautivo junto a su pareja.

Desde entonces, cada vez que los milanos llegan de África, les doy la bienvenida y les agradezco la ayuda que me prestó uno de sus antepasados.

Esta vez el agua no me sorprendió. En cuanto vi la forma de llover de aquel día y el color del cielo, me puse en guardia.

El arroyo que atraviesa el zoo, lo hacía con un ruido atronador y un caudal inusitadamente grande para lo que nos tenía acostumbrados. Por suerte, no fue ni parecido a la desdichada inauguración de tres años atrás, y la inundación consiguiente dejó, como único recuerdo, la muerte por ahogamiento de una tonta gallina de guinea que voló hasta caer al agua en mitad de la corriente... y una foto en la que se ven las jaulas de la entrada con un palmo de agua y a mi, con botas de agua cubiertas hasta la mitad, en animada conversación con un mono verde, que por suerte no hubo que ponerlo en lugar más seguro.

Pero como la noticia y la susodicha foto aparecieron en los periódicos locales, le llegó la onda a un periodista del diario “El País”, que me llamó para interesarse por los animales.

Puesto al corriente por mí, su contestación no pudo ser más intrigante.

—Eso no es noticia publicable. Si por una gallina tenemos que gastar tinta y papel, el diario de cada día sería más grueso que un diccionario. Pero déjame a mí que quizás retocándola un poco...

La llamada al día siguiente de un amigo de Madrid me hizo ir volando en busca de un ejemplar del mencionado periódico. Busqué precipitadamente la sección “Gente”, y allí estaba mi nombre y más...

“José Ignacio Pardo de Santayana, dueño del zoológico de Santillana del Mar (Santander), se ha visto obligado a refugiar en un trastero de su casa a un bisonte y a varios monos, para asegurar la supervivencia de dichos animales ante las inundaciones sufridas en días pasados en las instalaciones a consecuencia de las continuas lluvias.”

20 de abril de 1980. Ni quito ni pongo una coma.

Hacía tiempo que soñaba con un rifle que lanzase dardos anestésicos. Hasta esa fecha, tenía para anestesiar a un animal peligroso -en caso de extrema necesidad- dos magníficas escopetas una del calibre doce y la otra del veinte, que tenían el grave inconveniente que anesthesiaban muy rápido y bien... pero para siempre. Nunca las llegué a utilizar pero, cuando se me presentaban problemas -con ciervos machos o lobos que se peleaban- no tenía forma de resolverlos y recurría a separarlos o a que la madre naturaleza lo resolviese, que la verdad sea dicha lo hace generalmente bastante bien.

En una ocasión, tras la terrible pelea entre los dos machos de lobo que cohabitaban con una hembra -que hasta un minuto antes se llevaban bien- me fui a Madrid y volví con un rifle anestésico prestado por Álvaro para, al llegar, encontrar-

me la sorpresa de que lo que me parecieron horribles heridas, una vez lamidas y bien lamidas, se estaban cerrando y parecían leves rasponazos. Pero decidí, ya que tenía los dardos, intentar fabricarme el rifle o, mejor dicho, un sucedáneo que me resolviese el problema.

En el zoo de Barcelona me aconsejaron que probase a fabricar una cerbatana que lanzase los dardos tan solo con la fuerza de mis pulmones. Analicé la posibilidad desde el punto de vista físico e ingenieril.

¿Qué variables entraban en juego? Sólo podía jugar con una: la longitud de la cerbatana.

La fuerza de mi soplado -f- era la que era, una constante en la ecuación. Solo a base de correr y subir a las montañas, podría aumentarla, cosa a la que no estaba dispuesto.

El peso de la jeringuilla cargada -m- dependería en cada caso de la dosis necesaria, pero me tenía que sujetar a ella. Para todos los efectos, otra constante.

El tiempo de actuación de la fuerza era una consecuencia directa de la longitud del tubo. A tubo más largo, más tiempo actuaría mi soplado... hasta que el dardo saliese por el extremo opuesto. Esto me permitía -si mis pulmones expulsaban de una sola vez dos litros de aire- utilizando una cerbatana de un centímetro cuadrado de sección... dos mil centímetros cúbicos de aire que yo expulsaba, bastarían para llenar una cerbatana de... elemental querido Watson... ¡veinte metros! Una reducción por estar el aire comprimido... aplicando la ley de Boyle Mariotte de los gases perfectos... Me sobraban metros de cerbatana por todos los lados.

Resumiendo, la ecuación de la cantidad de movimiento quedó así: $F \times t = m \times v$ (Fuerza por tiempo igual a masa por velocidad).

Cuanto más largo fuese el tubo, tanto más tiempo actuaría la fuerza de mis pulmones sobre el dardo y por tanto a más velocidad saldría lanzado éste por el extremo opuesto al que yo soplabo.

Busqué un tubo de cobre, de los utilizados en instalaciones de calefacción y encontré uno de un diámetro tal, que el dardo de aluminio utilizado por el rifle, se adaptaba como anillo al dedo. Compré un trozo de este tubo de tres metros de longitud.

Al llegar a casa, lo primero que hice fue introducir en el tubo el dardo de prácticas que acompañaba al rifle de Álvaro, apuntar a la puerta de madera que separa el salón de la cocina y soplar con todas mis fuerzas.

Ante el resultado obtenido en la primera prueba me quedé perplejo y me sentí, por un instante, descendiente por línea directa de los indios jíbaros, los más expertos lanzadores de dardos envenenados con cerbatana, de los que tenía noticia. ¡Qué potencia! ¡Qué precisión! El dardo se clavó con tanta fuerza en la tabla de la puerta, que me costó arrancarlo. De inmediato corté un metro del tubo, con dos metros sería más que de sobra.

A partir de esa fecha, en cada cena, merienda u ocasión que se me presentó, hice una exhibición de mi casi-invento. Todo el mundo quedaba perplejo, hasta Maribel, que no le prestaba demasiada atención, se quedó estupefacta al ver la puerta que conectaba el salón con la cocina convertida en un colador -bien llenita de agujeros- que aún hoy en día conserva.

Había resuelto un problema. Ahora podía pinchar antibióticos a quien los necesitase, anestesiarse a todos aquellos pe-leones o rebeldes que fuese necesario, arreglar pezuñas heridas y mil cosas más... todo, gracias a la fuerza de mis pulmones, pero...

Un día aciago, haciendo una exhibición del alcance increíble que podía lograr con la cerbatana, lancé hacia el cielo el dardo de prácticas con tanta fuerza, que, debido al viento, se desvió de la trayectoria prevista y en su descenso –en vez de hacerlo sobre el suelo de césped recortado- cayó atravesando la copa de un frondoso roble, hasta el zarzal y las ortigas que “decoraban” su base, en la linde entre nuestro jardín y la finca

del vecino. Por más que hice y rebusqué, no hallé mi juguete de moda. Pasaron los meses... Llegó el otoño, después el invierno, las ortigas murieron con el frío, las zarzas perdieron casi todas sus hojas, los robles también perdieron todas las suyas y... ¡Apareció el dardo!... a ocho metros de altura, clavado en posición vertical, con la punta hacia abajo, en una de las ramas horizontales del roble, bajo el que busqué y rebusqué sin éxito. Llevaba allí pinchado cerca de ocho meses.

La ocasión la pintan calva. Están construyendo –más bien reformando- la carretera de Torrelavega a Reinosa, una carretera de tiempos de los romanos que ahora, unos siglos más tarde se va a convertir en transitable. La obra está a punto de calar el túnel posterior a Barcena de Pie de Concha que no es un gran túnel, pero está muy a mano y Agustín decide que se haga una “excursión” de prácticas, ya que para un largo viaje a visitar obras viaje, que era el ideal, carecíamos del tiempo necesario.

Me puse en contacto con la empresa y después con el Ingeniero Director. Negociamos lo más importante –dónde nos iban a invitar a comer- y con esa parte resuelta nos acercamos a la obra, vimos la maquinaria utilizada, nos explicaron el porqué de las soluciones utilizadas y mil detalles más, comimos espléndidamente cerca de Reinosa y emprendimos felices el viaje de regreso.

Por experiencia sabía que los alumnos aspirantes a esta titulación no recibían ningún complemento cultural a las numerosas ciencias que se les impartían, así que introduje una variación en el programa inicial y, aprovechando que aún era temprano y anochecía tarde, me los traje a todos invitados a ver el Zoo.

Algunos no habían visto más animales que los que se ven pastando en los prados de esta región y los perros que pasean

por los parques con sus dueños. Ver especies exóticas constituyó para ellos una sorpresa y disfrutaron con la visita que yo les expliqué, durante la cual les advertí que nada de lo explicado en el Zoo entraría en el examen final.

Ese verano, ya éramos residentes fijos en Santillana. No nos importaba carecer de suministro eléctrico y nos habíamos adaptado tan bien -en especial Maribel- que no usaba la linterna ni para, en la noche más negra, subir al piso superior a buscar un objeto cualquiera. Todo lo encontraba al tacto, lo que no por frecuente me dejaba impresionado. Había desarrollado una memoria fotográfica envidiable a la vez que sorprendente. Yo en cambio, mucho más modestamente que ella me defendía en la oscuridad, pero era mucho más dado -con tal de evitar darme un golpe- a utilizar la linterna.

Adquirí la costumbre de leer hasta las tantas. Me apoyaba la linterna sobre el pecho y, ayudado por aquel haz de luz, me pasaba noches casi en vela con las novelas más de moda. Por aquel entonces compartí un herpes zoster en la espalda, que me tuvo en cama diez días, con la novela de un escritor que escalaría las cumbres de la fama años más tarde: Ken Follet. Su obra: “La alternativa del diablo” no se separó de mí hasta que lo hizo el maldito virus.

Si algo necesitábamos en el zoo era publicidad, publicidad y más publicidad. Mejor tarde que nunca.

Habría preferido que el artículo del periódico apareciese en fechas anteriores, pero no lo publicaron hasta el día 24 de agosto, con muchos turistas haciendo las maletas. Pero el artículo estaba escrito con cariño e ilustrado con dos fotos, una de Luis el bisonte y otra de los patos salvajes —una de mis

aficiones- nadando por el río.

Reproduzco el texto integro, con estilo literario de la época y sin la firma de su autor, por lo que debo de catalogarle como “un anónimo del siglo pasado”. ¡Cómo suena de bien!

24 de agosto de 1980 ALERTA
Crónicas de la provincia
EL ZOOLÓGICO DE LA VAGUADA

“En la vaguada sombreada por los avellanos se oyen cantos extraños, sonidos inhabituales, voces que nos trasladan a otras tierras, a otros continentes, y se perciben olores distintos... La razón está en que en esa depresión, en la ruta de Puente San Miguel a Santillana, más cerca de aquella que de éste, por la que discurre un riachuelo, viven en cautividad animales y aves exóticos, junto con los de nuestra fauna autóctona. Ve el visitante un lobo, la silueta grácil del corzo, la hirsuta del jabalí, la aparatosa del ciervo..., la dormilona jineta y el silencioso búho, que alguna vez viera o de los que oyera relatos desde niño. Pero, ve también, insospechadamente, el Tucán, de descomunal y multicolor pico, la vistosa librea de los guacamayos y cacatúas, la estilizada silueta de las garcetas, garzas reales, bueyeras... Los faisanes van desde el común al dorado, pasando por otras especies de la China y de otros puntos del globo; y los patos, porrones, silbones, fochas, etc., etc., llenan la corriente fluvial en la presa retenida... Las rapaces de penetrante mirada y afiladas garras, los mirlos atornasolados. Y el bisonte, un bisonte real, de los de Altamira, hermano, con un millar de kilos de peso.

Pero, no es cosa de hacer aquí un catálogo de todas las especies cautivas de este Zoo singular, sino de saber de su existencia y del auge que van adquiriendo las visitas cotidianas, desde que hace unos ocho años se creara como muestra de la fauna cantábrica, y pasara, después, desde algunos menos, a manos de ese gran naturalista que es Pardo, a tan amplia

representación. El joven director nos acompaña en nuestro recorrido por las instalaciones y él nos hacía las observaciones ante el singular mirlo africano, que brillaba al sol con tonalidades cambiantes, o incitaba a los monos a practicar algunas de sus habilidades. Cuando no se entusiasmaba ante la gracia de un castor salido del baño, o las formas sorprendentemente “humanas” que tiene de practicar la “toilette”, o inquiría del halcón un gesto de su capacidad doméstica como ave de cejrería, posada sobre el clásico guante de halconero puesto en la mano izquierda.

Grandes carteles se exhiben por ahí, anunciadores de este Zoo. Y el reclamo está resultando. Salvando las lógicas distancias, ya se puede ir a ver Santillana del Mar, las cuevas de Altamira (éstas cuando vuelvan a abrirse) y el parque de animales, de este rincón de Vispieres, junto a la carretera. Y, de hecho, aquí llegan cada día muchas personas a disfrutar de los colores de las aves, de las “gracias” de los monos o de la imponente presencia del bisonte “de Altamira” en vivo.

La estrella indiscutible de aquel verano entre todas las aves era –por lo insólito de su pico- el magnífico ejemplar de Tucán Toco, habitante de los bosques tropicales lluviosos, el más grande entre las treinta y cuatro especies de tucanes, tucanetas y aracaríes, oriundas todas de América del sur.

El tucán no tenía nombre propio, para todos menos para Germán era “El tucán” a secas. Germán –a quien “tucán” se le hizo un nombre muy corto y pobre para aquella preciosa ave- le añadió una sílaba, para “redondearle” y dar al nombre más empaque. Para él, a partir de su llegada, siempre fue “El Tucután”.

Gracias a sus habilidades con el pico y a un magnífico póster que editamos le hicimos famoso –el primer póster del zoo- en el que en dos fotografías en color resplandecía en toda

su belleza su magnífico pico y plumaje. En una de las dos -un primer plano- una cereza en la punta de su pico, ponía la guinda -¿o debería escribir “la cereza”?- a aquella estupenda foto. Porque lo que dejaba pasmado a todo el mundo era verle la habilidad inimaginable en el manejo de su gigantesco pico. Cuando tenía público al que quería agradar, daba de comer al tucán. Pero se lo daba lanzándole la comida al aire, y él, como si no hiciese nada, de un certero picotazo interceptaba la cereza en pleno vuelo, la bailaba unos segundos en su pico dejándola caer varias veces, para capturarla nuevamente, cada vez unos centímetros más abajo. Nunca se le caía, tal era su habilidad, innata en estas aves. Por último, sujetándola en la punta del pico, la lanzaba con un movimiento violento de su cabeza hasta su garganta, donde -con hueso incluido- desaparecía, para asombro de los visitantes. Uvas, cerezas y trozos de plátano era lo que prefería de alimento, pero, ¡ay del pobre ratoncito, insecto o incluso gorrión que se metiese en su pajarera! El tucán no dejaba pasar la ocasión de completar su dieta con algo con más sustancia que la fruta. Primero lo mataba de un picotazo, a continuación, a base de sacudidas, lo ablandaba, desplumaba y por último, con manifiesta satisfacción, lo engullía.

El tucán era gracioso y original, hasta para dormir. Su postura -supongo que compartida con todas las especies próximas- era curiosa a la vez que práctica. Se subía al posadero más alto, y la cola -que siempre estaba en posición horizontal- se la echaba a la espalda, pegándola a su cuerpo. Por último, resguardaba su pico entre la cola y su espalda, hasta convertirse todo él en una bola negra, difícil de identificar como lo que era, un ave.

Durante ese verano el tucán tuvo una vecina que bien pudo hacerle la competencia de estrellato, pero no quiso. Era una cacatúa de las Molucas -cincuenta centímetros de longitud- la especie más grande de las cacatúas “blancas”, que ostentan ese color como base, aunque tengan algo más de co-

lorido. Esta especie es de un blanco rosáceo y tiene un pico formidable, que puede partir una nuez -o un dedo humano- sin hacer el más mínimo esfuerzo.

Por aquella época se importaban en gran número, no resultaban caras –creo que fueron quince mil pesetas- pero, para compensar lo baratas que resultaban, había que dedicarles meses, hasta domesticarlas un poquito.

Mi cacatúa no estaba por la labor y, un buen día, cogió el portante y se fue. Primero hizo un gran boquete con el pico en la malla metálica a prueba de todos los picos menos del suyo. Después voló, sin despedirse de mí y nunca más tuve noticias de ella... en esta ocasión, ningún milano negro me pudo ayudar.

La publicidad del periódico, mis “estrellas invitadas” y un cierto prestigio que íbamos adquiriendo, hicieron que se acercasen al Zoo personas a las que, por uno u otro motivo, este lugar había despertado su curiosidad. Nosotros, orgullosos de lo que teníamos, para que el Zoo resultase más atractivo y para que los visitantes se sintieran más satisfechos, hablábamos con todo aquel que se cruzaba en nuestro camino. Si, por ejemplo, veíamos a alguien que miraba interesado a las garzas, lo culturizábamos en el conocimiento de éstas aves. Esto condujo a algunas circunstancias embarazosas.

Una tarde soleada de domingo, Maribel y yo estábamos mirando nuestros patos, junto al aprendiz de río que atravesaba el zoo. Varias personas a nuestro lado hacían lo mismo que nosotros, por lo que no nos quedó más remedio que hacer algún comentario sobre nuestra colección de anátidas. Nuestros interlocutores eran de un pueblo, Udías, cercano a Comillas. El grupo estaba formado por cinco personas, una de las cuales, una señora de poco más de cincuenta años, no abrió la boca en los diez minutos que duró nuestra perorata

sobre las anátidas del mundo. Cuando nos estábamos despidiendo, decidió que debería decir algo y, en un susurro, le dijo a Maribel.

—Señora. Los “corros” —así llamaban, por aquella lejana época, a los patos domésticos en los pueblos de esta región-... -¿Le ponen muchos huevos?

Tuve que intervenir en la contestación e intenté, en pocas palabras, que comprendiese que eran patos muy especiales. Nunca lo hiciera.

—No. Estos patos sólo ponen unos pocos huevos cada año, los imprescindibles para criar a media docena de hijos. Muchos de ellos no ponen hasta que tienen dos años de edad y algunos -para mí desgracia- no tengo la esperanza de que lo hagan nunca.

Mi intervención en la conversación decepcionó profundamente a esta señora. ¡Unos “corros” que apenas ponen huevos! ¿A qué birria de Zoo la había llevado su marido? Sus pensamientos se los leí en el rostro como en un libro abierto.

No contento con mi fracaso con la señora de los “corros”, consecuencia directa de mi parquedad en la explicación, pocos días más tarde me enzarcé a explicarle a un hombretón de cara colorada y vientre cervecero, cómo criaba a mis patitos.

Le di un curso avanzado sobre mis métodos, comenzando con la incubación de los huevos, utilizando para ello a madres nodrizas, gallinas de la raza de “pelea”, que son muy próximas a sus ancestros silvestres y conservan muy agudizado el instinto de la maternidad. Continué con la alimentación de los primeros días de vida de los patitos, a base de huevo cocido y casi pulverizado y con el añadido de lenteja de agua, unas plantitas diminutas que flotan en algunas charcas y que le encantan al “paterío”.

Así estuve poniendo al día a aquel curioso, hasta que, con un curso completo -digno de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo- puse cara de haber agotado todos mis conocimientos.

Mi interlocutor, que hasta entonces se había mostrado interesadísimo y durante mi alocución me había hecho mil preguntas -por lo que estuvimos dándole al tema cerca de una hora- me saludó con un cálido apretón de manos y se despidió.

—Muy interesante, muy interesante. Me lo pensaré. Quizás le compre algunos de estos patos, porque, aunque tenga tantas dificultades su reproducción ¡Deben de estar riquísimos en el plato! A mí las aves no me dicen nada, si no es en el plato, pero ahí... ¡Me vuelven loco!

Le lancé una mirada asesina y me juré que la próxima vez indagaría, en primer lugar y antes de decir una sola palabra, los motivos del interés de un posible interlocutor.

Mientras tanto, seguía insistentemente dando la vara en la Delegación de Industria. Dos ingenieros, Pedro Hernández Cruz, delegado del Ministerio de Industria en esta región y Peña, jefe de todo lo relacionado con el tema “calambres”, eran los encargados de sufrirme con mis quejas hacia Bedón. Supuse que, por cansancio, todos algún día llegaríamos a un acuerdo.

La corriente eléctrica para nosotros era vital en muchos sentidos, uno de ellos, y no precisamente el menos importante, era el control del horario de mi exiguo personal. A falta de electricidad que activase la típica maquinita de “fichar” a la entrada y la salida, cada uno en su papel lo escribía con un bolígrafo. Empecé a sospechar que el padre del Nene, que no era un águila para las operaciones matemáticas, estaba apuntando lo que Dios le daba a entender, en nada concordante con la realidad. Todos los días llegaba exactamente a las ocho en punto de la mañana y salía a las seis y media de la tarde. Así como las dos horas que tardaba en comer estaban reflejadas perfectamente en el papel, las ocho y las seis me obligaron a una cortísima vigilancia.

—Germán, he comprobado que usted llega por la mañana todos los días pasadas la ocho y cuarto y apunta sin excepción las ocho como hora de llegada. ¿No le parece un abuso de confianza?- le amonesté para intentar cortar aquella sangría diaria de más de media hora.

—Esté usted tranquilo, que para compensarle, cuando me voy a las seis, apunto en la hoja las seis y media y arreglado.

—¡Pues sí que lo arregla usted bien!...

Así que Germán, para no hacer operaciones mentales con los minutos —quizá hasta sin mala voluntad, me sisaba casi una hora diaria. La energía eléctrica, si eso era posible, se hizo aún más necesaria.

Me costó convencerla, pero visto lo agotada que llegaba cada día del verano, gracias al aumento de trabajo que le generaba el Festival Internacional, Maribel pidió ¡por fin! la excedencia temporal.

El uno de septiembre fue oficial su cese, y con esa fecha causó baja temporal en la administración. Sería una vida muy diferente a la que se enfrentaba y a la que, en breve —esperaba que este curso que iba a comenzar pronto, para mí fuese el último- la acompañaría yo por el mismo camino.

El cambio de vida y la posibilidad de tomar el sol cada mañana —el sol, a Maribel, le es tan necesario como a las lagartijas- se le notó de día en día por su aspecto y humor, que había sido un acierto. La Delegación la echaría, sin duda, en falta. Casi catorce años trabajando allí, en un trabajo interesante, con compañeros y compañeras con los que estaba compenetrada y tenía buen ambiente y con un jefe, Jaime García de Enterría, que era una persona amable, educada y respetuosa, con el que llegó a tener una gran amistad... todo esto no se podía olvidar tan fácilmente pero, podía mantener el contacto y hacer visitas esporádicas para reunirse con sus

compañeros, en esos desayunos de cafetería tan necesarios para el funcionariado.

Una vez repuesto de las fatigas que me produjo el trato con Saturnino, mis ojos se volvieron en otra dirección. Había una finca colindante al oeste, sur, este y parte del norte, con mis dominios. Con la compra al férreo Saturnino, la tenía completamente rodeada, con lo que se me hacía la boca agua pensando en aquel fruto maduro que, en cuanto zarandease el árbol, ofreciéndole cuatro perras a su propietario, la soltaría como si le quemase.

Hice unas indagaciones en el Registro de la Propiedad y localicé al dueño de nombre José Luis Torre Oruña, que trabajaba de conserje en el Banco de Santander en el Paseo de Pereda.

En cuanto me enteré de su oficio, un escalofrío me recorrió el cuerpo de la cabeza a los pies. Ya había quedado desplumado por el hermano de un conserje. ¿Qué me dejaría de ropa puesta, un auténtico conserje profesional? No obstante... ¿Quién dijo miedo? Cinco años atrás, en la casilla de la hoja de mi licenciamiento del ejército, constaban a continuación, en la línea que decía VALOR, estas tres palabras: SE LE SUPONE.

No sin recelo me cité con él. Quedamos en una cafetería en los alrededores de Cuatro Caminos. Allí se presentó el hombre, de unos veintitantos años más que yo, bajo de estatura y sobrado de peso, con aspecto bonachón y expresión afable. Y sí que lo era, lo que no le impidió largarme, casi sin dejarme soltar su mano, la frase que, visto lo visto, se traía de casa bien aprendida.

—Tengo más de tres mil carros¹ de tierra en fincas dispersas -unas cincuenta hectáreas- Sólo vendo si se presenta una buena ocasión y si pagan bien. Por ésta te voy a pedir

1. Carro: Medida de superficie agrícola usada en Cantabria y que equivale a unos 179 m², aunque varía de unas comarcas a otras.

dos millones cuatrocientas mil pesetas y no pienso bajar una peseta...

Parecía cortado por el mismo patrón que el anterior, con la única diferencia de que no me amenazó con pedirme una barbaridad, sino que me la pidió directamente, sin prepararme para el susto.

Me marché con las orejas gachas –cosa que ya hacía a las mil maravillas- y la moral por los suelos. Mis planes de expansión no iban a resultar tan fáciles como me parecieron en sueños.

Por supuesto que no me rendí. Tenía que cargar las baterías de optimismo, dejar pasar algún tiempo, para que Torre recapacitase y me diese por perdido como cliente, para después volver al ataque con nuevos ímpetus.

1981



CAPÍTULO 5

No lograba quitarme la dichosa finca de la cabeza. Me despertaba pensando en cómo meterle el diente a aquel hueso duro de roer. Tenía demasiada escasez de “dientes” —dinero en este caso— y aunque quisiese comprarla, pagando lo que me pedía, me sería imposible ya que carecía de capacidad de endeudamiento (el zoo estaba hipotecado en la Caja de Ahorros). Me dormía rebulléndome el mismo problema en mi cerebro y por la noche soñaba con el terrenito dichoso.

Ya iba por el cuarto intento telefónico de reblandecer aquella fortaleza que era el propietario del solar, y aparentemente continuaba siendo igual de inexpugnable que al principio. En un momento de enajenación mental llegué a ofrecerle los dos millones, que no tenía y que tampoco sabía si un banco me los prestaría. Era una cantidad demasiado importante.

Una noche en vela y de pronto, en plena oscuridad, veo brillar una luz de esperanza. ¿Qué ocurriría si le aceptase su precio, ofreciéndole abonar éste en plazos mensuales y sin intereses? Más no podía hacer, y el “no” rotundo ya le tenía por el camino de la rebaja de precio.

Cuantas más vueltas le daba en la cabeza, más factible veía esta solución, así que me armé de valor, descolgué el teléfono y solicité una reunión. Cara a cara, vería su expresión y si su semblante reflejaba lo que pensaba, podría mejorar mis posibilidades de convencerlo. La partida de póquer la jugaría en su propia casa, en ella se mostraría más confiado y

mi cara de desánimo quizás ablandase un poco su dureza de tratante pasiego.

Tras no pocas discusiones conseguí que se olvidase de la inflación, y llegamos al acuerdo que yo deseaba. Le pagaría a plazos, a razón de un número de pesetas inolvidable: 33.333 pesetas al mes -durante una “jartá” de meses, que diría un andaluz- pero que me permitiría comenzar a poner en práctica planes más ambiciosos.

Rematar la operación fue sencillo. Con mi ocurrencia de “cómodos plazos”, conseguía desplazar el centro de gravedad de esa deuda ¡tres años! Lo que significaba tener la finca con animales interesantes que atrajesen público, cuando sólo llevase aportados los pagos de unos seis meses -doscientas mil pesetas de nada- que si acompañaba el buen tiempo, lo generaría sin duda la cercana Semana Santa. Esta apuesta contra los meteorólogos -que siempre vaticinaban mal tiempo en esas fechas- me mantendría en vilo hasta el final de esas fiestas.

Decidimos formalizar la operación, rubricando un documento privado en el cual se especificaban todos los detalles concernientes a la compra. La principal condición para mí era poder tomar posesión de aquel prado desde el día siguiente a la firma, y él la aceptó.

No me lo podía creer, mi alegría se me debía de notar en el rostro cuando, por la calle, con el documento que me convertía en propietario en el interior de mi portafolios, abandoné su domicilio en busca de mi coche.

Lo primero era pisar la finca y repisarla en todas direcciones para imaginarme cuál sería la distribución más idónea de los animales que, desde meses atrás, se revolvían inquietos en mi cabeza.

Necesitaba felinos como el respirar. Un zoo sin leones ni leopardos era, para un niño, como una huerta sin tomates

ni lechugas para un agricultor... sólo que, enseguida, vi que plantar lechugas y tomates era bastante más sencillo que instalar leones y panteras.

Decidí que los grandes felinos los situaría al fondo y así su edificio haría las veces de cierre y de defensa, separando el zoo del aparcamiento adquirido a Saturnino. Una especie de línea Maginot difícil de franquear.

Ya casi había olvidado el documento firmado con Torre Oruña en el que se especificaba la cuantía y las fechas de pago -los sesenta y dos primeros de mes de los siguientes seis años- cuando comencé a diseñar caminos, estanques e instalaciones. Elegí y señalé en qué lugares plantaría cada árbol y de qué especie sería. Paseé aquellos dos mil metros cuadrados una y mil veces arriba y abajo. A cada paseo retocaba algo en mi mente, que después incorporaba al plano.

Decía Agustín Gómez Obregón, mi jefe en la Escuela de Ingenieros de Caminos:

—No olvides esto nunca. Al copiar de uno se le llama plagiar, y al copiar de más de dos, se le llama investigar- Me puse a investigar inmediatamente.

Conocía, de sobra, el nuevo zoo de la Casa de Campo desde que, al poco de inaugurarse, me presenté allí y echándole cara, me entrevisté con el flamante y primer Director Gerente, Rafael Tarí Botas, ingeniero de “teleco” o aeronáutico. Posteriormente hice lo mismo con su sucesor, Tomás Cerdán Macías y con la directora técnica la Doctora Doña Margarita Celma, con los que mantenía una buena relación, diferencias de posición aparte.

El Zoo de Barcelona lo había visitado varias veces y en ninguna de ellas había pasado por alto las instalaciones. Mis relaciones con su Director el Sr. Antonio Jonch Cuspinera eran muy cordiales y con algunos conservadores aún más. Allí

me conocían hasta los becarios, de tanto que fui de aquí para allá... investigando.

De memoria, a pesar del tiempo transcurrido, recordaba las instalaciones de la extinta Casa de Fieras del Retiro madrileño, donde me exiliaba alguna mañana, cuando hacía novillos en mi época de estudiante de ingeniería. Las diferencias entre las instalaciones de los dos modernos zoos y las de la Casa de Fieras eran abismales. Como en el juego de las “siete y media” en unas me “pasaba de largo” de mis posibilidades y en las extintas del parque del Retiro se me quedaban cortas.

El zoo de Calahorra, situado en la villa de la famosa jota “Calahorra no es Calahorra, que parece Washington, pues tiene obispo y más cosas... hasta acabar en frontón”. Ya lo conocía “de pasada” desde un año antes. Allí vi, en aquella ocasión, un cachorrito de león, atado con una correa como si de un perrito se tratase, que me distrajo tanto como para no fijarme en las instalaciones lo suficiente. No tenía otro remedio que repetir la visita.

Hasta allí me fui por segunda vez y vi, en parte, lo que estaba buscando. Unas instalaciones sencillas que, si el día de mañana había más terreno y más posibles, se podrían fácilmente reconvertir para otra utilidad. Además tenían el cachorro de león –ya no tan cachorro- encerrado y sin correa que, ¿quién sabe? Quizás unos meses más adelante podría encajar en mis planes.

Para desarrollar mi proyecto disponía de un frente útil de treinta metros que podía dividir en cuatro partes, tres para construir de inmediato y una parcela de reserva para construir en el incierto futuro. De fondo podría darles hasta cinco metros con lo que resultarían apartamentos soleados de treinta y siete metros cuadrados la unidad. No daba para más.

Hecho el proyecto, y visado como es de rigor, comenzaría las obras de inmediato.

Un soldador de Carranceja, apodado “el Gallo”, me haría todos los enrejados y puertas necesarias. La albañilería corre-

ría a cargo de Jesús Gómez Puente, vecino del mismo pueblo y compañero de andanzas cinegéticas, ya que practicábamos juntos la cetrería.

Mientras pensaba en estos y otros detalles decidí “embarcarme” en la aventura de organizar un concurso infantil de pintura. Lo primero era elegir unos miembros del jurado que diesen prestigio al evento. Conseguí convencer sin dificultad a dos célebres pintores cántabros, Gloria Torner y Julio de Pablo además de a Leopoldo Rodríguez Alcalde, hombre culto y bibliófilo empedernido, fácil también de convencer, por trabajar en la Delegación de Información y Turismo y haber sido, por tanto, compañero de trabajo de Maribel... no sé si había más miembros en el jurado “de fuera” pero si recuerdo, por el trabajo que nos costó juzgar aquel mar de láminas, que también lo éramos nosotros mismos, Maribel y yo.

Consistía el concurso, en animar a los colegios a visitarnos convirtiendo la visita en una clase práctica de dibujo con modelos del natural. Sólo era obligatorio un requisito: que los dibujos se hiciesen durante la visita, sin límite de tiempo. Tres categorías: hasta ocho años, de ocho a once y de once a catorce y cuatro premios por cada una, consistentes en un trofeo para el primero y medallas para el resto, diplomas para los veinticinco restantes, especificando a qué categoría correspondía... y además -y esto era lo bueno- un viaje en tren a Madrid para los doce niños -acompañado cada uno de ellos por un familiar o un profesor- para visitar el parque de atracciones y el zoo de la capital, con comida incluida en el restaurante de este último... Yo haría las veces de cicerone y les enseñaría personalmente el zoo. Por supuesto todo pagado, estancia en hotel incluida.

Por si fuese poco todo esto, añadimos lotes de libros y una invitación para visitar el zoo para todos los niños del colegio que más premios hubiese logrado.

El zoo se convirtió en una especie de romería donde, cada día, varias decenas de niños se afanaban en dibujar en posturas inverosímiles: sentados en el suelo, tumbados en la hierba, apoyados en el tronco de un árbol... pero siempre con una concentración y un interés que me asombró.

A la salida, en la taquilla, entregaban el dibujo y un sobre cerrado con su nombre, curso, edad y colegio a que pertenecían. La chica de la taquilla, en función de la edad del artista, escribía en la parte trasera del dibujo, la categoría a la que pertenecía el artista y un número. Lo mismo escribía en el sobre cerrado que recibía del niño. Esto garantizaba el máximo rigor y equidad en la adjudicación de los premios.

Cuando finalizó el plazo del concurso cerca de mil doscientos niños habían participado, y en algún caso, como ocurrió con el colegio Tagore, con visitas masivas de casi todo el alumnado.

Nos repartimos las láminas entre los miembros del jurado y nos las pasamos después de uno a otro, hasta que las casi mil doscientas pasaron por todas las manos. Tras la puntuación de todos los dibujos, numerados de forma anónima, elegimos a los premiados en una reunión con el jurado al completo, al finalizar la cual, sacamos los sobres cerrados que contenían la identidad de cada niño que se correspondía con un número.

Como se preveía, por el número de participantes aportados, el colegio Tagore se forró a premios y le correspondieron por ello las visitas colectivas de premio. Sólo nos quedaba celebrar la entrega de los premios individuales y organizar el viaje.

El acto de entrega se celebró el 25 de junio en el Ateneo de Santander y estuvo presidido por los delegados provinciales de Cultura, Turismo y por mi. Fue un acto multitudinario a la vez que entrañable, y tanto los niños -premiados o no- como sus familiares disfrutaron viendo a los triunfadores en el estrado recibiendo los galardones. La fecha del viaje, dado que ya estaban los niños de vacaciones, se fijó para el mes de octubre, tras el comienzo del siguiente curso.

Mientras las obras de cimentación avanzaban a buen ritmo, me puse en contacto con la directora técnica del zoo de la Casa de Campo, la Doctora Doña Margarita Celma. Le conté en un momento mis intenciones y necesidades.

—No puedes haber elegido mejor ocasión para llamarme, pues disponemos en excedentes de un macho joven y precioso de leopardo africano y de una leona de un añito que hemos criado a biberón y que es un encanto de animal- fue su contestación que me trasportó a un éxtasis africano.

Con Barcelona me ocurrió algo parecido:

—Tengo una pareja de pumas, que deseo que se vayan cuanto antes- Cerrar el trato con el Sr. Jonch fue coser y cantar. ¡Menos mal que con los animales no parecían surgir los mismos problemas que con las fincas!...

En Calahorra, me aseguraron que el jovencito león sería mío. Podía ir a buscarlo cuando quisiese -eso sí- con veinticinco mil pesetas en el bolsillo. Me pareció un trato razonable.

Tuve que lanzarme a las obras de sol a sol. El verano estaba al alcance de la mano y no podía desperdiciar tal ocasión o me quedaría estancado en visitantes...y, ¿dónde estarían estos animales el siguiente verano? Arriesgando mucho, con las obras en cimientos, comprometí, para tres meses más tarde, las fechas de llegada, y aunque alguno un poco a regañadientes, se comprometieron todos a reservarme los animales hasta mediados de agosto.

Me dediqué de inmediato a buscar personal de refuerzo. Tenía que hacer caminos de hormigón para el público, vallar la totalidad del nuevo recinto, colocar una protección entre felinos y público e infinitos detalles que, con el paso del tiempo, irían surgiendo con toda seguridad...

En el edificio de felinos, propiamente dicho, trabajábamos las últimas horas de cada tarde y los sábados y domingos todo el día, ya que mi amigo Chuchi, además de cetrero

“azorero”, era albañil de los buenos y tenía su trabajo en una constructora dedicada a hacer pisos. Entre semana se venía a las cinco, cuando acababa su trabajo oficial, a nuestra obra particular y los fines de semana cuando no tenía otros compromisos, los echaba en ella el día entero.

Como se aproximaba el día de inaugurar y estábamos como los políticos antes de las elecciones, dispuestos a inaugurar lo que no estaba ni con mucho finalizado, convencí a Chuchi para que se cogiese las vacaciones en la empresa y me ayudase de sol a sol a terminar el edificio. Así lo hizo y con Chuchi ya a mis órdenes tuve la esperanza de no tener que meter temporalmente a los leones y otros felinos en el trastero de casa, como me “ocurrió” –según noticiaba El País- con el bisonte y varios monos durante las inundaciones de un año antes.

A partir de entonces las obras iban a buen ritmo... pero el paso de los días también. ¿Seríamos capaces de terminarlo en la fecha prevista?

Ocurrió tiempo después de comprar este terreno, mediada la primavera, cuando una tarde de domingo me acerqué a repasar el replanteo de las nuevas obras en construcción. Distraídamamente se me fue la mirada hacia esa roca que, situada estratégicamente en el centro del prado, utilizaba con frecuencia para sentarme sobre ella a imaginar cómo estaría aquello terminado... pero vi un movimiento, hartos conocido por mí, que me heló la sangre en las venas, corrí hasta nuestro almacén a buscar un alambre largo y fuerte. Ya de vuelta, me aproximé agachado con infinita cautela, para no detectar mi presencia.

Como me había parecido la finca tenía premio y gordo. Acto seguido doblé la punta del alambre, dándole forma de gancho. Con más cuidado aún, lo metí por el agujero, lo giré y di un tirón sacando al habitante de aquella cavidad. ¡Vaya

hembra de víbora! Quizás la más grande que he capturado en mi vida ¡y pensar que me sentaba a medio metro de su guarida!

Ya con la víbora sujeta por el cuello, mientras caminaba en busca de un recipiente seguro donde depositarla, un recuerdo de días pasados me puso la carne de gallina. Por mi mente cruzaron rápidamente las imágenes de cincuenta niños correteando detrás de un balón por aquel prado. Por suerte las víboras son muy cautas y -como hizo ésta al sentirme- se meten, a la menor señal de peligro, en su refugio donde se sienten seguras.

Al domingo siguiente, a las ocho menos cuarto de la tarde le hice el siguiente comentario a Maribel.

—Ven un momento conmigo, que te voy a enseñar todo lo que hemos avanzado con la cimentación.

—Imposible Ignacio. Si te acompaño llegaremos tarde a la misa de ocho en la Colegiata- Aunque no la vi dispuesta a ceder insistí, pues disfrutaba compartiendo los avances de mi obra.

—Es un minuto. Son menos cuarto y llegaremos de sobra.- Le aseguré convencido... y llegamos tarde, porque me acompañó y surgió un imprevisto imposible de imaginar.

Al pasar frente a la piedra de la víbora, vi meterse bajo ella a una segunda, aunque un poco más pequeña.

Nueva carrera a por el gancho, y esta vez de vuelta con un recipiente adecuado en mi mano, no tuve necesidad de sujetarla con mis dedos, cosa que había hecho con otras, hasta esa fecha en más de veinte ocasiones, y siempre con el mismo resultado. En cada una de estas ocasiones, una vez el animalito en lugar seguro, me tomaba el pulso y nunca logré bajar de ciento cuarenta pulsaciones. En esta ocasión no fue una excepción. Mi corazón alterado por la descarga de adrenalina, latía a ese mismo ritmo.

Con dos hermosas víboras en un terrario, el precio concertado me siguió pareciendo un disparate, que diría mi abuela.

Aunque me pareciese imposible lo que veían mis ojos, después de cuatro años viviendo en tinieblas, un equipo de HUGÓN S.A. la empresa especializada, estaba “tirando la línea” que nos traería el deseado recibo mensual de la luz, lo que cambiaría en gran parte nuestra vida.

Atrás quedaría una lucha de más de cuatro años con la empresa eléctrica Bedón.

La batalla había comenzado años atrás, cuando vi el primer presupuesto de mi línea eléctrica, utilizando como materiales para su construcción: cables de oro, postes de ébano y hormigón conteniendo piedras preciosas. Por lo menos es lo que sugirió su precio: millón y medio largo de pesetas. Me negué en redondo, ya que no disponía de esa cantidad e intenté rebajarla sin conseguirlo.

Un día mi hermano Eduardo me abrió un camino que conducía a una posible solución.

—He contado a Bienvenido Casado -el instalador que trabaja para nosotros en Talleres Obregón- tus problemas con la empresa eléctrica Bedón, y me ha dicho que vayas a verlo sin pérdida de tiempo.

Bienvenido resulto ser un señor muy amable que se le notaba a la legua que apreciaba a mi hermano.

—Estos de las eléctricas son gente de cuidado y les cuesta un mundo —aunque les corresponda por ley- rascarse el bolsillo y construir una línea si no se la pagan como si estuviese hecha con oro- Vi que coincidíamos en los materiales a emplear- Ellos cobran por ley a todo hijo de vecino, en cada Kw. que le facturan, unas pequeñas cantidades destinadas a construir líneas que pueden no ser rentables para ellos, pero que en realidad las hemos pagado y requetepagado unas cuantas veces entre todos los consumidores. Si tu petición cumple ciertos requisitos, tienen la obligación de construirla gratis, pagando tú, solamente la tasa de enganche-. Tras una breve pausa.

—¿A qué distancia estás de la casa con electricidad más próxima- Me sorprendió su pregunta.

—A más de trescientos metros, supongo- Al escuchar mi contestación, Bienve, torció el gesto.

—Y... ¿dónde está el transformador más cercano?

—Pegado a la casa. ¿Tiene mucha importancia?- Ante mi respuesta, a Bienve en esta ocasión, se le iluminó el rostro.

—Mídelo bien que, a lo mejor, entre tú y yo, les damos un disgusto... Estoy deseándolo.

A la mañana siguiente, con mi medida aproximada de 380 metros volví a contárselo a “Bienve” que me esperaba con un Boletín Oficial del Estado abierto entre sus manos y del que, sin más explicaciones, me leyó un párrafo que más o menos decía así.

—“Asímismo las compañías suministradoras construirán, sin cargo alguno para el peticionario, aquellas líneas eléctricas, cuya petición de suministro se efectúe a menos de cuatrocientos metros de un punto de transformación, o a menos de ciento cincuenta de un punto de consumo.”- Me quedé con la boca abierta. Pero Bienve continuó. —Esto es lo que dice la ley, otra cosa es que la quieran cumplir. Se agarrarán a un clavo ardiendo para no hacerlo. Lo primero que tienes que hacer es reclamar en la Delegación de Industria, a ver que nos contestan.

Primero vinieron a medir hasta el punto que yo les indiqué, en el costado de la “casa de muñecas” de la entrada, que era el edificio más cercano al transformador. Pocos días después me comunicaron, por escrito, del aviso dado a Bedón de que, si en el plazo de un mes no habían comenzado la línea les sancionarían...

Días después, recibí un escrito de Bedón en el cual me pedían que acudiese a Gijón -donde tenían la sede- con las escrituras de las fincas por las que tendría que atravesar el tendido... y con los permisos de los dueños para pasarles la línea por encima. Casi un imposible, pues eran varias -más de cinco- por lo que di por perdido el primer asalto.

Volví a la Delegación con la absurda exigencia de Bedón y comenzó la guerra... Les multaron pero no cedieron... nueva denuncia por mi parte y otra multa.

Mientras tanto los meses pasaban y nosotros cenábamos en casa con amigos y compañeros de la escuela... a la luz de un candil de butano de los denominados de camping gas. Todos se sorprendían de que teniendo teléfono, instalación eléctrica y lámparas por toda la casa, careciésemos de suministro.

Disponíamos de un pequeño grupo electrógeno que mi padre utilizaba para capturar mariposas nocturnas, pero hacía un ruido de mil diablos y duraba el depósito de gasolina menos de dos horas. Lo encendí en pocas ocasiones, más que nada para ver el efecto que hacía nuestra casa iluminada. Y en la única vez que, de verdad, fue necesario su funcionamiento...

Miguel Losada, catedrático de la asignatura de puertos, organizó un curso internacional sobre este tema amplísimo en la Universidad Internacional Menéndez Pelayo. La visita a Santillana era obligada y por hacerla más original se le ocurrió que, si yo ponía mi casa y mi jardín, él se encargaba de contratar la cena, visitarían el zoo y después cenaríamos todos juntos en el jardín de mi casa. Pedí permiso a la superioridad –mi mujer Maribel- y con su consentimiento lo preparamos todo.

No sería complicado, “sólo eran” ciento veinte personas de un montón de nacionalidades diferentes, que vendrían en dos autobuses.

En aquella ocasión el motor del grupo electrógeno se negó a arrancar. ¡Menos mal que ya habían terminado la cena los extranjeros, y todos sabemos que les gusta acostarse como a las gallinas. El resto de los participantes -más aguerridos y de otras costumbres- aguantaron el tipo y prolongaron la velada en una noche de lo más original, bebiendo abundantemente a la luz de las estrellas y... de un candil de gas butano.

En castigo por su comportamiento, nunca más intenté arrancar el dichoso generador.

Pasaron más meses de disputas y, un día, recibí la llamada del presidente de Electra Bedón. Vendría a discutir el problema a mi casa.

Era un hombretón que me sacaba un palmo de altura pero de trato afable, lo que me tranquilizó. Tras un corto preámbulo de presentaciones, fue al grano directamente

—Verás -me dijo- si yo te hago el tendido sin cobrarte, al día siguiente no me caben en la mesa las peticiones de los que están en tu mismo caso. Ten en cuenta, para que te hagas una idea, que el consumo que tenemos en la zona rural desde Asturias hasta aquí, es la centésima parte o menos del que tengo en Gijón. Si doy luz a uno, la reclama el siguiente y así hasta que la tengan todos. Por eso no me importa que nos multen todo lo que quieran, es mucho más barato, pero me incomoda esta situación con Industria. ¿Se te ocurre una solución?

—Sólo una. Que bajéis el presupuesto. No veo por qué tengo yo que pagar, además del valor de la obra, el beneficio de HUGÓN S.A. la empresa constructora a la que le contratáis los tendidos eléctricos y, además, otro beneficio más para vosotros, cuando ha quedado bien claro que vuestra obligación es construirla con vuestro dinerito y cobrarme sólo el derecho de acometida que son cuatro perras. Yo creo que la solución más justa -y con eso os quitáis el problema de encima- pasa por equivocaros en los cálculos y hacer un presupuesto con una cantidad muy inferior, apretarle las clavijas a la contrata y daros así por contentos. Nadie tendría que saber, como en el programa de la televisión cual era “el precio justo”. Al fin y al cabo, el dinero se lo habéis cobrado a los usuarios por adelantado. Yo puedo poner una cantidad y mi vecino, que tiene un montón de vacas y quiere modernizar la cuadra con

ordeño automático y refrigeración, estoy seguro que también pondrá una parte. ¿Qué te parecería si entre los dos ponemos trescientas cincuenta mil pesetas?

Después de unos segundos pensando mi propuesta.

—Me puede servir si zanjamos el problema discretamente y consigo así aplacar a la Delegación de Industria que anda bastante cabreada con este tema, y quieren archivarlo de una vez.

—Una cosa más. Quiero una línea trifásica en condiciones, con postes de hormigón y una sección del cable conductor que nos permita disponer, entre mi vecino y yo, de una potencia de por lo menos cincuenta kilowatios hora.

—De acuerdo. -dijo satisfecho. Nos estrechamos la mano y nunca más volví a verlo...

El vecino asumió un tercio y yo los dos restantes. Ahora estábamos a punto de poder movernos en la noche sin linternas y sin tantear todo el recorrido por la casa que, dicho sea de paso que Maribel —como he dicho— lo hacía de memoria, sin linterna, yendo derecha y en total oscuridad a coger aquel objeto que necesitaba.

Dado el éxito de público de la excursión de prácticas del año anterior, se decidió -aprovechando esta obra de gran envergadura- visitar la construcción de la autopista de Oviedo a León en el tramo del puerto de Pajares. Estaban a punto de calar un túnel como Dios manda —el túnel del Negrón- y esta sí era una obra que merecía la pena visitar.

Nos pusimos en contacto con la empresa constructora que realizaba la obra. Acuerdo inmediato en el tema alimenticio, como no podía ser de otra manera, y viaje, esta vez con equipaje, pues teníamos que pernoctar en Oviedo. Me acompañaría el profesor titular de geotecnia, Cesar Sagasetta al cual conocía desde muchos años atrás.

La noche de Oviedo resultó muy agradable para algunos, pues la dirección del hotel nos advirtió que la próxima vez -como si esto fuese posible- atásemos más en corto a nuestros “niños” de veintitantos años de edad, ya que algunos clientes se quejaron, de escuchar gritos y voces femeninas entre las tres y seis de la mañana. Juramos que “todos estaban en la cama” a esas horas, y no mentimos en nuestro juramento... no aclaramos -no nos lo preguntaron- si solos o acompañados.

La visita a la obra fue muy instructiva y una excelente clase práctica, de lo que se adolecía en nuestras enseñanzas. Coincidimos con el cale del túnel, momento memorable en que ambas vertientes quedan unidas.

A la vuelta completamos la clase práctica con la visita a otra obra más pequeña -pero para mí muy especial- ésta en el Zoo de Santillana. Vimos los animales del zoo y la construcción de las nuevas instalaciones de felinos, próximas a concluirse.

Una pátina de cultura zoológica les hace más falta a los ingenieros que la pintura de imprimación que protege al hierro, cuando se trabaja con ese material.

La llegada de la luz eléctrica parecía un milagro inminente. Cuatro años haciendo un cursillo de ciegos, moviéndonos a tientas por la casa, leyendo hasta las tantas a la luz de una linterna o de un candil, cenando con amigos invitados bajo esas luces miserables y con el soniquete añadido producido por el omnipresente candil de camping gas -balanceándose colgado de una lámpara de seis bombillas inútiles- iban a ser, en unas horas, historia antigua.

Sólo pensar que podríamos soldar todas las rejas de la instalación de felinos nada más que enchufando una sencilla máquina de soldar, me parecería un milagro. Íbamos a entrar en la edad moderna. ¡Fuera botellas de oxígeno y acetileno!

La empresa constructora de tendidos eléctricos, “HUGÓN S.A.” dirigida por Luis -el que años antes me sirvió innumerables consumiciones en la barra del Casino o Circulo de Recreo de Torrelavega y ahora metido a empresario de éxito- estaba dando los últimos retoques a la línea que, desde el transformador de Herrán -distante los importantísimos y famosos 386 metros- traería esa cosa invisible e intangible que nos ilumina y nos hace más agradable la vida, que es la corriente eléctrica.

Llegó la luz. No hacía ni una hora del feliz suceso, de aquel 26 de junio histórico, cuando, con todas las luces de la casa encendidas, una llamada telefónica nos trasmitió una triste noticia que iba a ensombrecer tan feliz acontecimiento.

Jesús López Alonso, Ingeniero de Caminos como yo, profesor de la Escuela T. S. de Ingenieros de Caminos desde hacía cuatro años -también como yo- y recluta en el centro de instrucción de reclutas número 1 de Colmenar Viejo, donde yo realicé las práctica de alférez de mis milicias universitarias y donde él formaba parte de mi compañía -la 18- , que colaboró en la composición de aquella canción que me cantaron los reclutas, que, con la música de “Susanita tiene un ratón, un ratón chiquitín”... homenajeaba a mi azor Doña Brunilda... “El alférez tiene un azor, un azor cazador...” Aunque me pareciese increíble, él, Jesús, mi amigo, había muerto en un accidente mientras, en una calicata de unas obras en ACERIASA, tomaba muestras en el fondo de una excavación cuyo talud se desplomó sobre él.

Se acabó la celebración. Todo pasó a segundo plano. La muerte de Jesús, padre de una criatura y que, junto a su esposa y la hermana gemela de ésta y otro compañero de la escuela, “Angelote” para los amigos, habían comido pocos días antes en casa una paella que yo mismo cociné, se llevó muchos recuerdos que sólo con él había compartido. Todavía hoy lo recuerdo con sus gafas y su cara redonda de hombre bonachón, contándome cómo un desaprensivo expolió un pollo de hal-

cón peregrino en el castillo de su pueblo, junto a lo que, en tiempos, fue la Laguna de la Nava, en la provincia de Palencia.

Al día siguiente, en el funeral y entierro estaba presente toda la universidad. Allí me contaron como ocurrió la tragedia, fue otro amigo y compañero, Francisco Ballester, compañero de Jesús en la asignatura de Geotecnia o Técnicas del Suelo, quien para más casualidad era el director de Monobra, la empresa que llevaba la obra, aunque el tajo en el que ocurrió el accidente estaba subcontratado a una empresa de excavaciones.

En un momento de enajenación mental transitoria, acepté una bomba de relojería en forma de macho de macaco de Java. No sé que demonio me tentó, si un exceso de buen corazón, una falta de glucosa en mi cerebro o la enajenación mental, pero lo acepté e instalé frente a la taquilla. Que era mi único lugar disponible.

Por suerte a Samy, ese era su nombre, no le precedía ninguna fechoría en su currículum. Era joven, no habían asomado aun las “dagas” en vez de colmillos, que tienen en su boca los machos adultos, y me sentí con ánimo para manejarlo.

Como si en Santillana fuese “el año del mono”, Samy fue el comienzo de nuevas incorporaciones.

En cierta ocasión, poco después de este primer fichaje, me ofrecieron una monita que vivía en el jardín de un chalé de la urbanización conocida como “La Ciudad Jardín”, frente al hospital Valdecilla.

Acudí a la casa citada a ver de qué especie de primate se trataba y me encontré con una monita preciosa, de no más —a mi entender entonces— de año y medio de edad. Su nombre -Nicoletta- era tan bonito como ella. Su cara tenía franjas azules y sus ojos una mirada dulce de niño casi humano. Nicoletta fue traída a España por el propietario del chalé donde ella correteaba por el jardín y trepaba de árbol en árbol.

En Guinea era muy frecuente en aquellos años que, los que, como el Sr. Blanco, tenían allí negocios, con frecuencia y por cuatro pesetas, o poco más, se trajesen de mascota para sus hijos a un huerfanito. Porque Nicoletta, pese a su corta edad, lo era, y su trágica historia, que por suerte ella desconocía era similar a la de otros muchos pequeñines que llegaban a España desde dicho país, donde la caza por necesidades alimenticias dejaban el “residuo” de -muertas las madres de un tiro y vendidos sus cuerpos en el mercado como “carne de selva”- a miles de bebés monitos que, si tenían suerte, eran comprados por un europeo que se los traía a Europa como mascota familiar sin el menor problema. “Nicoletta” tuvo esta suerte y más aún, porque encontró primero a una familia que la cuidó y le permitió disfrutar de unos meses veraniegos correteando y saltando de árbol en árbol en su jardín frente al Hospital Valdecilla. Y segundo, también recibió atenciones en abundancia y posteriormente en nuestro Zoo que la acogió con igual cariño.

Pero la monita estuvo a punto de morir de una infección respiratoria que curó sin separarse de nosotros, aprovechando nuestro calor corporal.

Posteriormente, y a través de la misma familia nos llegó un hermanito, para que tuviese compañía. Le faltaba más de media cola, y por su nombre, “Enano”, es fácil hacerse una idea de su edad y tamaño.

“Enano” también pasó por el mismo trance de su hermanita mayor, una enfermedad prematura de la que se recuperó en el bolsillo de mi chaquetón -¡Tan pequeño era!- donde me acompañó acurrucado durante una buena cantidad de días. Enano, con seguridad, no tendría más de diez meses de edad.

A ambos los clasifiqué sin dificultad en su momento, como cercopitecos de cara azul, y en latinajos Cercopithecus cephus, especie de bosque tropical, habitante numeroso en las selvas guineanas.

Los primos de Maribel: Conchi y Manolo, su polifacético marido, perito industrial, bombero municipal, dibujante de

retratos, constructor de boomerang, dominador como se verá, de la técnica del poliéster –hacía de todo con este material: piraguas, canalones en las casa de pisos y todo aquello que admitiese la aplicación de esta resina con soporte de fibra de vidrio y que, por la vehemencia que ponía en sus recomendaciones, parecía que él mismo lo tuviese patentado- solían venir acompañados de su hija Marta de tres años.

Como era lógico para la pequeña Marta –acostumbrada a ver a todos los animales del Zoo inaccesibles para sus juegos- Nicoletta, desde el momento en que la vio, fue un juguete al que al oír su nombre, lo interpretó a su manera y la rebautizó como “Mi coleta” más acorde con sus conocimientos sobre el peinado femenino.

Nicoletta-Micoleta no recuperó su nombre en su totalidad sino que compartió ambos indistintamente.

“Enano” y “Mi coleta”, se convirtieron en mis juguetes preferidos, sobre todo después de la enfermedad que él padeció al poco de llegar, que casi se le lleva al “otro barrio”. Aunque -con el paso del tiempo- me inclino a pensar que más que una enfermedad, lo suyo debió de ser una mezcla tipo cóctel, de anemia, desnutrición galopante, ausencia de leche y cariño materno y, como catalizador, mucho frío otoñal.

Como curar a un bebe desarrolla aún más el cariño que se le profesa, me acostumbré a entrar con ellos a diario, y así nos hacíamos compañía mutuamente y pasábamos horas jugando los tres juntos en el interior de su jaulón.

Cuando la víspera de la inauguración, con tres horas de retraso, llegué desde el aeropuerto de Santander precediendo a una furgoneta con la leona, de nombre oficial Nora... pero llamada por sus cuidadores de Madrid, en honor de la doctora Celma, “Margarita” -pues ambas tenían en común un problema de visión- la obra era un caos. En la instalación destinada

a leones el soldador estaba acabando de soldar —con soldadura eléctrica— la reja frontal.

De las dos puertas que desde el pasillo de seguridad daban acceso a las jaulas, una estaba aún sin poner y la otra colocada y apuntalada por estar aún el cemento que la sujetaba a la pared recién colocado y, por supuesto, sin fraguar. Los cubiles que servían de dormitorios sólo disponían de la puerta que les permitía entrar a dormir, que, por suerte, disponía de pasador de cierre de seguridad ya que tenía que estar cerrada... porque también estaba sin colocar la puerta de acceso desde el pasillo de servicio para poder efectuar en ellos la limpieza.

Una hora después, en precario y apuntaladas ambas puertas con tablones, para que pudiesen aguantar un golpe violento... Nora, o “Margarita”, entró mansamente en su nuevo recinto.

No nos entretuvimos en mirarla más de cinco minutos... porque en el mismo transporte venía, en otra caja, un leopardo joven con bastantes peores referencias...

La instalación de este felino tenía colocada la reja y una de las dos puertas, por lo que decidimos, para ganar tiempo, puesto que disponía del dormitorio terminado, cerrar la corredera que dividía la instalación en dos y sacar, así, al animal lo antes posible, ya que su cabreo iba en aumento cada vez que un rostro humano se asomaba a la reja del frente de la caja.

—Dejadlo como está. Vamos a sacar a esa fiera a ver si se tranquiliza. Después nos vamos a descansar que mañana nos espera un día terrible de ultimar y rematar detalles— para animarles añadí:

—Mañana no tendréis que madrugar, con llegar aquí a las seis de la mañana será suficiente. Pero ahora al grano, meted la jaula al pasillo y todos a la calle, Chuchi y yo nos bastamos para “desencajonar” a este morlaco pinto.

Una vez embocada la caja al hueco de la puerta del dormitorio, vimos que ésta encajaba en el hueco como un guante.

—Chuchi ¡Levanta la corredera!— La corredera se levantó y el leopardo pudo salir... pero no quiso.

—Parece que no le gusta el lugar donde lo vamos a meter. Anímalo un poco, a ver si sale.

Chuchi lo animó sin éxito zarandeando ligeramente la caja y... ¡Que si quieres arroz Catalina! Se puso a gruñir ofendidísimo pero no salió.

—Prueba con el mango del cepillo por esa rendija de la parte de debajo de la caja.

En cuanto el palo le rozó el trasero salió de la caja como una bala, aunque eso sí, dando unos rugidos que manifestaban a las claras su desacuerdo.

Nos extasiamos contemplándolo ¡Qué bonito animal! ¡Qué ojos amarillos! ¡Qué forma de mirarnos! Mientras tanto el animal hecho una bola, permanecía agazapado encima del techo de su dormitorio y emitía una especie de ronroneos por “bajines”, que, a las claras estaba, eran una amenaza dirigida principalmente a Chuchi y a mi, que éramos los que más le habíamos manipulado.

Ya casi entrada la noche llegó, desde el zoo de Calahorra, el león que faltaba. Era un “viejo” conocido mío, pues lo vi de cachorrete cuando hice mi primera visita a ese zoo y, posteriormente, cuando la segunda visita -esta de investigación- al mismo lugar, encontrándolo en esta ocasión mucho más crecido, aunque aún carecía totalmente de la melena que caracteriza a los machos adultos de esta especie. Dada su mansedumbre inherente a haber sido criado a mano, decidimos que entrase a su nuevo domicilio por su propio pie, de la misma forma que había subido a la caja que lo transportó. Todo salió a pedir de boca.

Sabía que durante meses, o quizás años, al carecer de melena, todos los visitantes coincidirían en que teníamos dos leonas magníficas, pero no me preocupaba en absoluto, porque así volverían a visitar el zoo cuando una de nuestras leonas “cambiase de sexo”.

A la mañana siguiente repartí al personal en varias cuadrillas de a dos. Lo más urgente era terminar la rampa de acceso a la nueva zona, que todavía estaba sin hormigonar. Con un

poco de suerte y la ayuda del calor de un día de agosto, el hormigón estaría suficientemente fraguado para que no se hundiese en él Don Luis Ormazabal, el Arcipreste de la Colegiata, que se había prestado a bendecir el nuevo recinto.

Con todo en marcha, y ya a media mañana, emprendí viaje a Santander en busca de la pareja de pumas que venían volando de Barcelona y que ya debían de estar esperándome en el aeropuerto de Parayas.

Con los pumas en su lugar, y bautizada ella, por su belleza, con el nombre de Bo Derek, estrella de Hollywood que estaba “muy en sazón” lo que la había dado mucha fama en aquella España de los tiempos del “destape”, llegó el momento de bendecir el recinto y cortar la cinta de rigor... yo mientras tanto, cada poco tanteaba el hormigón con el pie.

También en este recinto -cuya ubicación tanto esfuerzo me costó adquirir- estrenaban casa unos flamencos chilenos y unas gacelas dorcas del Sahara, que, pese a ser estas últimas muy valiosas zoológicamente, quedaron eclipsadas por los felinos.

A las cinco menos unos minutos di las últimas instrucciones.

—Chuchi, haz, como sea, salir a ese leopardo del dormitorio. No puedo permitir que no esté en el estreno...- y me fui corriendo hacia la entrada, donde se agolpaba familia y amigos a la espera de dar comienzo el acto.

Tras las bendiciones de rigor y unas palabras de Don Luis el Arcipreste, mi sobrina Elena, a punto de cumplir quince añitos y que oficiaba de madrina, de un tijeretazo certero, como si lo hiciese todos los días, abrió el cortejo.

Cuando llegamos frente a los felinos noté que algo raro ocurría. Uno de los partícipes en la obra, Chuchi, había desaparecido, otros dos estaban hablando muy excitados y un tercero se retorció de risa...

—¿Qué ocurre que estáis todos tan raros y falta Chuchi?- pregunté intrigado en un susurro- Porque algo raro ocurre, eso salta a la vista.

—El que “salta a la vista” es el leopardo, que le acaba de atizar a Chuchi un zarpazo en la frente- me dijo una voz de no recuerdo quién.

Yo, que ya estoy curado de espanto con lo que se le puede ocurrir al personal, me puse en lo peor.

—No me digas más, Chuchi ha asomado la cara por la puerta y...

—No- me interrumpió -el que sacó la mano a pasear ¡y de qué forma! ha sido el leopardo que, de un salto tremendo, ha volado desde el techo del cubil hasta la puerta a la que Chuchi había acercado la cara, para ver por dónde estaba y trancar así el dormitorio para que no se pudiese esconder de la vista del público. Al pasar por el aire ha lanzado el zarpazo y le ha hecho en la frente “la marca del zorro”.

Chuchi tenía un recuerdo del leopardo “grabado” en su frente, pero por suerte no era profundo. Cinco minutos después se incorporaba sonriente al grupo con su herida de guerra tapada con un esparadrapo.

Al día siguiente los periódicos se hicieron eco de la noticia y el público -en esas fiestas centrales de agosto- acudió en masa, atraído por la novedad de los nuevos huéspedes...

“LEONES, PUMAS Y GACELAS PARA
EL ZOO DE SANTILLANA”
“SANTILLANA AMPLÍA SU ZOO”

Pero fue el periódico El PAÍS del 21 de agosto el que publicó en su sección Gente, la noticia más “sabrosa”. Decía así: Jesús Gómez Puente, uno de los cuidadores de animales del zoo de Santillana del Mar, tuvo que ser atendido de las heridas de consideración como consecuencia del “saludo” que le ofreció un leopardo recién llegado a las instalaciones y que consistió en un tremendo zarpazo...

El caso es que, por ser yo su primer mal recuerdo desde la separación de su madre o por otra razón desconocida, el leo-

pardo me tomó desde ese primer instante una manía especial. No dudó, desde ese primer momento, en acusarme a mí de sus desgracias, en lo que -la verdad sea dicha, aunque sin mala intención por mi parte- no iba del todo desencaminado. La separación de su madre, el viaje en avión... todo había sido culpa mía. Si no lo hubiese comprado estaría aún disfrutando de la compañía de su familia, eso sí, en lista de espera de nuevo destino.

Durante los primeros ocho días mi preocupación fue en aumento progresivamente. El animal se negó en redondo a comer y, por la mañana, ayudándome de un gancho, retiraba la cena, que sería la comida de los lobos para -no estábamos para desperdicios- al anochecer servirle una nueva. No tuve otro remedio que llamar a Antonio Luis el veterinario del zoo del que procedía.

—Oye, que este animal no come nada. Hasta ahora me está saliendo barato pero ya vamos a tener que empezar a comprarle chuletillas de lechazo y solomillo a ver si así se anima y eso son ya palabras mayores. Ahora en serio. ¿Qué crees que debo hacer?- mi tono de voz demostró, sin duda, preocupación, porque Antonio Luis, con voz que trasmitía absoluta tranquilidad me contestó.

—Nada. No te preocupes que comerá. Si no es esta noche lo hará la próxima, pero antes de tres días comerá seguro. A mí me ha pasado con algunos animales que, al separarlos de su familia, se estresan de tal manera que se les quita el apetito por completo- Los nubarrones de malos presagios se perdieron en el horizonte.

—Ahora que lo dices, no he visto una sola caca por el recinto. Gracias, no te entretengo más.

Esa noche, como si Antonio Luis fuese un profeta, cenó y excrementó abundantemente, lo que me obligó a limpiar la instalación.

Decidí que, dada la inexperiencia de la plantilla -incluido yo- en el manejo de estos peligrosos animales, sería yo perso-

nalmente el único que entrase en su instalación para limpiarla de los excrementos y restos de comida.

Para poder realizar esto sin peligro había diseñado las instalaciones con dos opciones posibles. O entraban los animales en el pequeño dormitorio y, desde el pasillo de seguridad, se los trancaba allí accionando una corredera provista de un gran pasador que la inmovilizaba o, tirando con un gancho largo desde el exterior en el frente que daba al público, se desplazaba la corredera que convertía la instalación en dos, quedando una mitad vacía. Era preferible la primera opción ya que permitía limpiar todo de una sola vez... pero eso dependía de la buena voluntad del inquilino y, en el caso del leopardo, desde ese primer momento se vio a las claras que no estaba dispuesto a colaborar con su nuevo enemigo, o sea conmigo.

En la primera ocasión que lo hice, no le gustó que le cerrase ni por un momento en su cubil y, a partir de entonces, en cuanto me oía, se salía al exterior de su cubil y trepaba de un salto sobre el techo del mismo, donde se tumbaba a la expectativa, lo que a mí me obligaba a utilizar la corredera. A partir de ahí la pauta de limpieza se repitió con escasas variantes.

Cuando yo entraba a limpiar la distancia que nos separaba era -según mi posición en el recinto- de entre cuatro y ocho metros aproximadamente. Si, como era habitual, estaba subido encima del cubil, desde aquella posición me lanzaba unas miradas que me ponían a mí algo nervioso al tiempo que a él, a cada minuto que transcurría, le ocurría lo mismo con mi presencia.

De repente el leopardo saltaba de su encame y se lanzaba a ver si podía convertirme en su merienda. Era rapidísimo y acompañaba su ataque con unos rugidos profundos que -porque yo sabía de la solidez de las rejas- si no, habría salido corriendo escopetado.

Si él conseguía contenerse mientras yo limpiaba la primera mitad, una vez que le obligaba a cambiar de lado para arreglar la segunda mitad, ya no se echaba un momento y per-

manecía paseando de un lado a otro con las peores intenciones hacia mi persona.

Pero algo empezó a mejorar un par de semanas más tarde.

El animal tenía un concepto claro de la limpieza y defecaba siempre en el mismo lugar, el más alejado de su encame habitual, lo que me permitía no tener que obligarle a cambiar de posición más que de tarde en tarde.

La leona Nora en cambio -enseguida se le suprimió el “Margarita” de segundo- era una bendita a la que le gustaba que le pasase la mano por el lomo, lo que me exigía restregándose contra la separación. Enseguida hubo “química” entre los dos. Lo mismo me ocurrió con los pumas, Bo y “el Señorito”, creo recordar que alguien lo llamaba así -quizás hasta fuese yo- aunque en este caso, sólo el macho aceptó mis caricias.

Pero los pumas no tardaron ni una semana en darme un buen susto.

Cuando, viniendo de hacer de alguna gestión, regresé al zoo, oí a lo lejos unos lamentos y quejidos de una intensidad sorprendente. El sonido procedía de la zona de felinos y hacia allí me encaminé a paso ligero. Frente a los pumas estaba Germán, ya jubilado, que venía a “pasar el dalle” y de ayuda en otros menesteres.

La que lanzaba los gemidos era Bo, lo que no me gustó un pelo.

—¿Qué ocurre?- Pregunté por si tenía Germán alguna explicación que me sacase del apuro.

—No se. Desde que he llegado, la “espuma”, está dando unos “migauillidos” de la “Hospe.”- El idioma de Germán requiere intérprete.

Cuando a su llegada salió el primer puma de su caja, Germán había preguntado.

—¿Qué clase de gato es ese?

La contestación concisa fue, como no podía ser de otra manera...

—Es un puma.

—¡Ah! Un “espuma” - y con “espuma” se quedó.

El resto de la célebre, frase con el invento de la bonita palabra “migauillidos” mezcla del verbo “miagar” –inventado y utilizado con profusión en estas tierras en sustitución de maullar- y la palabra aullidos... “La Hospe”, por delicadeza no la voy a traducir, pero admite traducción... La frasecita se las trae con abalorios, pero pasó a la historia del zoo y a su acervo cultural... y el susto inicial, del cual se derivó la frasecita, resultó ser un simple “celo” que, por lo que aprendimos, las hembras de puma lo manifiestan de esa manera, con lo que, sin duda, cuando emiten esos tremendos “migauillidos”, logran atraer el interés de los machos de un extremo a otro del lugar donde habitan en las Montañas Rocosas.

Como siempre se ha dicho que no hay dos sin tres y para no dejar en mal lugar al refranero, dos días antes de finalizar el verano se presentó el furgón de Noé. Debía de haber olido dinero fresco.

No pude evitar -aunque sabía que me supondría una complicación grande, por falta de posible ubicación- comprarme dos machitos de mono -la tercera incorporación de una nueva especie de primates en el año- que por aquel entonces estaban encumbrados en la fama, debido a la popularidad que proporciona la televisión- Eran dos saimiris, más conocidos como monos ardillas y más aún como el “Señor Nelson” de Pipi Calzas largas, la famosa serie infantil de televisión de aquella época.

Estos pequeños monitos son de color amarillento y más ágiles que Tarzán. De hecho, al más simpático de los dos -el otro era un soseras y se quedó sin nombre- le pusimos como al famoso personaje selvático del autor Edgar Rice Burroughs: Tarzán.

Dada la época del año, aún calurosa, los instalé en una de las pajareras frente a la taquilla, con Nicoletta y Enano de

vecinos y dejando prudentemente un hueco vacío hasta Samy. De momento ahí estarían a las mil maravillas y podría observarlos a diario, pues todas mis rutas pasaban por delante.

En invierno, unos habitáculos nocturnos de madera los protegerían del frío. Si notaba que éste podía ser excesivo, no tendría otro remedio que llevarles a los diez monos -o por lo menos a parte de ellos, las dos monitas patas, Enano y Nicoletta los tres cercopitecos verdes, los dos saimiris y Samy “el terrible” - a invernar en el gallinero de casa de mis padres, en Torrelavega -mi segunda base- donde tendrían calefacción. Porque en el zoo, la reciente llegada de la corriente eléctrica sólo había afectado a mi casa, el resto carecía de cableado de distribución. Pero tiempo al tiempo.

La decisión estaba tomada. Desde mucho tiempo atrás venía haciendo cálculos y más cálculos y ya tenía las conclusiones definitivas que se resumían en este corto párrafo.

“Si conseguía sobrepasar los 60.000 visitantes en un año, abandonaría la universidad y, con ella, mi profesión de Ingeniero de Caminos”. A partir de ese momento me dedicaría a mi Zoo, mi verdadera vocación, que ahora podría convertir en mi definitiva profesión.

Uno de los desencadenantes de esta decisión fue la trágica muerte, meses atrás, de una pobre cierva. Sin ella saberlo, iba a ser la espoleta iniciadora de lo que al final se convirtió en una firme decisión.

Estaba yo en mi despacho de la escuela, a punto de saltar a la palestra a luchar contra mis crecidos alumnos, cuando sonó el teléfono.

—José Ignacio, le llamo del zoo, soy..., acabo de descubrir que la cierva joven se ha roto una mano a unos treinta centímetros de la pezuña. Está sangrando el pobre animal. ¿Qué hacemos? ¿Va a venir usted por aquí?- La voz se notaba

afectada y yo no podía hacer nada, ni en ese momento, ni a lo largo de todo el día, pues primero tenía dos horas de clase, después una reunión con un representante de maquinaria... así hasta las seis de la tarde, atado de pies y manos sin poder hacer nada por el pobre animal.

Cuando por la tarde lo vi, supe desde el primer momento que no había solución posible. La rotura abierta, con el hueso al descubierto era imposible de resolver. El sacrificio era nuestra única opción. Si hubiese estado allí por la mañana... ¿podría haber salvado la vida de la cierva? Casi con seguridad no, pero era donde debería haber estado.

Los 60.000 visitantes -al ritmo de las visitas diarias- los alcanzaría sin ninguna duda antes del 20 de septiembre, tras la fiesta regional de la Bien Aparecida, que era fecha de muchas visitas. Maribel estaba de acuerdo con mi decisión. Sólo me quedaban dos trámites que cumplir. El primero me preocupaba más que el segundo, pues podía ocurrir que renunciase o postergase mi decisión.

—Papá. Voy a dejar la escuela. No voy a hacer la tesis doctoral ni, por tanto, oposiciones a profesor titular. Creo que lo que deseo es dedicarme al zoo las veinticuatro horas del día, todos los días del año.- Lo dije sin preámbulo alguno y como si fuese una segunda promesa de matrimonio.

—Si así es tu deseo, creo que es una buena decisión. Estoy de acuerdo contigo- Su apoyo incondicional -nada conservador- me sorprendió. Esperaba algún comentario desfavorable, algún intento de persuadirme o de retrasar esta decisión. Pero no fue así y se lo agradecí en lo más profundo de mí ser, pues aumentó mi confianza en que mi decisión era la más acertada.

A continuación, al comienzo de septiembre, me fui a la escuela y me presenté al director Ángel Uriarte. Tenía que dar tiempo suficiente a que -antes del comienzo del nuevo curso- me encontrasen un sustituto.

Con Ángel Uriarte tenía cierta amistad a raíz de un conflicto con los alumnos que se negaban -con toda la razón- a

realizar un trabajo en verano y presentarlo en octubre, al comienzo del siguiente curso, teniendo que esperar hasta entonces la salida de la nota. Alegaban que el curso terminaba en julio y que no había más cáscaras. Que, en esas fechas, querían el aprobado o el suspenso como era de ley y que el verano era para las novias y no para trabajar.

Mi labor de intermediación entre Agustín, la dirección y los alumnos resolvió el problema. El denominado “Trabajo de verano” desapareció del programa.

—¿Por qué quieres dejar la docencia? ¿Acaso tienes algún problema con Agustín? Por mi parte -y creo que los alumnos también- estamos muy satisfechos con tu trabajo.

—Yo también estoy muy a gusto aquí. Me gusta la docencia y creo que no lo hago del todo mal. Pero tengo que dedicarle más tiempo a mi Zoo y debería hacer lo mismo con la escuela, de la que me escaqueo con frecuencia y esto no me gusta. Hay muchos otros que pueden hacer lo mismo que yo, más preparados que yo, y que lo necesitan también más que yo. No quiero que nadie diga que no cumplo las horas y que estoy de tapón, sin iniciar siquiera el doctorado que me posibilitaría opositar...

El treinta de septiembre quedé libre de todo compromiso con la universidad. Al fin libre.

En octubre, a través de la empresa de viajes Wagon Lits Cook -la de: “Das carruagens camas e dos grandes expresos europeos”- organizamos el viaje a Madrid, donde los nueve niños premiados, acompañado cada uno por un familiar, pernoctaron en un hotel cerca de La Puerta del Sol, visitaron el Zoo de la Casa de Campo, -donde comimos todos juntos- se subieron en todas las atracciones del Parque de Atracciones y regresaron ellos en el tren, y yo en coche, unas horas antes, pues tenía asuntos urgentes que resolver que no podían esperar.

A la vuelta del viaje a Madrid ya tenía decidido que el premio se convocaría cada dos años -nunca pensé que un concurso infantil fuese tan agotador de llevar a la práctica- unos días después lo elevé “in mente” a cinco años, posteriormente a diez y creo que en el centenario de este primer concurso quizás -sólo quizás- es posible que si de mi depende, celebremos el segundo.

Disfruté con el concurso, me lo pasé pipa viendo las ocurrencias plasmadas en las ¡mil ciento cincuenta y ocho láminas entregadas!, el viaje fue divertido y conocí a padres con los que he mantenido relación de amistad durante años, lo mismo que con algunos de los premiados que me han saludado convertidos ya en madres o padres. Una de las premiadas -quizá por este éxito infantil- estudió la carrera de Bellas Artes...

Lo único malo fue que tuve que trabajar demasiado y como consecuencia, ralentizar mis otras actividades, y no tuve otro remedio que -con el verano encima- darme la gran paliza para ponerme al día.

Desde que vencí la resistencia de Torre Oruña, bullía por mi cabeza un proyecto estrella: la construcción de un acuario.

En España no conocía más que tres: el del Zoo de Barcelona, uno pequeño en Santander cerca de Puerto Chico y el modesto -pero de rumboso nombre- “Acuario de Madrid” situado, creo recordar, en la Costanilla de los Ángeles, donde la sala de fiestas Micheleta y el restaurante italiano Hostería Piamontesa, uno de mis preferidos cuando, con mis padres, viajaba a la capital, eran sus cercanos “vecinos” más conocidos. Probablemente habría más, pero de cualquier manera estaban alejados unos de otros y eran escasos, como los billetes de mil pesetas durante los años cuarenta, cuando los maestros en las escuelas, al explicar las distintas monedas del país...

—Hay montones de billetes de peseta, también son muy abundantes los de duro, he visto bastantes de cinco y diez duros, no demasiados de cien pesetas, algunos de quinientas y... “dicen”, que los hay de mil.

Mi acuario sería como un billete de mil pesetas de aquel entonces.

Desde que comencé a pensar en esta posibilidad, tuve claras dos cosas. Además de peces tenía que instalar en él reptiles, lo que me obligaba a tener una zona luminosa para los reptiles y otra oscura para que se apreciase bien la belleza de los peces. La solución “patio interior” con cubierta transparente era ineludible.

Visité el zoo de Barcelona con frecuencia, donde la joven doctora Alicia San Miguel, conservadora del acuario y Víctor, el encargado de su mantenimiento, me dieron toda clase de explicaciones y contestaron a mis decenas -¿o centenares?- de preguntas.

En cuanto a la forma exterior quería huir de la planta rectangular a toda costa. Para “cajas de zapatos” -obligado por las necesidades del guión- ya tenía las de los felinos y no quería más...

Huyendo de la “caja de zapatos” llegué a la solución “pentágono” y me la salté sin apenas dedicarle atención. No quería que me acusasen de belicista ni de pro americano.

Así que el siguiente polígono regular -el hexágono- se llevó el gato al agua. Mis sueños tuvieron esa forma durante mucho tiempo dándole proporciones a mi proyecto.

Nueve metros de largo cada lado y doscientos diez metros cuadrados de superficie. El patio interior -concéntrico con el polígono exterior y de igual forma- tendría cinco metros de lado y ocuparía sesenta y cinco metros cuadrados de superficie. Entre este patio y la zona de acuarios estaría ubicada la zona de observación destinada al público, de dos metros de ancho, medida que permitía a una persona estar mirando un acuario, a su espalda otra mirando en sentido opuesto a una

serpiente y, entre las dos espaldas dejar un espacio suficiente por el que podría transitar quien no quisiese admirar mis peces ni mis reptiles... y tampoco incomodar a aquellos que estuviesen concentrados en su observación. Para comprobar que las medidas adoptadas eran las correctas coloqué a dos empleados uno mirando para cada lado, los separé lo suficiente hasta pasar cómodamente entre ellos, medí las distancias entre sus rostros y le sumé la distancia de visión que consideré normal y un pequeño coeficiente de seguridad. ¡Para que luego me digan que tenía que haber estudiado otra carrera!

La altura del cristal de los acuarios, el pasillo de servicio de la trastienda elevado, que me permitiría atender todo el sistema desde arriba, la anchura de éste, el método de filtración basado en bombas francesas “Turbelle” -carísimas por cierto- y mil detalles más sobre materiales, resistencias de estos, espesores de hormigón, impermeabilizaciones con poliéster. Todo fue ensamblando en mi cabeza y llevado sobre el papel del proyecto.

Llegado a este punto me atasqué. ¿Cómo hacer la cúpula que cubriera los sesenta y cinco metros cuadrados de una forma sencilla, bonita y por poco dinero?

La forma hexagonal no me facilitaba para nada la solución. En algún momento me llegué a arrepentir de abandonar la sencilla y no suficientemente valorada “caja de zapatos” hasta que...

Bajando un día -no recuerdo qué hacía yo por allí- por la empinadísima -“pindia”, que decimos en Santander- Cuesta de la Atalaya e imaginándome sobre el tejado de mi acuario a medio construir, de repente se me ocurrió la solución, sencilla a la par que elegante.

Si en cada uno de los seis pilares de acero situados en los vértices de la cubierta del forjado de hormigón, que cubría acuarios y pasillo de observación, soldaba dos barras de hierro inclinadas hacia adentro formando un vértice, cada una de ellas se encontraría con su homóloga del vértice vecino, que

salía –podríamos decir- a su encuentro. Uniéndolas dos a dos resultaba que obtenía seis triángulos inclinados que serían el comienzo de la cúpula. Lo demás era coser y cantar. Uniendo estos nuevos seis vértices obtenía otros seis triángulos en posición inversa que delimitarían en sus lados más elevados un nuevo hexágono, mucho más reducido que el de arranque de la cúpula. Apoyada en éste, una sencilla pirámide hexagonal cerraría en su totalidad el patio. Así de fácil.

No había riesgo a equivocarse aunque algo se midiese con error, pues todas sus caras eran triángulos... quizás no saldrían todos iguales, pero ¿Quién iba a darse cuenta de un error de centímetros mientras observaba a una serpiente, con la fama que precede a estos animales?

El material de cierre que apoyaría sobre las aristas de hierro para cubrir todo el patio, decidí que fuese policarbonato celular –un magnífico aislante- y la unión a base de perfiles en “u”, aunque un tanto chapucera, solucionaría mis necesidades y cubriría mi patio.

Con todo decidido sobre el papel, me pareció que el proyecto merecía el visado y la conformidad de mi amigo arquitecto Antonio Ortega, desgraciadamente fallecido en aquel avión con destino Santander que, poco tiempo después, se estrelló en la pista de Barajas. Antonio firmó el proyecto y con el visado del Colegio de Arquitectos que él mismo presidía, me encaminé al Ayuntamiento de mi villa de adopción, pedí el permiso de obra y comencé a movilizar equipos y personas.

Todo el trabajo que fuera posible sería de mi incumbencia y lo haría con mis empleados, ahorraría así bastante “money”, que, como lo definía mi libro de economía, era un bien “escaso y deseable”. ¡Cuánta razón tenía!

Animé a Chuchi a dejar la construcción de viviendas humanas y dedicarse desde ese momento a la construcción de viviendas para peces y reptiles. Él aceptó. El dos de noviembre de 1981, Chuchi dejó su trabajo y fichó por el naciente equipo del Zoo de Santillana.

La excavación -una parte del edificio iría semienterrada y el terreno era rocoso- me la resolvió Francisco Ballester, colega de profesión, también profesor de la Escuela de Caminos y que, como yo, dividía su tiempo entre la escuela y la dirección de una empresa, con la diferencia de que la que él dirigía era la constructora Monobra, hoy desaparecida. En cambio, yo acababa de dejar la dedicación exclusiva en la universidad para pasar a la “súper exclusiva” del zoo. Un ascenso.

La máquina que me envió –una retroexcavadora provista de un martillo- se ensañó de tal forma con el terreno, que en un par de días transformó su fisonomía de tal manera que era difícil reconocer el lugar. Junto al hueco de la excavación, nos dejó un montón de rocas que destinaría a relleno del pasillo elevado, desde el cual se prestaría servicio a los acuarios, que también las utilizarían para cimentarse sobre ellas, quedando los visitantes en un plano inferior que permitiría que los peces quedasen a la altura de su vista, y si eran niños pequeños, verían los acuarios de abajo hacia arriba.

Estábamos en noviembre y, como suele ocurrir en esa época del año, llovió copiosamente y toda la explanación de mi obra se encharcó antes aún de comenzar a trabajar en ella.

Cuando una mañana espléndida contemplaba el lugar, un bando de pequeños pajaritos migratorios llamados lúganos, aquí en Cantabria más conocidos por “tarines”, al ver las pozas formadas en las rodadas de las huellas de las orugas de la máquina, bajaron a calmar su sed y a bañarse. Apiadándome de su esfuerzo -vuelan desde el norte y centro de Europa- corrí al almacén, cogí en un cacharro un par de kilos de semilla de nabos y, acercándome donde estaban bebiendo y solazándose, lo lancé a puñados a las zonas secas teniendo buen cuidado de no asustarlos.

En cuanto uno lo descubrió y comenzó a comer, probablemente atraídos por el ruido de su pico al descascarillar las semillas y con el hambre acumulada en su largo viaje, todos se posaron junto a él y comenzaron a comer con buen apetito.

Aquel primer bando se lo transmitió a otro y a otro y así se formó una cadena que transformó mi excavación en el “Club de Campo” de varios centenares de tarines.

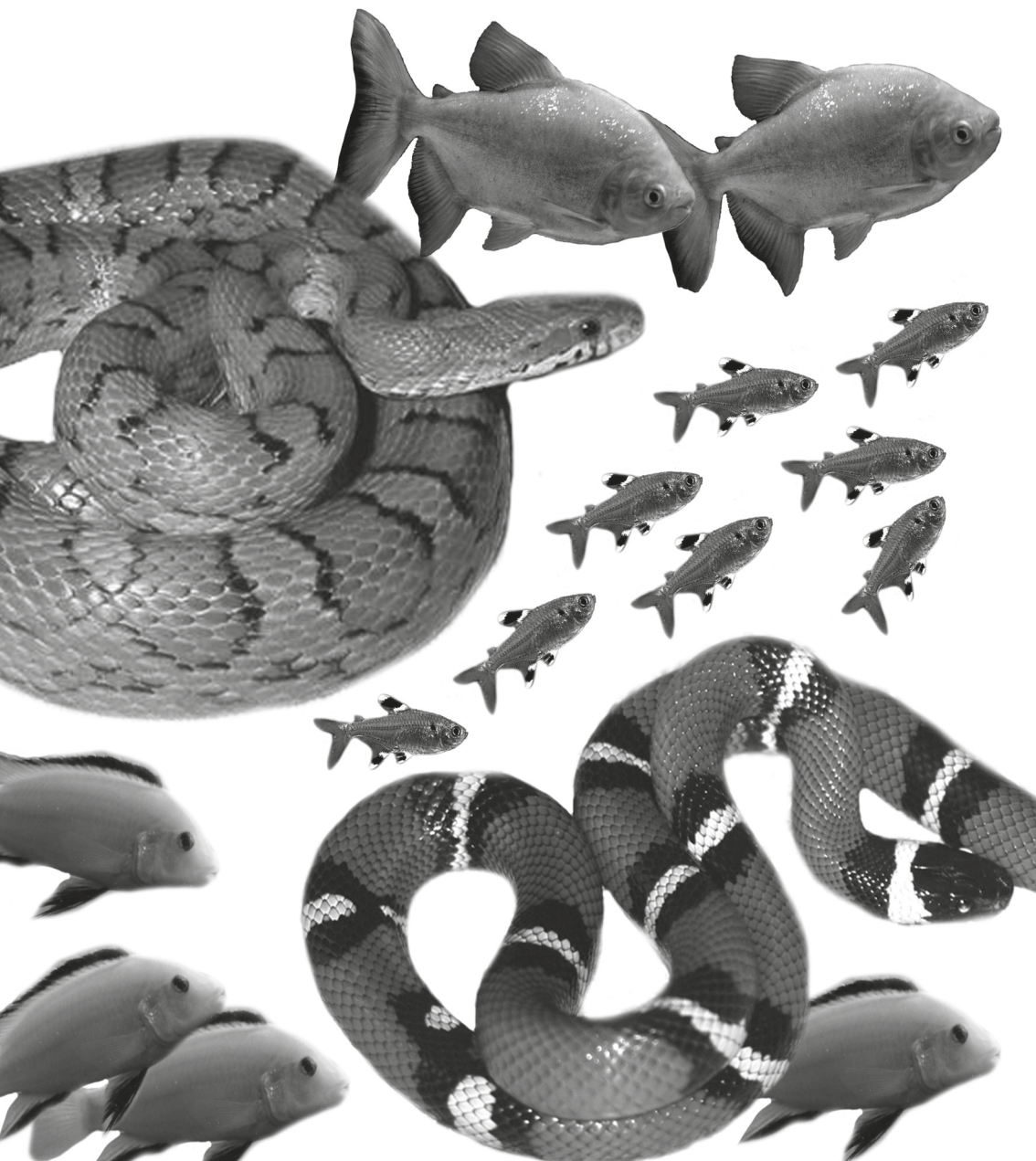
Estos pajaritos son confiados por naturaleza. Si además padecen hambre se vuelven todavía más confiados. Así que no fue de extrañar que aquella concentración de tarines -como no vi nunca otra igual- se convirtiese, durante los meses de invernada de estas pequeñas aves, en una de las principales atracciones del zoo.

Sobre soportes de madera coloqué varios ángulos de hierro de forma que su “V” mirase hacia el cielo. Cada mañana los llenaba de nabina –semillas de nabos- y por la tarde los revisaba por si habían acabado las existencias. En cinco metros de ángulo y a razón de un pájaro cada cinco centímetros, si tenemos en cuenta que se pueden colocar a comer en ambas aristas, la capacidad disponible de “plazas” era de unas doscientas, pues bien, muchas veces -y a sólo dos metros del público, esto era lo mejor- colgué el “no hay plazas libres en el comedor”.

He intentado repetir el proceso en años posteriores con poco o ningún éxito. He logrado que acudan pocos pájaros a los comederos y éstos han sido demasiado esquivos para disfrutarlos.

Antes de la llegada de las navidades ya estábamos haciendo los cimientos... con hormigonera eléctrica -cosa maravillosa, hasta entonces poco vista por estos territorios- y rodeados de tarines cantando. Trabajábamos como máquinas partiendo las piedras salidas de la excavación para rellenar las cinco bases de los cinco lados donde construiríamos los acuarios, el sexto no había que suplementarlo ya que era el destinado a la entrada que quedaría al nivel del suelo exterior. Calculé que cincuenta metros cúbicos de la piedra de la excavación –descontando huecos, setenta y cinco toneladas de roca- los colocamos nuevamente en el mismo lugar donde habían estado millones de años y rellenamos todo el conjunto con hormigón.

1982



CAPÍTULO 6

Todo comenzó con un sencillo y aparentemente inofensivo:

—¡José Ignacio! Tienes una llamada de teléfono- Corrí a mi despacho a atenderla. Enseguida me di cuenta de que la “cosa” iba de bancos...

—¿Don José Ignacio? ¿Es usted el director del zoo de Santillana del Mar? -Asentí, a la espera de que mi interlocutor fuese más explícito.

—Soy el director del Banco Guipuzcoano en San Sebastián y tenemos un problema muy urgente en el que su colaboración puede sernos crucial a la hora de resolverlo- Lo primero que pensé fue que, si lo que necesitaban eran mil millones de pesetas, no podían haber elegido llamar a mejor lugar para resolverlo. La historia prometía. Había recibido, a lo largo de mis cinco años de zoo, llamadas originales, pero esta, por el origen y lo misteriosa, podía establecer un nuevo hito y llevarse la palma de oro del festival.

—Explíquese que estoy deseando oírle-...

—Pues bien. El tema es que desde anteayer somos los teóricos propietarios, o, por lo menos, los responsables del zoo de Calahorra, ya que nos hemos visto obligados a embargárselo a sus anteriores propietarios los hermanos Lezama. En este momento está en administración judicial y el juez que nos controla, en tan solo dos días nos tiene contra las cuerdas.

Nunca me imaginé a un juez agrediendo a un banco, pero durante la pausa que hizo mi interlocutor -del que no recuerdo el nombre- para que yo digiriese la información suministrada, se me vino a la cabeza mi anterior visita a aquel centro.

—El problema que tenemos es que en dos días se han muerto tres animales, y el juez ha ordenado que sean llevados a un forense a que les haga la autopsia, y con mala cara nos ha comunicado que le parecen muchos fallecimientos para dos días. Nos ha aconsejado, por nuestro bien, que estas muertes no se repitan con mucha frecuencia ya que entrañan mucho papeleo por estar en el inventario, y nos ha aconsejado que, dada nuestra inexperiencia, pidamos ayuda a un experto. He oído hablar muy bien de usted y conozco su zoo. Si usted pudiera venir urgentemente a echarnos una mano y tranquilizar al juez, no sólo le abonaríamos sus gastos y honorarios sino que además se lo agradeceríamos, puede usted estar bien seguro. Pero nos hace falta que sea ya, mejor mañana que pasado.

—Creo recordar que cuando fui a Calahorra hace más o menos un año, tardé cuatro horas. ¿Le parece bien si nos vemos en la entrada del zoo a eso de las diez de la mañana, de mañana mismo?— Se mostró de acuerdo y muy agradecido por mi rapidez en acudir en su socorro.

A la mañana siguiente, cuando en mi coche me acercaba a la entrada del zoo, vi a dos personas trajeadas y con corbata que salieron a mi encuentro en cuanto estacioné mi vehículo.

—Yo soy el que le llamó ayer, y él es Iñaki, al que le hemos cargado el mochuelo de llevar las riendas de la administración durante el tiempo que esto dure, que Dios quiera que sea poco.— Tras una pausa continuó —Llevamos poco tiempo trabajando en Calahorra y ya nos advirtieron que fuésemos con cuidado. Pero comprenderás que, al principio y de nuevas, tienes que coger cualquier cliente que llame a tu puerta. Los propietarios de este zoo vinieron, abrieron cuenta y se pusieron a trabajar con nosotros. Movían efectivo y ni por un momento supusimos lo que nos iba a ocurrir, ya te imaginas

el resto. Pero lo que más me molestó fue que, en el pueblo, todo el mundo se estaba riendo a nuestra costa, porque sabían que esto nos iba a ocurrir como les ocurrió en el pasado a otras sucursales de otros bancos. La diferencia es que en nuestra política no está contemplado que nos tomen el pelo, y por eso hemos embargado. Ahora con estas tres muertes, nuestra situación se complica. ¿Por qué crees que han podido morir estas aves en tan poco tiempo? Ten en cuenta que, de seguir a este ritmo, en dos meses aquí no queda un solo bicho. Y para entonces los que tendremos un problema serio con el juez seremos nosotros- Con aquella exposición, tenía más que suficiente para comprender el problema. Ahora lo primero era investigar la causa del fallecimiento de los tres difuntos.

Pasee el zoo de arriba abajo varias veces y miré uno por uno a todos los animales, fuesen aves o mamíferos. Me precio de tener buen ojo clínico y llegué a la conclusión de que no había problemas de salud en ningún otro. Supervisé los alimentos y las cantidades y las encontré satisfactorias. Me centré en el lugar de los hechos, revisé los bebederos, observé los restos de excrementos que, salvo alguno, más blanco y líquido de lo que me hubiese gustado, los más recientes estaban perfectos.

—No veo nada que haga presagiar más muertes. A veces estas cosas pasan y a mí me ocurren. Estás dos meses sin que se muera nadie y de repente, como si se hubiesen puesto de acuerdo, por aquí y allá comienzan a ocurrir desgracias como si todos se hubiesen puesto de acuerdo para morirse... El año pasado vivimos en Santillana uno de estos episodios en cadena. Cada mañana encontrábamos un animal muerto sin ninguna conexión entre ellos, ni de compartir instalación, ni de especie ni de tipo de animal. Tanto fue así que, desde entonces, cuando lo recuerdo, denomino a aquella semana “La semana trágica”. Vosotros dormid tranquilos que esto está en orden. Casi pondría la mano en el fuego.

Ya, con el ambiente más relajado, nos dirigimos al Parador de Turismo de esta villa y comimos tranquilamente mien-

tras me pusieron al corriente de los detalles de lo que ellos llamaban “estafa de libro”. Antes de separarnos me hicieron la siguiente pregunta.

—Has comentado que con frecuencia vas a Barcelona al zoo. ¿Te importaría avisarnos la próxima vez que lo hagas? Quizás Iñaki, que va a asumir las funciones de director de este zoo hasta que esto se resuelva, podría acompañarte y así aprendería algo más. Ten en cuenta que estas cosas de los embargos van para largo.

El invierno que dejábamos atrás resultó ser más cálido de lo habitual y casi todos los monos lo aguantaron sin novedad. El único que padeció penurias fue el soseras sin nombre. Era de constitución flacucho y enclenque —debía de ser más viejo el pobre que el difunto Matusalén— aunque al verlo debilitarse lo trasladé a un gallinero en mi otra base de Torrelavega, y le puse una estufa para él solito y decidí, por su bien, que lo mejor era que se lo llevase un amigo que tenía mucho interés en él. Tarzán se quedó sólo. El sin nombre, a pesar de estar viviendo en una casa bien calentito, falleció a los pocos meses de su traslado.

Una cosa me tenía intrigado. De las dos monitas patas que rescaté de aquella arca —no precisamente tan amplia como la de Noé— o una se iba a quedar enana o su hermana tendría futuro en el baloncesto. Porque día a día, se distanciaban más en su crecimiento.

Dos meses después, tuve que efectuar un viaje a Barcelona para resolver varios asuntos con proveedores de cerámica. No obstante, mi principal destino —como no podía ser de otra manera— era el zoo de esta ciudad. Estaba embarcado al cien

por cien en la construcción del acuario. Raro era el día en el que no me asaltaban nuevas dudas que requerían soluciones urgentes. El Zoo de Barcelona era mi universidad piscícola, donde recibía consejos y estudiaba las soluciones que allí habían dado a problemas similares a los míos.

Unos días antes de emprender el viaje llamé a Iñaki, el flamante “director en funciones” de Calahorra, al que encontré más tranquilo. Le pregunté como le iba con aquel cambio tan drástico de la banca por un zoo y le prometí que, a mi paso, le haría una visita de cortesía. El insinuó la posibilidad de acompañarme, pues deseaba que lo presentase en el zoo.

Con un tiempo veraniego, paseamos tranquilamente el zoo bajo su dirección, que estaba en perfecto orden y sin problema alguno. Me invitó a comer cerca de Calahorra en un lugar muy original. El restaurante estaba en una especie de catacumbas o sótanos en el pueblo de Arnedo, las mesas estaban situadas en una especie de nichos y el nombre del restaurante -gracioso por lo original- “Sopitas”.

A la mañana siguiente, después de resolver unos asuntos cada uno por separado, nos encontramos en la entrada al zoo de Barcelona en la calle Wellington.

En la taquilla me conocían, no obstante además me identifiqué.

—Buenos días. Soy el director del zoo de Santillana en Cantabria. Mi acompañante es el director del de Calahorra. Vamos a dirección.- Subí las escaleras seguido de Iñaki, me asomé al despacho de la secretaria del Sr. Jonch y, dirigiéndome a la chica que enfundada en un vestido veraniego que quitaba el hipo, se afanaba frente a su máquina de escribir.

—¡Hola, amor!

—¡Qué sorpresa! ¡Tú por aquí!- Se levanto de su silla, se dirigió a mí, me abrazó y nos besamos.

—Este es Iñaki, el director que ha puesto el Banco Guipuzcoano en Calahorra.- Hice la presentación reglamentaria.- Esta señorita tan guapa es la secretaria particular del director.

—Pasar a ese saloncito, que en un momento el Sr. Jonch os recibirá. ¡Qué alegría que hayas venido por sorpresa! Ahora os dejo que tengo mucho trabajo. Cuando acabes de hablar con el director, no dejes de asomarte que charlaremos un buen rato.

Iñaki estaba con cara de pasmo. La belleza de la chica le había impresionado. Él era soltero...y quién sabe... a lo mejor era correspondido.

En cuanto pasamos al antedespacho a la espera de que Jonch pudiese recibirnos, y donde nadie podía escucharnos...

—¿Qué te pasa? Te has quedado conmocionado por la moza.- fue mi comentario.

—¡No me digas que tienes un lío con esa monada! ¡Así que vienes tanto por Barcelona! Yo en tu caso haría lo mismo.- Tardé en asimilar lo que Iñaki me estaba diciendo, pero comprendí el malentendido.

—Entre ella y yo no hay nada de nada, excepto una buena amistad y una simpatía recíproca. Lo que ocurre es que su nombre es... “Amor”.

Iñaki se partía de risa con su equivocación.

Una vez completada la fase de cimientos -la parte más dura dada la escasez de medios mecánicos- comenzamos a construir el edificio en sí.

De ahí en adelante todo fue más deprisa. Las paredes de ladrillo visto, subían como la espuma y el edificio iba tomando forma. Diez ventanas -dos por cada tramo de acuarios para ventilación- hacían menos dura la visión de tanto ladrillo de cara vista, el cual lo habíamos elegido lo más parecido que encontramos al de nuestra casa, para que no desentonase, dada la proximidad entre ambas edificaciones.

La puerta de acceso surgió de ocasión. Por aquel entonces compraba el pienso y los cereales en un almacén de Cabezón

de la Sal a veinte kilómetros. Su dueño, Javier, se había aficionado a los animales y venía mucho por el zoo, creo que incluso quería hacerme la competencia, pues me compró gran cantidad de faisanes y patos para su huerta de Caviedes.

En una de sus visitas, charlando frente a las obras -yo no me separaba del tajo en todo el día- me habló de un dintel de puerta, con una cruz labrada, que tenía en una casa muy antigua, ahora en ruinas y que quizás para la entrada de mi acuario quedaría que ni pintado.

Cuando lo vi -nunca creí que me pudiese ocurrir semejante cosa- me enamoré perdidamente de aquel montón de piedras.

La entrada, enmarcada en piedras antiguas, encajaba de maravilla en un Acuaterrario de Santillana del Mar. Le daba mucha más prestancia y un cierto aire antiguo que me dejó plenamente satisfecho.

El transporte se hizo casi de inmediato y la colocación acto seguido. Mientras colocaba en su lugar -con toda la ayuda que pude agenciarme- aquella piedra de quinientos kilos, bajo la que cruzaría muchos miles de veces en el futuro, di a mis ayudantes una clase de seguridad en el trabajo.

—¿No os he contado lo que le ocurrió a Javier el que me vendió estas piedras?- Al ver a la mayoría negar con la cabeza, continué —Estaban haciendo obras en el almacén de piensos y alguien, con una porra de diez kilos, como la que usamos para partir la piedra, golpeaba una losa de hormigón armado para abrir un agujero -no me preguntéis para qué- cuando a Javier, que estaba de costado a tres o cuatro metros, una esquirla de acero disparada por un golpe de la porra lo alcanzó en un ojo y se lo atravesó dejándolo tuerto.- Todos quedaron un tanto sobrecogidos, pues les gustaba ver como se rompían las piedras a causa de los porrazos que daba “el Nene”, que eran espectaculares... Pero no había terminado ahí la cosa.

—Al hermano de Javier, que trabaja en el almacén con él, también le falta un ojo, no se en que circunstancias lo perdió,

pero andaros con cuidado que, como dice mi abuela, “ojos sólo tenemos dos y nos tienen que durar toda la vida”.

Durante la construcción del Acuario tuvimos que vigilar —aun más si cabe— los materiales y sobre todo su resistencia.

Al realizar el proyecto había mirado hacia el futuro lejano. Esto me hizo tomar la decisión de construir la cubierta casi horizontal. ¿Para qué? Para elevar un segundo piso cuando tuviese presupuesto para ello.

Un aparejador, Ángel Pérez Cruz, que resultó ser cuñado de mi amigo Fede Calzada, compañero de colegio, se encargó de medir la resistencia de las probetas de hormigón. Cada vez que ponía en marcha la hormigonera eléctrica, me acordaba de los años en tinieblas y de las masa de hormigón hechas “a mano”, como se hacía la guerra en la época en que se fundó Santillana.

Los seis pilares de hierro, contruidos con dos perfiles en “U” soldados uno a otro, estaban sobredimensionados para, en un futuro, resistir a las personas que en el segundo piso admirasen a mis serpientes gigantes. En la actualidad ocupaban terrarios pequeños de madera, pero con el tiempo crecerían y, aunque en contra de lo que parece razonable, a las serpientes les gustan más las “casas” pequeñas que las grandes. Una gran pitón elige para vivir un hueco bajo una piedra o bajo la raíz de un árbol, si este se ajusta a su tamaño mejor que mejor. Las grandes cavidades no son de su agrado, pues en ellas dejan muchas partes de su cuerpo desprotegidas.

Había que adelantar trabajo. La construcción iba a buen ritmo... pero el tiempo también. No podía esperar al último día para conseguir serpientes, y en mayo decidí lanzarme en su busca.

Alguien me comentó que en Londres, y más concretamente en Harrods, incluían en su marketing el siguiente slogan: “Aquí puede encontrar desde una aguja hasta un elefante”.

Antes de ir a Londres a comprar serpientes -que me lo planteé seriamente- decidí que un viaje a Barcelona a repasar lo aprendido y a preguntar por “bichas” -como se las conoce en Andalucía- no estaría de más.

No recuerdo quién era el conservador del terrario en aquella lejana época -creo recordar que Jauma Champein- pero fue Víctor, el técnico del acuario, quien me puso sobre la pista de las serpientes.

—En la calle Galileo número 288, en el segundo sótano, hay una puerta con la inscripción Acuarios y peces. Llama, pregunta por José María, dile que vas de mi parte, que te atienda bien. Ahora se está pasando al comercio de reptiles, que dice que tiene más futuro que el de los peces.

Le di las gracias y salí zumbando con la alegría de ahorrarme el sufrimiento de un viaje a Londres en avión. Muchos como yo, que no tuvimos la ocasión de volar de niños, les teníamos el mismo miedo a los aviones que el que les tenían los habitantes de las islas Molucas. El viaje a Bulgaria, y la preciosa isla de Ceilán, no habían mitigado del todo mi prevención a tales aparatos. Además, recientemente varios accidentes del modelo DC 10 no habían ayudado en absoluto a que asumiese con tranquilidad elevarme por los aires.

Cuando bajé la rampa en curva y en pendiente de aquel sótano, no pude ni imaginar la cantidad de reptiles que vivían allí “escondidos”. Pitones de varias especies, pequeñas culebrillas verdes, delgadas como un lapicero pero de más de un metro de longitud... allí, ante mí, tenía la solución a una de mis principales preocupaciones.

Compré dos pitones *molurus*, en cristiano, “tigrinas”, (aunque debería haber sido a la inversa ya que, hasta entonces, la misa se oficiaba en latín como lo son los nombres científicos de los animales).

Compré además otras dos pitones reticuladas y una *Ahaetulla nasuta* que, por lo baratas y largas que eran, parecía que las vendiesen por metros. Sólo faltaba meterlas a

todas ellas en bolsas y llevármelas hasta el coche. Entonces se produjo el accidente.

—¿Qué serpientes te gustan? ¿Las que son más agresivas o las tranquilas?— José María, el dueño del negocio de importación, me lo preguntó como si yo supiese algo de aquellos animales. Dada mi inexperiencia absoluta con especies exóticas le agradecí el halago, dándole carta blanca en la elección.

—Escoge tú. Lo único que me interesa es que coman bien. Tengo entendido que algunas se niegan a comer y hay que forzarlas metiéndoles a la fuerza la rata por la boca. A eso no estoy dispuesto.

Las serpientes para elegir -más de cincuenta de cada especie- estaban en varios acuarios de cristal, que en vez de agua contenían trozos de corteza de pino y pequeños troncos. A uno de éstos se dirigió José María al tiempo que se colocaba un grueso guante en su mano derecha. Yo tomaba en mi mente buena nota de todos sus movimientos, pues era la primera clase práctica a la que asistía.

Una vez situado frente al terrario, descorrió el cristal del frente, que se deslizó por sus guías metálicas, metió, como si tal cosa, su mano enguantada y extrajo -como si no tuviera la menor importancia- una preciosa pitón de poco más de un metro de largo y la mitad de gruesa que mi muñeca.

—¡Mira qué preciosidad de pitón molurus! ¡Y qué sana está! Esta expedición que me acaba de llegar de Malasia ha venido bárbara. Ni una sola baja en más de doscientos reptiles. ¡Y cómo comen todas!...- Al tiempo que mantenía la pitón en su mano derecha, con la izquierda deslizó el cristal para cerrar otra vez el acuario o terrario, como prefieran.

¡Nunca lo hiciera! O por lo menos no de la manera que lo efectuó...

Al correr el cristal con la mano izquierda, aproximó sin darse cuenta su mano desnuda a la cabeza de la pitón que colgaba justo enfrente y que no debía de sentirse a gusto en aquella posición, porque el mordisco que le arreó fue de los

que hacen época —un mordisco sandunguero, que diría mi abuela Ota- José María no dijo ni un ¡Ay!, la única frase que pronunció en alto, al ver que la pitón no soltaba su presa, fue para llamar a su socio que estaba en un despacho próximo tras una cristalera revolviendo papeles.

—Haz el favor de acercarte un momento. Necesito que me ayudes a abrir la boca de una pitón que me tiene “cogido”- Por lo menos eso fue lo que le entendí yo, pero pudo haber dicho de igual manera “jodido”, que se acercaba más a la realidad y no entenderlo yo así.

Cuando llegó el ayudante, con ambas manos, y no sin esfuerzo, poco a poco, fue soltando las decenas de finos dientes clavados en la mano de José María, que comenzó a manar sangre en abundancia de cada uno de los diminutos orificios.

—¡Ya está! Uno, dos y tres ¡Suelta!- El ayudante soltó la cabeza de la serpiente... pero debió de haber un problema de sincronización, porque el reptil, con más reflejos que el portero de la selección, lanzó otro mordisco a la mano que acababan de soltar de su boca y la atrapó por el lado opuesto. El socio comenzó nuevamente a soltar dientes y la mano de José María a gotear aún más sangre, de la que había ya un pequeño charco en el suelo.

—¡Ya está! Uno, dos y tres ¡suelta!- Esta vez José María, que no quería perder la mano, estuvo más rápido que la serpiente y ésta se fue de vacío.

Con la serpiente ya encerrada en una bolsa de tela, se miró la mano chorreando sangre y, con una flema inglesa de primera calidad, dijo, al tiempo que se miraba la maltrecha mano y restando importancia a lo ocurrido.

—La típica mordedura de reptil- No hizo más comentarios. Me quedé con ganas de responderle aquella frase célebre pronunciada por Mr. Stanley cerca de las cataratas Victoria, cuando encontró los “restos” del explorador Livingston, tras tres años de vagar perdido por África ecuatorial:

—Doctor Livingstone, I presume- Venía que ni pintada para la ocasión. “Doctor Livingstone, supongo”.

El resto resultó a pedir de boca y la clase práctica no pudo ser más completa.

Feliz con mis serpientes, regresé a mi rutina de obras de sol a sol, pero antes tuve que dedicar un día entero a construir unos terrarios de madera con un frente de cristal fijo y una puerta posterior de madera por la que suministrar agua y alimento a su ocupante.

Terminada la clase práctica de carpintería. El ensayo no estaba de más, me dedique a acondicionar el lugar provisional que había elegido.

Las instalé a la entrada del zoo junto a la tienda. Los terrarios los apoyé en las traviesas que hacían las veces de alfeizar de las tres ventanas por las cuales se iluminaban tres pequeñas habitaciones, de forma que la puerta de madera quedase hacia el interior, con lo cual conseguía que el público las viese desde la calle sin poder abrir para tocarlas -hay mucho loco por el mundo suelto- y yo las atendería desde el interior de las habitaciones a las que accedía por una discreta puerta.

Cada uno de estos terrarios, gracias a una bombilla encendida permanentemente, mantendría una temperatura suficiente compatible con la vida del reptil.

Tres nuevos reptiles, una culebra de escalera, una de herradura y una pequeña bastarda, me llegaron de lugares tan distantes como Granada, Madrid y Sevilla.

Hasta entonces sólo había tenido ejemplares de las dos especies locales que no muerden nunca, la culebra de collar y la viperina -además de alguna víbora que no sé si muerden, porque nunca les di ocasión, aunque presumo que sí lo hacen- A estas dos culebras, cuando se las captura, la primera utiliza como defensa “excrementarse” en las manos de uno y, por lo mal que huele, sería preferible que diese buenos mordiscos, la segunda no hace ni eso, sólo intenta huir a toda costa.

Desde que empecé con el zoo, transformé un cercado construido con ladrillo, y que en origen albergó cobayas, en un cercado para lagartos y culebras de estas dos especies. La altura de la pared, de más de un metro, hacía imposible que se escapasen y, al estar su suelo en pendiente, aproveché para que la mitad más baja fuese un estanque y el resto un pequeño prado con piedras y troncos donde estos animalitos se podían guarecer del frío de la noche... otra cosa muy distinta era protegerse de los visitantes.

En varias ocasiones me asesinaron una culebra a pedradas. Tenía que vigilar constantemente, porque la afición a matar todo ser que reptase estaba extendidísima y algunos no podían contenerse al presentárseles una ocasión. Así murió una preciosa culebra de collar melánica —negra como el carbón— machacada a bastonazos por un anciano, que encima se mostraba ufano de su logro.

—¡Acabo de matar un “piazó” culebra! ¡Mira donde se había metido la muy cabrona!— Proclamaba el viejo a los cuatro vientos. Cuando intenté recriminarle su acción, me costó un buen rato que comprendiera que la culebra no estaba allí de casualidad, que la había puesto yo mismo y que mi intención —hasta un minuto antes— era que hubiese vivido allí felizmente durante varios años más.

A partir de entonces vigilé a los viejos con bastón como a cualquier grupo de niños o personas con aspecto de ser aficionados a la caza en safaris... Con el nuevo edificio este peligro desaparecería... por lo menos para los reptiles.

—¡Mira que piedras he sacado de la instalación de los leones!— Me dijo Chuchi enseñándome varios morrillos más grandes que sus puños.

—Hay personas, por llamarles de alguna manera, que piensan que pagando una entrada en el zoo, tienen derecho a cazar como en África.

Verdaderamente los primeros tiempos -en este aspecto- resultaron difíciles. El nivel cultural -si se le podía llamar nivel- estaba en marea baja de coeficiente 130... No se me olvidará mientras viva un mocetón, del tamaño de un oso grizzli, que se personó en la entrada del zoo dando unas zancadas de siete leguas. ¡Qué pasos daba! Nada más entrar se acercó al vallado que canaliza al visitante hacia la taquilla y, al verme a mí y que dicho vallado se interponía en su camino, pero que sí disponía de una puerta cerrada...

—¡No abra compañeru, que ya saltu yo esa valla común, que soy muchu más bravu que tos los animales juntus que tie usted en esta finca.

No me quedó la menor duda que en lo de bravu, llevaba toda la razón.

Repito, el nivel cultural estaba en marea baja. Paseando por el zoo de incógnito vi a un matrimonio que observaba en una pajarera a varias garzas reales de las que yo me sentía orgullósísimo, al pasar junto a ellos, no pude dejar de oír el siguiente comentario.

—¿Qué pájaros son esos?- preguntó ella muy prudente.

—Serán codornices- contestó él sin ningún escrúpulo de conciencia por la barbaridad que salió de sus labios.

En otra ocasión cruzando frente a un estanque en el que convivían flamencos con gaviotas reidoras, ellas pequeñas con la cabecita negra, se me acercaron dos hombres bien vestidos.

—Perdone ¿le importa que le haga una pregunta técnica?- me dijo en tono educado, y yo lógicamente asentí.

— Las aves blancas que corretean junto a las más grandes de color rosa, son sus hijos ¿verdad?- note cierta incertidumbre en aquel ¿verdad?...

—No, no tienen nada que ver, los grandes son flamencos y las pequeñas gaviotas.

—¡Me debes una cena!- dijo encantado el que, hasta ese momento, no había abierto la boca...

Al terminar el curso escolar, mi sobrina Elena, con dieciséis añitos, se ofreció a trabajar en el zoo como taquillera. Me pareció buena la oferta, ya que me vendría bien reforzar la taquilla y me permitiría convivir más con ella ya que –por la distancia a su domicilio- comería con nosotros cada día que acudiese a trabajar. Por supuesto que cobraría un buen sueldo y ya se sabe la ilusión que hacen las primeras pesetas ganadas con el propio esfuerzo.

Desde que llegaron “Mi Coleta” y “Enano” procuré, siempre que pude, no faltar a mi cita diaria con ellos. Para los tres era una “happy hour” de la que no desperdiciábamos ni un momento.

En aquella época yo tenía una gran barba negra, parecida a los piratas de las películas. A ella se aferraban los monitos y sin problema alguno se subían a uno de sus lugares preferidos, mi incipiente calva, desde donde, en ese lugar de privilegio, dominaban la situación.

—Hola, ¿me dejas a mí también entrar a jugar con ellos?— La vocecita que me lo preguntó en perfecto castellano era una niña preciosa, de unos doce años, con el pelo de un rubio como no suele ser habitual en los niños autóctonos. Por eso, y a la vista de su madre y hermano, con semejantes características, me incliné por adjudicarles una nacionalidad nórdica pero con residencia en nuestro país.

—Da la vuelta a las jaulas y entra por aquella pequeña puerta— La niña, decidida, entró a jugar con los monitos...

Cuando nos aburrimos de que “Mi coleta” y “Enano” nos saltasen por encima, y ya bien impregnados por ese olor a mono tan penetrante -hay quien prefiere denominarlo, “pestilente”- que se adhiere a la piel con más fuerza que cualquier

perfume, salimos al exterior y pasamos un buen rato charlando los cuatro sobre animales.

El impronunciable nombre de la niña, -ocurre con frecuencia con los nombres extranjeros, más aún si son holandeses como era el caso- desapareció de mi mente al instante. Pero el recuerdo de su cara, su aspecto y su simpatía no los olvidé tan fácilmente...

Poco después, en nuestra exigua población de primates, se produjo un cambio que fue bienvenido y yo diría que también sorprendente.

Mientras tanto la construcción del acuario se aproximaba a su fin. Manolo García, el marido de Conchi, la prima de Maribel, salía de vez en cuando del acuario que estaba forrando de fibra de vidrio y poliéster y, medio mareado por los gases emanados de la mezcla de componentes, se recuperaba para poder continuar.

Todos los amigos que visitaban mi obra en construcción, invariablemente, me hacían la misma pregunta.

—¿Por qué has hecho la cubierta horizontal?

—No es horizontal. Tiene una ligera pendiente hacia el exterior, porque algún día, lo que ahora es techo será el suelo de otro piso donde instalaré a las serpientes que, en unos días, vivirán abajo y que espero que crezcan. Tengo unos años de margen, pero ya tengo hecha parte de la obra, sólo me falta la pared exterior y el forjado de hormigón de la cubierta, porque la cúpula que ahora estoy construyendo la cortaré, la elevaré con una grúa y la pondré en su nuevo lugar un piso más arriba. Todo está previsto por el alto mando, pero... “tiempo al tiempo”.

Sindo, el soldador, estaba trepado en las alturas y escondido tras la careta con la que se protegía los ojos de la brillantísima luz de la soldadura... Todos y cada uno en su

parcela trabajábamos a destajo. Pero fuera también había obra contratada.

Pepe Ruisánchez, el padre de Mari Ángeles nuestra taquillera estrella, construía en su taller de carpintería de Torrelavega los dieciocho terrarios para reptiles. Todos ellos diferentes y con ángulos variables, lo que le tenía “entretenido”.

El final, estilo inauguración electoral, se fijó para el trece de agosto. No podíamos retrasarnos más. Ocurriese lo que ocurriese, ése sería el gran día.

Diez días antes de la inauguración comenzaron las catástrofes. Comenzaron los cristaleros incumpliendo sus plazos. Cuando por fin se presentaron, colocaron con silicona cinco de los veintitrés cristales “securit” de dos centímetros de grosor y los apoyaron en la obra de ladrillo forrada de poliéster teñido de azul oscuro -esto haría destacar a los peces-. Hecho su trabajo de ese día se fueron a descansar.

A la mañana siguiente, bien temprano, comenzamos la prueba de fuego -en este caso de agua-. Cuando habíamos echado no más de una décima parte del agua del primer acuario, ésta comenzó a manar por las juntas...

—¡Que no cunda el pánico!- dije yo para animar a los presentes, aunque un sudor frío comenzó a humedecer todo mi cuerpo- Una mala suerte, le puede ocurrir esto a cualquiera. Vamos con el siguiente- Idéntico resultado. Y así los cinco.

Estudí a fondo el problema en busca de solución. Los cristales securizados, de 20 milímetros de grosor, pesaban una enormidad, la superficie de contacto de cada acuario — cuatro metros de perímetro por tres centímetros de anchura — era aproximadamente de trescientos centímetros cuadrados, enorme para que, con la fuerza de un humano, se venciese el rozamiento del cristal en su zona de apoyo y se lograra además trasladar una presión suficiente a la junta de silicona... Decidí de inmediato cambiar la técnica. Una vez puesta la silicona en abundancia, apretaríamos el cristal desde dentro lo más posible... y, acto seguido, lo más rápido posible, llenaríamos hasta

arriba el acuario de agua. Mil doscientos litros de agua harían mucha más fuerza incluso, que el mismísimo “Nene”.

Así colocamos los siguientes dieciocho y recolocamos los cinco primeros. Quedaron algunas pequeñas fugas, pero eso ya lo resolveríamos más adelante. Dejé los acuarios con agua.

Esa misma noche puse un pez rojo común, de los que en el lago de la mina de Reocín -que yo “administraba” en aquella época- había a cientos.

A la mañana siguiente saqué el pez y se lo di de comer a una cigüeña... porque estaba muerto y bien muerto. La pérdida no era grande y no me desanimé por el incidente del pobre pececillo, hasta que Maribel en una visita de cortesía...

—Ignacio, me gusta más ese color azul clarito que el anterior casi negro, que lo hacía todo muy lóbrego- Al llegar a esa frase me di cuenta de que el pigmento que impregnaba el poliéster se había degradado y cambiado de color a un color cielo —que la verdad sea dicha, sin ánimo de crítica- encontré mucho más agradable de ver que el que me recomendaron, por mucho que destacase el color de los peces. ¿Sería posible que el maldito pigmento se disolviese en el agua? Pedí dos nuevos voluntarios entre los peces rojos del lago y los estuve vigilando cada dos horas hasta que llegué a la conclusión de que el pigmento cambiaba de color en contacto con el agua, pero que el agua seguía igual, y ahora -evaporado el cloro- era inofensiva para los peces.

Aproveché un momento de tranquilidad, para trasladar a las serpientes desde su enclave provisional, junto la entrada del zoo, hasta su definitiva ubicación en las nuevas instalaciones.

Mi idea del acuario era que tuviese tres partes bien diferenciadas. Nada más entrar a mano izquierda, el primer tramo de cinco acuarios de 800 litros y el contiguo de cuatro de 1.200, los dedicaría a peces de agua dulce de España —de aguas continentales que dicen los científicos- que yo en persona pensaba capturar en su mayoría. El resto, las especies de las aguas próximas a la cuenca mediterránea, me las suministraría

el zoo de Barcelona y unos amigos valencianos, que si su afición a los peces y anfibios se la pagaran con dinero, serían sin duda los Rokefeller españoles.

El siguiente tramo, cinco acuarios de 800 litros estaban destinados a peces de nuestro mar Cantábrico, que recolectaría -como ya hice de niño- en las charcas que deja la marea al descender.

Por último -ésta era la parte más sencilla del proyecto, pero sin duda la menos divertida- nueve acuarios idénticos a los de aguas continentales, destinaría a vistosos peces tropicales, de los que no hay dificultad para adquirirlos en decenas de tiendas de España.

Superados estos problemas iniciales me enfrenté a otro nuevo. El agua dulce para catorce acuarios, manaba del grifo pero necesitaba con urgencia casi cinco mil litros de agua de mar para los cinco acuarios destinados a los peces del Cantábrico.

Manolo, el marido de Conchi, recuperado de los vapores del poliéster, me dio la idea.

—¡Pídeselos al alcalde de Santander, Juan Hormaechea! En el parque de bomberos tenemos un camión cisterna que está todo el día parado. Seguro que te lleva el agua.

Maribel conocía a Juan desde casi el colegio, así que fue acompañada de Raquel González de Prada, hermana de mi cuñado, hasta el ayuntamiento de la capital. Las recibió y, gustándole la petición, dio órdenes de inmediato para que nos trajesen el agua.

A su regreso con las buenas noticias, lo primero que hice fue vaciar de agua dulce los cinco acuarios y prepararlo todo para la llegada del vital elemento para las doradas, jargos, julias, mules, blenios... y casi para mí.

Recibimos a Manolo y su equipo casi con aplausos. Diez minutos más tarde me dieron ganas de asesinar a todo el cuerpo de bomberos de Santander, porque mis acuarios estaban llenos de una especie de tinta de calamar en la que, si sumergía

aunque sólo fuese una uña del dedo, esta desaparecía igual que si la hubiese metido en fino petróleo... ¡y quedaban tres días para la inauguración!

Manolo se disculpó como pudo.

—Lanzamos la manguera donde el dique de Gamazo, debió de irse al fondo y chupó directamente del fango- fue un consuelo saberlo.

Me encomendé a todos los santos... y a mis bombas Turbelle. Comunicué los cinco acuarios con sifones utilizando para ello trozos de manguera gruesa. Si sacaba agua con las bombas de los dos de los extremos y, pasándola por los filtros, la volvía a verter -gracias a las bombas y a tres metros de manguera- al acuario central de aquel tramo, establecería una corriente desde el del centro hasta los dos de los extremos, donde el agua atravesaría unos grandes filtros de gomaespuma...

Cinco minutos más tarde limpié los filtros cegados por una masa negra que olía a demonios. Así comencé una guerra sin cuartel contra el fango.

A cada nueva limpieza de los filtros metía la mano en aquella tinta de calamar y poco a poco vi que el agua recuperaba su transparencia.

Como si hubiese ocurrido un milagro, a la mañana siguiente los filtros ya tardaban más de dos horas en cegarse y por la tarde, tras cuatro limpiezas, se veía el fondo del acuario. Un día más, y la víspera de la inauguración, los análisis demostraron que el agua de mar era compatible con la vida de peces.

El trece de agosto por la mañana, con todo hilvanado como un traje a medio hacer, según me levanté antes de amanecer, miré los horarios de las mareas en el periódico del día anterior. Hice mis cálculos y cuando, más tarde, llegó el personal, repartí el trabajo.

—La bajamar es a las cinco de la tarde- informé a todos los trabajadores reunidos en cónclave ante mí.- Tú y tú, en cuanto terminéis vuestras obligaciones más urgentes, salís zumbando a ver si en el acuario de algún restaurante de Torrelavega o Suances encontráis algo de marisco o peces vivos que podamos comprar o que os regalen. Lo que encontréis lo quiero antes de las cinco aquí, ni un minuto más tarde.- continué - Vosotros dos, a las tres de la tarde o antes vais a la playa de Oyambre donde, en las rocas del extremo oeste, se forman charcas de marea, coged todo lo que encontréis que esté vivo y se mueva. Me sirven los cangrejos, las estrellas de mar, las quisquillas, los pequeños calamares, los erizos y toda clase de peces. Si encontráis una buena langosta también me interesa... pero ésa dejadla en casa al pasar. En cuanto a la hora de regreso, apuntad la de vuestros compañeros y por favor no la olvidéis.

A media tarde no sabía nada de mis emisarios y embajadores. Las autoridades, familiares, visitantes y amigos se agolpaban ya en la puerta frente a la consabida cinta y yo los procuraba distraer, aunque ya habíamos superado la hora prevista de la inauguración.

¡Por fin aparecieron mis huestes con calderos, reteles, salabres y el resto del equipo!

—¡Venga! ¡Daos prisa! No os equivoquéis de acuarios. Los de agua salada son el tramo de cinco más alejado de la puerta- les azucé sin contemplaciones.

Un minuto más tarde comenzó el acto. Cortada la cinta, entramos todos en tropel a estrenar el bautizado como Acuaterrario. Las exclamaciones brotaron al instante de infinidad de labios.

—¡Mira qué culebrón!- decía una voz -Debe de ser venenosísima, con tantos colores- Comentaba otra... -En este acuario no hay nada- pregonaba una tercera, y al instante. - ¡Acaba de caer en él una estrella de mar... Y un erizo! ¡Mira, ahora ha caído también un centollo!- Porque mis huestes iban

lanzando los peces y demás capturas, al tiempo que los visitantes cruzaban frente a los recién inaugurados acuarios.

Me juré que la siguiente inauguración la haría con más tiempo. No quería más sorpresas, ni zarpazos, ni pescas de última hora.

El resto del verano me aficioné a la playa, a la que no iba desde mi época de soltero y sin novia, en que, como decía mi amigo Pepe Salas.

—Socio, ir a la playa a nuestros años, no teniendo novia ni compromiso como es nuestro caso, es una obligación, ya que, como te he dicho varias veces: “Anunciarse es vender”.

Cada día en que la marea era propicia, cargando con salabres, cazamariposas aptos para también capturar peces, cacharros de plástico con tapa para el transporte y gafas de buceo para ver mejor bajo el agua, me dirigía a zonas rocosas que iba descubriendo, y allí capturaba toda clase de alevines para que luego creciesen bajo mi tutela. Un día capturé un pequeño pulpo... Nunca pensé que aquel ser viscoso y repulsivo y yo, llegásemos a intimar como lo hicimos. No habían transcurrido tres días, cuando aquel animal aprendió a coger su comida de mi mano. En cuanto me oía que andaba brujuleando por sus proximidades, subía a la superficie y se asomaba sacando sus glaucos ojos y sus tentáculos fuera del agua. Si no le ofrecía más que mi dedo, tiraba de él con fuerza, pero si lo que le daba era un mejillón o un trozo de pescado, lo atrapaba con sus tentáculos y como los submarinos se sumergía rápidamente.

A su lado otros peces también demostraron tener una inteligencia sorprendente, estos eran los blenios y le encontré una explicación.

Los blenios, o “momas” como se los conoce en Santander, viven entre las rocas en la zona intermareal. Se acercan a la orilla en las mareas altas y reculan cuando la marea descende. Constantemente, dos veces cada día, corren el riesgo de quedar atrapados en una charca de marea donde las gavio-

tas pueden acabar con su vida. Por si esto fuese poco comparten territorio con los pulpos, unos tragones impenitentes que, con sus ocho tentáculos y una membrana que une uno a otro como nos ocurre a nosotros entre los dedos, sólo que muchísimo más desarrollada y que ellos utilizan a modo de red. Ver al pulpo intentar pescar un blenio y a éste esquivar sus ataques es una clase de estrategia y se parece al juego del ratón y el gato. El pulpo se lanza sobre una piedra y la cubre con sus tentáculos y su red e introduce éstos por los huecos que quedan bajo la roca, los blenios, más rápidos, huyen por la salida de emergencia a un nuevo refugio. Rara vez el pulpo se sale con la suya sólo que, mientras persigue blenios, se forra a comer cangrejos y camarones que comparados a los blenios parecen de párvulos.

Los blenios, de los cuales pronto reuní varias especies, tienen otra característica curiosa. Además de tener ojillos de listo, encima de ellos algunas especies tienen una especie de pestañas de adorno que les dan una gracia especial. Como he dicho, son muy avispados y enseguida aprendieron a nadar entre mis dedos y a tomar de ellos trocitos de mejillón, que yo a diario, picaba muy fino con la ayuda de un cuchillo.

Aprendí más ese verano sobre los peces de esta costa, que en mis treinta y ocho años anteriores. Además de divertirme cantidad con esta pesca, llené mi cuerpo del yodo que aspiraba a la orilla del mar y doré mi piel, con lo que fue el verano que lucí más a la moda.

Tanto fue así, que trasformé a agua de mar cuatro acuarios de 1.200 litros, que en origen estaban pensados para peces exóticos de agua dulce.

Mis nueve acuarios, con unas algas que me traje como adorno y rocas decoradas como sólo el mar sabe hacerlo, con centenares de pequeños alevines nadando incansables de un lado a otro -ya crecerán, me decía yo- cambiaron de aspecto de forma radical y comenzaron a parecerse a los que yo tenía en la mente.

En cierta ocasión -y aquí mis recuerdos son muy difusos- traje cuatro emús del zoo de Valencia. Creo recordar que compartí el coste de la expedición y las aves con alguien -no se con quien- que estaba interesado en una pareja, y, aunque antes de subirlos a la furgoneta les pusieron unas capuchas tipo verdugo, no habían perdido de vista la ciudad del Turia, cuando uno se fue... desgraciadamente al cielo de los emús, porque -según me contó más tarde el conductor- cayó al suelo como si lo hubiese matado un rayo. Ya me habían advertido que esto podía ocurrir, pero lo que no había pactado era, si esto ocurría, de quien sería el muerto. Tampoco se me ocurrió tomar la sencilla precaución de, antes de iniciar el viaje, marcar a los cuatro y asignarles propietario, por lo que el muerto cargué yo con él.

El superviviente que yo me quedé -como debí suponer debido a su tamaño- resultó ser un destrozón de césped nato, lo que no fue óbice para que yo recayese en el mismo pecado y decidiese buscarle pareja. Así no dejarían ni brizna de césped y yo no tendría que preocuparme más por su siega.

El 28 de agosto me llegó una curiosa carta con matasellos de Cambrils, Tarragona, fechada dos días antes. Unas pegatinas de un osito y dos ratoncitos de dibujos animados dejaban claro que el autor o autora, o era de corta edad, o iba de broma. Comenzaba así. Transcribo al pie de la letra:

“Querido señor director”

Un día que fuimos a su zoo usted me presentó a Nicoletta y me dejó entrar en su jaula, para jugar con ella... a mí me encantó Nicoletta y Enano también...”

Después comentaba que su padre iba a ir a África y que quería saber qué clase de mono era, pues quería uno igual... me adjuntaba la entrada infantil y firmaba.

Merlijn Van Altena. Y añadía sus señas.

No tuve ningún problema en recordar perfectamente quién era la autora.

Contesté a sus muchas preguntas sobre estos monitos... y pasó el tiempo.

Cuando la inundación inaugural, murieron ahogados cinco cachorros de lobo, pero un sexto, que sacamos la víspera rebozado en barro y a punto de preceder a sus hermanos, le pusimos de nombre Moisés y, aunque falleció a los pocos días a pesar de nuestros cuidados, nos dejó un mal sabor de boca que no podríamos quitarnos hasta no criar con éxito unos cachorros de lobo a biberón, para así demostrarnos a nosotros mismos que éramos capaces de lograrlo.

Así ocurrió con Zipi y Zape, nuestros lobos primogénitos y, como le cogimos gusto y fue muy gratificante, decidimos tener más familia lobuna.

Ser amas de cría de los cachorros, después de la experiencia vivida con los anteriores, que, al sentirse humanos e hijos nuestros, paseaban a nuestro lado por el zoo, consideramos que era una cosa buena para ellos, aunque años después haya dudado que fuese una solución acertada. Los lobos son bonitos, misteriosos y de un comportamiento difícil de comprender. Me han dado muchas alegrías pero son la especie animal -con mucha diferencia- que más disgustos y preocupaciones me ha dado. Tanto es así que tras treinta y cinco años con lobos, estoy meditando muy seriamente que no tendré más lobetes.

El caso es que en aquel entonces, era nuestra intención repetir la experiencia.

Un día de ese otoño, el 8 de noviembre, recibí otra carta en que el sobre estaba decorado con nuevos dibujos infantiles.

Cuando le abrí vi que, además de una carta, contenía una foto -como las de carné- de la holandesa que conocí cuando

estaba jugando con “Mi coleta” el pasado verano. La carta decía más o menos así:

Muchas gracias por su carta. Le envío esta foto por si así se acuerda mejor de quien soy. Vivo en Vilafortuny, Cambrils, muy cerca de Tarragona. Si en alguna ocasión viene por aquí y quiere ver mis tres perros pastores, mi cobaya y mis agapornis, a los que yo llamo “capornios” -porque agapornis no me gusta- mis padres me dejan invitarles a nuestra casa a usted y a su esposa Maribel.

Me añadía sus señas y su teléfono.

Álvaro, el de Hatari, no me daba juego. Le faltaban contactos y sólo importaba los patos corrientes que necesitaba después de comprarme mi producción. Tuve que hacer averiguaciones en busca de un proveedor que me ofreciese nuevas especies. No sé cómo contacte con Troncoso, un criador de faisanes de Sevilla, que a su vez me conectó con otro criador, éste holandés, de nombre impronunciable, Aaldert Streutker, lo cual para mí en años posteriores resultaría providencial.

Aaldert le suministraba faisanes a Troncoso que le llegaban de Holanda por avión, eso sí, con cuentagotas. Nunca enviaba en la misma expedición más de tres parejas, aunque éstas podían representar una cantidad en pesetas importante, pues una vez que te sales del faisán común, el dorado, el plateado y el precioso Lady Amherst – que son el sota, caballo y rey de los faisanes- los precios iban ascendiendo de una especie a otra de la misma forma que asciende la pendiente de un puerto de montaña.

El aeropuerto de Santander tenía poco de Nacional -dos o tres vuelos diarios- y nada de Internacional. Todo lo que me enviase Aaldert, desde su lejano pueblecito, de nombre Ane, en Holanda, vendría vía Madrid.

Lo primero que necesitaba era un intérprete -hembra o macho, me era indiferente-. El correo se me hacía eterno y el teléfono, por mi facilidad para hablar holandés, más inoperante aún, por ese camino el sistema carecía por tanto de fluidez. Tenía que estar al corriente de sus ofertas o adquisiciones para mí, de igual manera que están los que juegan en bolsa.

Me acordé de la esposa holandesa de un amigo de juventud. ¡Ahí estaba la solución!

Me puse en contacto con Gerritje, este era su nombre – aunque todos sus amigos, para simplificar, la conocían como Gerry- Para soslayar el coste de una llamada por teléfono desde su casa, quedamos en que, cuando fuese necesario, vendría a mi casa para traducirme la conversación en directo.

No sin esfuerzo, conseguimos convencer al llamado Aalderdt de que para menos de veinte aves no me movía yo de casa. Le hicimos un pago inicial a cuenta para tranquilizarlo y esperamos ansiosos la primera preciada carga.

Inocentemente comencé esta actividad, la de importador de aves, sospechando por lo que me contaba Álvaro, que me iba a dar muchas alegrías y también disgustos, pero sobre todo esperaba, estrés, mucho estrés...

Pronto llegó el primer envío con preciosos ejemplares para mí desconocidos. Todo era de primera: anillas cerradas del año a modo de precinto de garantía, salud desbordante y comodidad en el transporte ya que llegaban a Santander... pero no todo puede ser perfecto y el precio del flete era digno de Tomás el soldador, a lo que había que añadir envases costosos por ser de calidad, y que, por el coste del avión, se convertían en no retornables.

Pero el primer paso estaba dado, que era lo importante. Ya me las arreglaría en un futuro para -si merecía la pena- fletar un camión y llenar España de aves de adorno. Porque Streutker me ofrecía de todo: Grullas, cisnes, gansos salvajes, patos igual de salvajes, pavos reales, faisanes, razas de gallinas y palomas de fantasía. Estaba dispuesto -como buen comercian-

te holandés- a ampliar su negocio, ya que me explicó, que no sólo él en persona criaba cientos de estas aves, sino que además pertenecía a una asociación de criadores muy bien organizada, que le tenían constantemente al corriente de todo lo disponible. Con los bajos precios en aquel país, las posibilidades de desarrollo del mercado español eran casi infinitas.

Yo no aspiraba a tanto, pero si, al tiempo que conseguía las aves que ya constituían un vicio para mí, lograba vender otra parte a zoos y aficionados, podría mantener el vicio propio a costa del ajeno. Así me lo planteé.

Al que en su día más de uno llamó “leona vieja” le comenzó a salir la melena y, poco a poco, se convertía en el espléndido ejemplar de rey de la selva que todos los del zoo anhelábamos.

Salirle la melena y comenzar a rugir con mayor potencia fue todo uno. La “vieja leona” pasó de golpe y porrazo a ser un joven león. Su valor cinegético debió de aumentar considerablemente, pues aumentó el tamaño y número de los objetos que retirábamos de su instalación: trozos de ramas y piedras de considerable tamaño lanzadas por algún fanático de la caza que, por los veinte duros o poco más de una entrada, quería hacer un safari en toda regla. Al ver al macho ya crecido, aumentó el grosor de la munición que utilizaban con las “hembras viejas”.

La otra versión probable era que, ante la impotencia de despertar a gritos al león de su sueño habitual, recurrieran a la violencia... aunque por el tamaño de las piedras no sé qué versión era la más acertada.

Limpiamos a fondo los alrededores de su instalación de todo objeto inferior a cien kilos de peso -los hay muy brutos- y nuestro león pudo dormir a pierna suelta, como es sabido que hacen durante veinte horas al día los reyes de la selva.

1983



CAPÍTULO 7

Como ya he contado, en aquella época me gustaba mucho visitar tanto el zoo de Madrid como el de Barcelona. Cualquier disculpa era buena para dejarme caer por una de estas dos ciudades.

En enero, arrastrados por la afición de Maribel, decidimos descansar unos días de nuestro ajetreo diario, esquiando en el pirineo leridano -yo nunca he ascendido de la categoría de “esquiador consorte”-. Hicimos escala técnica en Barcelona y visité -cómo no- el zoo.

El domingo sería un día relajado. Sólo tenía que ir desde esta ciudad hasta el valle de Arán. Repasé en mente posibles soluciones complementarias para añadir a aquella jornada.

—Maribel. Acabo de tener una idea. He caído en la cuenta de que, camino de Lérida, pasaremos a sólo treinta kilómetros de la casa de la niña holandesa que nos escribió. ¿Qué te parece si la llamo y hacemos una visita a esta familia?

—Por mí, bien. A ti es al que le gusta conocer gente nueva. Llamé, hablé con su madre y le pareció muy bien.

—A Merlijn le encantará volver a veros. ¡Lo pasó tan bien aquel día en el Zoo jugando con los monitos, que desde entonces no hace otra cosa que hablar de vosotros! Lo que más le gustaría en esta vida es tener un mono, y si es como aquella monita, mejor aún.

El recibimiento con que nos obsequió esta familia fue caluroso. Derrocharon amabilidad, vimos aquel pequeño zoo y,

mientras tomábamos un café —eran las once de la mañana- les hablé de nuestras experiencias y de nuestra intención de, en la próxima primavera, “ser padres” de los cachorros de lobo que naciesen.

—¡Cómo me gustaría dar el biberón a unos lobos! Yo he cuidado a los cachorros de nuestra perra pastor alemán y sé hacerlo muy bien. Los lobos no son tan diferentes y creo que podría hacerlo también.- dijo la niña, toda espontaneidad, con su mirada iluminada con el sólo pensamiento de verse rodeada de lobitos.

—Si estás dispuesta a ello, por nosotros no hay problema -dejó caer Maribel- toda la ayuda que tenga se me hará poca. Así que, si tus padres te dejan... nosotros te podríamos recoger en el aeropuerto de Santander y te vienes a pasar unas vacaciones al Zoo con nosotros-.

A sus padres les pareció perfecto ese plan de vacaciones.

Después del viaje a Bulgaria, volví a calzarme los esquís en el valle de Aran. El plan era invariable. Una semana con mi grupo de amigos en Baqueira Beret. Todos ellos, en especial Maribel, disfrutaban deslizándose por aquel manto blanco. Yo me conformaba con sobrevivir y, además de pasarlo bien, en mi tiempo de relajo durante las cenas, procuraba llevarme tareas de casa para rellenar algunas horas y poder huir de las pistas.

En una ocasión durante un día con un tiempo excelente, me escapé de mi clase de esquí y me fui por el puerto de la Bonaigua hasta el pueblo de Esterri de Anneu, donde pasé la mañana visitando un criadero de urogallos que dirigía Pep Guillén, un amigo fanático de los animales.

El acuario fue el culpable de que ese año, por primera vez, fuese al valle de Aran de muy buen grado.

Gracias a Ignacio Doadrio, especialista e investigador en peces en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, me

entró tal curiosidad por los peces de aguas continentales, que no perdía ocasión de meterme en el cauce de un río en busca, no de truchas o salmones, como hacen casi todos los pescadores, sino de pequeños y despreciables peces a los que nadie hacía caso, pero a los que yo encontraba interesantísimos.

El otoño anterior había prospectado varios ríos españoles de las cuencas del Duero, Ebro y Tajo. Ya me había familiarizado con la fauna de la primera, y sus barbos, colmillejas, bermejuelas, cachos y loinas lucían en mis acuarios.

En el Manzanares capturé infinidad de colmillejas de otra especie y gambusias, pequeños pececillos que tienen la utilidad de comerse todas las larvas de mosquito de un cauce, por mucho que estas se escondan, aunque tampoco le hacen ascos a los alevines de otros peces, lo que en este caso y en ciertos lugares está poniendo en peligro a la fauna autóctona.

El verano anterior, hice una excursión al río Tirón en la Rioja, acompañado por Nacho Doadrio y su novia Paloma Garzón, también bióloga investigadora. Esta excursión calmó la sed de recuperar para mí la compañía de unos peces pequeños, que se esconden bajo las piedras, que tienen varias barbas alrededor de su diminuta boca, con los que yo había disfrutado en mi niñez en el río de Escoriaza (Guipúzcoa), donde veraneé en aquellos años. Allí los llamaban “sarbos” y no los había vuelto a ver hasta que -treinta años más tarde- Nacho Doadrio me puso en su pista, pero llamándolos de forma muy diferente: *Noemacheilus barbatulus* o más comúnmente: “Lobos”.

Me traje al acuario medio centenar de estas reliquias de mi infancia y no dejé de mirarlos en mis vueltas y vueltas a aquel hexágono, que me atraía como la miel a las moscas.

Durante mis conversaciones de aprendizaje de la fauna piscícola fluvial con Nacho, me habló de un extraño pez, que en la Península Ibérica sólo habitaba en el río Bidasoa... y en el Garona aranés. Su descripción lo hacía inconfundible, pues tenía un “primo” marino superabundante en las costas de Cantabria, donde se le conoce, por su forma rechoncha, con

el nombre de “chaparrudo”. Todos los niños de Santander, en los lejanos años de mi infancia, con nuestras cañas a cuestras, habíamos sido un azote como Atila, para estos pobres peces, dado su poco recelo al cebo de los anzuelos, sólo superado en la bahía por los blenios, más comúnmente conocidos como “momas”. Aunque a favor de estos últimos tengo que alegar que, como ya he dicho antes, de tontos no tienen un pelo -por lo que pude descubrir cuando “conviví” con ellos en nuestros acuarios marinos- aunque sí de exceso de confianza, lo que les hace morder el anzuelo con absoluta facilidad.

Pero en este viaje haría pesca en la corriente helada de las aguas que descienden del deshielo por la ladera del puerto de la Bonaigua, hasta convertirse en el río Garona.

A la aventura de pesca le tenía reservada el último día, horas antes de emprender el regreso.

Mientras tanto a sufrir con los esquíes por el “Cap de Baqueira”, después en “el Pla” -con más “bañeras” que las termas de Caracalla- otro poco de sufrimiento en “la Perdiz blanca” -que nunca vi- y así, de pista, en pista trascurrió la semana, acabando cada día en “Pastores”, la pista de principiantes donde me sentía feliz.

Cumplí mi objetivo número uno y conseguí llegar al viernes con todos mis huesos sanos y en su sitio, como siempre, por suerte, he tenido por costumbre.

La última mañana no subí a las pistas de esquí sino que, pertrechado de botas de goma, llevando mis cubos de plástico con tapa hermética y armado de unos cazamariposas de tul, suficientemente resistentes para el tipo de peces que llevaba habitualmente a mi acuario, madrugué, bajé hasta Viella, elegí un lugar del río que me pareció que si yo fuese un *Cottus gobio*, le encontraría apetecible para vivir y me metí en el río dispuesto a no dejar pez bajo piedra.

Hurgué bajo las piedras con un palo por un lado y puse mi cazamariposas cerrando la posible huida del pez. Lo que al llegar al río me pareció que iba a ser coser y cantar comenzó a

complicarse. Al segundo resbalón que me obligó a meter una mano en el agua, comprendí que un amerizaje en aquella agua helada me obligaría a prescindir de mi ropa ante los curiosos que me observaban desde el cercano puente, lo que no tendría para mí la menor gracia. Redoblé las precauciones.

Dos horas más tarde ya tenía... los pies helados y cero peces en mis recipientes.

Una hora después, el único gobio que vi tuvo la amabilidad de entrar en el cazamariposas y de allí al bidón.

Tras tres horas de lucha me rendí, aunque mi objetivo era capturar unos cuantos. Me rendí a la evidencia de que no era nada fácil y de que tenía síntomas claros de congelación en ambos pies, que llevaban tres horas al “baño María” en aquella corriente helada.

Por si mis sufrimientos en las pistas y en el río no hubiesen sido suficientes, la aventura no terminó todo lo felizmente que yo deseaba, porque el pobre pez falleció durante el viaje de vuelta, a pesar del volumen de agua en que lo trasportaba. Quizás la temperatura en el interior del coche calentó el agua demasiado deprisa y el pobre pez murió por no poder resistirlo. No volví a intentarlo y borré a esta especie de mis futuros huéspedes de aguas continentales.

Los dos lobeznos, que la primavera anterior criamos con tanto cariño, habían alcanzado el tamaño de un adulto, aunque seguían comportándose como dos muchachotes retozones. Ya era un compromiso sacarlos sueltos por los alrededores del Zoo, lo comprendimos aquel día, en la finca del vecino, cuando les dijo Maribel:

—Mirad lobetes, aquel animalón es un caballo como los que se han comido muchas veces vuestros abuelos.

El pobre caballo acabó saltando la pared de piedra que rodeaba el vasto prado y nosotros nos dimos una carrera detrás

de los lobos, en los que acababa de aflorar inesperadamente su instinto cazador.

Por otra parte, en dos meses su madre volvería a estar en celo y para mediados de junio tendríamos otros lobetes, con los que tendrían que “compartir la faldá” -como dicen en Iberoamérica- y el cariño de Maribel.

Nos llamaron del zoo de la Casa de Campo en Madrid, rogándonos que, si disponíamos de una pareja de lobos, no la comprometiésemos con nadie pues ellos, que acababan de recibir del zoo de Yakarta una pareja de Dragones de Komodo, tenían que corresponder... con dos lobos.

No nos sentíamos con fuerzas para meter a nuestros queridos lobetes en sendas cajas y enviarlos así, sin compañía, en el comienzo de ese viaje que cambiaría sus vidas. Decidimos llevarlos en persona. Con nosotros irían más tranquilos... o por lo menos eso pensamos que ocurriría.

Le pedí prestado a mi hermano Gonzalo su Renault 18 familiar, en el cual iba a cazar los domingos con una caja llena de perros, que se acoplaba perfectamente en el vehículo transformado eventualmente en furgoneta.

Con todo ya dispuesto, el once de febrero muy de mañana, comenzamos la operación de traslado.

Introducimos la hermosa caja en el interior del parque, donde los lobos se nos lanzaron encima para lamernos y curiosar aquel extraño juguete, que se les antojó interesantísimo.

Unos minutos después abrimos la caja... los cachorros estaban encantados con aquella guarida a estrenar y se metieron los dos dentro para allí continuar con sus juegos... sin saber lo que les esperaba.

—¡Cierra la caja!- fue la orden tajante que salió de mis labios, y los dos lobetes se quedaron allí encerrados.

Lo habitual en un cachorro de perro en esta situación es que permanezca quieto, más aún si está con un hermano.

Los dos lobos estaban hechos de otra pasta muy diferente e interpretaron aquel cierre, más que como un juego, como

una captura en toda regla. Decidieron que de allí había que escapar a toda costa. Para entonces ya estaba la caja en el coche, el motor en marcha y partimos de viaje de inmediato.

Los cachorros estaban como locos, intentando hincarle los dientes a la caja para romperla y escapar. Maribel, no obstante, no cesaba de hablarles para tranquilizarlos, a lo que no hacían ningún caso. Comencé a preocuparme seriamente.

A los veinte minutos detuve el coche, me apeé y me asomé por el cristal trasero. Los lobos babeaban y jadeaban a un ritmo que temí por su vida.

La caja había sufrido tanto o más que ellos y el coche lo suyo, como no podía ser de otra manera. La parte trasera de la caja, provista de una reja antes de salir, ahora carecía de ella, que estaba en el suelo arrancada y retorcida. La madera había resistido en parte, pero, como habían hecho una buena brecha al arrancar la reja, ahora estaban atacando al coche directamente, del que habían arrancado el embellecedor que cubría la puerta trasera, los cables que conectaban los pilotos traseros y todo lo que los estorbaba en su huida. La chapa, por suerte, se les resistía y ellos estaban agotados, aunque no se daban por vencidos. Continué viaje.

En el puerto del Escudo hice una nueva parada y los encontré rendidos y sin fuerzas para continuar luchando. Como hizo Hernán Cortes -yo sin barcos que quemar aunque estuviese en un puerto- decidí seguir hacia adelante, hasta llegar a Madrid. No hice más paradas en todo el trayecto.

En la puerta del zoo de Madrid los volví a mirar, estaban tranquilos. Se habían resignado con su suerte.

—Hola Antonio Luis -saludé al veterinario titular- Aquí te traigo tus lobos. No me pidas nunca jamás que te traiga otros, porque he estado en un tris de darme la vuelta. ¿Donde vais a instalarlos?

—En la cuarentena les tenemos preparado alojamiento. Tardaremos un mes en preparar toda la documentación necesaria.

—Si te parece, acercamos el coche lo más posible y el resto del camino que lo hagan andando a nuestro lado.

Así lo hicimos y, como si se tratase de mansos corderos o de perritos falderos, los dos lobos, tras un corto paseo por el Zoo de la Casa de Campo madrileña, entraron por su pie, tranquilos y sin rechistar, en su nuevo alojamiento.

Un mes más tarde nos llegó la triste noticia. Uno de los dos -no se sabía quién- había llegado muerto a Yakarta. Me imaginé por qué, y me juré que haría el menor número posible de traslados de estos cánidos.

El expediente X de por qué una de las monitas patas crecía más que la otra no requirió la presencia del equipo de Hollywood, que trataba esos temas indescifrables. Se había resuelto tiempo atrás de la forma tan sencilla como estos temas los resuelve la Naturaleza...

De la noche a la mañana, en la más grande, se apreciaron unos testículos azul cobalto “fosforito”, que no dejaron ninguna duda de cuál era su auténtico sexo disimulado hasta ese momento.

De inmediato su carácter cambió. Aquella “monita”, hasta entonces bonachona, se transformó de un bondadoso Dr. Jekyll en una especie de maléfico Mr. Hyde. La rebautizamos en pocos días, gracias a sus méritos, con el nombre de Caín.

Para entonces los dos cercopitecos supervivientes procedentes de Álvaro, los habíamos trasladado a Torrelavega a pasar el invierno, porque el clima invernal no les sentaba nada bien. Su instalación vacía —la jaula de Tomás-, la ocuparon Caín y Pepa.

Hice un cálculo mental. Cuando los compré en 1979 calculé que rondarían el año y medio. Luego ahora, a comienzos de 1983, su edad oscilaría entre los cuatro y cinco añitos, más cerca de los cinco que de los cuatro.

En estos tres años se habían transformado casi en adultos. Los caninos de Caín infundían respeto y no sé cómo aquellos enormes dientes le cabían en la boca. Cuando se daba la vuelta y andaba en otra dirección sus “atributos” color azul cobalto y algo “fosforitos” producían risas y regocijo entre el público.

Aunque con los cuidadores y conmigo no se portaba mal, no era sin embargo razón para que nos recordase a cada momento su potencial peligro, abriendo la boca en una especie de bostezo o sonrisa, que dejaba a la vista sus terribles colmillos.

Dado que su carácter no era en absoluto belicoso, no modificamos el recinto que ocupó con una doble puerta de seguridad. Confiamos en que con un hermoso candado sería suficiente, pero un día, al distribuirles la comida, alguien dejó el candado mal cerrado o sin cerrar.

Caín, constantemente enredando de aquí para allá, debió de percatarse de que aquel candado no estaba como otras veces, o bien en uno de sus saltos contra la puerta ésta se abrió o cayó el candado. De lo que sí tengo absoluta certeza es de que Caín, y detrás Pepa, salieron a dar un paseo.

Frente a su casa, en la finca del vecino, Caín y Pepa tenían muchas “vecinas” que no eran del Zoo, más de cuarenta vacas pastaban allí tranquilamente... hasta que las fue a “saludar” el fugitivo.

Aquellas vacas no tenían ningún sentido del humor y no les pareció en absoluto divertido que Caín las utilizase de montura y una tras otra les hizo corretear cuesta arriba y cuesta abajo lo que le divirtió cantidad... Hasta que llegó Germán, el cuidador responsable y, casi seguro, también responsable del fallo humano pero que, temiendo represalias por mi parte, intentó llegar a un “pacto de silencio” con Caín.

—¡Ven aquí y deja a las vacas en paz! —le gritaba Germán, pero sin levantar demasiado la voz para evitar que alguien más se enterase.

Caín, a su manera le respondía. Abría su boca de par en par como si fuese una gran sonrisa... y de vuelta a las vacas.

—¡Baja “pacá” de una vez que nos va a caer una buena a los dos! —insistía amenazador Germán una y otra vez.

El mono, como si no le oyera, continuaba con su “rodeo” particular. Lo estaba pasando de cine haciendo honor a su nombre.

—¿Qué pasa Germán? —le dije a sus espaldas.

Al oír mi voz, Germán dio un bote, parecido a los que daba Caín y se volvió al instante como movido por un resorte.

—El “monu” que ha “abiertú” el “candao” y está ahí, saltando encima de las vacas —se disculpó.

—Buena la ha hecho —le contesté con cara de pocos amigos- Vamos a ver como convencemos a ese “pájaro” para que vuelva a su casa. Traiga el jaulón que hay en el patio y unos plátanos porque, para que entre a la instalación, hay que tener la puerta abierta, para lo que hay que encerrar primero a Pepa... o se nos van los dos juntos de excursión —Germán rápidamente puso tierra por medio.

Al poco rato Pepa, tentada por los plátanos, se coló en la jaula y yo, tirando de una cuerda, la tranqué en un instante.

—¡Ya tenemos a Pepa! —dije triunfal, porque prefería mil veces las capturas sin violencias, más aún teniendo en cuenta que Caín no perdía ripio de lo que estábamos tramando. Para él las vacas ya habían perdido todo interés y sólo se fijaba en nuestros preparativos.

Con Pepa en la jaula comiendo plátanos como una loca, la puerta de la instalación abierta de par en par y sujeta con una cuerda larga para poder, de un tirón, cerrarla desde lejos, repartí por su interior, aquí y allá, unos plátanos que sirviesen de cebo. Con todo dispuesto nos alejamos unos metros.

Caín bajó al instante y se coló en su casa como si tal cosa, sólo le faltó cerrar la puerta, que al no hacerlo él, cerré yo al instante.

—Procure que no vuelva a ocurrir —le dije por toda reprimenda a Germán, en vista de la fácil solución que había tenido el problema.

Pero volvió a ocurrir, aunque esta vez sin el atractivo de las vacas y, con la diferencia de que la protagonista principal de esta nueva aventura iba a ser Pepa. Caín, por suerte, prefirió mantenerse al margen.

La que tuvo la desgracia de detectar la fuga fue Rosa Cuevas, la taquillera.

Era una mañana espléndida. El sol atravesaba los densos árboles, ahora sin hojas y, por primera vez en muchos meses, iluminaba aquel camino que cruza de Oeste a Este la zona más sombría del Zoo.

Como, por desgracia, era habitual en un día laborable de Noviembre, la tranquilidad en el Zoo era absoluta. Los pocos turistas de la región no suelen madrugar y Rosa sabía que, durante un par de horas, podría disfrutar a sus anchas del sol, o por lo menos eso creía ella.

Dejó la puerta de la taquilla cerrada y abrió el Zoo por el paso directo. Si se presentaba alguien a aquellas horas, estaba segura de que oiría el portazo del coche en el aparcamiento. Tenía el oído tan bien entrenado, que antes de llegar a la taquilla sabía incluso de cuantas personas se componía el grupo.

En el peor de los casos los visitantes pasarían sin entradas, y ya les cobraría una vez dentro del recinto. Rosa se fue tranquilamente a dar un paseo aprovechando aquella magnífica mañana...

Al enfilar el camino que conducía a la instalación de Caín y Pepa, se encontró en medio del camino a Pepa sentada al sol, que había “salido” con la misma intención que Rosa, dar un paseo y tomar el sol. A lo lejos, la puerta abierta de la instalación y ni rastro de Caín.

Antes de avisar a nadie, decidió persuadir a Pepa para que regresase por las buenas a su domicilio habitual.

—“Pepuca”, sé buena chica y vete a tu casa que, como se entere José Ignacio de que estás de excursión, viene con un redeño y te guarda por las malas- le dijo con voz dulce y persuasiva.

A Pepa no le hizo ninguna gracia que Rosa le interrumpiera en pleno “baño de sol” y la miró con cara de pocos amigos, pero decidió olvidarse de ella y continuar disfrutando del sol.

Rosa insistió:

—Anda Pepa, sé buena y vete para allá. Así tendremos todos la fiesta en paz -además de las palabras, Rosa decidió que sería bueno presionar un poco a Pepa y lentamente dio unos pasos hacia ella hasta situarse a unos siete u ocho metros de la mona.

Esto fue demasiado para Pepa. Tanta insistencia no pensaba tolerarla. Se volvió hacia Rosa y enarcó las cejas varias veces seguidas en señal de advertencia. Comprendió Pepa que Rosa no entendía su aviso y decidió explicárselo con hechos en vez de con gestos. Volvió a levantar las cejas varias veces, abrió la boca como para decir “O” y tensó hacia atrás la piel de su frente y, puesto que Rosa no se batía en retirada, corrió hacia ella, la cogió con las manos por los pantalones y le dio unos mordisquitos “cariñosos” aquí y allá, pero apretando de firme. Después, le arañó el pantalón como una posesa -que en parte le sirvió a Rosa de coraza- y acto seguido, como si no hubiese pasado nada, volvió hacia el mismo lugar a continuar disfrutando de su escapada.

Pero Pepa no se sentía satisfecha del todo... Mientras Rosa contemplaba el lamentable estado de su pantalón y de sus piernas, Pepa vuelta hacia ella comenzó su particular protocolo, como hacen los golfistas antes de atacar a la bola. Nuevamente enarcó las cejas, tensó la piel de la frente, puso la boca como para decir “O”, abrió todo lo que pudo los ojos y corrió a por Rosa.

La segunda paliza fue un calco de la primera, la mordió casi en los mismos sitios aprovechando los desgarrones del pantalón, le arañó y pellizcó las piernas y acto seguido abandonó a su víctima. Terminado el nuevo ataque, Pepa se sintió mucho mejor. Había descargado todo su enojo y se sintió a

gusto consigo misma. Eso sí, como le habían echado a perder el paseo mañanero, Pepa se retiró a sus habitaciones. Diez minutos más tarde, en vista de que no había vacas paciando, Caín entró con ella para hacerle compañía. Se aproximaba la hora del desayuno y era preferible calmar el hambre que correr aventuras.

Rosa, después de comprobar que sólo tenía algún raspazo y tres moratones por aquí y dos por allá, lamentándose más por el pantalón salvador que por sus piernas, hizo lo mismo que Pepa y se fue hacia su taquilla. Desde allí dio el aviso de que Caín y Pepa tenían la puerta abierta.

Cuando Rosa me lo contó la consolé. Primero convenciéndola de su buena suerte, porque si en vez de Pepa, que apenas tenía dientes, hubiese sido Caín el agresor, ahora en vez de estar sentada en la taquilla dándose mercurio cromo, iría en ambulancia, derechita camino del quirófano del hospital más cercano.

Con Rosa más tranquila y satisfecha de -en el fondo- haber tenido suerte, le conté una historia que vivió Pilar Larios con su hermana Ana en el Boulevard St. Michel, en París.

Ocurrió una mañana espléndida, probablemente muy similar a la que disfrutábamos en ese momento, pero no a una hora tan temprana como el altercado de Pepa con Rosa.

Pilar y Ana Larios tomaban un refresco sentadas en una terraza, descansando de la agotadora vida de turista. Mientras charlaban animadamente, comentando las maravillas que habían tenido ante sus ojos, incontables personas cruzaban ante ellas a las que no prestaban apenas atención, pero... uno de estos peatones, algo vio en aquellas miradas perdidas que dirigían Ana y Pilar a los viandantes, que a él no le hizo ninguna gracia.

El hombre, moreno, con aspecto de norteafricano, posó sus ojos sobre ellas -no abrió la boca en forma de "O" ni tensó la piel de su frente- pero sus ojos enfurecidos se clavaron en las dos hermanas y fue hacia ellas.

Sin mediar palabra, comenzó a repartir manotazos a diestro y siniestro sobre las cabezas de las sorprendidas y aterrorizadas Ana y Pilar.

La agresión fue corta pero contundente. Todos los espectadores -muchos, por cierto- se quedaron como paralizados por un momento, haciéndose conjeturas sobre los motivos que tendría aquel hombre para propinar en público aquella paliza. Pero ninguno intervino en defensa de Pilar y Ana y el agresor se alejó como si no hubiese pasado nada, aunque no se le notaba relajado y a gusto consigo mismo.

Esta debió de ser la razón por la que invirtió la dirección de su marcha y, volviendo sobre sus pasos nuevamente, en ocho o diez zancadas lanzó sobre las dos aterrorizadas hermanas, una nueva tormenta de “mamporros”, calco de la anterior.

¡Ahora con esto, ya se sintió mucho mejor y pudo seguir tranquilamente su camino!

La similitud entre el comportamiento de una mona y de un ser humano -si así se le puede calificar a un salvaje, que va repartiendo mamporros a desconocidas turistas- me hizo cavilar sobre lo que pensaron aquellos dos cerebros. Desde entonces se que nos parecemos más de lo que muchos piensan.

La pareja de guacamayos azules que me dieron años atrás en el zoo de Barcelona no estaban bonitos, estaban esplendurosos. Su pluma era perfecta y su color intenso, no tenían un solo defecto y derrochaban cariño el uno con el otro.

Cada vez que pasaba junto a su pajarera, frente a la taquilla de entrada, con todo aquel que me encontraba, me desahcía en elogios hablando de aquellas joyas azules y amarillas. Día a día mi felicidad al contemplarlos iba en aumento.

Aquella mañana fue el summun. El macho, después de regurgitar comida y dársela a la hembra, copuló con ella ante mis propios ojos.

Tuve la completa seguridad de que iban a reproducirse y que la puesta -en el nido que desde tiempo atrás había colocado bien alto, para que se sintiesen más cómodos- tendría lugar en menos de una semana.

—Maribel, ¿cuántos guacamayos crees que vamos a criar este año? Porque, yo, menos de tres no los firmo ¡ni aunque me apunten con una pistola!

Dos días más tarde, estaba saboreando el momento de verlo con la hembra sin salir del nido, besándose apasionadamente, cuando, de improviso, un faisán que convivía con ellos, voló. El guacamayo, sorprendido, dio un grito más fuerte de lo habitual y, acto seguido, plegó las alas al cuerpo y... cayó muerto ante mí.

Me quedé de una pieza. Intenté reanimarlo agitándole el cuerpo a ver si reaccionaba. El cuerpo estaba rígido como un garrote, pero poco a poco comenzó a relajarse. Comprendí que nada podía hacer por la pobre ave. Una parada del corazón la apartó de su querida hembra, que se puso a gritar como si comprendiese lo que había ocurrido. Eso que había oído mil veces, de que un buen susto te puede paralizar el corazón, se transformó, para mí, de una frase sin sentido en una realidad.

La hembra, transcurridos unos minutos, trepó a lo más alto de la pajarera y, desde allí, comenzó a gritar y gritar sin parar.

Unas horas más tarde descubrí una cosa extraña. El color blanco de la piel de su cara, en la zona de ésta que carece de plumas, había adquirido un tono rosáceo.

La hembra continuó llamando al macho durante horas. Gritaba y gritaba al tiempo que el color de su rostro se acentuaba, tendiendo hacia el carmesí. No quiso en ningún momento acercarse a la comida y, por si todo esto fuese poco, comenzó a vomitar una especie de babilla, lo cual aumentó mi preocupación aún más, si es que ello era posible...

Al atardecer todo seguía igual, pero peor, porque todo lo que fuese que se alargase el problema era un claro síntoma de que estaba empeorando.

Al anochecer, ante el riesgo de que se pasase la noche colgada del techo, sin buscar refugio y sin comer, opté por trasladar a la pobre ave a una enfermería. Allí podría atenderla con más facilidad, le suministraría un tranquilizante y un antibiótico en el agua y dispondría de toda la noche para que -con una luz encendida y calor- se decidiese a comer y beber.

Por la mañana no había hecho ni una cosa ni la otra. Sólo devolver.

El ave estaba sufriendo un trastorno grave y yo no sabía cómo sacarla de él.

Todo el día trascurrió igual y yo ya había perdido toda capacidad de iniciativa, sólo me quedaba rezar.

A la mañana siguiente, veinticuatro horas después de la muerte de su pareja, ni rezando se resolvía el problema, porque la hembra siguió el mismo camino del macho hacia el “más allá”.

Nunca mi decepción -y he tenido en mi vida muchas ocasiones para estarlo- alcanzó la intensidad que me produjo la muerte casi repentina de esta pareja.

Una cosa tuve clara desde ese momento, no apostaría nunca nada aunque estuviera seguro de que era muy improbable que sucediese, no fuese a ocurrir que un adivino -si es que los hay- me desplumase como a un pollo porque, si unos minutos antes de morir el macho tan de repente, alguien me hubiese dicho que eso podía ocurrir, habría apostado millones a que la muerte de los dos de forma natural, y en tan solo veinticuatro horas, era imposible.

Una llamada de Iñaki desde el zoo de Calahorra, me puso en alerta.

—El juez ha sentenciado a nuestro favor y ha decidido que, en el menor tiempo posible, sea sacado todo a subasta, incluidos por supuesto los animales. Ya sabes lo que hay... si

tienes interés en alguno estate atento. Yo de todas maneras te mantendré informado.

Desde ese instante, a la pareja de tigres que ya conocía, la encontré mucho más bonita. Seguro que resultarían baratos -no creía que ningún otro zoo estuviese interesado en pujar por ellos, pues todos los zoos importantes de España tenían ya esta especie en su colección- y sobre todo, su proximidad y la facilidad por tanto para trasportarlos, me brindaban una ocasión de oro que no podía desperdiciar.

Pocos días después me volvieron a llamar del Banco Guipuzcoano desde San Sebastián.

—¿Ignacio? Soy el director del guipuzcoano. ¿Me recuerdas? El motivo de mi llamada es que lo de Calahorra está ¡por fin! llegando al final. La semana próxima se subastan los animales en el juzgado del pueblo, y he pensado que quizás te interese alguno.- Recordé a la pareja de tigres para los que no disponía de acomodo pero...

Se me había ocurrido una solución provisional que podría resolver el problema. Si compraba los tigres por cuatro perras -que era mi intención- esto me permitiría traerlos y, más tarde, con calma, construirles su instalación. ¿De qué forma?

Básicamente mi idea era trasladar a los “espumas” a dos habitaciones a la entrada del zoo, en el mismo lugar que unos meses antes albergaron -también de forma provisional- a nueve serpientes en un terrario cada una. Podía unir estos dos cuartos, comunicarlos con una corredera de guillotina para facilitar la limpieza, y trasladar allí a los “espumas”, lo que no entrañaría problema alguno. En el lugar de los desahuciados pumas colocaría a los tigres y, posteriormente, ya sin prisas, construiría una nueva instalación en el cuarto solar que dejé sin edificar y de reserva, cuando construí dos años antes las instalaciones de felinos.

La subasta era en sobre cerrado y yo me identifiqué, deposité -creo recordar- una pequeña fianza y acudí a la apertura de ofertas.

Sólo recuerdo que los tigres no tenían más que mí oferta, así que por cien mil pesetas me convertí en su nuevo propietario. Como no podía ser de otra manera, no me obligaron a llevármelos al salir de la subasta, si no que me dieron dos semanas de plazo para retirar a los dos “gatos”.

El seis de mayo acudí en su busca en mi coche, seguido de la furgoneta de un propio de Puente San Miguel, que tenía su “oficina” en el bar “La Turbera”. Chuchi y dos ayudantes componíamos el equipo encargado de convencer a los tigres de que voluntariamente entrasen en dos magníficas y fuertes cajas que habíamos construido a tal efecto.

Tuvimos que convencerlos y nos llevó nuestro tiempo... cinco horas. Eran duros de mollera.

Primero los encerramos en su cubil y enfocamos una caja a la salida de éste; la cosa nos pareció en principio factible, pero se vio, desde el primer momento, que ellos no opinaban lo mismo.

Abreviando. Para que entrasen a las cajas tuvimos que dejarlos sin sitio en el cubil. ¿Cómo se consigue esto? Muy fácilmente. Metiendo por el hueco destinado a darles de comer, todo objeto situado a menos de cien metros y que tenga tamaño suficiente para entrar por aquel ventanuco. Cuando ya casi no cabían en el repleto cubil, arrinconados junto a la puerta que comunicaba con la caja por tanto trasto como allí introdujimos, ayudados por un ligero hostigamiento con una escoba... entraron. No tuvieron otro remedio.

Hasta ese momento no me hacía una idea de lo pesado que puede ser un tigre dentro de una sólida caja. Nos costó un Congo subirlos al “camioneto” pero, como es obvio, lo conseguimos.

De inmediato emprendimos el regreso, que en parte hicimos de noche.

A la vuelta -era viernes- una sola razón enturbiaba mi felicidad. El domingo ocho de mayo, o sea, dos días más tarde, el Estado Español me había invitado a las ocho de la mañana

a una fiesta a la que no podía faltar. Sería además su presidente... sentado en una mesa electoral en Santillana del Mar.

El sábado, a primerísima hora sacamos a los dos preciosos animales, de nombres “Patrás” y “Sandokán”, este último nada original por cierto. Se les veía esplendidos en su nueva instalación.

Cuando -horas más tarde- vino la prensa, ya se sentían cómodos en su nueva residencia y posaron ante el fotógrafo como las dos estrellas que eran.

Al día siguiente, domingo -que por cierto amaneció con un tiempo excelente- ya en mi puesto de combate, me trajeron un periódico local. En una de sus páginas centrales una foto preciosa, con la que nadie podía llamarse a engaño, reseñaba la noticia: UNA PAREJA DE TIGRES EN EL ZOO DE SANTILLANA. Encima de este titular en letra más pequeña “llegaron ayer”.

La película “El día más largo” que narra el desembarco norteamericano de la segunda Guerra Mundial en las costas de Normandía, me ayudó, y mucho, a hacerme una idea de lo que se puede sufrir en tan solo un día. Aquel ocho de mayo de 1983, yo, atascado en mi playa Omaha particular -nombre en clave de una de las playas en que más sufrieron aquellas fuerzas- perdiéndome la romería organizada alrededor de mis dos nuevas estrellas -de las que puntualmente recibía nuevas noticias- y con una cola de votantes que no cesó hasta las ocho de aquella tarde, cuando se cerraron los colegios electorales, se me hizo eterno. Alguien -aún había poca experiencia en elecciones en España- dispuso una sola mesa en el municipio de 1.580 votantes, y tres urnas electorales: una para elegir el parlamento regional, la segunda para elegir a los concejales del municipio y la tercera para los alcaldes pedáneos, hicieron el resto y consiguieron que comiésemos poco, con la lista del censo en una mano y el tenedor en la otra.

Eso sí, me pagaron “una pequeña fortuna”, mil y pico pesetas creo recordar.

A la una de la madrugada, después de terminado el escrutinio y cumplimentar todos los requisitos de firmas etc. a que me obligaba mi cargo de un día, llegué a casa exhausto. Nada más llegar, vi con satisfacción que dos tigres recaudan mucho más dinero que un Presidente de mesa electoral. Tendría sin falta que felicitar al día siguiente a Sandokán y Patrás por su colaboración desinteresada.

A mediados de junio ya tenía una loba cinco lobitos, como en el cuento. Pocos días después la otra loba nos aportó cuatro más. Decidimos que el mejor momento para retirárseles era justo antes de que abriesen los ojos, cumplidas las dos semanas.

Los lobos y la recién llegada Merlijn se instalaron en casa al mismo tiempo.

Primero fueron biberones. Después, maicena con carne picada de caballo, que ellos se encargaban de distribuir uniformemente por todo el suelo de nuestra cocina cubierto de periódicos, que por cierto le aconsejo que no lo practique, porque no impedían en absoluto que el olor dulzón e indescriptible de dicha carne se pegase al suelo y a las paredes donde resistió adherido durante semanas.

El trasiego de lobeznos de aquí para allá fue constante durante todo aquel verano y sucesivos. Los nombres de muchos de ellos están en el olvido, aunque no los primeros, Moisés, Zipi y Zape, Remedios y Casimiro, Cid, María la Morena y Gaspar. En el nuevo grupo destacaban varios, entre ellos, Diana, Anuca y Alaska... pero hubo muchos más en ésa y sucesivas camadas. Que me perdonen por haber olvidado sus nombres.

Merlijn, aquella niña a la que nos unía una relación sin amistades comunes y con unos padres valientes que, con sólo doce años, la mandaron a la aventura de convivir en una fa-

milia de locos que pretendían tener la casa llena de lobos... se ganó nuestro cariño y, durante años, repitió la experiencia de pasar cada verano una parte de sus vacaciones en nuestra compañía... hubiese lobos o no.

Desde entonces Merlijn me llama “padre”. Para mí, que todos los “hijos” que he tenido -primates, osos, lobos, leones, tigres...- por ser muy diferentes a mí, no han podido verbalizar esta palabra, es una felicidad oírse a alguien y esta niña, ya convertida en mujer adulta, la sigue utilizando en exclusiva.

Nunca desde entonces olvida nuestros cumpleaños o la fecha de nuestro aniversario. Y aunque ya es sabido que las ocupaciones, la distancia y la edad separan a las generaciones, nosotros seguimos viéndonos cuando la ocasión nos lo permite.

Toda esta felicidad se la debemos a “Mi coleta”.

Pero volvamos a aquellas camadas que paseaban por la cocina manchándolo todo.

Aquellos cachorros con tantos cuidados, crecían que verlos era una bendición.

Enseguida tuvimos que hacerles un cercado con tablas, para preservar una parte de la cocina para nosotros y no correr el riesgo de pisar un cachorro.

Pronto los trasladamos a una dependencia fuera de casa, en otro edificio, donde dispondrían de más amplitud. Rápidamente aprendieron a trepar y a escaparse del cercado que les habíamos construido, para ir a retozar a su lugar preferido, nuestro jardín.

Cuando tenían dos meses juguetaban por nuestro jardín y se lo pasaban pipa. No habían dado el mínimo problema y aparentemente rebosaban salud, hasta que...

Maribel estaba -como hacía durante varias horas al día- jugando con ellos y hablándoles como si la entendiesen.

—¡Anuca! Nos seas vaga, que no son horas de dormir. Levántate y ven a jugar.- Anuca no movió ni un pelo, continuó tumbada cuan larga era disfrutando de un merecido descanso.

Maribel se acercó a ella y la cogió en brazos. Aparentemente estaba dormida, pero en realidad estaba muerta.

La muerte repentina de un animal, de poco más de dos meses que minutos antes estaba jugando con toda la caterva de primos y hermanos, nos impactó en el corazón como un meteorito y nos llenó de tristeza.

Como los lobetes crecían, los trasladamos a un parque del zoo, donde no era necesaria nuestra constante vigilancia. Allí retozaban como terneros de la mañana a la noche y, cómo no, Maribel continuaba pasando horas con ellos.

Durante una de las sesiones de juego, uno de los cachorros cayó fulminado en brazos de Maribel, como la pobre Anuca. Si la primera muerte la achacamos a un problema de corazón de nacimiento, que le produjo una muerte repentina, este segundo caso, pocos días después, encendió todas las señales de alarma, porque no queríamos ver cómo nuestros cachorros, a los que con tanto cariño estábamos criando a biberón, iban muriendo ante nuestro ojos.

Con el segundo cadáver aún caliente, salimos zumbando en busca de una solución para evitar más muertes.

Una hora más tarde teníamos resuelto el problema. La autopsia -en los animales se nombra más correctamente con la palabra “necropsia”- efectuada por nuestro amigo veterinario Tomás Bustamante, dictaminó el problema sin posibilidad de error.

—Invasión de parásitos intestinales, que en algunas ocasiones liberan toxinas que producen muertes repentinas. No es nada frecuente, porque lo normal es que se manifieste antes con vientres hinchados, raquitismo, etc. Visto el cadáver no imaginé que fuese esa la causa, pero en cuanto abrí...

Minutos más tarde estábamos atiborrando de vermífugos a los siete supervivientes. Problema resuelto, pero que dejó una huella imborrable en nuestro recuerdo.

En la primavera de 1979 había habido elecciones y nosotros por entonces no estábamos aun censados en esta villa, por lo que no votamos. Poco después alguien me dijo: “Rosino, es el nuevo alcalde...”. Yo, ensimismado en mis asuntos, no le presté ninguna atención, aunque el apellido me trajo recuerdos de otros Rosinos, éstos de Torrelavega.

Al mayor, Javier, lo conocía, desde mi juventud más tierna, de las fiestas sociales del Casino de mi ciudad natal; a su hermano, Cesar, conocido familiarmente como “Ledo”- no sé de dónde le venía este apodo- me lo había encontrado en el año 62 en mi misma clase de la escuela de Ingenieros de Minas de Madrid, donde cursé el Selectivo, antes de marchar al “matadero” de la escuela de Ingenieros de Caminos, donde sufrí de lo lindo. Por último, un primo de ambos hermanos, apodado “Pello”, había sido jugador de fútbol en la Gimnástica de Torrelavega.

Pero como el elegido como alcalde era de Santillana, no creí que tuviese nada que ver con mis conocidos, aunque resultó ser el primero de los tres.

Javier, el nuevo alcalde, se había casado con Asun, hija de un constructor de la villa y había elegido como profesión la de su suegro.

Cuando, ya alcalde, nos reencontramos y se enteró de mis problemas con las inundaciones, metió sus máquinas en la sima de mis desdicha, la desatascó y aquel verano de 1983 gracias a él, no sufrimos una catástrofe.

Aquella mañana del 26 del agosto, nada hacía pensar en el cambio brusco que iba a sufrir el tiempo en pocas horas. Manolo, el primo de Maribel, vino por el zoo y ¡cómo no! lo llevé a que viese mi “niña bonita”, el acuario, En él pasaba horas y más horas. En alguna ocasión, cuando todos se habían marchado, permanecí hasta las tantas, dando vueltas y más vueltas al hexágono –como un burro en una noria- sin dejar de mirar a mis peces, y varias veces, de tantas vueltas que di, llegué a casa mareado y al borde de la extenuación.

Pero en esta ocasión, aunque era a primera hora de la tarde, entramos al acuario con un celaje de una negrura como si estuviese anocheciendo. No presagiaba nada bueno.

Nos subimos en la tarima de madera, desde la que dominábamos mejor la vista del fondo del acuario de turno y comenzamos a charlar, al tiempo que yo distribuía trocitos de mejillón a mis peces favoritos.

En esas estábamos cuando estalló la tormenta más espectacular que he vivido. Los rayos caían de continuo y tan cerca que parecía que iban a por nosotros.

—Aquí subidos —comentó Manolo— tenemos la ventaja de que, si cae un rayo atraído por la estructura metálica de tu cúpula —lo que es bastante probable que ocurra— al estar subidos sobre la madera que es aislante, quizás vivamos... unas milésimas de segundo más.— Me animó mucho semejante consideración.

En cuanto amainaron los rayos, se abrieron los cielos y una cascada comenzó a caer. Tampoco he visto llover de igual forma en mi vida.

Cuando nos atrevimos a asomar la nariz al exterior, el arroyo que atraviesa el zoo se había convertido en las famosas “Niagara Falls”. Su anchura habitual de un par de metros era ahora de cincuenta o más. Toda la parte baja del zoo, que es la más llana, estaba cubierta por el agua con más de veinte centímetros de altura, pero no porque hubiese la tradicional inundación, sino porque era tal el caudal que hacían falta cien cauces como el que tenía el arroyo, para contener aquella inmensa riada.

Cuando pudimos, bajamos de la tabla salvadora y nos encaminamos hasta la entrada del Zoo, donde esperé ver subir el agua en una tremenda inundación. Cuál no sería mi sorpresa cuando vi que el agua —aunque momentáneamente había cubierto el camino— había retomado el cauce, y el camino de acceso desde el aparcamiento hasta la taquilla, era perfectamente transitable.

Pronto nos llegaron noticias del pueblo que despertaron nuestra curiosidad. Hasta allí nos dirigimos para encontrar el aparcamiento de los turista con los coches flotando –hasta un camión lo hacía- y los pobres turistas propietarios desolados ante el fin de sus vacaciones sentenciado por la que se llamó, -palabra nueva para nuestros oídos- GOTA FRÍA. Por sus efectos merece que se la escriba con mayúsculas, aunque yo la denominaría GOTA DEVASTADORA. Creo recordar que en Cantabria hubo dos o tres muertos. Pero donde se cebaron las aguas fue en el vecino País Vasco. Allí las cosas fueron mucho peor. Treinta y nueve muertos y daños incalculables fue el balance definitivo.

Como consecuencia de las riadas en todos los ríos de la región, las playas de Cantabria se llenaron de restos de árboles, animales muertos, etc. hasta culebras, arrastradas por las aguas, fueron allí a parar.

Con tan agradables noticias: los campings anegados, las aguas con problemas de potabilidad... no es de extrañar que se produjese -como así fue- un éxodo masivo de todos los turistas.

Los últimos días de agosto, a pesar del buen tiempo que se presentó una vez pasada la riada -ya que el sol volvió a lucir con fuerza- nuestras visitas cayeron hasta el cinco por ciento de las obtenidas en las mismas fechas del año anterior.

Con tan poco que hacer y las playas para nosotros solos, me dediqué a la pesca de bajura con todo mi entusiasmo... y a dar gracias “in mente”, a la proverbial actuación de nuestro alcalde Rosino. De no ser por ésta, mis peces habrían salido nadando por encima de los acuarios como en su día hicieron seis años atrás patos y jabalíes, superando sus respectivos cercados.

Por suerte, a primeros de setiembre -salvo en las playas donde se amontonaban aún troncos, ramaje, plásticos de todas las formas y colores y algún que otro resto animal- en el resto del territorio cántabro las huellas eran inapreciables.

Regresaron los turistas y todo volvió a la normalidad.

El año económico no sería tan brillante como lo esperado, pues agosto representaba casi el cuarenta por ciento de nuestro volumen de ingresos. Cinco días prácticamente “in albis” suponía un seis o siete por ciento menos de ingresos. Así de fácil, que uno es de ciencias.

Zipi y Zape -uno en Yakarta y otro en el cielo de los lobos- era un tema que tenía pendiente con el zoo de Madrid. En algún momento que hablé con la doctora Celma...

—¿Tú no tienes un leopardo macho, que te enviamos nosotros hace un par de años?- Fue su pregunta.

—Sí, y está precioso aunque me sigue teniendo algo de manía. Soy el único que no lo ha visto de pie, salvo cuando intentó matarme. Por lo demás está precioso.

—Tengo una hembra melánica -negra- de seis meses de edad, que si la quieres la intercambiamos con los lobos que nos enviaste.

—Hecho. Estamos dispuestos a recibirla en cuanto quieras.

Dos semanas más tarde llega un coche, al que llevábamos horas esperando.

—¡Hola Antonio Luis! ¡Hola Manolo! ¿Qué tal el viaje? ¿No habéis tenido problemas con el “pasajero”?- Antonio Luis, veterinario titular junto a Liliana Monsalve, su esposa, en el zoo madrileño, llegó acompañado de Manuel López, veterinario joven recién graduado y ayudante del equipo titular, a quien yo conocía de mis idas y venidas a la Casa de Campo.

—No se ha movido en todo el camino. Ni un ronroneo ni un maullido. Calladito como sólo una pantera sabe hacerlo. ¿Quieres que lo saquemos ya?

Diez minutos más tarde, un gato negro sale de la caja arrastrando la tripa por el suelo de su nueva instalación, como si fuese de caza.

—¡Qué pequeña es! ¡Mira! se le notan las manchas más negras sobre el color casi negro del fondo del pelaje. ¿Tú crees que no cabe entre los barrotes?

—Seguro que no. Los barrotes de la instalación donde vivía son muy similares y hace más de dos meses que no pasa por ellos.

Aquella noche apenas dormí. ¿Qué pasaría si por la mañana la instalación estuviese vacía? Tendría que avisar a las autoridades y explicar que era una pantera negra “pequeña”. Seguro que cundiría el pánico, y, ¡vaya panoramal, tener que buscar a un animal así en un bosque de eucaliptos sería como hacerlo con una aguja en un pajar. En un libro leí que, en cierta ocasión, un leopardo se pasó un día entero en el centro de un poblado africano y nadie se apercibió de su presencia, hasta que ya, a punto de anochecer, le vieron salir arrastrándose de aquel montón de troncos que utilizó como refugio.

No es de extrañar que con esa perspectiva, no pegase ojo en toda la noche.

Por la mañana mi “gata” negra seguía en su sitio y yo, para evitar vaciar Cantabria de pobladores aterrorizados, me pasé la mañana forrando el frente de la jaula-habitación, con una tela metálica resistente que me garantizase dormir por la noche.

En esto de las panteras y los leopardos hay muchas personas que tienen un cierto barullo mental. Pantera y leopardo es “el mismo perro con distinto collar”, o sea que son el mismo animal. Que sean negras o manchadas es un capricho de la naturaleza, ya que una pantera o leopardo negro es sólo una mutación melánica. Para entendernos: una pantera negra es un leopardo negro o, si prefiere, más moreno de la cuenta.

Pero reconozco que la costumbre de llamar a los manchados “leopardos” y a los negros “panteras” induce a error. Otro cantar es el leopardo o pantera de las nieves, que es otra especie muy diferente biológicamente, aunque tenga un cierto parecido con el leopardo africano.

Cada vez que pensaba o pronunciaba la palabra “gato”, se me venía a la mente nuestra perra Keisy, muerta ese verano que acababa de terminar. Diez años de convivencia con aquella doga gigantesca, cariñosa, buena y guapa que siempre fue. Su única afición reprochable era la manía que tenía a los gatos en general, y muy en particular a un gato rubio que rondaba por el jardín de la casa de mis padres. Cuando los primeros años de tenerla dormíamos allí, ella salía al jardín a ver si veía a su enemigo. Bastaba con que al abrir la puerta le recordásemos a su enemigo... ¿estará por ahí el gato rubio? y en un instante ella, comprendiendo lo que le hablábamos, salía corriendo y daba la vuelta a la casa a toda velocidad. Si lograba verlo, a él o a otro gato, volvía más contenta que unas pascuas.

A Keisy -la doga leonada más bonita y buena que he visto en mi vida- nos la regalaron nuestros amigos Ventura y Nieves González Teja al poco de casarnos. La fuimos a buscar a Madrid, en un viaje relámpago de ida y vuelta, y por la noche durmió a los pies de nuestra cama, como si lo hubiese hecho allí todas las noches. Además, de propina, venía preñada.

Un mes después parió seis preciosos cachorros, a los cuales los disfrutamos como si fuesen miembros de la familia. Al principio todo era piel sobrante, poco a poco fueron rellenándola y creciendo a una velocidad pasmosa.

Los sábados, Keisy viajaba con nosotros a Torrelavega a casa de mis padres en el asiento de atrás de nuestro seiscientos, sobre el que, tumbada, lo ocupaba en su totalidad... a no ser que fuesen más los pasajeros en cuyo caso, se sentaba muy erguida dejando un lugar a cada lado donde viajaban mi hermana y una prima de Maribel que, por aquel entonces vivían entre semana en nuestra casa de Santander.

Pero el tiempo pasó y ella envejeció, como hacen los perros, mucho más deprisa que los humanos. Seis años nos acompañó en el Zoo haciéndonos con su presencia, no sólo una compañía inolvidable, si no también, sentirnos más seguros en aquellas noches a oscuras y aislados del mundanal ruido.

Keisy nos acompañaba a todas partes. Podía caminar a nuestro lado por el centro de Santander sin ir sujeta por una correa. Paseaba junto a nosotros por el Zoo despertando la admiración del público, no sólo por sus 86 centímetros de alzada y sus setenta kilos de peso, sino por su buen comportamiento, aunque a veces tenía unos arranques de alegría desbordante que acarreaban ciertas complicaciones.

Una tarde, con un tiempo excelente, yo estaba charlando animadamente con una pareja de novios Julio e Isabel -él, médico en SNIACE- que venían muchas tardes al Zoo. Keisy comenzó a correr de un extremo a otro, como lo hacen los caballos de carreras, por toda la pradera que comienza en la entrada y acaba en la actualidad frente a los orangutanes. La “ciaboga”, o vuelta en redondo, para enfilar en dirección contraria, la hacía a mí alrededor.

—Tranquilos. Ella sabe por dónde tiene que pasar y, aunque nos pase rozando, no tengáis miedo que ella calcula muy bien- La perraza venía por cuarta vez corriendo como si fuese una locomotora y... no se que la hizo dudar, ¿pudo ser un gesto mío? Cuando estaba a menos de cinco metros de mí y a más de treinta por hora, no sabiendo por donde esquivarme saltó hacia delante y me atropelló enviándome del impacto a más de cuatro metros de donde me hallaba un segundo antes. Quedé semiinconsciente tendido sobre el césped.

—¡No te muevas!- oí que me decía una voz en la penumbra- Soy Julio. Intenta mover los pies... ahora las manos... ¿te duele el cuello?... prueba a incorporarte un poco...

Por suerte todo quedó en un susto, y en una herida en mi muslo izquierdo, producida por el manojito de llaves que llevaba en el bolsillo, una de las cuales se me incrustó ligeramente.

Ahora nuestra perra está enterrada en el jardín. Fue buena hasta para morir. Sufrió una torsión de estómago y se fue a una esquina del jardín para morir allí sin molestar.

Hemos tenido cinco dogos más de ese color, todos han sido cariñosos, buenos y los hemos querido mucho... pero como Keisy, ninguno.

El “Dr Livingstone”, quien, meses atrás, se llevó aquel mordisco sandunguero de la pitón sin apenas inmutarse, me hizo una oferta que, con el apasionamiento que vivía con mis reptiles, no supe rehusar. Se trataba de venderme unas *Boigas dendrophilas*, serpientes venenosas del sudeste asiático, que tienen la “virtud” de que su mordedura -con los dientes venenosos al fondo de la boca- no suelen inyectar veneno la mayoría de las veces, por lo que sólo una vez de cada veinte te pueden matar.

Para mí fue un alivio saber eso y me apunté a recibir los primeros diecinueve mordiscos sin rechistar, eso sí, teniendo buen cuidado de deshacerme de ellas antes del veinte.

Lo que me atraía de ellas era su aspecto: negras como el carbón pero brillantes como el charol y con franjas amarillas color oro. Eran preciosas y espectaculares. Tenían otra cosa a su favor. Eran nocturnas y difíciles de despertar de día, por lo que, manejándolas a horas de luz, no tenían complicación y en muchas ocasiones las cogí durante el sueño sin ningún problema. En cuanto al veneno, hay que aclararlo, no es muy peligroso.

Estas serpientes estuvieron años conmigo. Crecieron de tal manera, que los entendidos que las vieron se asustaron por su tamaño. Al atardecer, cuando las suministraba el alimento -ratas- tenía que ser extremadamente cuidadoso, porque se lanzaban contra el cristal al menor movimiento de una sombra que cruzase frente a él.

Aunque tenían fama de ser malas comedoras, las dos que compré -y una en especial- tenían complejo de Asterix y Obelix juntos, comían que daba gusto verlas. Eso sí, siempre de noche y sin público.

Esta facilidad para tragar alimento hizo que, en unos años, estas serpientes creciesen de forma espectacular, con lo que -pese a no ser demasiado peligrosa esta especie- al ser tremendamente grandes, la cantidad de veneno de que disponían en sus glándulas, es de suponer que guardaba proporción, lo que las hacía más peligrosas.

Pero llegó un momento en que delegué, en parte, su cuidado en un empleado, y la preocupación, poco a poco, hizo mella en mí y opté por la solución más práctica: se las cambié por unas falsas corales inofensivas -aún sabiendo que hacía un mal cambio- a unos exhibidores de reptiles venenosos. Como suele ocurrir en estos casos, después de efectuado el cambio, las eché en falta durante años.

1984



CAPÍTULO 8

Desde el principio de mi aventura, y más aún desde que la elegí como única ocupación, comprendí que tenía que resolver a medio plazo dos problemas importantes.

Por una parte tenía que evitar que me surgiese algún competidor que, al ver el éxito de este zoo, decidiese establecer otro por su cuenta que me obligase a dividir los visitantes por dos.

La mejor forma posible era crecer, crecer y crecer. A más tamaño de nuestro Zoo, requeriría una mayor inversión de la posible competencia y, en resumen, se lo ponía más difícil.

Por otro lado estaba la operatividad de mi estructura de personal. Con pocos empleados, las bajas -por enfermedad u otras causas- las vacaciones reglamentarias etc., podían crear cierta inestabilidad en la atención de los animales y del público. Para estar del lado de la seguridad, debería de sobrepasar los doce empleados, y eso requería más extensión de Zoo y más animales.

Una solución y la otra iban aparejadas, pues al crecer el Zoo me obligaba a contratar más personal y garantizaba que no tendría que pasar por momentos de apuro.

Todo esto requería también personal muy versátil, polifacético o de “amplio espectro” -cómo gusten llamarlo- que atendiese de igual manera al público y a los animales, que supiese hacer hormigón, “tirar de dalle” para segar la hierba, o arreglar una fuga y Dios sabe cuántas cosas más. En

resumen gente con vocación que, además de saber hacer lo suyo habitual, conociese los entresijos del trabajo de sus compañeros. De momento tenía a Chuchi, que además de albañil era -si lo requería la situación- electricista, fontanero, soldador y cualquier otro oficio inventado por el ser humano... Claro que a veces no todo nos salía tan bien como era de desear.

Mi casa era fría y las chimeneas de leña –disponía de tres- ya se sabe que reparten mal el calor. “La chimenea te deja la cara caliente y la espalda fría”, que decía un amigo.

Aquella noche de invierno en que, tras varias heladas consecutivas, la temperatura de nuestro salón -sin chimenea ni otra fuente de calor- rozó los cero grados, se me helaron en él dos plantas exóticas que había comprado la víspera en una tienda de plantas llamada “la Cascada”. Comprendí que la casa era demasiado grande y fría y que, ni quemando los bosques del Saja, conseguiría calentarla a base de leña.

Después de pasar por el periodo de las estufas catalíticas de gas butano, que estaban muy en boga -de las que desconfiaba por los gases nocivos que pudieran emitir- surgió una oportunidad difícil de rechazar. Javier Rosino el alcalde constructor, que había derruido una casa antigua para construir otra de pisos en su lugar, me regalaba unos magníficos radiadores de fundición -oferta que acepté de inmediato- que junto a una caldera antigua, que encontramos en una chatarrería, daría un cambio radical a nuestro iglú polar.

Dicho y hecho. Chuchi fue a un almacén de fontanería, pidió TODO lo necesario para realizar la nueva instalación y nos pusimos manos a la obra.

En dos semanas hicimos la primera prueba que, con un poco de leña, resultó perfecta. Funcionaba y llegaba el calor a todos los radiadores de la casa.

Unos día más tarde decidimos probar, en vez de con leña, con carbón. Al utilizar este nuevo combustible, de mayor poder calorífico, obtendríamos un mayor bienestar.

Cargué personalmente de carbón la caldera, situada en un edificio de almacén a pocos metros de mi casa, y mientras subía el termómetro me fui a dar un baño relajante.

No había terminado de vestirme, cuando una explosión tipo “segunda guerra mundial” sacudió todo el entorno de la casa. Volé hasta el cuarto de calderas donde encontré un espectáculo un tanto surrealista: No había cristales en las ventanas, pues estos habían volado en trocitos, hasta el acuario unos y hasta la finca del vecino los del la fachada opuesta. Por los huecos salía una mezcla de humo y vapor que hacía presagiar cómo se encontraba el interior del edificio... nada que no llevase arreglo: Un tabique medio reventado, un rollo de tela metálica de unos cuarenta kilos tirado y abollado, las patas de un mueble partidas por la mitad, y de la caldera, aparentemente, ni rastro.

Mirando con más detenimiento, encontré los trozos de hierro desperdigados junto a las paredes, mezclados con el carbón humeante. Las paredes eran negras y salía de ellas más vapor que de una máquina de tren antigua... Por suerte, ningún ser vivo, humano o animal, estuvo al alcance de la metralla. Doscientos kilos de caldera, en trozos de dos a diez kilos, nos podían haber matado a todos los que estuviésemos cerca al explotar. ¿Qué había fallado? Una tontería sin importancia. Nuestro proveedor nos suministró TODO lo necesario excepto la VÁLVULA DE SEGURIDAD. Convertimos a la caldera en una olla a presión descomunal, al sobrepasar con creces los cien grados de temperatura, la presión del vapor la redujo a añicos.

Desde entonces -tanto Chuchi como yo- no hemos olvidado, ni olvidaremos nunca, una válvula de seguridad.

Volviendo a la dimensión del Zoo -que no se redujo ni en un metro cuadrado con la explosión- tampoco podía superar un cierto tamaño. Sin duda, como consecuencia de una ampliación, las visitas crecerían con el crecimiento en superficie del Zoo... pero, no podía engañarme, las visitas tenían

-usando lenguaje ingenieril- una asíntota horizontal, difícil de determinar su posición, pero que era función del número de habitantes de Cantabria y de las fluctuaciones del turismo nacional. Si mi curva de gastos cortaba a la asíntota, y por tanto la superaba, por yo pecar de optimista, lo pasaría mal, pues mis gastos crecerían más deprisa que mis ingresos. No quería que me ocurriese lo que a aquel comerciante -digamos que poco listo- que no entendía cómo iba mal su negocio. “Lo que compro a cien lo vendo a noventa y ocho... pero, como vendo mucho... compensa”. Este había sido su planteamiento inicial, y así le fue.

Estos temas eran los que me tenían preocupado, pero había otros que me estaban tentando a intentar una nueva compra de terreno.

Otro problema latente eran los siete monos que carecían de unas instalaciones medio decentes. Ya me habían ocurrido con ellos varios accidentes, que no conseguía olvidar.

El primero, varios años atrás -no recuerdo la fecha- nos lo produjo un macho de macaco de Java con unos colmillos gigantes, desproporcionados a su tamaño -como diría un andaluz que conozco- ¡tan grandes como los de un elefante!

A este macaco lo precedió su mala fama. Había vivido desde “niño” en el pueblo de Viveda con una familia. Cuando comenzó a sentirse adulto, como suele ocurrir con los monos de esta y otras especies, su carácter se tornó irascible e imprevisible al mismo tiempo. Una mezcla altamente explosiva.

Una tarde, a una perra pastor alemán de un vecino se le ocurrió la terrible equivocación de asomarse a la caseta donde tenían alojado al macaco, que sacó lo peor de sí mismo, atacó a la perra, la mordió en la cabeza y lo produjo dos cortes profundos a través de los cuales se le veía el cráneo.

El veterinario hizo un trabajo de artesanía y dio más puntos aquella tarde que si se dedicase a “repasar calcetines”.

Como ya tenía en su currículo más trastadas, aunque no tan sonadas como esta, vinieron sus dueños al zoo con el siguiente ultimátum.

—O se quedan ustedes con esta fiera -por supuesto regalada- o esta misma tarde lo sacrificamos-.

Sin saber bien lo que hacíamos dimos cobijo al desterrado animal. Disponíamos de una jaula vacía con una caseta de madera que supusimos tan confortable como la que había utilizado hasta ese momento. Aquí no tenía que estar sujeto por una cadena y se movería más libremente dentro de las limitaciones del recinto.

Allí lo limpiaban a través de una rendija. Prohibí que se le atendiese entrando con él... pero un día enganchó la pierna de un empleado, la mordió con saña y hubo que llevarle al hospital donde recibió varios puntos de sutura.

—¿Cómo ha podido ocurrir, estando el mono dentro y tú fuera?- Fue mi pregunta.

—Tiró de la puerta hacia él con tal fuerza que, cogiéndome desprevenido, “me dominó”.- Comprendí un poco mejor a estos seres tan parecidos a nosotros.

Continuó viviendo con nosotros una temporada pero, la suma de una enfermedad, agravada por varias heladas de grado 7 y consecutivas, acabó con su triste destino.

El segundo problema, precedido como el anterior de un fallo humano, pero completamente diferente, tuvo lugar un día de noviembre. Lo presencié con mis propios ojos.

Era el momento de servir el desayuno a Tarzán, el machito de mono ardilla que llegó en el furgón con un compañero antipático, al que mandé a un lugar que no recuerdo y donde murió prematuramente. Tarzán era mi protegido y yo disfrutaba con sus juegos tanto como él. Si hubiese sido una persona podría haber definido su carácter como desinhibido y alegre. Lo que más le gustaba era que yo entrase con él provisto de

un palo de avellano, fino y elástico, en el que él se columpiaba y colgaba de manos y pies. Era incansable en sus juegos y le gustaba la compañía humana, por eso, lo que ocurrió con él, nos afectó más y nos costó más asimilarlo.

Aquella mañana radiante de noviembre, llegué frente a su instalación en el preciso momento en el que su cuidador le iba a poner su desayuno. Al entrar éste en la primera jaula -que hace las veces de recibidor de seguridad- se dejó una mínima rendija en esa puerta. Unos segundos más tarde, al abrir la puerta de la de Tarzán, éste -lo que no había hecho nunca lo hizo en ese momento- saltó del palo al suelo, cruzó entre los pies del cuidador y acertó a enfilarse entre ambas puertas saliendo al exterior y escondiéndose entre unos avellanos a la orilla del arroyo.

Tan rápido ocurrió todo que, a pesar de que lo vi venir tal como si ocurriese a cámara lenta, no me dio tiempo ni a gritar ¡Cuidado!

Durante un buen rato, por espacio de no más de veinte minutos, a Tarzán lo vi disfrutar de sus juegos entre los avellanos, para después verlo desaparecer en el instante en el que el tiempo atmosférico, de improviso, dio un giro brusco y comenzó un huracán.

Minutos más tarde se abrieron los cielos y una cascada de agua cayó de las nubes, como si comenzase un nuevo diluvio universal. Tarzán se refugió entre unos avellanos aún con hojas. Nosotros hicimos lo mismo en el edificio de la taquilla, esperando a que escampase para comenzar la operación de rescate.

La tormenta duró cerca de dos horas. Cuando se calmó la lluvia y emprendimos su busca, a pesar de que miramos y remiramos las bases de los avellanos donde lo vimos por última vez buscando refugio, durante varias horas, hasta que comenzó a anochecer, revisamos la zona con absoluta minuciosidad, no encontramos ni rastro del pobre Tarzán.

Nunca más supimos de él. Supuse que se quedó frío con la lluvia, lo que probablemente le hizo perder fuerzas y caer

al torrente embravecido que corría junto a los avellanos, que arrastró su cuerpecito hasta la sima, donde el arroyo transformado en cascada, se sume en una cueva que conduce el agua hasta el río Saja y éste a su vez al mar...

En el fondo del Cantábrico, probablemente, acabaron los restos del simpático Tarzán.

Todo esto, y más, me incitaba a tomar las medidas para mejorar las instalaciones para el resto: las dos “monitas” patas -ya convertidos en pareja- los dos cercopitecos de cara verde supervivientes, eran tres en origen cuando se los compré a Álvaro, “Mi coleta” y “Enano” los caritas azules y... “Samy”, mi segundo error al aceptar otro macho de macaco de Java. Otra bomba de relojería...

Pero con Samy era otro cantar. Por suerte no tenía aún los colmillos como dagas, pues los desarrollaría en un par de años, aunque ya demostraba “condiciones” ya que había mordido a dos niños a través de la reja metálica, a pesar de que habíamos puesto doble malla, con huecos de un centímetro. Ambos percances ocurrieron de igual manera. Un padre confiado levanta a su hijo en brazos para que, por encima de la doble valla, le dé una golosina a Samy. Éste, que ya va sacando la mala uva de un macho adulto, le larga un mordisco al niño en la punta de un dedo.

Esta falta de colmillos le permitía a su cuidador, durante los primeros meses de estancia del mono en nuestro Zoo, interactuar con él. No creíamos todavía que la “bomba” estuviese activada hasta que...

Germán, el ayudante jubilado que encontró en él a un amigo a quien contar sus penas, porque Germán era el que le daba el desayuno, momento en el que -antes de ponerse a segar que era lo suyo- aprovechando que a esa hora no le observaba casi nadie, le hablaba, le ponía su boina y Samy, encantado, le devolvía a cambio toda suerte de gracias siguiéndole el juego.

Pero Samy se fue haciendo más y más adulto hasta que un mal día sin aviso previo, le mordió en el brazo con todas

sus ganas. ¡Menos mal que sus colmillos eran aun incipientes! A partir de ese ataque, hubo que tomar toda clase de precauciones con él.

A falta de poder morder, Samy inventó una jugarreta que también produjo lesiones... indirectas.

Cuando un visitante se detenía ante él el tiempo suficiente y si Samy tenía ganas de guerra, se alejaba al punto opuesto del lateral desde donde lo observaban, para, de improviso, cuando el visitante estaba más distraído, volar, más que correr, por encima de un tronco que cruzaba la jaula de adelante hasta atrás y lanzarse contra la reja con todas sus fuerzas. El susto que normalmente se llevaba el visitante de recuerdo, no era poca cosa, pero a veces era tal la sorpresa, que a alguno vi, al intentar huir, dar unos traspies y caer al suelo.

Samy, que de tonto no tenía un pelo, aprendió a hacer la gracia si yo se lo decía.

—Samy, dale un susto a este señor- Y Samy, que no le gustaba que le repitiesen las cosas, se lanzaba hacia el visitante y conseguía su objetivo. Después, más relajado esperaba a que pasase frente a él otro incauto para repetir la faena.

El origen de Samy lo conocí en su día, pero en la actualidad lo puedo calificar de “indeterminado”, ya que lo tengo extraviado por alguna de las numerosas lagunas de mi mente.

Yo tenía la esperanza de que todos estos “personajes”: Las dos “monitas Patas” “Caín” y “Pepa”, “Mi coleta”, “Enano”, “Samy” y los dos supervivientes cercopitecos verdes “paganos”- nunca se les llegó a bautizar y continuaban sin nombre- en un futuro no muy lejano, estrenasen nuevas casas con calefacción central, jardincito y servicio propio de habitaciones. Ese era mi propósito y en él comencé a trabajar.

Con estas poderosas razones, tiempo y algo de dinero del anterior verano, me lancé a la aventura de añadir otra parcela

al Zoo.

La parcela que despertaba mi interés, era continuación de la anterior en que instalé a los felinos y posteriormente a los peces y a las serpientes y, de llegar a un acuerdo de compra, extendería mis límites hasta la carretera. La finca en cuestión era casi triangular -su lado mayor se apoyaba en la carretera y uno de sus costados limitaba con la entrada a mi casa. Poco más de 2.500 metros cuadrados, pero que aportaban soluciones interesantes para la estrategia futura.

Cuando le expuse mi idea a la familia, todos se mostraron en contra de la compra. Su principal razón era que, si casi la mitad del terreno se perdía, al tener que dejar obligatoriamente, por ley, un margen entre el cierre y la carretera -exactamente, una franja de dieciocho metros de anchura y sesenta de largo- no merecía la pena una inversión que, conociendo el carácter de los propietarios de terrenos de la comarca, seguro que sería de una millonada.

A mí en cambio me pareció que, esa aparente pérdida de terreno, hacía la compra más interesante. Gracias a que la legislación “me obligaba” a dejar fuera del recinto aquel terreno que, sin duda, y si hubiese sido posible, su destino natural habría sido dar cabida a nuevos animales, pero que, al no ser así, su único fin legal, tuvo que ser el de aumentar las plazas de aparcamiento.

De la capacidad de aparcamiento dependía un posible futuro estrangulamiento de los ingresos del zoo, ya que, si aumentábamos el tiempo de duración de la visita y el número de visitantes -sin hacerlo proporcionalmente con el lugar para aparcar los coches- aquellos lo tendrían muy complicado para acceder cómodamente a nuestras instalaciones.

La negociación, en este caso, correspondía a una mujer joven, madre de tres hijas y también de un hijo varón. La finca era suya y aunque me pidió la misma cantidad de dinero por metro cuadrado que los dos anteriores, curiosamente,

ponernos de acuerdo no nos llevó ni diez minutos.

—Mira Mari Carmen, no te voy a engañar, me interesa tu finca. ¿Tienes interés en que hablemos de ella? Pensó sólo unos segundos y comenzó hablando de su familia.

—Mire- me sorprendió que me tratase de usted, al revés de lo que yo hice con ella -tengo tres hijas y un hijo y me gustaría que estudiaran una carrera. No tenemos dinero para pagar unos estudios costosos y ésta es la única finca y la única oportunidad que tengo de reunir lo suficiente para darle estudios a alguno de ellos, así que me veo en la necesidad de pedir por ella...

—Mari Carmen, haces muy bien y estoy de acuerdo contigo en que es lo que debes hacer. Yo en tu caso haría lo mismo. Por supuesto que te pagaré lo que me pides por ella y además te doy las gracias desde este momento, comprendo tus razones y no las que me han dado otros vecinos -me pareció que debía de poner algo más de mi parte- si algún día necesitas algo en lo que yo pueda ayudarte, no dudes en pedírmelo que, si está en mi mano, ten por seguro que te ayudaré.- Cerramos la operación sin más problemas.

Quizás pasaron tres años, o puede que más. Una mañana recibí la siguiente llamada de Mari Carmen.

—José Ignacio, cuando la compra de mi finca me dijiste que si algún día... el caso es que mi hija que está acabando ingeniero técnico electrónico, está un poco atascada con el proyecto que tiene que entregar en unos días. ¿No la ayudarías a salir del atolladero tú, que eres profesor en la universidad?

—Dile que venga a casa cuando quiera- fue mi respuesta.

Estuve hablando con la chica durante dos o tres horas e intenté canalizar el proyecto, a mi juicio, en la dirección más conveniente para que tuviese interés. No sé si le serví de algo o no, pues no he vuelto a saber de ella y si en alguna ocasión la he visto, no la he sabido reconocer.

Con la nueva finca de mi propiedad -la escritura la firmamos casi dos años más tarde, el 15 de diciembre de 1986 -co-

menté en mi cabeza a darle vueltas al nuevo proyecto. En esta ocasión el tiempo contaba menos. Ni era un proyecto estrella -como los felinos o el acuario- ni me resolvía un problema acuciante, ya que, aunque en precario, tenía a mis monitos instalados.

Mientras meditaba y ultimaba detalles en mi cabeza, para más tarde plasmarlos en los planos, comencé por la parte más fácil. La tapia de cierre de dos metros de alta y construida con bloques prefabricados, cuya única dificultad consistía en trazar una paralela a la carretera, a dieciocho metros de distancia, cavar una zanja para el cimiento y una vez rellena ésta de hormigón armado, colocar, con abundante “masa,” mortero de cal, agua y, lo más importante, cemento- diez filas de bloques prefabricados dejando escalones espaciados, para compensar la ligera pendiente del terreno.

Con esa facilidad, la tapia se construyó en menos que se dice.

Ya tenía en mi mente la distribución del terreno. La esquina de la finca orientada hacia el sureste -la más soleada- la reservaría para construir la mejor instalación, que ocuparían dos nuevos personajes, los cuales comenzaría a buscar en ese mismo momento: una pareja de chimpancés.

El otro extremo del edificio, en el lado este, lo remataría con otra instalación de tamaño medio, la que en su día ocuparían una familia de esos monos grandes que todo el mundo los conocía cómo los “monos del culo colorado”, o sea, papiones o babuinos, como prefieran llamarlos.

Entre estas dos construiría recintos más pequeños, para el resto de mis primates. En total tenía previstos seis recintos, número que juzgué suficiente.

Con los últimos detalles del Acuaterrario rematados tiempo atrás, también completada la obra de los felinos y tras-

ladados a su nuevo lugar a los desahuciados “Espumas” que se fueron a la nueva jaula recién construida —ya que los tigres ocupaban la suya— nos dedicamos en cuerpo y alma a construir las nuevas instalaciones de primates.

Mientras construíamos a toda prisa —como era habitual— las nuevas instalaciones, no sé quién me dio un soplo, cuyos visos de verosimilitud eran incuestionables y, si París “bien vale una misa” que dijo un rey caradura, descubrir una colonia de espinosos —unos curiosos pececillos aficionados a las aguas salobres— merecía con creces una excursión hasta Pedreña.

Alguien, no recuerdo quien, contemplando los peces del acuario, me había hecho el siguiente comentario.

—No hace ni seis meses que buscando quisquilla para cebo, al sacar el retel, lo que pesqué, eran unos diminutos pececillos que parecían chicharros mirados a través de unos prismáticos puestos del revés— El comienzo me intrigó y le tiré de la lengua.

—¿Eran más pequeños que un pez de río y plateados por debajo?

—Sí, además se enganchaban en la malla del retel y costaba soltarlos pues los puñeteros, tienen unas espinas en el lomo, que fueron las que me convencieron que no eran crías de chicharro, aunque sí lo parecían.

¡Bingo! Ya sólo me faltaba que me dijese dónde y lograría tener espinosos en mi acuario. ¡Con todo lo que yo había trajinado buscándolos en los alrededores de Oyambre y ahora, un ignorante me los iba a servir en bandeja de plata!

—¿Dónde echó los reteles cuando pescó esos peces?— Ardí en deseos de que me diese la pista definitiva. Ante su titubeo, bien creí que se la quería quedar para él ¿Quizás había encontrado allí buen cebo para pescar y prefería guardar su secreto? Pero al fin, exhibiendo una gran sonrisa habló.

—Cebo que mereciese la pena no encontré, así que le voy a dar toda la información.— Respiré aliviado. —Va usted hasta Pedreña, justo antes de llegar verá a la izquierda una indica-

ción que dice: “Campo de fútbol del Marina de Cudeyo” Baje por ella y, cien metros antes del campo, verá a su izquierda una gran finca ganadera bordeada por una tapia de piedra de dos metros de altura. Mire bien junto a ella y descubrirá que, por debajo de la tapia, mana un regato que cruza bajo el camino y forma unas charcas entre el camino y la playa. Ahí, esa mierda de regato, está lleno de esos peces.

—Muchas gracias. En cuanto tenga un rato. Para allá que me voy.

Unos días más tarde -esperé a que hiciese un día soleado que me haría disfrutar el doble de la pesca que presagiaba abundante- para allá que me fui.

El plano del tesoro, que llevaba bien aprendido, estaba más claro que el agua de aquel manantial, que efectivamente, -coincidí en eso con informante- era una auténtica mierda.

A la primera pasada de mi redeño de malla fina por aquellas aguas medio pútridas, obtuve como premio cantidad de algas y, entre ellas, varios diminutos alevines de espinoso. Ese curioso pez de nombre científico rimbombante para su tamaño (*Gasterosteus aculeatus*) ya lo conocía de antiguo, pues el que me vendió el zoo, en una remota visita a su casa de Torre-lavega, me enseñó dos parejas de estos peces que mantenía en un par de pequeños acuarios de cristal, pero que, en aquella ocasión, ante mi falta de curiosidad, no me dijo dónde los había capturado.

Insistí una y otra vez con el redeño y encontré a varios familiares directos -pero adultos- de las primeras criaturas.

Una cosa vi clara desde el primer momento. Las hembras y los machos se distinguían unos de otros perfectamente. Ellas eran sensiblemente más grandes, y en sus vientres se notaba la forma de una decena de huevos, o poco más, dispuestos para el desove. En cambio ellos, más canijos, eran más esbeltos, sin la tripa cervecera de sus compañeras y de un color rojizo en su vientre que sustituía al plateado de ellas.

También coincidí con mi anónimo informante en que un

chicharro, mirado por unos prismáticos del revés, que redujese a ese pez a una escala uno a cien, bien podía confundirse con un espinoso.

Con mi pesca milagrosa a buen recaudo -no fue más milagrosa porque no quise, ya que las charcas de la zona estaban plagaditas de recría, entre los que había un buen número de papás- me di prisa en regresar al zoo a instalarlos en un estanque que acababa de construir en el patio del acuario. No quería otra catástrofe, como la que sufrí con mi *Cottus gobio* del valle de Arán.

A partir de ahí, todo fue disfrutar. Los pececillos tenían un comportamiento más que curioso. Los machos, territoriales como los gallos de pelea, no dejaban acercarse a otro a su diminuto nido, construido con filamentos de algas y con forma de cubilete tumbado. Sólo a las hembras les permitían acercarse a desovar en él, donde ellos permanecían moviendo las aletas para renovar el agua del interior del nido con otra más oxigenada. El color del vientre en los machos -según lo avanzada en que estuviese la fase de la cría- oscilaba entre un plateado similar al de las hembras y un rojo intenso cuando el celo estaba en pleno apogeo...

Leí sobre ellos cosas tan curiosas como que este pequeño pez trajo de cabeza a un investigador austriaco, porque los machos de sus acuarios, a determinadas horas sufrían ataques de locura y mostraban una excitación inusitada... Hasta que descubrió el motivo, que era tan sencillo y sorprendente como que estos ataques coincidían siempre con la parada frente a la ventana de su casa -donde tenía instalados sus acuarios- de un autobús escolar de color... ROJO. A este gigantesco macho rojo con ruedas, lo odiaban sus machos de espinoso, pues lo consideraban un competidor que invadía su territorio.

Ver todo este proceso me tenía encandilado. Asomado a aquel estanque, contaba los nidos distribuidos a lo largo de todo el costado a intervalos de unos treinta centímetros, que era el mínimo que se permitían unos a otros, en aquella super-

población obligada en que convivían.

Crié innumerables espinosos durante ése y en años posteriores, pero cuando después de quedarme sin ellos -años más tarde- volví al lugar de la captura de los primitivos pobladores, me encontré la desagradable sorpresa de que la fisonomía del terreno había cambiado. Un campo de golf, un paseo marítimo y el saneamiento de aquel inmundo regato, convirtieron al lugar en otro mucho más inmundo, pues desaparecieron de allí los espinosos que fueron sustituidos por humanos paseando, mucho más abundantes que estos pequeños peces.

Mientras me entretenía con estos peces tan curiosos, ni por un momento abandoné mis obras en curso que, gracias a su sencillez –en nada comparable a las complicadas obras del Acuaterario y de los felinos- aquella avanzaba a la velocidad del futuro AVE. Al comenzar el verano, los monos “residentes” ocupaban las nuevas instalaciones, en las que, a ambos lados de las ya habitadas, dos permanecían vacías: las de nuestros futuros chimpancés y babuinos.

La leona Nora estaba preñada, de eso no nos cabía la menor duda, como tampoco de que lo suyo no era ser una madre ejemplar. Era muy cariñosa conmigo e incluso cuando pudo merendarse parte de mi cuerpo no lo hizo. El hecho, sin importancia, tuvo lugar, como no podía ser de otra forma, tras un error humano.

Estaba poniendo una inyección de antibióticos al león macho, que llevaba dos días postrado intentando morirse sin conseguirlo. Para poder realizarlo dividíamos el recinto en dos cerrando la corredera, dejando al mismo lado al maltrecho macho junto a su rozagante compañera. Desde el lado vacío, aprovechando que él estaba recostado medio inconsciente, yo metía los brazos entre las rejas de separación e inyectaba el

medicamento al pobre león que ni acusaba el pinchazo. Mientras tanto Chuchi que, desde fuera, había cerrado la corredera, esperaba a que yo terminase para volver a abrirla. En una ocasión, al terminar de inyectar el antibiótico, dije:

—¡Ya está!- y Chuchi, sin encomendarse ni a Dios ni al diablo, empujó la corredera con todas sus fuerzas, dejándome frente a frente a Nora como a un cristiano más en el circo romano.

—¡Qué haces! ¿Pero no ves que estoy aquí dentro?— Chuchi reaccionó al instante y volvió a correr la reja. Durante unos segundos estuve a un metro de Nora, frente a frente, y ella se limitó a mirarme como se mira a un amigo. En pocos días el león se recuperó totalmente y no tuve más contratiempos a la hora de pinchar al enfermo.

Nora, como madre, había tenido un fracaso el año anterior. Los dos cachorros que parió, o los parió muertos o murieron de frío por falta de atención materna.

Ahora estábamos pendientes del nuevo acontecimiento. ¿Nacerían vivos? ¿Les prestaría la atención necesaria?

El dos de mayo, Nora amaneció como si tal cosa y repartidos por la instalación, cuatro pequeños cachorros aparentemente muertos, hacían compañía a sus despreocupados padres. Inmediatamente tomamos cartas en el asunto.

Aunque a primera vista nos pareció una catástrofe general, resultó serlo tan solo a medias, porque dos de los cachorros aún permanecían con vida, aunque a punto de morir de frío. Los otros dos estaban muertos y bien muertos.

En ese momento comenzó, como había ocurrido en 1808, nuestra propia “guerra de la Independencia”, porque la independencia la perdimos en el momento en que nos dedicamos a criar a biberón aquellos dos pequeños leoncitos, los primeros en nacer vivos en nuestras instalaciones. El futuro próximo estaba tan claro como el nombre que le pusimos a la hembra: “Clarita”. Cada tres horas, uno de los dos o los dos, teníamos que estar con un par de biberones preparados para

nuestros nuevos “hijos adoptivos”.

En una cosa coincidíamos plenamente con la leona madre... ni ella ni nosotros sabíamos nada de criar cachorritos de león. Pero nosotros -ella por lo visto no- estábamos dispuestos a aprender a hacerlo.

Peleamos con ellos -en el buen sentido de la palabra- y poco a poco fuimos cogiéndoles el tranquillo, hasta que los encarrilamos.

Con la leche especial, y carísima, llamada Esbilac, una buena dosis de sacrificio y entrega, aquellos casi huérfanos, se convirtieron en un mes en dos peluches preciosos, a los que pusimos de nombre Clarita y Grande.

Si hay un cachorro de animal cariñoso -exceptuando al perro- ése es el león. Su carácter gregario en que todas las hembras de una familia cuidan y amamantan por igual a todos los cachorros, sean de quien sean, hace que los leoncitos se muestren juguetones y cariñosos con todos sus conocidos y familiares, aunque sean humanos.

Para jugar con ellos sólo existe un ligero problema: nuestra piel. Lo he comprobado en numerosas ocasiones.

Nuestra piel no es lo suficiente resistente para jugar con un león de varios meses, con sus uñas completas y deseando entrenarlas para la caza.

Aunque los arañazos curan bastante bien. También lo sé por experiencia.

Una mañana, cuando estaban en su punto ideal para sacarlos del anonimato y hacerlos famosos como se merecían, en agradecimiento a la buena campaña publicitaria que les estaba preparando, Grande, todo él alegría y agradecimiento, vino corriendo hacia mí. Yo lo recibí con los brazos abiertos, pero él, con el impulso de su cuerpo de unos cuantos kilos, superó la defensa de mis brazos y me atizó un mordisco en el pecho derecho que no olvidaré en mi vida. Y eso que era como agradecimiento, que si llega a venir con mala fe, que dicen en mi pueblo, me avía.

La noticia y la foto del periódico no ofrecían la menor duda, no había que leer el titular para comprender que era insólita.

Un cachorro de león, sentado frente a un micrófono sobre las piernas de una mujer joven y guapa que lo mantiene sujeto entre sus brazos. El cachorro lleva puestos en su cabeza unos auriculares o cascos -como prefieran llamarlos- y se está tomando, con los ojos cerrados, un magnífico biberón.

El título de la noticia no podía ser más periodístico:

“UN CACHORRO DE LEÓN, ESTRELLA DE UN PROGRAMA DE RADIO”. EL Diario Montañés del 31 de julio era el difusor de tan curiosa noticia.

Unos días más tarde –para los que se les pasó por alto en primera convocatoria- nueva foto. En esta ocasión con los ojos y la boca bien abiertos, como si estuviese hablando por el micrófono. Esta segunda, vez el título no pudo ser más parco:

“UN LEÓN EN LA RADIO”

“Grande” -haciendo honor a su nombre- se estrenaba como locutor de radio, no emitiendo sonido alguno –pienso que por vergüenza- sólo los derivados de succionar el magnífico biberón que se tomó junto al micrófono de la cadena SER y, a la vez que le hicieron la primera foto, zampándoselo entero en un periquete. Como compensación, con la tripa llena de leche, su expresión de satisfacción era idílica.

En verano en un Zoo -por lo menos sus propietarios, no sé los visitantes- no encuentran fácilmente tiempo para aburrirse, y el verano del 84 no iba por el camino de ser una excepción.

Cada día, o bien los leoncitos Grande y Clarita nos hacían una nueva trastada o aparecía algún visitante con una

curiosa encomienda.

—José Ignacio -como infinidad de veces era la voz de Mari, la taquillera titular, quien reclamaba mi atención- Aquí están unos señores que quieren donarle un zorro muy bonito. ¿Les digo que lo dejen?

Desde la inundación inaugural, en que se ahogaron aquellos cuatro infelices zorros, no había querido saber nada de estos animales, pero... un recinto vacío estaba pidiendo a gritos un ocupante.

—Diles que sí, y dales las gracias de mi parte, que estoy muy ocupado.- Mentira piadosa, pero por un zorro no estaba dispuesto, en aquel día de agosto, con un calor sofocante, a darme un paseo a lo tonto.

Me olvidé por completo del raposo.

Unos días más tarde, en un cruce con Chuchi, de los muchos en que sólo intercambiábamos un austero -“Buenos días”- Chuchi se muestra charlatán y sonriente.

—¿Viste el “zorripio” que nos han dejado? ¡Es un tío simpático! Le encanta que lo acaricien y lo saquen de paseo. Incluso lo he soltado por la finca de al lado y ha vuelto detrás de mí como si fuese un vulgar chucho.

No me quedó otro remedio que ir a ver al animal. Seguro que no era para tanto. Lo era y mucho más. No creo que vuelva a ver otro zorro más manejable, más bonito y más cariñoso en toda mi vida. Sin duda, en manos de Félix Rodríguez de la Fuente -fallecido unos meses atrás- habría sido una estrella del celuloide. Aunque fueron otros -entre ellos yo mismo- los que lo encumbrarían a la fama pero, al tener que hacerle pasar por un zorro salvaje, nos obligó a su anonimato por lo que trabajó gratis y sin nombre artístico.

Me aficioné a aquel animal, al que le puse de nombre Maximiliano y que, rápidamente -en cuanto los presenté- intimó con mi perro Hipólito -Poti-. Los dos juntos en la finca del vecino, se pasaban horas jugando a perseguirse hasta que acababan extenuados y se tumbaban a dormir -pegaditos el

uno al otro- de puro agotamiento.

A diario los acompañaba a retozar. Ellos no se cansaban fácilmente de correr ni yo lo hacía de contemplarlos y hacerlos fotos. Era como tener dos perros.

Un día me dijeron en el zoo de Barcelona:

—¿No necesitarás un chimpancé macho? Tenemos uno precioso, de diez años. Nos interesa cuanto antes encontrarle casa nueva.

—Vamos a verlo -dije yo.

A los pocos minutos, en la trastienda del zoo, conocí a Gustavico, el chimpancé. Aunque, al principio al ofrecérmelo, sus diez años me habían parecido demasiados, comprendí, en cuanto lo vi, que era un chaval. No obstante, antes de decir «Sí, quiero», antes de comprometerme a convivir con él “hasta que la muerte nos separe”, tenía que averiguar algunas cosas.

—¿Por qué queréis encontrarle un nuevo destino?- pregunté, cauteloso.

A veces nos han ofrecido, e incluso mandado a Santillana, especímenes conflictivos que, sencillamente, alguien quería quitarse de encima por diferentes motivos. ¿Sería éste, también, el caso de Gustavo?

—Gustavo- me explicaron -se ha criado, desde que era un bebé, con una familia de Zaragoza. Caminaba por la calle de la mano de su dueño. Era tan conocido en los bares que, cuando daba una palmada, le servían su Coca-Cola. Pero... «La vida está llena de peros», pensé. Ahora contarían por qué era conflictivo el animal. Mi informador continuó hablando:

—Un día, a los seis o siete años, tal y como acaban haciendo la mayoría de los chimpancés, pues no hay que olvidar que no son animales domésticos, Gustavo mordió a alguien de la familia en la que vivía, con quien no simpatizaba.

Fue entonces, después de aquel primer mordisco, cuando

lo donaron al zoo.

—Hasta ahí todo correcto -dije-, pero yo no quiero saber por qué os lo donaron ellos, sino por qué lo hacéis vosotros.

—Cuando llegó aquí, al Zoo de Barcelona, lo pusimos de compañero de instalación con Mo, un joven macho de orangután, con el que convivió bastante tiempo sin problemas, pero hace unos meses, se lió a darle leña al pobre Mo y hemos tenido que separarlos, y ahora, necesitamos el sitio que ocupa.- Tras esa explicación, no tardé en decidirme.

—Sí, quiero- dije -ya podemos hablar de los detalles del traslado.

Gustavo llegó en avión a Parayas y, desde allí, en furgoneta, a Santillana. Todos en el Zoo, sin excepción, lo estábamos esperando. Ansiosos por verlo en su nueva casa, teníamos los nervios a flor de piel.

Como suele ocurrir en estos casos, habíamos terminado de preparar su instalación a toda prisa, una hora antes de su llegada. La pintura aún estaba fresca. «Si se cuelga del techo, se manchará», estaba pensando yo cuando apareció la furgoneta.

Todos corrimos a recibir a la estrella.

Lo primero fue bajar la caja, con su precioso contenido, del vehículo en el que vino desde el aeropuerto.

—¡Vamos! ¡Deprisa! Seguro que está deseando salir de esa caja y comer algo. Subidlo a la carretilla. Sujetad uno por cada lado, para que no se vuelque la caja. ¡A ver si se nos va a caer!

En procesión, llevamos a Gustavo hasta su nueva casa. La frase más repetida por el camino fue: ¡Cómo pesa el tío! Y así, llegó ese momento que todos los que vivimos en un zoo deseamos presenciar: la entrada en la instalación del nuevo inquilino.

Una vez la caja en la zona de dormitorios, enfocamos ésta a una puerta corredera que daba a la instalación exterior. Ambas puertas, la de la caja de transporte y la de salida al parque exterior, coincidían en tamaño.

Una vez comprobado que todo estaba perfectamente encajado y seguro, lentamente, levantamos la corredera para que

saliese nuestra estrella a la vista de todos los presentes.

Nada más asomar su cabeza, comenzaron las exclamaciones de asombro.

—¡Mira, qué grande es!- comentaba un cuidador.

—Grande, no, ¡grandísimo!- le contestaba otro.

—Debe de tener una fuerza descomunal- decía un tercero.

—¡Ya lo creo! Los músculos de sus brazos son como calderos.

Es casi tan fuerte como el Nene.- Todos aportaban su opinión, mientras Gustavico, ajeno a los pares de ojos que le contemplaban con admiración, investigaba a fondo su nueva vivienda. Entonces comenzó a agitar los brazos en señal de saludo...

Si no, ¿qué eran aquellos movimientos de brazos?

—¡Nos está saludando!- advirtió alguien.

—¡Cuidado!, que nos tira un hierro.

—¿Qué hierro?- pregunté.

—El que tiene en la mano- me contestaron.

Entonces fue cuando me di cuenta de que Gustavo había encontrado en el suelo un trozo de reja.

El fragmento, de la longitud de un rotulador y con el grosor de un dedo humano, había pasado inadvertido a causa de las prisas con que hicimos la limpieza. Enseguida comprendí que los gestos del chimpancé no eran saludos y, como ya hacían los demás, me alejé corriendo, porque en realidad nos estaba amenazando con aquella arma de apariencia contundente. La intención de Gustavo era bien clara, quería darnos con el hierro en la cabeza.

En los primeros días de Gustavo en el Zoo, hicimos dos cosas. Una, hablar de todo lo que le veíamos hacer cada vez que nos cruzábamos con cualquiera de los habituales del Zoo; otra, cambiarle de nombre. Un familiar y dos de nuestros conocidos se llamaban como el chimpancé, y ninguno estaba dispuesto a admitir confusiones. Fue, pues, el recién llegado el que tuvo que adaptarse. De Gustavo, pasó a llamarse Hubertus, por comodidad cambió a Huber, y por diminutivo a Hubertino. Hoy son los apelativos cariñosos con los que lo

llamamos.

NOTA: Las gracias y ocurrencias de Huber las he contado hasta la saciedad, tanto escritas en, “El beso del chimpancé” como en las emisoras de radio y en directo a los visitantes del Zoo, por lo que no voy a caer en la tentación de repetirlas.

Hacía un año que un francés, que vivía creo que en Marruecos y que veraneaba en el camping de Santillana desde varios años atrás, nos había donado un machito de tití de pincel, el más común de los titíes sudamericanos. Respondía -cuando le daba la gana- al nombre de “Chaval”. Para nosotros fue una novedad y -sin nosotros saberlo- una escuela para el futuro de nuestros nuevos inquilinos.

No recuerdo de dónde vino una chica de su misma especie, pero sí recuerdo -gracias a los periódicos de la época, en honor a la verdad- que en agosto publicaron la noticia, acompañada de una foto de Maribel transportando agarrado a su chaqueta uno de sus dos hijos, al que para inmortalizarlo en la prensa, había pedido por unos minutos prestado a sus progenitores.

Sabía poco de estos diminutos seres, parientes lejanos de los humanos, que con sólo doscientos gramos de peso, los adultos son capaces de traer al mundo mellizos o trillizos, según la ocasión, con un peso de cerca de veinte gramos por bebé. Comparado con la especie humana, equivaldría a que una señora de sesenta kilos que tuviese trillizos, y pesase cada uno de los bebés... ¡seis kilos!

Que quede claro que no es mi intención con esta comparación quitar mérito a las madres humanas, tan sólo es mi deseo destacar lo sufridos que son nuestros parientes lejanos, los pequeños primates. ¡Ah!, muy importante, los papás titíes son unos padres ejemplares e incansables que colaboran

llevando a sus hijos en su lomo, para que mamá tití tenga tiempo de sobra para buscar su alimento y se tome un respiro entre “toma y toma”.

Ese verano, no recuerdo la fecha, hice -aprovechando un hueco en mi ajetreo cotidiano- un rápido viaje a Barcelona, para traerme de allí a los huéspedes que me faltaban: Una familia de babuinos, los conocidos monos del culo colorado.

En el zoo de Barcelona tenían tantos y se reproducían tan bien, que según me aseguraron, literalmente, “les salían hasta por las orejas”.

Ya frente a la jaula en la cual me los tenían apartados, el que manejaba el rifle de dardos anestésicos, hizo puntería sobre la hembra con cría, disparó el dardo y...

—¡La que acabo de liar! En el último instante se ha movido la madre y la he pinchado a su hija... ¡Ya cayó! No me extraña, con la dosis para un adulto que la he inyectado, si no se muere le va a faltar poco. ¡Vaya chapuza!- El anestesista no dejaba de lamentarse. Sacaron al pequeño a toda prisa y lo llevaron al hospital del zoo, dónde en un momento, le inyectaron algo para reanimarlo y lo pusieron una mascarilla con oxígeno. A continuación capturaron uno tras otro a los tres restantes.

—Este percance te va a retrasar el viaje a Santillana. Hasta que no “recuperemos” al pequeño, es muy arriesgado quitarlo el oxígeno, porque se nos puede morir en un minuto.- me comentó el veterinario.

Cuatro horas viendo despacio y con detalle el zoo, como hacía años que no lo veía, y, por fin, a media tarde, con el pequeño papión “amaneciendo”, comencé felizmente el viaje de regreso.

Todas las instalaciones tenían ya sus ocupantes. ¡Qué cansancio!

Desde 1960 -año más o menos- en esta provincia, más tarde región, uno de los principales entretenimientos era ver la “caja tonta”.

Pero la televisión nos informaba de las noticias más importantes de ámbito nacional y nos tenía a dos velas en las noticias de ámbito local, sólo las más importantes de estas últimas llegaban a aquellas pantallas.

Esta carencia fue la que animó a los jerarcas de este medio a dotarnos de un programa de televisión para nosotros solos.

En enero de 1984 comenzó la puesta en marcha del organismo Tele Cantabria. Primero habría unos meses de rodaje en que se enviarían noticias al programa nacional hasta que todo estuviese encajado lo suficiente para comenzar a emitir a diario.

Se decidió que se emitiría al mediodía, cuando la gente comenzase a comer -para que mezclasen las alubias con la tele- Su duración, de media hora, nos aislaría del mundo durante ese tiempo, ya que la cadena nacional, la única existente hasta ese momento, no era compatible y no se vería en el intervalo de que emitía Tele Cantabria.

Avanzada la primavera de ese año comenzaron las emisiones.

Poco después de que mis leoncitos fuesen presentados en sociedad decidí que, si Tele Cantabria emitía noticias locales, yo tenía la ocasión de proporcionarles una noticia estupenda y original, con mis dos cachorritos de león. Por supuesto, mucho más original que las que pudiesen producir los terneros del Ferial de ganados de Torrelavega, contra los que no tengo nada y sólo producen en mí dos sentimientos: uno de simpatía, como me ocurre con todos los cachorros, sean de la especie que sean, y otro muy diferente de pena, por su corto y fatal destino: su sacrificio para consumo humano.

Me encaminé resuelto a ver al flamante director de Tele Cantabria, que resultó ser un joven asturiano natural de Mie-

res de nombre José Díaz Fernández Argüelles.

Su despacho estaba en la recién nacida emisora en el tercer piso de un anciano edificio -la juventud de la emisora se compensaba con la ancianidad del edificio, aunque el promedio era como para jubilarlos a los dos juntos- situado en el Puertochico santanderino, al principio de la calle Juan de la Cosa, compartiendo edificio con la Institución Cultural Cantabria -ya fallecida- y un bar restaurante, “La Posada del mar”, hoy con nueva ubicación y otro bar en la acera de enfrente, “La taberna Marina”. Quedaba garantizada la cultura y que copas y comida no les iban a faltar a los redactores... y con lo anciano del edificio, emoción por el miedo a un derrumbe, tampoco.

Pepe, el Director -como le llamaba allí todo el mundo- me recibió enseguida y, en ese mismo instante, surgió entre nosotros una corriente de simpatía que se convertiría en amistad profunda con el paso de los años.

Ante mi propuesta de una noticia que tenía por protagonistas a los dos primeros leoncitos auténticamente cántabros, se ofreció a enviarme un equipo para que estos leones -en vez de saltar sobre una cebrá, cosa bastante difícil para ellos- se conformasen con “saltar” a la fama.

Cuando, días más tarde de aparecer Grande y Clarita en la pantalla, me acerqué a darle las gracias, me tenía reservada una sorpresa.

—¿Tú estarías dispuesto a hacer una prueba, dirigiendo un programa sobre los animales de esta región? Si me gusta el resultado, podíamos hacer una serie de la fauna de Cantabria.- Hizo una pausa y me miró como si quisiese leerme el pensamiento.- Por supuesto que se te pagaría, aunque poco, no te voy a engañar. Ya he contactado con un ingeniero agrónomo, Pancho Mijares, para que haga lo mismo con el tema de la ganadería regional, y también he pescado a un periodista de esta casa, Chuchi García Preciados, para que haga otro sobre las costumbres y folklore de esta región. Como a los jóvenes

hay que darles marcha tengo a otro más, al que llaman Charly Charlón, que completará la programación con un poco de música moderna-.

Ya había echado el anzuelo y ahora tocaba tirar del sedal, yo haría de pez sin tener ni idea a donde me podía arrastrar todo aquello. El último tirón, me “arrastró” hasta la cesta.

—Imagínate lo que promocionarías el Zoo. Seguro que tendrías el doble de visitantes. Ya habrás notado de lo que es capaz la tele ¿No ha sido así?- Me rendí a la evidencia.

—Puedo hacer una prueba, pero sin compromiso. Con que a uno de los dos no le guste el resultado, dejamos esto a un lado. Pero, una condición. Tendrá que ser en otoño, porque ahora, en plena época de visitas, tengo que estar al pie del cañón.- Con un “de acuerdo” sellamos nuestro pacto.

Mi amigo Álvaro -el de Hatari- me llama una mañana y me da una sorpresa que me deja sin aliento.

—Tengo una hembra de chimpancé de unos tres años que es una preciosidad, criada a la mano, cariñosa y juguetona hasta aburrir y con una carita... como tienes dinero a tu favor, si te interesa, te la llevas y ya arreglaremos cuentas...

Álvaro sabía hacer el artículo. Había recibido “clases directas” de uno al que llamábamos “el zoólogo”, que era capaz de vender hielo y neveras en la lejana Laponia.

En cierta ocasión le habíamos visto vender un cruce de pointer y dálmata -haciéndole pasar por puro dálmata- basando su alto precio en que aquel ejemplar no era de esos mierdas de manchas negras pequeñas y todas iguales. El que él ofrecía era de los escasísimos que las tenían grandes como puños, mucho más raros... por no decir únicos.

El día que llegó Laika -ese era su nombre- desayunamos juntos un “Colacao”, sentados los dos en sendas sillas de mi cocina. A continuación, con ella sentada en el asiento de de-

lante de mi coche, chupándose el dedo gordo del pié, nos fuimos a Santillana “de bancos”, donde sólo le faltó a Laika firmar los cheques por mí.

No obstante a Maribel, poco dada a tocar monos -no sabía lo que le iba a deparar el futuro- le daba un poco de grima.

—La veo como sucia. Es muy simpática pero me da un no sé qué... no sé si será por su olor o porqué, pero no me apetece tocarla. Tráeme un gorila como Muni, aquella que acaricié en la enfermería del Zoo de Madrid, y a esta métela con Hubertus que estará encantado de tener compañía.

—Es muy pequeña aún. Tendremos que esperar.

Laika se ganó las simpatías de todos los del Zoo. La pusimos junto a la taquilla y le encargué a Mari Ángeles -la taquillera- de su cuidado, con la que intimó enseguida.

Mari la sacaba a jugar y la llevaba junto a un grupo de arces negundos donde ella trepaba y -como diría mi abuela Ota- daba “volatines” de mil formas diferentes.

A veces le costaba regresar a su dormitorio habitual, en el cual, con calefacción y bien tapada con una manta, dormía a las mil maravillas.

Todo trascurría con absoluta normalidad y ya daba por resuelto el problema de emparejar a Huber, aunque para ponerlos juntos, tendríamos que esperar años hasta que Laika se hiciese adulta. De ninguna manera estaba dispuesto a correr riesgos innecesarios.

Una mañana que me había dado un buen madrugón, a eso de las once hice una pausa y me zambullí en la bañera para relajarme. Junto a mí, un teléfono me mantenía en hilo directo con la taquilla.

—¡José Ignacio!- era la voz de Mari y por el tono supe al instante que ocurría algo grave- ¡A Laika la ha dado un ataque y está en el suelo de su dormitorio como si estuviese muerta!

¡Estaba visto que meterme a la bañera y comenzar a ocurrir desgracias era mi sino! Primero fue la caldera y ahora la

chimpancé.

Apenas me sequé y, a medio vestir, bajé corriendo por la escalera. En un minuto estaba mirando a Laika, que permanecía sentada y como amodorrada.

—Se retorció como si tuviese convulsiones- me informa Mari -me ha parecido un ataque epiléptico.

—¡Eso sí que no! No quiero más ataques a mi alrededor, que ya he tenido bastante-. Mi mente recordó... -Como se repita más veces el ataque, se la devuelvo a Álvaro como me llamo José Ignacio ¡Y mira que me gusta esta monita! Pero no voy a estar toda la vida pendiente de una medicación. Ya no gano para sustos.

A Laika, en un mes -aunque muy espaciados- la repitió otras dos veces el episodio epiléptico. Hablé con Álvaro y quedamos de acuerdo en que, a la primera ocasión, le devolvería, muy a mi pesar, la chimpancé Laika. Mientras tanto él le iría buscando nuevo acomodo.

Trascurridos más de dos meses desde mi promesa de hacer una prueba televisiva, subía “de excursión” -meditando en que lío me había metido- con un equipo de Tele Cantabria a uno de mis lugares preferidos, el Pantano del Ebro. En el Nissán Patrol de la tele no cabía un alfiler, y en mi coche en que le seguíamos tampoco quedaba demasiado sitio.

Cinco personas del equipo: el conductor al volante y Julio el realizador junto a él. Detrás viajaban Germán el cámara, el ayudante del cámara, el técnico de sonido y tras su asiento, en el poco espacio disponible, reposaba la cámara Umatic con el magnetoscopio aparte, equipos, chaquetones para la lluvia y no sé cuantas cosas más.

En mi coche no íbamos más holgados, aunque sólo éramos dos los pasajeros “humanos” Chuchi y yo... Tras nuestro asiento viajaba parte del equipo de apoyo, como por

ejemplo: botas de agua hasta la cintura, un cazamariposas gigante hecho con red, varias cajas con patos, otra conteniendo una cigüeña y una más con una garza. Todas estas aves trabajarían como protagonistas y ayudarían a realizar el documental. Los extras, en la lejanía, serían las aves salvajes que habitan en ese lago artificial, que, al estar fustigadas por las escopetas, contaba con que no querrían acercarse a hablar por el micrófono.

Lo primero que hicimos fue la presentación del programa -harto estresante por cierto- en la que yo, con un micrófono escondido entre la ropa y metido hasta más de la rodilla en las aguas del embalse -todo lo que me permitieron mis botas altas- tuve que repetir más de diez veces “la toma” de presentación del programa, de poco más de medio minuto de duración, hasta que resultó aceptable a ojos del realizador, convertido entonces en mi “consejero espiritual”.

Para el que nunca ha hablado a más de cuarenta alumnos de una clase, le puedo asegurar que intimida bastante que le apunten con un objetivo de una cámara de televisión... yo diría que tanto o más que si lo hacen con una pistola. Pero puedo asegurar que a la cámara se acostumbra uno, mucho más deprisa de lo que se imagina. Todo es cuestión de tiempo.

Terminado de pasar este mal trago felizmente, llegó el momento de enfrentarme al problema de base. Necesitaba imágenes reales, con primeros planos de las aves que poblaban estas aguas y sus orillas.

Para eso, para dirigir a mis estrellas, era el motivo por el que me desplazé con todo aquel equipo que me acompañaba en mi coche, hasta un lugar que conocía muy bien y que tenía elegido de antemano. Tras de mí, como si se tratase de guardaespaldas, los cinco operarios de la tele me seguían en el todo terreno de Tele Cantabria.

Llegados al punto de destino, saqué del coche a dos parejas preciosas de ánade rabudo y a un macho con dos hembras

de pato real o azulón, de los que me acompañaban de excursión, y los solté en el embalse. Al instante comenzaron a alejarse de la orilla nadando aguas adentro. Al verlos, el realizador Julio Gil, se echó las manos a la cabeza.

—¡Tú estás loco colega! ¡A esos patos les vas a echar un galgo! Yo que pensaba comerme uno esta noche para cenar!

—Dile a Germán el cámara, que grabe todos sus movimientos, hagan lo que hagan, que del resto ya me ocupo yo.- Minutos después los patos cambiaron el rumbo y se acercaron a la orilla donde chapotearon y buscaron comida entre las plantas acuáticas.

Las escenas eran de primera, con una luz maravillosa y con todo el embalse al fondo tenían todos los visos de ser auténticos ánades salvajes en pleno Embalse del Ebro. Para darle más emoción, lancé al ataque a la segunda sección, compuesta por un grupo de dos parejas de porrón moñudo, unos patos abundantes como emigrantes invernales en estas aguas y una hembra de porrón pardo, una de las especies de pato más rara de España, cuya presencia había constatado yo, en este mismo embalse, en unas pocas ocasiones. Poco después añadí a mi pequeño ejército de patos una garza y una cigüeña. Aquello parecía un hervidero de vida... y Julito no me pronosticaba buen futuro.

—Colega, como cada día sueltes para el rodaje tanto bicho como hoy, en dos meses cierras el zoo por falta de animales- Dejé transcurrir el tiempo, para que mis aves se relajaran y el cámara hiciese su trabajo.

—¿Ya tienes bastantes planos Germán? ¿Sí? Pues vamos a recoger a los extras que se lo han pasado pipa.- Mientras hablaba me adentré andando por las aguas del embalse, hasta conseguir rodearlos, situándome yo a más de cien metros de la orilla. Una vez que los hube rodeado aguas adentro, me di la vuelta hacia la orilla y comencé a blandir mi cazamariposas para que los patos -que ya lo conocían de sobra- comprendieran mis intenciones. Poco a poco fueron saliendo a tierra

y cuando los tuve suficientemente alejados de la orilla, con Chuchi ayudándome a cortarles el paso, en unas cortas carreras los capturé uno a uno y devolví a los once a las cajas en que habían venido.

Por último, tras rodar unos planos con ellas en solitario, capturé con total facilidad a la garza y la cigüeña, que no tenían la posibilidad de huir nadando, ni tampoco volando ya que eran dos aves accidentadas e imposibilitadas para volar. No así los patos, que tenían unas pocas plumas cortadas y recuperarían la capacidad de vuelo tras la muda anual, para lo que aun les faltaba casi un año.

—¿Ves que fácil Julito? En esta parte del embalse la orilla es tan llana que puedo, con estas botas, adentrarme casi quinientos metros aguas adentro para obligar “al personal” a volver a la orilla.

Completamos la excursión con planos de recurso. El coche a lo lejos, las chimeneas de las casas soltando humo, un bando de patos volando en la lejanía y mil cosas más.

A la vuelta nos encerramos en el estudio de montaje y comencé a aprender la jerga de estos profesionales.

—Cambia de plano “colega” que no tenemos “racord”... dale tres o cuatro “frames” hacia adelante... “Hocico lezna” —insulto cariñosos, que según acababa de descubrir, Julio dirigía a los de su equipo cada diez minutos- fúndeme ese plano con el siguiente...

El trabajo de montaje era lento y tedioso pero no tenía más remedio que estar presente. Lo más que conocían de fauna los del equipo que me asignó Pepe eran los nombres de los pescados que aparecían en la carta de la taberna Marina, a la que iban de vez en cuando a tomarse una caña...

A la tarde siguiente, la prueba de fuego: la locución. Tenía que poner la voz en off que iría explicando las características y curiosidades de este enclave y su fauna que debería de encajar con las imágenes que se viesan en el televisor.

Aquel primer programa “Máster”, grabado en octubre,

era sólo el principio... ¿o el final?

—¿Qué? ¿Te animas a divulgar tus conocimientos?.- Me dijo Pepe cuando lo vio. —Aunque no está mal, tú lo puedes hacer mucho mejor. Veo muchas posibilidades en nuestra colaboración, pero primero vamos a comenzar por hacerte un contrato. Te pagaremos 25.000 pesetas por programa y el equipo técnico y humano lo pondremos nosotros. Te haremos una identificación que te facilitará los permisos para rodar en lugares que si no te estarían prohibidos, grabarás con el equipo los jueves, en el lugar y el tema que tú elijas. El estudio para hacer el montaje y la locución está casi siempre disponible, sólo tienes que preguntar y aprovechar los huecos, porque aquí estamos de sol a sol, parecemos una farmacia de guardia. ¿Entendido?

—Perfectamente. Sólo hay un tema que me podría interesar. Tengo un amigo que dibuja animales como no te imaginas. ¿Podríamos contratarle unos dibujos que tengan gracia, para sobre ellos titular el programa y los créditos del equipo?

—Dile que se ponga en contacto conmigo que lo hablaremos... no disponemos de mucho presupuesto pero quizás sea factible hacer algo con él.- Tras una pausa y acariciarse pensativo el mentón...- Tú tendrás que ponerte a trabajar ya. Nos conviene tener en la “nevera” cuatro programas como mínimo, para poder comenzar a emitir.

Así comenzaron las carreras de los jueves con el equipo, y las cenas con el director Pepe y su novia Ana Galán, en las que tanto Maribel como yo, acompañados los cuatro de una imprescindible botella de “Viña Esmeralda” -gran descubrimiento de Pepe y fuente de inspiración para ambos- disfrutamos comentando todos los temas, incluidos los políticos, que en aquella época eran la sal y pimienta de esta región.

Aproveché la disculpa que me presentaba esta ocasión, para comprarme un coche nuevo que necesitaba urgentemente para el servicio del Zoo.

Elegí el que me tenía enamorado y que sería la envidia

general, además de permitirme una mejor movilidad por el campo. Tenía capacidad de cargar peso en cantidad y tracción a las cuatro ruedas, inestimable en mi nuevo oficio de documentalista. Podía entrar por las recónditas playas a las que iba a buscar nuevas especies de alevines para los acuarios... El Nissan Patrol en poco tiempo, me permitió por ejemplo... embacharme por dos veces en el pantano del Ebro... lo que con mi anterior coche hubiera sido imposible.

El tractorista que me sacó del barro quedó pasmado de lo fácil que aquel coche, al menor tirón del tractor, se escapaba de la trampa de barro en que había caído.

Con mi flamante coche recién estrenado comencé a preparar los posibles rodajes que jueves tras jueves depositaría como reserva en la nevera.

A Maximiliano, el zorro -una estrella supernova en potencia- lo elegí para el segundo programa. Mi idea requería de una preparación previa.

Coloqué, en varios puntos del Zoo, unas trampas para capturar ratas vivas, y en un par de días tuve cuatro prisioneras.

La primera prueba de enfrentar a zorro con rata fue un éxito total para Maxi, que, como si lo hubiese hecho todos los días de su corta vida, se lanzó sobre ella con sus dientes por delante, la sujetó con su boca y sacudiendo la cabeza con energía a un lado y a otro, le atizó dos meneos de aúpa. La rata murió al instante sin apenas sufrir ni enterarse.

Maximiliano no requirió de más entrenamiento.

Para hacer más fructífera la excursión decidí, en el último momento, que a Chuchi y a mí nos acompañaran al campo: además del zorro Maximiliano y las ratas “voluntarias”, una perdiz pardilla y una ardilla -ambas del zoo- y un erizo silvestre que me habían traído días antes -atropellado como suele ocurrir- pero en su caso, por suerte para él, con tan sólo una

ligera conmoción. El erizo se quedaría en el campo y el resto -esa era mi esperanza- regresarían conmigo de buen grado y estaba seguro de que, a cambio de un agradable día de excursión, trabajarían bien y gratis. Así dispondría del siguiente jueves de vacaciones.

El miércoles, con las primeras nieves en las cumbres de Picos de Europa, nos dirigimos en primer lugar a San Vicente de la Barquera, donde tenía ojeado un pinar para mi primer rodaje de aquel día.

El guión de las escenas a grabar lo llevaba escrito en... mi cabeza, ante el cabreo de Julito Gil que no hacía más que recriminarme.

—En la tele siempre se trabaja con guión. No podemos ir todo el equipo a la aventura sin saber de antemano lo que vamos a hacer. ¿Comprendes, Hocico lezna?- yo le replicaba cada vez lo mismo.

—Les he leído tres veces el guión a los animales que van a trabajar ¿Qué más quieres?

Cada rodaje era una fuente inagotable de sorpresas...

Llegados al pinar, saqué, estilo prestidigitador, a la ardilla que llevaba escondida, de la que Julito desconocía su existencia, situé a Germán con la cámara a favor de luz, a Chuchi en el lado contrario del raquítico pino, cogí mi esencial cazamariposas y solté a la ardilla en la rama más baja del árbol.

Tras unos minutos orientándose, comenzó a disfrutar del entorno y yo de sus evoluciones: Trepaba y bajaba a una velocidad asombrosa, giraba de costado dando vueltas al tronco manteniendo la misma altura respecto del suelo, mordisqueaba piñas, rompía con sus dientes pequeñas ramas de las que comía pequeños trocitos...

—Ya tengo bastante. Vamos con la música a otra parte. Chuchi, súbete al pino y hazla bajar que en cuanto ponga las patitas en el suelo, le “echo el guante”, o sea el cazamariposas de turno.- Todo perfecto, como en el guión.

Cuando íbamos por el puente largo de esta villa mari-

nera...

—¡¡¡Para, para, para!!! ¡Que allí vuela un bando de límícolos!- grité por la ventanilla al conductor del otro coche.

Una vez que conseguí que se detuvieran y bajaran el equipo, y ya en el puente con la cámara lista.

—¿Qué coño son los “vinícolos” y dónde están, Hocico lezna? —

—Allí volando- señalé a lo lejos.- Uno de ellos está cojo.- Al oír esto, a Julito le da un ataque de risa.

—¡No seas Hocico lezna! ¡Piensas que me voy a creer que, desde aquí, distingues en una mierda de pájaro que está en el quinto coño, que está cojo?

—Germán, graba ese bando en vuelo que nos sirve para otro programa. Ya verás cuando lo veamos en el estudio “frame a frame” quién ríe el último...

De allí al puerto de Palombera donde, crecidos por nuestro éxito, pusimos a la ardilla en un pino mucho más grande y acabado el rodaje -eso si, perfecto- nos costó una hora hacerla bajar.

Mientras la ardilla decidía si bajaba o no y Chuchi trepaba hasta la punta del pino para obligarla a hacerlo, soltamos a Maxi el zorro, que se alejó paseando sobre la fina capa de nieve hasta más de quinientos metros de donde nosotros nos encontrábamos. Ya creí que no volvería, pero al final se lo pensó mejor y lo hizo. Mientras estuvo en la lejanía nos permitió rodar unos planos del paisaje, con un zorro en el infinito, de un realismo incuestionable.

Guardados el zorro y la ardilla, pusimos a la perdiz pardi-lla en una mata con nieve, por donde había pasado el zorro en su paseo y tomamos nuevos planos como si la perdiz temiese al zorro que ya estaba en su caja. El montaje en el estudio mezclando planos de uno y otro, quedaría perfecto.

Faltaba la escena principal. La cacería.

En los brezales próximos a Cabañas de Virtus, con el embalse del Ebro al fondo, le soltamos la rata al zorro, el roedor

corrió hasta un refugio donde se hizo fuerte. El zorro la rodeaba y la rata le plantaba cara intentando darle un mordisco disuasorio. Pero Maxi era mucho Maxi y, de improviso, saltó sobre ella, la mató como sabía y con ella en la boca se alejó unos cientos de metros para permitirnos rematar la escena como estaba en el guión.

En el valle de Iguña, ya de regreso, le soltamos otra rata para completar las imágenes.

Para entonces Maxi era consciente de su superioridad frente a las ratas y, tras una corta y espectacular persecución trepando y saltando uno detrás de otro por un talud lleno de árgomas o “escajos” -como se las llama por estas tierras- Maxi mordió a la rata y, de dos meneos, la envió a otra galaxia.

Por último el erizo, que compartiría programa con la ardilla, hizo lo poco que sabía hacer: andar pasito a pasito por el campo, hacerse una bola a la defensiva y cruzar una carretera para que, en una imitación de atropello, expusiésemos a los espectadores lo sensibles que son estos pobres animales a los coches, especialmente cuando por la noche merodean próximos a las carreteras.

Nos faltaba encontrar un erizo atropellado para añadir en el montaje, y poner una nota de dramatismo que no estaría de más. Ese plano podía esperar, pues otra cosa no se verá por estas carreteras, pero desgraciadamente erizos atropellados son lo que sobran.

Dos programas en un día de rodaje a la espera de las horas de montaje y locución que eran agotadoras.

Al regreso a la base, repasamos lo conseguido.

—¡Detén la imagen!... Dale tres frames para atrás. Quieto ahí. Mira con detalle Julito. ¿Ves en ese pájaro una cosa que cuelga? Es la pata de ese “vinícolo” que la tiene rota. ¿Quién es ahora el Hocico lezna?

A veces hay que ganarse el respeto aunque sea a martillazos en la cabeza del contrario.

—Mañana- puse en antecedentes a todo el equipo- sali-

mos a las ocho y media de la mañana hacia Santoña, donde he quedado con una barca a motor, para recorrer las marismas y hacer un reportaje... ¿De acuerdo?

A la mañana siguiente, con mi coche recién estrenado partí para Santander. A mi llegada al “Centro” -como llamábamos al piso donde en precario estaba Tele Cantabria- sorpresa y gorda. Todo el equipo de brazos cruzados y sin atisbos de ponerse en marcha. -¿Qué ocurre?- Pregunté sorprendido.

—Que aquí, hasta que no nos paguen las dietas por adelantado, no nos movemos ni un metro. Si quieres, puedes ir a decírselo al “Hocico lezna” de Vidal, el productor. Recuérda-le de paso, por si lo ha olvidado, que lo dice el convenio colectivo de la empresa.

Vidal no estaba. Tardó casi tres horas en volver y diez minutos más en pagar las dietas.

Con las dietas cobradas por anticipado como rezaba el convenio, salimos a toda velocidad hacia Santoña donde el barquero, hartado de esperarme y de recibir recados míos tranquilizándolo por nuestra tardanza, ya se había bebido la mitad de las existencias del bar donde estábamos citados.

Por si todo lo anterior fuese poco, el convenio también decía que, de una a dos y media de la tarde, se hacía obligatoriamente una parada para comer, cosa que muy a mi pesar, hicimos aprovechando el lugar de la cita, en el mismo bar. Pero por fin, con un barquero que escoraba a ambos lados por el vino bebido y la marea subiendo a más y mejor, partimos a la excursión marinera.

A pesar de todo, mis extras en esta ocasión, una pareja de tarros blancos, una de las especies de pato más bonito -aunque en escaso número- que visitan estas marismas, trabajaron de maravilla e incluso sin mucho esfuerzo me permitieron recuperarlos.

Una vez terminado el trabajo con actores, comenzamos el paseo turístico.

En nuestro paseo en barca tuve la suerte de avistar un

buen bando de una docena de eíderes -patos marinos de origen nórdico- que forran el interior de sus nidos con un estupendo plumón, utilizado desde tiempos inmemoriales como el mejor aislante para los edredones, del cual estas prendas de abrigo toman su nombre.

Una sorpresa mayúscula fue avistar un grupo de nueve negrones especulados -ave rarísima por estos andurriales- que pasaron a la historia en mis imágenes.

El resto de las escenas para completar el reportaje, nos las proporcionó en abundancia la rica fauna otoñal de esta bahía.

A los pocos días de rematar en el estudio este programa -como “recuerdo” de los retrasos debido a las dietas y al convenio- para estrenar el coche nuevo “a fondo”: una multa de tráfico a mi coche, me notificaba que atravesé Solares a más velocidad de la permitida. Por supuesto que Vidal se negó a pagarla, a pesar de que había sido, si no el principal, uno de los causantes de mi exceso de velocidad, ya que la marea sube y baja a sus horas y no entiende de esperas ni de convenios colectivos. Con la “nevera” completa con cuatro programas, decidimos que haríamos uno más sobre los osos pardos y a continuación un alto hasta después de las fiestas navideñas.

Después de estos cuatro programas iniciales, dediqué un tiempo a planificar mi futuro televisivo. Repasé, en función de mis estrellas de la fauna autóctona que tenía en el zoo, cuáles serían las mejores para manejarlas en libertad controlada e hice una relación de los posibles programas.

Culebras de agua, víboras, azor -lo aportaba Chuchi que más que halconero, era “Azorero”-, Además las marismas del aeropuerto de Parayas -uno de mis lugares preferidos- Y como no EL OSO, con mayúsculas.

Este último, imposible de filmarlo en libertad con nuestro equipo, había que organizar lo que ya era “de libro” con esta especie: Grabarlos en El Hosquillo en Cuenca, una finca del ICONA donde tenían varios osos en un recinto amplio. En este lugar se realizaban documentales con frecuencia. Eso ha-

ríamos nosotros y más tarde, grabaríamos en Picos de Europa -donde haría mi presentación- las escenas de paisajes nevados para entremezclarlas con las de El Hosquillo en el montaje.

El montaje final disimularía los seiscientos kilómetros de separación entre ambos lugares.

La leona Nora más que una madre, era una máquina de parir cachorros. No comprendí entonces cómo era posible que -siendo el periodo de gestación de más de cinco meses- trajese hijos al mundo con seis meses y pocos días entre una camada y otra. Más tarde, leyendo sobre la vida de estos preciosos felinos lo comprendí.

Si una madre leona pierde los cachorros, bien sea por muerte de los pequeños o bien porque -era nuestro caso- se los retiran y separan de ella, la respuesta del organismo de esta madre frustrada es un nuevo celo a los pocos días y una nueva camada en marcha.

Por eso los leones machos, cuando conquistan un nuevo harén de leonas, matan a los cachorros que éstas tienen, para que las leonas comiencen un nuevo celo y que así los hijos que van a proteger sean suyos y no del anterior macho.

Al retirarle los cachorros y sustituirla nosotros como madre, sin ser nuestro deseo, provocamos indirectamente otro nuevo embarazo, que a últimos de octubre se materializó en Coralín y Keniata, dos pequeñas cachorritas -una con un parpado caído que arregló la cirugía- y que, con nuestra experiencia, su cría fue coser y cantar.

Pero como no era nuestra intención convertir Santillana y alrededores en un segundo cráter del Ngorongoro, comenzamos a buscar nuevos destinos a los cuatro cachorros.

Grande y Clarita irían a Martorell, a una fábrica de muebles con un gran patio con vegetación y acristalado donde un empresario “con posibles” e interés, estaba dispuesto

a acogerlos.

Aprovechando que mis gestiones para grabar a los osos de la reserva de El Hosquillo en Cuenca habían dado resultado y teníamos el permiso en el bolsillo, programamos el rodaje en ese lugar aprovechando el puente de la Inmaculada Concepción, el 8 de diciembre.

El equipo de televisión al completo iría por su lado y yo me encontraría con ellos en la reserva.

Ofrecí a Álvaro devolverle a Laika, el chimpancé epiléptico... pero hablando con él se animó a quedarse también con las leoncitas Coralín y Keniata, que se apuntaron al viaje. Me pidió unos cuantos faisanes y yo accedí, pues aún disponía de mucho hueco en el coche —cosa rara pero en este caso los osos no los llevaría desde casa—. Maribel decidió aprovechar mi excursión para conocer Cuenca y sacó billete de ida y vuelta.

A última hora, nuestra amiga y compañera de viajes Pilar Larios sacó sólo billete de ida con derecho a compartir asiento con mona y leones.

No tuvimos la suerte de recoger a ningún autoestopista, y “solos”: Maribel, Pilar, Laika, Coralín, Keniata, los faisanes y yo hicimos un viaje comodísimo... ya avisé que quería un coche con capacidad para llevar peso.

Después de dejar en Madrid a todos los viajeros exceptuando a Maribel, pusimos proa a Cuenca ciudad para mí desconocida, pero en la cual —casualidad— ese pasado verano, un visitante del zoo me dio una tarjeta que, además de su nombre, llevaba la siguiente inscripción: “Hotel Torremangana, Cuenca” acompañada de la palabra: Director. El titular de la tarjeta, un señor amable, me resolvió así el problema del

hospedaje.

Maribel se quedó en Cuenca haciendo turismo, visitando la ciudad y el Museo local de Arte del pintor Zóbel.

Por mi parte, al poco de amanecer, ya estaba rumbo al Hosquillo. El lugar estaba un poco más alejado de lo que me imaginaba, pero una vez en él comprendí sus virtudes para el rodaje.

No sé qué superficie tenía el recinto, probablemente más de sesenta hectáreas. Pero lo que le proporcionaba unas cualidades excepcionales para camelar a los televidentes, era su orografía y vegetación.

El que eligió el lugar no pudo estar más acertado. En el fondo de un valle cerrado por paredes rocosas verticales y densamente poblado de vegetación, había cortado con un sólido cierre de enrejado metálico la “u” del valle, a más de cien metros de su fondo, consiguiendo con poco gasto un cercado amplio, al que un pequeño arroyo le daba un toque aun más especial.

Para ver a los osos, unas pasarelas elevadas construidas con troncos de árboles de distintos grosores, permitían dominar casi toda la zona y observar a los plantígrados -o filmarlos como era mi caso- en total seguridad y comodidad y sin ningún enrejado frente al objetivo.

Varios osos pululaban de aquí para allá ajenos a nosotros, lo que daba un aire de “veracidad” a la escena, que de no saberse el truco, sólo un extraño y buen conocedor de las brañas oseras, podría extrañarse de la presencia de matas de boj y otras plantas ausentes en los Picos de Europa.

Hacer el trabajo fue un juego de niños. No tenía que recoger a ningún extra ni hacía falta escalar ningún árbol, tan solo llamar la atención del cámara para que se centrara en tal o cual plano. Lo más que hicimos fue lanzar un par de manzanas, para que un oso se moviera en la dirección adecuada.

Un éxito.

1985



1985

CAPÍTULO 9

Desde tres meses atrás veíamos aproximarse el triste desenlace.

Todo comenzó cuando el bison Luis, con unos inusuales esfuerzos para orinar, nos puso a todos en estado de alarma.

Pocos días más tarde, comenzó a perder pelo por un costado de su vientre junto a su pata trasera izquierda. El proceso -aunque lento- no se detuvo en ningún momento.

Pero cuando verdaderamente empezamos a temer por su vida fue a partir del momento en que, en la zona sin pelo, comenzamos a observar una supuración líquida de lo más sospechosa. Parecía como si por una grieta en su piel se escapase la orina.

—Tenemos que avisar a Antonio Luis, el veterinario del Zoo de Madrid para que venga a ver que le ocurre a Luis, aunque me temo que su problema va a ser muy grave.

Poner al corriente a Maribel de mis decisiones era una costumbre que reservaba sólo para cuando el afectado era un mamífero. Con las aves tenía mucha más experiencia, podía manejarlas a mi antojo y administrar tratamientos -dentro de mis posibilidades- con bastante acierto. Pero con los mamíferos era otro cantar, más aún si era un animal grande que exigía anestesia con Inmobilón, un anestésico -separado en dos componentes, el primero de ellos el “Inmobilón”- muy peligroso para los humanos pero que -como indicaba su nombre- inmovilizaba al animal en menos de un minuto, que caía

dormido casi al instante. Este fármaco o droga, -no sé donde encasillarlo por sus propiedades- tenía además la ventaja añadida de que después de anestesiado el animal, efectuado el diagnóstico y administrado el tratamiento, se inyectaba el segundo componente, el “Revivón”, que anulaba el efecto del anterior revertiendo la anestesia y, como su nombre sugería, volvía a la vida -“revivía”- al paciente, que se incorporaba en minutos.

Antonio Luis vino tres días más tarde, aprovechando para viajar su fin de semana libre.

En cuanto lo vio torció el gesto.

—Esto no me gusta nada. Parece que tiene una perforación en las vías urinarias y un necrosamiento de tejidos producido por la invasión de la orina entre las vías urinarias y la piel del vientre.- Tras un titubeo continuó.

—No quiero nombrar la palabra tumor prematuramente... pero tiene todo el aspecto de que el desencadenante de todo este proceso, sea de ese tipo. Voy a anestesiarle y veremos mejor que podemos hacer, si es que se puede hacer algo...

Después de anestesiarlo y limpiarle las zonas necrosadas, se confirmaron los peores presagios. Luis tenía destrozadas las vías urinarias, el proceso avanzaría rápidamente y acabaría con su vida.

Desde el primer momento comprendí que una vez muerto el pobre animal y dado su peso -cuando aún estaba en todo su esplendor le calculábamos más de ochocientos kilos- la mejor solución *a priori*, era darle sepultura lo más cerca posible del lugar de su muerte. Sacar su cadáver desde allí hasta la carretera, se me antojaba tarea para los protagonistas de “Misión imposible”.

Así procedimos cuando, una fría mañana pocos días después, Luis amaneció muerto. Excavamos un tremendo hoyo en el que un hombre normal de pie sólo asomaba la cabeza y, con la ayuda de un “tráctel” -de los empleados para subir y bajar los andamios en las obras de fachada de edificios- arrastra-

mos el cadáver hasta que éste se desplomó al fondo del hoyo. Extendimos sobre él unos sacos de cal viva y paleamos encima tierra, hasta que en el lugar quedó por toda huella un pequeño montículo que, poco a poco, fue reduciéndose hasta que se igualó con el resto del terreno circundante.

Descanse en paz.

Luis fue el primer bisonte europeo en regresar junto a Altamira -la tierra de sus antepasados- y tanto a él como a sus lejanos parientes -por motivos muy diferentes- les correspondía un lugar en la historia.

La efigie de Luis -miles de años más tarde de haber sido pintados sus antepasados en el techo de Altamira- con su cuerpo esculpido en una roca, presidiría en el centro de la villa la plaza que está junto al ayuntamiento. Todos inmortalizados para futuras generaciones.

Una calurosa tarde el verano anterior, mientras me desperezaba de la rutinaria siesta, aparecieron por casa dos personas, una de ellas el alcalde de Santillana Javier Rosino -mi salvador de las aguas- y la otra, un hombre algo mayor que yo, cuya profesión eran sus negocios. Después de unos minutos de presentaciones y conversación al despiste, fueron derechos al grano.

—Mira Ignacio, mi amigo Fernando Pérez Mínguez es propietario de una granja de visones en el Espinar y cree que aquí, en Cantabria, por la facilidad de conseguir pescado barato -la base de la dieta de estos animales- podría ser un buen negocio. ¿Te interesaría participar?

—He oído algo sobre este tema, creo que dan problemas serios los escapes de visones y también me da pena a unos animales, sacrificarlos, sean cuales sean los motivos por los que se les condena a muerte. Por otro lado, todo lo que sea reproducir animales me interesa, me atrae como una luz a las

mariposas nocturnas y, aunque en estos animales me declaro inexperto total, creo que algo podría aportar si me decido a entrar en el negocio. ¿Me dejáis que lo piense unos días?

Hasta terminado el verano no estaba dispuesto a contraer ningún compromiso económico. La experiencia de agosto del 83, cuando una simple tormenta estuvo a punto de arruinar-nos la campaña, me hacía ser precavido.

Por otra parte, tener unos miles de visones a unos centenares de metros sin yo formar parte de su seguridad, era un riesgo que no podía permitirme. Dado el carácter sanguinario de estos animales, mis patos y otras de mis aves podían estar en peligro si no se adoptaban las medidas de seguridad más estrictas.

Después de meditarlo un tiempo, atraído por la curiosidad y siendo consciente de que si yo participaba en el negocio, controlaría de cerca la seguridad que me preocupaba, acepte participar con un quince por ciento de la inversión.

Puse una condición para ésta. Sería yo el que, después de estudiar el tema, diseñaría la granja y sus instalaciones.

Aceptaron mi propuesta y entré -junto con el alcalde Javier Rosino y el veterinario Tomás Bustamante, también amigo y propietario de una clínica de animales de compañía- a formar parte de la sociedad anónima Visones de Santillana S.A.

En las oficinas de Javier Rosino, comencé a diseñar la futura granja.

Dibujé, lo primero, el cierre perimetral de dos metros de altura y sin dejar un solo resquicio por el que pudiera fugarse un animal. Dos entradas, garantizaban que era casi imposible una fuga, ya que una de ellas a través del edificio y con varias puertas que atravesar, controlaba todos los movimientos de acceso tanto de alimentos como de personal, etc. Todos se efectuarían atravesando por el interior del edificio donde se ubicaban las máquinas de preparar las comidas y unos grandes congeladores con capacidad para cincuenta to-

neladas de alimento. El cálculo de los 12.000 animales previstos así lo exigía.

La segunda entrada -para ser utilizada sólo esporádicamente- estaba provista de una puerta de acero, que sólo en casos extremos debería de abrirse, como por ejemplo para aportar materiales de construcción para obras internas o cosa por el estilo.

Por último, la red de alcantarillado estaría provista de rejillas de seguridad, para evitar que, a través de ella, se fugase algún animal, dada la afición innata de los visones para esconderse en galerías bajo el terreno.

Ya estaba todo construido cuando, a primeros de febrero de 1985, llegaron de la granja “madre” del Espinar en Madrid, los mil doscientos primeros reproductores. Pocos días más tarde, una nueva remesa aumentaba hasta más de dos mil el número de hembras reproductoras y a quinientos el de machos. Si todo marchaba según las previsiones, en primavera nacerían más de ocho mil “visoncitos”, hasta llenar totalmente la capacidad del recinto en torno a los doce mil animales.

A final del año, cuando su nuevo pelo invernal fuese denso y estuviese fuertemente enraizado, no habría otro remedio que proceder al sacrificio de la mayoría. Sólo unos pocos -los mejores- pasarían al rango de reproductores y vivirían varios años más.

Personalmente me negué a presenciar aquel sacrificio masivo, aunque comprendí que los visones de granja, tenían el mismo derecho a la vida que los corderitos, pollos o terneros que morían a diario para satisfacer una necesidad humana, aunque fuese de índole muy diferente a la necesidad de tener un abrigo de pieles.

Volviendo a la televisión, durante el invierno, habíamos grabado lo propio de la época, ahora, al aproximarse el buen tiempo, teníamos que cambiar de protagonistas y de escenario.

Durante la semana, y sobre todo el sábado y domingo, tenía que pensar y preparar el siguiente rodaje. Me decanté por comenzar con la fauna acuática.

La fauna de los bebederos de vacas -conocidos vulgarmente como “pilones” - era una fauna curiosa a la vez que interesante, fácil de filmar, desconocida para la mayoría de los cántabros y que, sin duda, atraería la curiosidad del ganadero por la ligazón entre estos bebederos y sus seres más queridos: las vacas. Bien conocido es el famoso dicho pasiego ocurrido cuando la gripe de 1918 que mató a tanta y tanta gente... “Menos mal que la gripe entró por la familia ¡Que si llega a entrar por la cuadra nos arruina!...”

Para entonces Manolo ya estaba en plantilla y hacía unos dibujos con mucha gracia. Para los pilones tenía preparado uno, con Julito y el cámara metidos en el agua de un pilón, una rana y un tritón frente a ellos y una vaca bebiendo con cara de asombro ante aquella curiosa escena.

Preparé en el Zoo junto con Chuchi -nuestro albañil titular- una réplica de uno de estos pilones. La construimos en alto para facilitar la filmación y la dotamos, en tres de sus lados, de gruesos cristales -dos de ellos, a ambos costados- para facilitar la iluminación y el tercero en el frente, para filmar a través de él.

Visité unos bebederos próximos y de ellos tomé lo que necesitaba: algas filamentosas, plantas acuáticas, tritones de tres especies, ranas, renacuajos de rana y sapo, larvas de libélula, de friganea, escarabajos del género ditiscus -curiosos coleópteros acuáticos- y no sé cuantas cosas más. ¡Hasta basura y barro del fondo me llevé para el Zoo!

Con todo instalado en mi falso pilón, la sensación de realidad era absoluta. Me sentí plenamente satisfecho de mi obra.

Hubo que hablar con Vidal para que autorizase el pago de unas horas extras -al margen del dichoso convenio- porque era absolutamente necesario filmar de noche, durante el periodo de actividad de estos animales.

El resultado, para los pocos medios y presupuesto disponible, fue espectacular. Filmamos a las tres especies de tritón alimentándose de lombrices y de mínimas almejititas, también grabamos cortejos nupciales, apareamientos e incluso las fases del desarrollo de un huevo con nacimiento de larva incluido, esto último grabado en uno de los acuarios pequeños del Zoo.

Completamos con imágenes de ocho o diez pilones que yo conocía, donde se veían a los mismos seres nadando y siendo observados por las vacas que allí bebían.

En total tres magníficos programas, sin duda hasta esa fecha, los mejores y más originales, por lo desconocidos que eran sus protagonistas y por lo estupendas que quedaron las imágenes.

Pero mientras preparaba mi bebedero de vacas particular, otros preparativos bullían por mi cabeza.

Durante el invierno, mantuve en un manzano de mi jardín, frente a la ventana de mi despacho, medio coco colgado de una rama. El objetivo era bien sencillo, consistía en que lo descubriesen una pareja de carboneros, unos pajaritos preciosos, de colores amarillo-verdoso y negro -de ahí su nombre- que encuentran -después de los insectos- en la pulpa del coco, el alimento más apetecible sobre la faz de la tierra. Así ocurrió y pasé a la segunda fase.

Coloqué junto al coco una caja nido muy especial. Construida de madera y con un agujero del tamaño de la “o” que se puede hacer uniendo las puntas de los dedos índice y pulgar. ¿Qué tenía de especial? Uno de sus costados se abría porque estaba provisto de bisagras y de un cierre con aldabilla. Con eso no se accedía al interior del nido, ya que un cristal extraíble, metido entre dos ranuras, lo impedía.

A los pocos días de colocar el coco ya se apreciaba en él la falta de pulpa que arrancaban con su pico la pareja de carboneros de la zona.

Durante un par de meses los pájaros constantemente -más de veinte veces al día- se aferraban con sus patitas al

borde del coco y picoteaban a placer aquella rica pulpa. Yo sustituía cada dos semanas el medio coco vacío por uno nuevo. Cuando no estaban los carboneros titulares, otra pareja de páridos llamados herrerillos, continuaban con el coco. Desde mi despacho disfrutaba de lo lindo viendo a aquellos cuatro pájaros alimentarse.

Al llegar la primavera y conforme al guión, la pareja de carboneros eligieron mi caja nido para anidar. ¿En qué otro lugar iban a tener un supermercado más a mano?

Llegado el momento, curioseé discretamente el nido y vi que ya tenían media docena de huevecillos en el fondo de un lecho de pelo y plumas que sin duda les había llevado su buen trabajo a los pájaros. Los herrerillos continuaban visitando el coco, pero eran más discretos para anidar y elegían huecos más disimulados.

Coloqué un andamio ceca del nido y, día tras día, le acercaba hacia el nido, hasta que lo situé junto a él. Para entonces ya habían nacido los pequeños pollitos.

El jueves el rodaje fue de lo más divertido. Primero situamos la cámara con el trípode sobre el andamio. En media hora los carboneros se habían olvidado de aquel trasto. A continuación unimos con un cable la cámara y el televisor de mi despacho.

Con todo listo abrimos la puerta de la caja y dejamos el cristal. La pareja de carboneros pronto se acostumbraron al aumento de luminosidad en su nido y continuaron alimentando a sus hijos sin ningún problema. Yo, desde casa, espiaba en mi televisor todas las entradas y salidas de la pareja para atender a la numerosa prole -¡ocho hijos en total!- y veía encantado cómo, después de darle una rica oruga a un pequeño, cada tres o cuatro veces, éste levantaba el trasero y hacía una caquita —enorme para su tamaño— envuelta en una sustancia viscosa y transparente, que permitía al adulto de turno sujetarla con su pico y llevársela volando, para soltarla a modo de bombardero, lejos del nido. Todo esto se grababa desde mi despacho con absoluta facilidad.

La siguiente fase consistió en hacer lo mismo, pero ahora extrayendo el cristal, con lo que los pájaros podían entrar y salir por dos lugares diferentes. Pues bien, en los tres días que grabamos estas imágenes, los padres, fieles a su rutina, entraron y salieron por su agujero de siempre sin ser conscientes de que a la casa “le faltaba un tabique”.

Las imágenes quedaron de impresión.

Con más facilidad hicimos lo mismo en un nido de mirlo que estaba cercano a casa, y donde la escena más celebrada no fue emitida, ya que Paco -el sustituto de Germán, que tuvo un problema de corazón que lo alejó de nuestro equipo- para apartar una zarza que le tapaba una parte del nido, lo hizo dándole fuerte con una batería de la cámara para no pincharse los dedos. La escena se estaba grabando con sonido incluido y se vio claramente cómo los polluelos de mirlo aguantaban estoicamente a pie firme sin caerse del nido, los empellones que trasmitían al apoyo de su nido los golpes de Paco. El nido subía y bajaba a cada golpe y Paco juraba y perjuraba, porque, a pesar de utilizar la batería como arma se clavó varias espinas en sus dedos. La escena de los mirlos saltando sin caerse del nido y la voz en off de Paco, se hicieron muy populares en el Centro.

Sin golpes ni contratiempos también cotilleamos, con la cámara, la vida de una familia de jilgueros, que anidaban en un laurel junto a la esquina de la casa.

“Srs. de Carbonero y familia” y “Srs. de Mirlo y familia”, pasaron a la nevera antes de ser emitidos. Los dibujos de Manolo, ya colaborador fijo del equipo servían de telón de fondo a los créditos.

Por aquellas fechas una cosa había cambiado para mejor. Ya apenas nos dejaban terneros muertos o moribundos en la puerta del zoo, y las llamadas de teléfono ofreciéndonos

cadáveres de vacas, asnos y caballos a las horas más intempestivas que uno pueda imaginar, iban perdiendo intensidad lentamente. La novedad era que, para compensarlo, nos ofrecían animales heridos por atropello, disparos, choques contra tendidos eléctricos, caídas de nidos y mil causas más que la presencia del ser humano sobre la faz del planeta ha propiciado cada vez más, fruto del desarrollo de lo que conocemos como civilización.

Con todos estos seres vivos necesitados de ayuda -a pesar de nuestras limitaciones- a falta de un lugar oficial de recogida, ejercíamos nosotros de hospital y balneario donde se repusiesen de sus desdichas.

Como no podía ser de otra forma, el tema trascendió hasta llegar a la prensa.

Pero entre estos animales heridos, a veces había novedades sorprendentes, que nos proporcionaron disgustos... y muchas satisfacciones...

Aunque ya el sol se había ocultado en el horizonte, aquel atardecer de mayo de 1985, estábamos aún en el jardín cuando nos sorprendió el timbre lejano del teléfono. Entramos en la casa con toda rapidez. Hasta algunos meses más tarde, no fuimos conscientes de la suerte que tuvimos en esta ocasión, en que la puerta abierta nos permitió oír el teléfono y al estar suficientemente cerca de ésta, correr y descolgar el aparato antes de que cortasen la comunicación. La persona que llamó, casi sin darme tiempo a saludar, me dijo.

—Soy vecino de ustedes, el hijo del ganadero, por más señas. Estábamos tirando árboles viejos en una finca próxima a Comillas, cuando, hace un par de horas, al caer un árbol, de entre el ramaje salió un bicho saltando y corrió hacia el monte. No sé qué animal era. Parecía una rámila con manchas.

Un buen rato después, cuando troceaba el tronco con la motosierra, descubrí que estaba hueco y que, allí, entre las virutas, había dos crías muy pequeñas, supongo que del ani-

malejo aquel que huyó. Si le interesan se las doy, si no las dejaré aquí; pero, con la tala que hemos hecho en la zona, dudo que su madre, si se atreve a volver, reconozca el paisaje.

Así llegaron a nuestras manos dos preciosas jinetas. Tenían, todavía, los ojos cerrados, y eran diminutas: no más largas que un dedo índice, aunque, eso sí, un poco más anchas. Estaban muy gorditas. Su pelo, corto aún, se veía reluciente, sin un vestigio de suciedad. Después de varias horas sin mamar, traían ya la tripa escurrida y vacía, pero su aspecto general era sanísimo. Su madre las había cuidado bien.

Las primeras palabras las pronunció Maribel: -Ignacio, ¿qué hacemos con estos dos bichos?

—Lo primero- contesté -improvisar un mini biberón. ¡Mira qué bocas!, ¡son minúsculas! Los biberones que tenemos no nos sirven para nada. ¡Con lo tranquilos que estábamos, y el porvenir que nos espera!

—No te quejes tanto. Si a alguien se le ha complicado el futuro, es a mí; y no creas que me preocupa demasiado... Volviendo al biberón, ¿qué hacemos?

—Se me está ocurriendo una idea-... Hice una pausa. -Con una jeringuilla de dos o tres centímetros cúbicos, será suficiente. Acoplándole la goma de un cuentagotas, que hará las veces de tetina, nos quedará un biberón perfecto... para salir del paso.

—Manos a la obra! Estos animales deben de tener un hambre horrorosa.

Así, una hora más tarde, nos habíamos transformado en los padres adoptivos de dos jinetas preciosas a las que, al principio, llamábamos «las gitanas», pero pronto las rebautizamos como Tom y Jerry.

Criar dos animales tan pequeños es muy sacrificado, pero, si todo marcha a la perfección, también es una fuente de satisfacciones. En un mes, Tom y Jerry abrieron los ojos, crecieron y comenzaron a moverse a rastras por la caja en que las teníamos alojadas.

Durante aquellas primeras semanas, fueron muchos los biberones nocturnos, después de los cuales padecíamos unas horas de insomnio.

También fueron muchas las ocasiones en las que hubo que pasar una esponja húmeda -a modo de lengua materna- por aquellos dos culitos, así lográbamos que hiciesen, a veces tras largo rato, una caca alargada y amarillenta. A menudo, en lugar de la esponja, esa «lengua artificial» que tantas escoceduras les producía, empleábamos hoja de perejil -remedio casero para provocar la evacuación del vientre- y, en los casos más extremos, supositorios de glicerina.

Pero, a pesar de todos nuestros cuidados, el crecimiento de las jinetas se estancó. Y las preocupaciones iban en aumento, pues Tom y Jerry no sólo comían menos, sino que comenzaron a hacer cosas muy raras. Para nuestra sorpresa, intentaban andar sobre las manos, se caían de espaldas, y repetían el ejercicio, una y otra vez.

—¿Por qué hacen eso? ¿Qué ocurre? ¿Por qué se les está hinchando la tripa?, ¿les sentará mal la leche artificial? ¿Qué hacemos? Ante el empeoramiento progresivo, les dimos al azar un antibiótico y un vermífugo.

A las pocas horas, una lombriz, luego dos y, enseguida, una auténtica cascada de lombrices blancas y pequeñas, enredadas unas a otras, comenzaron a salir del cuerpo de aquellos dos pobres animales.

Acto seguido, las jinetas Tom y Jerry comenzaron a andar normalmente. Recuperado el apetito, volvieron a crecer con rapidez y, a mitad del verano, ya hacían todas las trastadas que sugieren sus nombres.

Debí de haberles administrado antes aquel vermífugo. La única disculpa que tengo -si tengo alguna- es que siempre pensé que los animales estaban más protegidos contra los enemigos intestinales. A mediados de agosto, sobre todo al anochecer, las jinetas correteaban por entre las plantas del jardín y trepaban a los arbustos. Les gustaba, en especial, un saúco

silvestre que crecía, cubierto de madreselvas, junto a la «casa de las comidas» que como indica su nombre, se trata de un almacén de alimentos, pero que dispone además de una zona para herramientas y una habitación que utiliza el personal del zoo.

Cuando las jinetas se sintieron más independientes, Maribel y yo empezamos a permitirles que durmiesen en el saúco durante el día. Al atardecer salían de entre las madreselvas, trepaban al tejado y, de allí, por un arco, subían al tejado de nuestra casa. Practicaban la escalada un buen rato, hasta que las llamábamos a la hora de la cena; después, pasaban la noche en una jaula segura.

—¡Gitanucas!- les gritaba Maribel. Al oírla, rápidamente Tom y Jerry bajaban del tejado al arco y... ¡zas!, ¡zas!, cada una saltaba al hombro de uno de nosotros, para lamernos la cara... y ¡los ojos!

Desconozco la razón por la que nos lamían con tanto entusiasmo el lagrimal. Siempre he oído decir que las lágrimas son saladas. Quizás buscaban sales, o puede ser que aquel acto fuera el beso que los niños dan a sus padres, expresado en el lenguaje de las jinetas.

Todos los días se repetía el mismo ritual: juego, desayuno, siesta en el saúco hasta el atardecer, escalada a los tejados, salto a nuestros hombros, lametones en los ojos, carreras por el jardín, cena y, ¡a la cama!, a descansar en lugar seguro. Hasta que, una tarde, oí que Maribel me llamaba con angustia y, de forma inesperada, cambió todo.

—Ignacio, ¡no encuentro a Jerry por ninguna parte!

—No te preocupes -intenté calmarla-. Puede que esté escondida. Saldrá pronto-.

—Es que me parece rarísimo. Estaban aquí las dos, correteando encantadas; he dejado dos minutos de mirarlas y, ahora, Jerryta no aparece. Aunque ellas nunca entran en casa, he mirado en el cuarto de estar, porque he visto la puerta abierta. La he llamado mil veces, pero no responde a mi voz... Por el

jardín no la veo tampoco. ¡Mira!, Tom también la busca, y está asustado... ¡Se está subiendo al roble grande!- Por primera vez en su vida, Tom escaló el roble centenario que hay detrás de nuestra casa. Llamaba a su hermana desaparecida. Cada vez más alarmado, hacía poco caso de nuestros gritos.

—¡Tom! ¡Tom! Baja. ¡Jerryta!, ¿dónde estás?

Tras casi dos horas, ya de noche, Tom bajó y lo metimos en su jaula-dormitorio. Estaba acobardado: echaba mucho de menos a su hermana. Nosotros también. Maribel no podía disimular su desconsuelo; yo, abatido también, intentaba animarla.

—Coge tu linterna, yo cogeré la mía. Registraremos el jardín a fondo -decidí-. Si está, veremos sus ojos brillar. Pondremos la jaula de Tom en el jardín para que lo oiga y lo huela. ¡Verás cómo aparece!

Una hora más tarde, nos rendimos. A Jerry se lo había tragado la tierra. Abandonamos el jardín, e hicimos un último registro en casa. Miramos hasta en la nevera, por si, involuntariamente, la hubiésemos dejado encerrada allí. Nos asomamos debajo de las camas. Registramos los armarios, las librerías, todo... Pero no hubo éxito.

A altas horas de la madrugada, agotados ya, nos fuimos a dormir.

A la mañana siguiente, todo estaba igual: ni rastro de Jerryta, nosotros desmoralizados y tristes, y Tom desconsolado. Y lo peor era que no sabíamos dónde buscar ni qué hacer. Aquel día negro transcurrió lentamente, sin cambio alguno. No tuvimos ganas ni de ver la tele.

Maribel lo sentía todavía más que yo, no sólo porque su dedicación a las jinetas había sido total durante varios meses, sino también porque pensaba que la pérdida de Jerry se debía, en parte, a que no había vigilado su paseo.

—Son las once de la noche -dijo, a punto de llorar-. Estoy agotada. No me apetece ver la tele ni leer. Me voy a la cama, ¿subes?- Acabó de preguntármelo a mitad de la escalera.

—Ahora mismo -contesté-. Ve acostándote. Quiero acabar de oír este programa de radio...

Al cabo de un instante escuché de nuevo su voz.

—Ignacio, ¡corre! ¡Sube enseguida!

Allí estaba Maribel con una sonrisa de oreja a oreja. Su agotamiento había desaparecido, ¿por qué?... Porque sobre la almohada, en el lugar en que ella reposa la cabeza, una cosa gris, peluda y con manchas negras ocupaba su sitio: era Jerryta.

¿Dónde había estado durante las últimas veinticuatro horas? Ésa es una pregunta que no puedo responder con total seguridad. Posiblemente, permaneció todo el tiempo en casa, extrañó el lugar, y se escondió. Supongo que no se atrevía ni a moverse y que, la segunda noche, se guió por el olor de su madre adoptiva, encontró la cama y, sintiéndose a salvo, se durmió tranquila. Tarde o temprano, Maribel volvería a impregnar con su olor esa cálida almohada. Y así ocurrió, y se produjo el feliz reencuentro.

En uno de mis viajes al zoo barcelonés, no se le ocurrió al conservador y amigo Luis Colom mejor cosa, que enseñarme un pollito de emú, poco más grande que una gallina y que, por haber nacido en incubadora se sentía humano y perseguía a sus cuidadores con un gracioso correteo, haciendo visajes a un lado y a otro, que era una delicia verlo trotar.

No pude por menos que preguntarle por el futuro de aquel precioso pollito.

—Quitádnoslo de encima lo antes posible. En cuanto crezca un poco más no tendremos donde ponerlo. Si lo quieres tú, tuyo es desde este momento.

“Pollito” se vino conmigo en el coche, como si desde recién nacido se hubiese dedicado a correr rallies de copiloto. Se instaló en el suelo frente al asiento vacío, donde previamente

habíamos colocado una espesa cama de paja, porque como me advirtieron, era lo más “cagón” que habían visto en ave.

El viaje sin problemas, y al llegar a casa, con sorpresa para todos cuando del coche y por sus propias patas, descendió mi pasajero. La primera pregunta, bien tonta por cierto, recibió por mi parte la adecuada contestación.

—Lo encontré cuando estaba haciendo auto stop en los Monegros y lo subí para tener con quien hablar un rato. Sin él, el viaje desde Barcelona se me habría hecho pesadísimo.

Pollito se granjeó las simpatías de todos los que trabajábamos en el zoo. No perdía ocasión de correr como el viento de un lugar para otro, sólo se detenía para comer y comer y también para ensuciarnos con excrementos que, como le ocurría a él, aumentaban de tamaño de día en día.

Ya casi había alcanzado el tamaño de un adulto, cuando en una de sus carreras se detuvo a comer un insecto sabroso que estaba junto al enrejado donde vivía el zorro Maximiliano, nuestra estrella de cine más brillante.

Fue visto y no visto. El zorro sacó su afilado hocico entre los alambres de la tela y mordió en la unión del pico y la garganta al pobre “Pollito”, que de un tirón logró zafarse y salir huyendo dejando tras de sí un reguero de sangre y en la boca del zorro una parte importante de su pico destrozado, casi media mandíbula inferior de su lado derecho.

A Pollito lo dimos por perdido, pero no obstante lo curamos como pudimos y, para que estuviese más tranquilo, lo subimos al piso de arriba de la “casa de muñecas” de la entrada.

Pero pollito -como dicen en los pueblos- “era de buena encarnadura”. Lentamente, la terrible herida cicatrizó, y, aunque al beber se le escapaba bastante agua por donde le faltaba medio pico, se las arreglaba lo suficiente para no morir deshidratado, lo que, por otra parte, en un emú procedente de las zonas más áridas de Australia es bastante difícil.

Para comer sujetaba con su pico un grano y lo lanzaba

hacia atrás, acertando la mayor parte de las veces con el camino de su garganta. Pero eso sólo fue al principio...

Nos dimos cuenta con horror de que la mitad del pico que aún conservaba, se iba revirando hacia un lado y día a día el pico inferior -o mejor dicho, lo que le quedaba de él- se fue torciendo hacia la izquierda, hasta quedar formando un ángulo recto con respecto al pico superior.

Para comer no tuvo problema, ya que, en cuanto vimos que no podía “hacer pinza” con su pico, sustituimos su comedero por uno más profundo en el que hundía completamente el pico, hasta que el grano le llenaba la garganta.

Lo peor fue que, a partir de ese momento, a todos los que lo veían se les ocurría la misma gracia.

—¡Mira! ¡Se parece a Rockefeller el cuervo de José Luis Moreno el famoso ventrílocuo!

Por suerte, Pollito no se daba por aludido y, a pesar de su tara, estaba destinado a vivir muchos años.

Dados los conocimientos de entomología que adquirí viendo a mi padre criar orugas, capturar y clasificar mariposas etc, decidí que tenía que volcarlos en mis programas de Tele Cantabria. Me abría así un camino inagotable, a la vez que desconocido para el gran público.

Primero me dediqué a meditar sobre qué quería presentar y de qué forma. Me hice un guión con la vida de las mariposa y qué especies eran las más idóneas y fáciles -a la vez que vistosas- de utilizar como protagonistas. Sin dudarlo me decidí por las “vanegas”, una familia bonita, de tamaño medio y vivos colores, con orugas gregarias fáciles de encontrar y de criar.

Tuve que desechar la que más me atraía: la “antíopa”, porque sus orugas no crisalidan hasta mediados de julio y como consecuencia no eclosionan las mariposas hasta finales de ese mismo mes.

Me ceñí por tanto a dos bien conocidas: la “urticae” y la “io” llamada comúnmente “pavito real” por su espléndida coloración.

No tuve que registrar muchos ortícales hasta encontrar una buena colonia de orugas en avanzado estado de desarrollo. Unos pocos días en una jaula con unos buenos manojos de ortigas en un florero y tendría montones de crisálidas para rodar magnífica escena de mariposas naciendo y estirando sus alas en primerísimos planos.

Por si las moscas, cogí orugas de diferentes tamaños para tener la posibilidad de que me coincidiesen naciendo el día en que disponía de un equipo de rodaje: el jueves.

Pero la naturaleza es muy caprichosa, y basta que uno quiera que sus mariposas nazcan un día señalado, para que ellas elijan otro bien distinto.

Ya en el segundo intento, manteniendo lotes de orugas hermanas, unas en la calle al sol y otras a la sombra, otras en el interior de mi casa, unas pocas en la habitación más fría y el resto en la más cálida, conseguí una amplia gama de posibilidades, porque de ese modo los ciclos se acelerarían o retardarían hasta así conseguir que algún lote naciese en jueves.

¡Por fin! Iba a rodar lo que ya parecía un sueño. Ese jueves iban a nacer más de veinte mariposas con total seguridad, pues las crisálidas se transparentaban y dejaban ver los brillantes colores de los insectos adultos en su interior. Ya tenía a todas colgaditas de ramas, a suficiente distancia unas de otras para que no se interfirieran los nacimientos y sólo saliese una en el plano de la imagen. Con todo preparado en mi jardín, me dispuse a esperar al equipo de rodaje.

Como éste se retrasaba, llamé a Vidal el productor.

—¿Qué ocurre con esos “Hocico leznas” que por aquí no aparecen?

—Hay un problema, mejor dicho dos. Una de las cámaras Umatic se ha averiado y el otro equipo está en el Ayunta-

miento de Santander donde se barrunta un pleno muy conflictivo. Te prometo que la semana próxima tendrás tu equipo.

—¡Una mierda! Todas las mariposas nacerán entre hoy, mañana y como mucho uno o dos días más tarde. Con toda seguridad, para el próximo jueves, estarán todas volando por el campo y perderé todo el trabajo de tres semanas. ¿No puede ser mañana?

—Imposible. El equipo disponible lo tengo comprometido con el programa del folclore y, como te he dicho, la otra máquina tiene para una semana en el “hospital”.

Para la semana siguiente no tenía crisálidas a punto de nacer, así que cambié el plan de rodaje y me centré en la vida de los zarzales. Una mañana de sol me bastó para comprobar sus infinitas posibilidades.

Avispas cazadoras de arañas, arañas tejedoras de telas, mantis religiosas, insectos palo, orugas de varias especies de mariposas nocturnas: malacosomas, euproctys, orgyas, lasiocampidos... el zarzal en sí es un biotopo de pequeños seres al que pocos superan en riqueza y variedad. Además como “adorno”, cabía utilizar nidos de mirlo y petirrojo, lagartos verdes y lagartijas, ratones de campo, erizos... En un zarzal, como en un saco grande, cabe todo.

El jueves siguiente no paró de llover. Los insectos se escondieron y todo mi programa de rodaje se vino abajo como un castillo de naipes.

Mi desmoralización como difusor de la naturaleza rozó, como la bolsa, mínimos históricos.

Sabía que Jesús Otero, el famoso y anciano escultor de mi villa de adopción, desde tiempo atrás tenía intención o estaba tallando ya, un bisonte de piedra. Había venido por el zoo a observar a Luis en distintas ocasiones y estaba entusiasmado con su proyecto al que yo -todo sea dicho- no presté mucha atención.

Un día me llamó por teléfono y me sugirió que le hiciese una visita a su taller.

En aquella época, con los adecentamientos del zoo de cara al verano, tenía más que suficiente para olvidar cualquier otra cosa en no más de tres segundos. Así ocurrió.

Dos semanas más tarde, se repitió la llamada con idénticos resultados.

Poco tiempo después, al abrir el periódico, me encuentro a Luis mi bisonte en piedra, fotografiado posando en Santillana del Mar subido en un pedestal. Era una obra preciosa y no tuve más remedio que llamar a Jesús, su autor, y felicitarle de todo corazón por la belleza de aquella obra de arte.

—¡Si supieses lo disgustado que estoy con ella, y donde debería estar, no me felicitarías!- Lo noté pesaroso y con poco ánimo.

—¡Qué cosas tienes Jesús. Está en un lugar estupendo y la talla raya la perfección!- Lo animé de todo corazón.

—Gracias, pero lo que me ha disgustado es que ésta obra la hice para vosotros, para que se exhibiera en el zoo cerca del original, no en la plaza del pueblo. Pero... se presentaron en mi taller de visita el alcalde Javier Rosino y Pablo Beltrán de Heredia y cuando la vieron les encantó. Me preguntaron que si la tenía comprometida y les contesté que sí, pero a medias, ya que era para ti, pero como no habías venido cuando te llamé, aún no te lo había comunicado.- Hizo una pausa y a pesar de su vitalidad, a los ochenta años que le rondaban, lo noté abatido y sin ánimo.

—Tanto me insistieron con que se la donase al Ayuntamiento que al final me rendí y se la han llevado y la han colocado en el centro del pueblo. Te prometo que en cuanto encuentre una piedra de calidad te haré otro mejor para ti.

—No te preocupes que, aunque esté en el pueblo, lo sentiré como mío. Perdona por no haber acudido yo a tus llamadas. La culpa ha sido mía y sólo mía. ¡Ya le diré yo a ese par de cuatreros! ¡Por robar ganado de mucho menos valor,

colgaban a la gente en el antiguo oeste americano!...Y me quedé sin bisonte.

Una mañana de verano, hacía tan buen tiempo que se me ocurrió que podía trasladar a mi amigo Bongo, el puercoespín de Guinea que tanto me gustaba, a una parcela soleada que tenía vacía junto a los nuevos recintos de los monos. No lo dudé un minuto, metí a Bongo en una caja, hice provisión de frutas y verduras en el almacén y me llevé al animalito de picnic.

Bongo, cuando se vio en tanto espacio, comenzó a corretear feliz de un lado a otro, después excavó en la blanda tierra -él vivía sobre duro hormigón- y por último se desayunó con una buena cantidad del césped natural de lo que disponía en abundancia la parcela.

Allí lo dejé feliz y me fui a otros cometidos.

Al mediodía volví donde Bongo de visita y lo encontré descansando. Dormía profundamente -no me extrañó dado el trajín de explorar el nuevo reducto- y continué con mis tareas.

Antes de retirarme a casa a comer me acerqué nuevamente, continuaba en la misma postura. Lo llamé y no me hizo el menor caso. Entré a despertarlo.

Bongo no estaba dormido, estaba muerto.

Mi desolación al verlo, aumentó cuando, al tocarlo, noté lo ardiente que tenía el cuerpo. Entonces comprendí.

La culpa de su muerte era enteramente mía. Bongo era de una especie nocturna, de color negro y denso pelaje, que no estaba preparado en absoluto, para asimilar durante largo rato el calor de un sol de verano sin disponer de una cueva donde refugiarse. El sol, sin ser demasiado intenso, -al absorber por su color negro gran cantidad de calor- le había producido lo que los médicos conocen como un “golpe de calor” que al elevar su temperatura interna conduce irremisiblemente a la muerte a todo aquel que le ocurre.

La culpa había sido mía y sólo mía por no preverlo y la llevaría como una cruz sobre mí durante muchos años. Adiós Bongo y... perdóname.

Por aquel entonces la colección de patos había “chocado” contra el techo de las cuarenta y ocho especies. Había registrado los zoos de Madrid y Barcelona, en los que había conseguido algunas nuevas. También compré en fauna Viñals en Vilasar de Mar, algunas especies que me interesaron y, por último, traje por avión -gracias al contacto que me suministró Troncoso- otras especies que compré al holandés Streutker y que me llegaron por aire hasta el aeropuerto de Parayas en Santander.

Pero a partir de ahora tenía que buscar otro modo de aprovisionarme si quería aumentar mi colección. Los cisnes, gansos y tarros por su volumen y peso, era prohibitivo traerlos volando en avión, so pena de arruinarme. El coche o furgoneta, atravesando tres países y recorriendo, entre ida y vuelta, tres mil quinientos kilómetros por aquellas carreteras -nada que ver con las hoy existentes- se me hacía hartamente peligroso. Por lo que mi colección se iba a estancar hasta encontrar soluciones más realistas.

La noticia que publicaban los periódicos era clara como el agua: El Zoo había aumentado la colección de patos con especies nunca vistas en España. Además -aquí, la noticia pecaba de optimista- abría interesantes expectativas de un crecimiento exponencial de nuestra colección.

Cuarenta y ocho especies no las tenía nadie más que yo, y prometía ser el primero que reprodujese muchas de ellas sobre esta piel de toro.

Decidí que tenía que ponerme las pilas y buscar una solución que me permitiese traer anátidas desde Holanda o Inglaterra, por complicado que pareciese a priori.

Después del amargo y fallido resultado de grabar escenas de mariposas naciendo, por culpa de un pleno municipal que se barruntaba conflictivo en el Ayuntamiento de Santander -que me dejó sin cámara para el rodaje- y tras sufrir otro nuevo chasco, en esta ocasión, gracias a un inoportuno incendio en Torrelavega, que “desvió” a mis cámaras hasta allí, como si fuesen un equipo de bomberos -aunque el incendio fue una mierda de incendio- y no fue obstáculo para que Maribel se encontrase a “mi equipo” tomándose una cervecita a media mañana en una terraza... y yo esperando.

Si a trabajar con animales que ya es difícil, le sumamos luchar contra un convenio colectivo que se las trae con abalorios y tener que coincidir los rodajes con buen tiempo meteorológico en esta lluviosa e imprevisible región... comprenderá el lector que todo junto, es como para desmoralizar a cualquiera.

El programa, con aquellos pocos medios disponibles y con aquellas cámaras Umatic con muy poco zoom y que necesitaban dos personas para trasportarlas, era muy complicado de hacer a mi entera satisfacción. Para “compensar” todos estos inconvenientes, trabajo me daba todo el que quisiese y un poco más. Preparar a mis “estrellas” que iban a participar en el rodaje, estar presente dirigiendo la grabación, más tarde encerrado en el estudio de montaje y por último poner yo mismo la voz en off, no me dejaba apenas tiempo libre para disfrutar del Zoo.

Económicamente, si no fuese por la publicidad indirecta que obtenía, era una ruina: coche, combustible y multa incluida, empleados míos trabajando para el programa cobrando de mi bolsillo horas extras, preparación de decorados, video Akay que compré para guardar las imágenes y que me costó una pequeña fortuna -cien mil pesetas de entonces- mi sueldo de cuatro programas... Si se me presentaba una ocasión para retirarme con honor...

Un buen día me llegó la noticia de que a Pepe Díaz, el Director de la joven Tele Cantabria, lo trasladaban a Madrid, ocupando su puesto Francisco Freixenet, nombrado al mismo tiempo que el cese de Pepe. Con el nuevo director, aunque le conocía, no tenía ningún compromiso.

El 31 de agosto, les anuncié que me retiraba a mi refugio del Zoo, como hacen los osos en invierno.

Dispondría de más tiempo y dinero, aunque desperdiciase una publicidad extraordinaria.

Puse punto final a mi colaboración y me conformé con los recuerdos de aquella experiencia con la que -no lo he negado en ningún momento- disfruté enormemente e hice muy buenos amigos.

Atrás quedaron, como muestra de mi trabajo y del equipo que me ayudaba, dieciséis programas de quince minutos de duración cada uno, y un último, resumen y despedida, unos minutos más largo.

Osos, rebecos, azores, erizos, ardillas, zorros, ratas, patos, perdices, mirlos, urracas, pájaros carboneros, cigüeñas, culebras, víboras, sapos, tritones y paisajes llenos de vida como mi querido embalse del Ebro, las marismas de Santander, Santoña y San Vicente de la Barquera, los bosques de Saja y los peñascos de los Picos de Europa. De todos ellos me despedí y un nuevo cambio de vida –como el que me ocurrió después de dejar de ser profesor de la Universidad de Cantabria- abrió ante mí nuevos retos y expectativas.

Vuelta a la paz del hogar... si a vivir en un zoo se le puede llamar vivir en paz.

La petición de compra de cuatro de nuestros lobos por el Zoo de Norfolk en la Gran Bretaña, requería ponerse de acuerdo y, sobre todo, organizar un viaje de animales al extranjero, en lo que carecíamos de experiencia.

Decidimos que lo mejor era entrevistarnos personalmente con sus futuros dueños y, aprovechando el viaje, ver “qué se cocinaba” fuera de nuestras fronteras, en el país con más tradición zoológica de la Europa occidental.

Una tarde de otoño, emprendimos el viaje junto con dos acompañantes con más experiencia, más conocimientos de idiomas que nosotros y, sobre todo, de absoluta confianza: Julio Pozueta y su esposa Pilar Larios. El más novato era mi Renault 18 diesel de color gris y matrícula S- 4267 – L, que acababa de estrenar.

Dormimos esa noche en San Sebastián en el hotel del mismo nombre, que ya conocía de un viaje con mi padre a principios de los sesenta. Se notaba a kilómetros que el hotel tampoco era “novato”... se le adivinaban los años tanto como a mí, aunque el hotel no tenía bigote... pero sí tuvo durante unos días una tarjeta de crédito olvidada, que nos proporcionó algún que otro quebradero de cabeza.

Desde allí, sin descanso, hasta Saint Maló en la Bretaña francesa. Ya en la preciosa ciudad amurallada, durante la cena, como tema único de conversación todo giró en torno a qué descubriríamos en nuestra siguiente escala: El Zoo de Jersey, cuyo “padre”, propietario y director Gerald Durrell, famoso entre los famosos por ser además escritor, y más famoso aún porque, “el tío” de todos los animales -Lawrence, el hermano de Gerald- era un archifamoso escritor de éxito mundial.

Tras la cena estilo francés a base de creps -que odio profundamente- y una noche soñando con animales extrañísimos, embarcamos en el primer ferry de la mañana que nos condujo hasta St. Helier, la capital de la isla.

Desembarcamos el coche sin novedad y -un poco nerviosos por tener que conducir por la izquierda- nos adentramos por unas estrechas carreteras en busca del zoo de Gerald Durrell: el “Zoo de Jersey”.

A pesar del prestigio internacional de su promotor, de su famoso hermano y de esta institución, nos costó un buen rato

encontrarlo, pues está bien escondido en el interior de la isla. A las preguntas que hicimos a los viandantes, nos contestaron varias veces lo mismo:

—I'm sorry, I don't know this zoo (perdone, no conozco ese Zoo).

Pero pronto alguien nos orientó y, poco a poco, nos fuimos aproximando al motivo principal de nuestra parada en Jersey: conocer el zoo y, si fuera posible, a su fundador Gerald Durrell.

Nada más llegar a la puerta supimos que lo segundo era imposible porque, la víspera de nuestra llegada, Gerald Durrell, se había marchado rumbo a Canadá... pero nos trataron muy amablemente y la visita a éste zoo fue fructífera.

Lo primero que vimos y que fue lo que más me sorprendió fueron los titíes y tamarinos, pequeños monos sudamericanos, saltarines y vivarachos, de un tamaño “muy manejable” y con unas características y necesidades que se adaptaban muy bien a los planes de especialización en especies raras que yo preparaba para desarrollar en el Zoo de Santillana.

Mas adentrados en este zoo descubrí a los lemures, que por su mirada, aspecto y bonita coloración de las variadas especies y en buen número de que disponían, si era posible, en un futuro me traería a alguno de sus parientes para esta tierra. De estos extraños seres de Madagascar, me gustó especialmente, que no perdían ocasión de armar unos griteríos ensordecedores. “Gente de mucho barullo”, pensé yo. Es lo que se necesita para dar ambiente a un zoo. Grabé en mi mente sus imágenes, nombres y sonidos con la misma fuerza que hice con la fecha del descubrimiento de América.

El itinerario turístico preparado por Julio –conocido mundialmente desde nuestro viaje juntos para esquiar en Bulgaria como “el guía de la Balcan turist”- continuó muy bien con la visita al Mont St. Michel y una cena pintoresca en un lugar perdido a base de “fruits de mer”... pero todo este buen comienzo se torció a la mañana siguiente.

Comenzó con mi dolor reflejo en el oído derecho, producido por una muela que nunca me brotó, hasta que, obligado por lo insoportable del dolor, me endilgué –uno tras otro- dos “chupitos”... de ampollas de Nolotíl, que no me sirvieron de nada. Cuando yo ya estaba atontado, Julio -como buen amigo- entró al reclamo y se sacó un dolor de muelas de la manga, con lo que los siguientes “chupitos” ya los bebí acompañado.

El viaje en barco desde Calais hasta Dover, con los ojos cerrados y deseando que se hundiese el barco para así calmar el dolor, transcurrió sin novedad. Al llegar a la Blanca Albión, como si se tratase de dos “aves fénix”, ambos renacimos de nuestras cenizas.

Una noche en Cambridge, con paseo por la orilla de su río Cam incluido y cena en la vecindad de una mesa, donde se “forraban” con el típico pastel de riñones –que, con sólo su olor, me hizo preferir el dolor del oído, ya que los riñones para mí, con solo acercármelos a la nariz, pueden lograr mejores efectos que el suero de la verdad.

Por la mañana del gran día, Maribel y yo, armados de valor, dejamos a Julio y a Pilar de tour turístico por Londres y nos lanzamos a aquellas carreteras. Conseguimos encontrar el zoo de Norfolk, nos recibió su director y pronto llegamos a la conclusión después de mucho lenguaje a base de gestos, de que lo de comprar los lobos había sido sólo un “vacile” y de que -por suerte para ellos- mis cuatro cachorros no tendrían que aprender aquel incomprensible idioma, hablado por los nativos de estas islas y que, hasta por señas, era difícil de entender.

A nuestro regreso a Cambridge vi paseando por una tierra de labor a unas cuantas perdices rojas, lo que me hizo sentir casi como en casa.

Un par de días más tarde, ya en el zoo de Londres, volví a encontrarme con aquellos preciosos seres, que se parecían a unos extraños “gnomos” con cola y que saltaban sin cesar. Sobre todo me impresionaron tres especies: los titíes empera-

dores, con un mostacho blanco gigantesco para aquella carita tan pequeña, los titíes dorados cuyo pelo brillaba como el oro, y los extraños titíes algodonosos con su copete de pelo blanco en la cabeza.

En España, hasta esa fecha, no había visto nunca estas especies de titíes en ningún zoo. Solo una especie parecida, los titíes de pincel, con los que ya tenía experiencia en su alimentación y reproducción, era relativamente frecuente de encontrar en alguna pajarería especializada. Aún así, mi deseo de tener y reproducir aquellos seres de la jungla, no perdió fuerza.

En Londres vivían instalados en un edificio llamado “Animales de la noche”, donde una gigantesca rata australiana –llamada “Wombat”- del tamaño de un “Biscuter”¹ -aquel extraño vehículo producto del cruce de un coche y una lata de sardinas- hizo “las delicias” de Maribel que aún no la ha olvidado.

El regreso, pasando por París, donde estuve la mayor parte de la mañana paseando por el Zoo de Vincennes y el resto sentado en un banco -sin atrever a moverme- con lo que, por suerte equivocadamente, identifiqué como un ataque al corazón.

La comida -pasado el susto- después de reunirnos todos sanos -y yo salvo- ante Notre Dame, tuvo lugar en el famoso “Au Pied de Cochón”, desde donde, con el estómago bien lleno emprendimos viaje hacia casa.

Tras una noche en un hotel de Portier, al mediodía del siguiente día llegamos felizmente a casa. Tras comprobar que todo estaba en orden, fuimos a decirles a nuestros lobetes que no se preocupasen, que seguirían con nosotros.

1. Búsquese en Internet “BISCUTER, marca de coche” y descubrirá el lector joven lo que hubo por España.

Hacía un par de años que Francisco Ballester -el que me prestó la pala para excavar los cimientos de acuario y me vendió el Citroen Mehari- durante una cena comentó que le gustaría participar en política. Tenía ciertas esperanzas por rumores que circulaban, de que le ofreciesen una consejería en el gobierno que se estaba gestando. El tema no cuajó, pero en esta conversación le hice la siguiente promesa, basándome en la amistad que nos unía y en el conocimiento de la formación, preparación y capacidad de trabajo de Francisco para ocupar un cargo público.

—Si algún día necesitas mi apoyo y mi ayuda en alguna de tus aspiraciones políticas, no dudes en decírmelo y cuenta desde ahora con mi participación-. Esas más o menos fueron mis palabras y poco a poco pasaron a la historia, aunque yo nunca las olvidé.

El año anterior había surgido un partido político, con orígenes en Cataluña y Madrid, encabezado por Miguel Roca Junyent, de CIU, Antonio Garrigues Walter del partido Demócrata Liberal y con un Secretario General que, en un futuro aún lejano, acabaría haciéndose archifamoso por otros motivos: Florentino Pérez, futuro presidente del Real Madrid.

Francisco era miembro del partido liberal de Antonio Garrigues desde tiempo atrás, cuando lo encabezaba su hermano Joaquín Garrigues, e incluso había viajado con esta formación política a una asamblea europea a Alemania.

Este fue el motivo de que le llamaran a Madrid y le ofrecieran que fuese él quien encabezase el partido de la coalición en Cantabria, de nombre Partido Reformista Democrático.

Francisco me pidió que colaborase y yo acepté, pero dejando claro desde el primer momento, que no figuraría en ninguna lista, aunque podían pregonar a los cuatro vientos mi nombre como miembro del partido y de su junta directiva. Acababa de dejar Televisión Española y mi cara resultaba familiar en la región.

Faltaban unos cuantos meses para las elecciones nacionales a las cuales concurriríamos.

Se eligió una junta directiva con un presidente: Domingo Fernández, funcionario de la Diputación Cantabra y, todos los involucrados de Cantabria, asistimos a una asamblea general en Madrid, donde, en el Hotel Melia Castilla, la dirección nacional nos hospedó y nos trató espléndidamente. Por lo menos el partido no carecía de “pasta” lo que me daba más tranquilidad.

Durante los siguientes meses me desligué del trabajo diario que hacían otros y me volqué en mis animales, que me necesitaban más.

Después del fracaso que supuso la llegada de Laika, el chimpancé epiléptico, nos quedamos un poco desinflados. Nos habíamos hecho a la idea de que era posible tener un bebé chimpancé y ahora estábamos como al principio. Pero a veces la diosa fortuna hace que, lo que para unos es bueno, para otros sea malo y viceversa.

El zoo de Barcelona había inaugurado unas modernas instalaciones para chimpancés en que estos salían a su parque exterior a través de un túnel. ¡Quién iba a decir que eso sería bueno para nuestras aspiraciones!

La llamada del conservador de primates de dicho zoo me cogió por sorpresa.

—Tenemos un problema con una hembra de chimpancé de nombre Chita -¡qué original!- que no se adapta a la nueva instalación, se queda refugiada en el túnel y apenas deja hueco a los otros para entrar o salir. Allí se siente segura y se puede quedar días y días sin comer, hasta que la obligamos a salir por la fuerza. Estamos desesperados porque es una buena hembra, muy dócil por cierto y de solo veinte años. Tan mal hemos visto la solución a este problema que hemos decidido

venderla, con tal de que se la lleven. Ahora la tenemos en una enfermería porque se ha quedado flaca que da pena verla. ¿Te puede interesar a ti?

—Sí, estaré encantado de quedarme con ella, siempre y cuando pueda pagar su precio.

—Por ese lado no va a haber problema. ¿Qué te parecen sesenta mil pesetas? Es una ganga y puedes pagarnos cuando te venga bien. Lo que si te pido es que te la lleves cuanto antes, para que no sufra más.

—¿Crees que la podré poner con Gustavo, el macho que me traje hace un par de años?

—¿Gustavo? ¿El que “caneaba” a Mo el orangután? Seguro que sí, porque creo que ya se conocen por lo menos de verse de jaula a jaula.

—No sabes cuánto os agradezco que os hayáis acordado de mí. Maribel va a estar encantada teniendo aquí a la parejita.

El veintisiete de octubre, en vuelo regular desde Barcelona llegó Chita felizmente.

La primera impresión fue un poco decepcionante pues estaba mal de pelo -tenía incluso calvas- y menos grasas que un jilguero en el tobillo, pero para compensar desde el primer instante demostró un carácter y una buena disposición muy favorable para una pronta recuperación.

En cuanto estuvo en su nuevo acomodo... y comiendo, decidimos que se imponía un cambio de nombre y enseguida le encontramos uno que le iba que ni pintado a su seriedad y características: Berti.

Desde que Hubertus se apercibió de su proximidad, se mostró encantado con su cercana presencia. No se podían ver pero se comunicaban por una rendija y, visto el buen talante del chico, enseguida decidimos hacer las presentaciones y juntarlos.

Mientras Huber permanecía en su dormitorio, la dejamos salir al recinto exterior. Cuando vimos que, ya sentada al sol, se sentía cómoda y a gusto... abrimos la puerta del novio.

Huber salió exhibiéndose. Erizó el pelo para parecer más grande e impresionar a la novia y se dirigió hacia ella dando zapatazos con sus pies sobre el suelo de hormigón. Por unos instantes se nos paró el corazón a todos los presentes. ¿Qué podía ocurrir?

Berti, que ya conocía lo brutos que eran los varones de su especie, viéndolo venir, se giró y se ofreció sumisa al joven novio, que se detuvo en seco y comenzó a acicalarla en la cabeza como si se conocieran de toda la vida.

Todos respiramos al unísono y una sonrisa de satisfacción apareció en todos los rostros. Objetivo cumplido. Ya teníamos junta a la pareja, sólo faltaba esperar... ¿pero cuánto? Por lo menos nueve meses que -como en los humanos- es el periodo de gestación de esta especie.

Había acabado mis obras pendientes, tenía demasiado personal trabajando, el zoo disponía de buenos ingresos... Todo esto me encaminaba hacia un dilema con pocas soluciones. O bien reducía plantilla o me inventaba unas obras para las que carecía de espacio, o intentaba ampliar los terrenos para con una nueva finca, dar contenido al personal sobrante y poder evitar, el enojoso asunto, que es la cancelación de contratos.

La única solución era comprar a mi colindante por el Este. Era un terreno magnífico de más de ocho mil metros cuadrados, bien orientado, sin árboles, donde pacían vacas en invierno y recogían abundante heno a comienzos del verano. Sabía de antemano que el tamaño del prado y su ubicación me iban a complicar la negociación, pero nunca pensé que tanto.

Desde el primer momento el posible vendedor y yo chocamos de plano. Se negaba en redondo a vender.

De nada me sirvió explicar que de la posible compra dependía el trabajo de cuatro empleados y el futuro de sus familias.

Aquella “roca” aducía que su finca cumplía un bien social y que gracias a ella comían un montón de vacas... a mí, oírle, me ponía de un humor que me llevaban los demonios.

Pero yo cada pocos días volvía a la carga pero “La roca” se mantuvo en sus trece, objetando incluso no sé qué promesa hecha a su padre de no vender jamás esa parcela. A punto estuve varias veces de mandarlo todo a paseo y dejar de tragar quina en dosis no asimilables por mi organismo.

Tras un mes de no avanzar, abandoné el tema por imposible. Tenía unos meses de contrato de margen para el recorte de empleados y me tomé un respiro.

Las instalaciones de mis felinos tenían un canal que, pasando bajo las paredes de separación, comunicaba una con otra y facilitaba de esta manera la limpieza con agua a presión.

El hueco era de no más de diez centímetros de ancho por ocho de alto, suficiente para que circulase el agua con restos de pelos y alguna piltrafa de carne vieja hasta la arqueta que hacía de decantador y que limpiábamos periódicamente.

Una mañana descubrimos que por aquel hueco también cabía el rabo de la tigresa. Lo malo era que su vecino de al lado, el león, lo había descubierto antes que nosotros y había destrozado el rabo de la pobre Patrás que estaba ensangrentada y arrastraba el rabo, roto a un palmo de su cuerpo. No había más remedio que ponerse en marcha de inmediato si no queríamos que una infección o la gangrena acabasen con lo que aún quedaba del animal.

—¿Antonio Luis? Soy José Ignacio y tengo un serio problema- Aunque no le hubiese dicho la segunda mitad de la frase, seguro que por el tono de mi voz lo habría advertido. -Necesito que vengas urgentemente a Santillana para amputarle el rabo a mi tigresa.

—Espera que se lo comente a Margarita y a Tomás Cerdán, si no tienen inconveniente esta misma tarde voy para allá.

La operación de amputar el rabo a un tigre adulto, no es ninguna tontería. Nunca imaginé el grosor del rabo hasta que no tuve la mala suerte de tener uno en mi mano, pero por suerte no pasó del mal trago y del sufrimiento de Patrás, que, con esa capacidad increíble para curar sus heridas que tienen los animales salvajes, unos días más tarde estaba como nueva... eso sí, rechazamos de plano ponerle un espejo para que se viese, pues parte de su belleza inicial se esfumó con el apéndice amputado.

¿Cómo pudo ocurrir? Sencillamente por una disputa de la pareja. Cuando esto ocurría -y ocurría con cierta frecuencia- ella retrocedía plantando cara al enfadado Sandokán que la acorralaba en una esquina... al retroceder debió de introducir parte de su cola por el hueco y el león que se percató, debió de tirar de él hasta partírselo. Una triste gracia.

Ya alejado de la tele, mi vida retornó a sus cauces naturales dejando atrás recuerdos y amigos, sobre todo amigos.

La invitación a la boda de Ana y Pepe -el director que me “descubrió” como documentalista de animales- era un acontecimiento que, después de todas las cenas que disfrutamos juntos, no podía perderme. El enlace se celebraría en Madrid el día seis de diciembre en el hotel Palace.

Hasta la capital del reino nos desplazamos Maribel y yo para estar presentes en el feliz acontecimiento, en aquel marco incomparable que habían elegido.

Después de la ceremonia, y mientras tomábamos una copa de champagne, Pepe se me acercó.

—Recuerdo que en una ocasión me dijiste que eras un admirador de Andrés Aberasturi y que te dije que era buen amigo mío. Si quieres conocerlo en persona está entre los in-

vitados -no sé donde en este momento- pero en cuanto lo localice te lo presento.

—Me apetece cantidad conocerlo. Desde que hacía aquellos programas de radio de la tarde, con aquella sintonía tipo charanga de romería, me volví adicto a sus programas y a su forma tan original de contar las cosas con esa voz grave e inconfundible.

—Bueno, lo dicho, en cuanto lo vea te lo presento.

Hasta entonces Andrés era hombre de radio, nadie que no fuesen sus amigos y los que se movían en su entorno conocían su fisonomía. Yo, a aquella voz le había imaginado un cuerpo y unas facciones y había llegado el momento de comprobar si mi subconsciente se había equivocado o no.

Unos minutos más tarde de nuevo se me acerca Pepe y señalándome hacia una chimenea junto a la cual charlaban animadamente dos hombres...

—Ahí está Andrés, vamos a acercarnos y te lo presento.

Pero no le di tiempo y me adelanté tendiendo la mano a un hombre alto, moreno y bien trajeado.

—¡Hola Andrés! Encantado de conocerte. Hace meses que esperaba este momento...

—Andrés soy yo, que soy más bajo y más feo.- Me soltó de sopetón el que, para mí, permanecía desapercibido. ¡Vaya patinazo!

Salvo ese pequeño contratiempo, todo resultó bien y Ana y Pepe -uno de los dos jefes que he tenido en mi vida- pasaron a la categoría de matrimonio.

Poco después Andrés cambió radio por televisión y adquirió fama y fue conocido por su fisonomía por casi todos los españoles, pero yo, cada vez que lo veía en la pequeña pantalla no podía por menos que sentirme culpable por mi equivocación.

1983



CAPÍTULO 10

¡Menos mal que las negociaciones del terreno fueron casi siempre telefónicas! De haber estado frente a frente, las batallas de las Navas de Tolosa y la de Brunete juntas, habrían parecido discusiones de niños de guardería. Pero el trato estaba cerrado. El yate y el jet privado que me pensaba comprar ese año, tendrían que esperar mejor ocasión ya que, había conseguido fraccionar el pago de la finca en dos años, pero tendría que andar listo con la administración de los ingresos si no quería incurrir en un incumplimiento de contrato que me dejaría sin finca y sin dinero.

En el compromiso verbal tuve que admitir “todo”. Correrían por mi cuenta todos los gastos derivados de la escrituración, registro de la propiedad, plusvalías si las hubiere etc. En el “etcétera” surgieron los problemas y gordos.

Me reuní con su abogado de apellido Entresotos -sobrino del presidente de Cantabria- en su despacho en la avenida del Cantábrico. Ya en el despacho me entregó el contrato redactado con todas las estipulaciones, forma y fecha de pago y -esto era lo más importante- toma de posesión un segundo después de que yo estampase mi firma.

Ya tenía la pluma en la mano y estaba a punto de firmar...

—Lo mío son veinticinco mil pesetas- dijo el abogado.

—¿Qué has dicho? ¿Qué “tuyo” son veinticinco mil pesetas?

—Mis honorarios claro está. Usted se comprometió a pagar todos los gastos.

—¡Ah no! ¡Eso sí que no! ¡Hasta ahí podíamos llegar! Si ese señor quiere que le asesore a él un abogado, que se lo pague de su bolsillo. ¿O te parece que si hubiese contratado a un bufete de Nueva York debería yo pagarlo? NO FIRMO, así no lo firmo y aquí mismo rompo el compromiso. Los vicios y sus abogados que se los pague él. Que quede bien claro que en el contrato se entiende que pago todo lo necesario, pero que le asesore un abogado, nunca se ha visto que sea necesario para efectuar una operación de compraventa.

—Voy a llamarle por teléfono.

Tras unos minutos de deliberaciones...

—Está bien así. Él asume mi minuta.

Con todos de acuerdo, firmé, entregué un talón con una cifra de seis ceros y me guardé una copia en el portafolios para documentos.

—Adiós, y gracias- fue mi despedida.

Cinco minutos más tarde entrábamos Maribel y yo en el Casino o Círculo de recreo de Torrelavega -según qué generación lo diga- allí en la barra pedimos un café. Era el 1 de abril y comenzaría a trabajar de inmediato.

—¡Hola Emilio! Perdona pero no te habíamos visto.

—Esta es Almudena, mi mujer. Ingeniero de caminos como tú.

—¡Encantados!- respondimos los dos al unísono. -Vengo de firmar un documento privado que tu que eres fiscal...

Una mañana nos encontramos una sorpresa muy desagradable. Berti había parido por la noche un bebé prematuro que nació muerto. La madre no obstante estaba abrazada al cadáver, como si éste tuviese vida y le proporcionaba toda clase de cariños. Por el tamaño del feto calculamos que tendría unos

cinco meses de gestación con lo que dedujimos que debió de quedar preñada al poco de su llegada, cuando aún estaba débil, lo que sin duda ayudó a que el bebé no llegase felizmente a término.

Una cosa sabíamos que nos animó. Ambos padres eran capaces de engendrar descendencia... quizás más adelante tuviésemos más suerte...

Pero Berti estaba encariñada de tal manera con aquel que debió ser su hijo, que lo trasportaba en brazos y lo protegía, lo que nos impedía deshacernos de aquel residuo.

Hasta varios días después, cuando aquel resto sin vida se caía a pedazos, no lo abandonó definitivamente. Lo sentimos por ella y le deseamos que -ahora que estaba fuerte y con buen aspecto- quedase preñada nuevamente tanto por ella como por nosotros, pues todos teníamos mucha ilusión depositada en esa posibilidad.

—¿Qué traes ahí, Ignacio?, ¿Una serpiente en casa?, ¡No, por favor! -el recibimiento de Maribel hacia mi acompañante no pudo ser más hostil, y ella se dio cuenta...

—Mira, es una urgencia -intento sacar voz tranquilizadora.

—Es una pitón real, no crece más, sólo mide un metro y pico, no muerde, está flacucha y no puede cambiar la piel que la tiene muy seca. En el terrario no tengo agua caliente y la voy a poner a “mojo” en la bañera. Sólo serán un par de horas, te lo prometo.

Allí la instalé, en agua templada, casi caliente. Se quedó quieta, encantada de aquel baño tibio y cumplí mi promesa... con la ayuda de la serpiente, porque cuando volví a buscarla, dando el baño por terminado, ¡nuestro huésped se había marchado de la bañera y tampoco se la veía por el cuarto de baño!

Aunque intenté llevar la fuga en secreto, Maribel se olió que algo pasaba cuando me vio hacerme el distraído por lugares de la casa que no frecuentaba habitualmente.

—¿Dónde está la serpiente?, ¡no me digas que se te ha escapado!

Tuve que “cantar” de plano y ponerme a buscar al reptil sin ningún disimulo. Costó encontrarla, porque si una cosa hacen a la perfección las serpientes, es esconderse.

—¡¡Aquí está!! -Mi grito triunfal atrajo a Maribel -se ha metido detrás del radiador... Ahora mismo la saco y me la llevo. Lo dije con total confianza, convencido de que, desalojar aquel culebrucho de nada de su escondite sería coser y cantar, pero no fue tan fácil. Las pitones reales, llamadas en inglés “Ball Python” es decir: pitón bola, tienen la propiedad de hacerse una bola cuando ven un peligro, protegiendo su cabeza en el interior de esa extraña pelota. La fugitiva hizo lo mismo protegida en una esquina tras el radiador. Por más que intentaba sacarla, ella se apalancaba y no daba su “brazo a torcer”... aprovechando que carecía de ellos.

¡Lo que me costó sacar a aquel animal de su trinchera!, pero al final -siempre hay un final en estos casos- ella, molesta por mi insistencia, comenzó a huir y se estiró. Aproveché la ocasión y me hice con ella.

El baño revitalizante la ayudó a cambiar de piel, pero no he vuelto a practicarle en casa.

Las serpientes tenían un leve problema, que con el tiempo fue menos leve y acabó siendo -como no podía ser de otra forma- grave. Porque las serpientes comían seres vivos: ratoncitos primero, alguna rata después y demasiadas ratas más tarde, cuando por su tamaño no se saciaban con cualquier cosa.

En un zoo, donde abunda el grano y otros alimentos en los comederos: maíz, trigo, pienso, pan..., es imposible que

no haya ratas, porque estos alimentos las atraen como la miel a las moscas. Esto nos obligaba a recurrir al método tradicional, utilizar venenos para controlar su población. A mi el sistema del veneno nunca me gustó, las ratas salían de sus cuevas a morir al sol, sin importarles que fuese domingo o martes y hubiese público delante o no, produciendo en el visitante una malísima impresión.

Por si esto no fuese suficiente podía ocurrir un accidente con alguno de nuestros animales carnívoros.

Para rematar la faena, estaba el tema de los cadáveres. Una rata envenenada muerta en lugar apartado, despiden un olor pestilente y seguirle el rastro como si uno fuese un perro de muestra no es un plato de gusto.

Por estas razones en el zoo ocurría a diario un contrasentido. Criábamos ratas para alimento y envenenábamos las ratas silvestres que poblaban el zoo.

No recuerdo cual fue la causa por la que sufrimos un revés importante en la cría de ratas, y las serpientes -que habían aumentado en número y tamaño considerablemente- me miraban con cara de pocos amigos.

La única que era tolerante con nosotros, una hermosa boa constrictora de la subespecie “imperator”. Nos había regalado aquella preciosidad Marcos Bergua, hermano de Margarita, compañera de trabajo de Maribel, que, al ser de profesión marino mercante estaba obligado a navegar siempre de aquí para allá y, al haber crecido el reptil desmesuradamente, tuvo que enfrentarse a un cisma familiar. O la serpiente se matriculaba en la escuela de náutica, se hacía marino mercante y se embarcaba con él, o se la regalaba a un loco que la quisiese.

Como se puede suponer acabó en nuestras manos, y nunca mejor dicho, ya que su docilidad era absoluta y hasta los niños de la familia la daban besos en el morro sin que ella se inmutase.

Por eso a esta boa la sacábamos a diario en brazos, para que todos los niños la pudiesen acariciar y sus madres horro-

zarse ante el espectáculo de sus hijos con un reptil enrollado al cuello. Pero hasta esta serpiente estaba molesta por el régimen de ayuno forzoso a que estaba sometida.

Yo en mi infancia y juventud había sido cazador de caza menor: perdices, codornices, liebres y aves de marisma. Nunca me tiró la caza mayor, y ya iba siendo hora.

La escasez de cría de las ratas blancas me hizo pensar en otra solución más ecológica.

En el zoo, en cuanto nos olvidábamos de poner veneno -y esto ocurría con frecuencia- sufríamos una invasión de ratas. El arroyo era su camino de llegada y el olor a cereales era lo que las atraía. Hice mis cálculos.

—“Una rata grande pesa medio kilo, un perdigón de aire comprimido pesa un gramo o poco más, la distancia a las que las suelo ver cuando, por la noche, armado de una linterna, recorro el zoo para comprobar que todo está en orden, es de entre cinco y diez metros... un jabalí pesa de cincuenta a cien kilos, una bala de escopeta treinta y cinco gramos, se les dispara a una distancia de entre cincuenta y cien metros”... El modelo reducido era lo bastante fiable y similar a la caza mayor como para llevarlo a la práctica. Podía funcionar.

Compré una carabina de aire comprimido -como las de las ferias, pero a lo bestia- ésta era de un calibre superior, en vez del calibre cuatro y medio encontré una del cinco y medio, que disparaba un perdigón de mayor peso que el habitual en estas carabinas. Até en su costado una linterna y, para que el haz de luz coincidiese lo más posible con la dirección en la que volaría el perdigón hacia la rata, calcé la linterna con una hoja de periódico doblada sobre sí misma veinte veces. Por último, el punto de mira de la escopeta, que en la oscuridad de la noche resultaba invisible, lo unté de pasta dentífrica basándome en que, si era adecuada para blanquear los dientes, también lo sería para iluminar suficientemente el punto de mira.

La primera noche que salí de safari, resultó ser un pequeño fracaso. Las ratas tenían pocos puntos vulnerables. Su

trasero parecía una piedra donde, entre la gruesa piel y el músculo, se amortiguaba el impacto y -no digo que se fuesen de rositas- pero por lo menos lograban refugiarse en sus guaridas subterráneas.

En cuanto descubrí que de la mitad de la rata hasta la cabeza eran muy vulnerables, la cosa comenzó a funcionar.

El proceso era siempre el mismo. Una vez anochecido salía a patrullar por el zoo con mi carabina y linterna incluidas... Iluminaba agujeros, matorrales, comederos y otros lugares. En cuanto cobraba una “pieza”, la cogía por el rabo y, aún con ella calentita, corría al terrario. En función del tamaño del roedor elegía qué comensal sería la destinataria.

Descorría el cristal trasero del terrario y dejaba colgando al roedor muerto sujetándole por la punta del rabo. La serpiente que detectaba el olor y la temperatura que aun irradiaba del animal, como si se tratase de una rata viva, se lanzaba como una bala sobre ella, la envolvía entre sus anillos y la “mataba por segunda vez”. Después, sin prisas, se la tragaba comenzando generalmente por la cabeza.

Después de un buen rato -a veces horas- cuando mis “clientes” estaban ahítos, concluía la cacería. Si la noche no era abundante en piezas, alguna tendría que esperar para mejor ocasión.

Dado que, por este sistema, morían sólo las que por necesidad de la higiene del zoo tenían que morir, me pareció más adecuada la cacería nocturna, que la crianza por un lado y el envenenamiento indiscriminado por otro.

Por si fuese poco haría selección natural. Las más listas desarrollarían su oído y vista a la vez que su desconfianza, que se les trasladaría en herencia a las nuevas generaciones, y, por otra parte, yo, haría ejercicio nocturno a la vez que practicaría un tipo de caza selectiva de aprovechamiento de mis recursos.

El coto no era grande, siete mil metros cuadrados, pero como pude comprobar, “cuidándolo”, daba para divertirse y alimentar a un centenar de serpientes si era necesario.

Este deporte nocturno me apasionó. Comencé a dominarlo y a establecer record tras record de cinco, seis, ocho, diez... en una sola noche. Mis serpientes aprendieron que al anochecer llegaba la comida y, en cuanto notaban la vibración producida por mis pasos, se ponían alerta a la espera de lo que ellas creían que iba a ser cazar una rata. En ocasiones en una vuelta afortunada llegaba al terrario con cuatro piezas, repartía a las que tenían más hambre y si había probado ya con todas, comenzaba con el “segundo plato” de las más hambrientas.

Durante cerca de diez años, en la planta baja del terrario del Zoo -la superior la construí muchos años más tarde- con esta alimentación, engordaron y crecieron una buena colección de serpientes: dos pitones tigrinas, tres pitones reticuladas, cinco pitones reales, dos boas constrictor, dos Boigas dendrófilas (las únicas venenosas junto con unas víboras del país), además de otras más pequeñas como culebras de escalera, culebras bastardas, de herradura, de esculapio y alguna otra.

Atrás quedaron record difíciles de homologar -pero más difíciles aún de superar- aquel puente glorioso de la Virgen de agosto, en que, a falta de otros planes, me dediqué por entero a este deporte, ¡con un veintiocho! -record absoluto del campo-, dos veinticinco y un veintidós en cuatro noches consecutivas, pasó a la historia junto con las más famosas goleadas del fútbol de aquella época.

Diez años dan para mucho y un cálculo, no exagerado, me hace estimar una cifra aproximada de entre cinco mil y seis mil piezas... Gracias a esas muertes -que de otra forma se hubieran producido con veneno- no tuve necesidad de criar otras tantas para que se alimentasen mis serpientes.

Pero en todos esos años de cacería nocturna hubo un hecho memorable que nunca podré olvidar, ocurrió en junio.

El mes de junio, según se mire, era un auténtico fastidio. El que anoheciera tan tarde, me obligaba a salir después de cenar y, como en esta época la temperatura alta aumenta el metabolismo de los reptiles, mis serpientes no se conformaban con cualquier cosa, y me daban las tantas buscando y rebuscando con la luz de la linterna bajo los avellanos, donde el brillo de unos ojillos podía delatar una nueva pieza.

Pero también tenía su parte positiva. Había muchas jóvenes inexpertas recién emancipadas, mucha “entrada” de otras que venían del pueblo buscando territorio donde asentarse, atraídas por el olor de la pitanza sabrosa que sus amigas del Zoo degustaban.

Esto hacía que el “coto”, si se dejaba unos días de “cazar”, hirviese de piezas en busca de alimento.

Por tanto, el mes de junio era el peor... o el mejor según se mire.

Por esto en ese mes de junio, mis “huéspedes” también establecieron sus propios records...

Una noche templada, que era una delicia patrullar el Zoo, por lo que descubrí con la primera pieza abatida, sólo una pitón reticulada que acababa de mudar su piel estaba dispuesta a cenar, el resto habían comido recientemente o se disponían a mudar, lo que les hace perder el apetito. La pitón en cuestión, medía poco más de dos metros y su peso rondaría a lo sumo los ocho o diez kilos.

Aceptó la primera pieza y se la tragó rápidamente, con la segunda, tercera, cuarta y quinta, hizo lo mismo. Entonces le planté cara a un reto y le dije en un susurro:

—Antes te cansarás tú de comerlas, que yo de matarlas... y comenzamos la competición...

Cuando íbamos empatados a doce, o sea, doce cazadas y doce comidas, apareció Maribel, llamándome en la oscuridad.

—¿Ignacio?, ¡Ignacio! ¿Estás bien o te pasa algo?

—Estoy perfectamente, todavía no he terminado- le dije como evasiva...

—¿Sabes qué hora es?, ¡la una de la mañana! Yo me voy a dormir, tú puedes hacer lo que te venga en gana ¡ya creía que te había pasado algo!- sin duda se había asustado por mi tardanza...

Continuamos con lo nuestro. Empatamos a trece, volvimos a empatar a catorce...

Cada vez la costaba más comérselas y el bulto en su interior era más grande. Pero yo también tenía mis problemas para mantenerme en la competición, ya que cada vez me costaba más encontrar una nueva pieza. Eran escasas las que quedaban por el Zoo y no daban precisamente facilidades...

—¡Quince!...- y la comió.

—¡Dieciséis!...- con esfuerzo, pero la comió.

—¡Diecisiete!...- como era pequeña, no le hizo ascos.

Media hora más tarde, tuve la suerte de cazar lo que llamaba “un medalla de oro”, un ejemplar de cerca de setecientos gramos. Con ella a las tres y media de la mañana, gané la partida. Se rindió ante la evidencia de que no podría con semejante animal. Yo estuve tentado de enviar a que me disecasen este último trofeo, por su tamaño y su significado.

Aquellos siete u ocho kilos de roedores que tenía en su aparato digestivo le costó casi quince días digerirlos completamente. Nunca más volví a retarla y en la actualidad sería un suicidio por mi parte, porque la protagonista, la misma que mordió a José María, a sus diecinueve años mide casi seis metros y sobrepasa los sesenta kilos de peso. Es viuda y ha tenido dos veces hijos. La primera puesta estuvo compuesta de ¡treinta y nueve huevos! que en conjunto pesaron entre ocho y nueve kilos y dieron origen a diecisiete hijos. La segunda, dos años más tarde, ¡¡¡cincuenta y ocho huevos!!! y 15 kilos de peso, de los que eclosionaron otros dieciocho hijos vivos.

Con ese tamaño y hambre acumulada seguro que se comería cincuenta ratas de una sentada. De hecho, tres o cuatro conejos adultos, de cuatro kilos cada uno, es su merienda habitual.

Eso sí, suele hacer merienda cena y cada diez o doce días... ya se sabe que con la edad se come menos.

—¿José Ignacio?, hola, soy Ventura González Teja -me llega lejana una voz conocida- Acabo de llegar al palomar de mensajeras y me he encontrado dentro la siguiente escena: una culebra de escalera, intentando escapar por la tela metálica de la ventana, se ha quedado enganchada y no ha podido salir, la he metido en un bidón y pensaba mandártela por uno de mis hijos que va a Liérganes mañana, ¿qué te parece?— Hasta ahí no había podido decir ni palabra, pero ahora aprovecho la ocasión.

—¡Hola Ventura!, ¿qué tal todos? Espero que bien ya que la culebra tiene prioridad... Si esa culebra es una hembra, me viene como anillo al dedo porque tengo un macho solo y me gustaría reproducirlos. Aquí no hay esa especie y si la sueltas por donde tú vives, en el RACE en Madrid, tarde o temprano, con lo que están construyendo allí, la van a matar a ella o a todos sus descendientes.

—¿Soltarla?, ¡ni que estuviese yo loco!, ¿tú sabes cuántos canarios y otros pájaros me han comido en la pajarera ésta y sus amigas? Pero ésta en el delito ha llevado la penitencia...- La última frase la dice para intrigarme y lo consigue.

—¿Por qué dices eso? -pregunto.

—¿Sabes por qué no podía salir por la tela metálica por la que entró? -me preguntó.

Una luz se enciende en mi cerebro y, con tono de respuesta de concurso de televisión, contesto:

—Porque se ha comido un pichón de tus palomas ¿cuánto llevo ganado?... estoy convencido de haber acertado la respuesta...

—Nada de eso, aunque te has aproximado. Porque lo que se ha comido no ha sido un pichón. ¡Se ha comido un huevo de paloma! se le nota el bulto perfectamente.

El resto de la conversación va por otros derroteros. Me pregunta por Keisy, la perra dogo que me regaló hace años y que es parte de mi familia, y hablamos de otros tiempos, cuando yo era estudiante y le acompañaba por el RACE en vez de estudiar, porque prefería ver aves en el campo que estructuras en los libros.

Cuando la serpiente llegó pude comprobar que el huevo que se había comido seguía entero en su aparato digestivo. Se notaba su forma perfectamente. La instalé en un terrario con su compañero y delegué sus cuidados.

Una semana más tarde quedé sorprendido al verla porque el huevo de paloma seguía dentro de la culebra y en el mismo lugar de su tubo digestivo.

—¡Parece un huevo duro de roer! Nunca creí que resistiese más de unas horas sin deshacerse en el estómago de un reptil. Una rata con pelo y huesos desaparece en tres días o cuatro como máximo -comenté a alguien.

Ese día, una y otra vez, la culebra de escalera con el huevo en su estómago no hacía más que rondar por mi cerebro. Por la tarde, ante la tele, di un respingo y exclamé.

—¡Lo tengo!

—¿Qué tienes? -me preguntó Maribel sin prestar atención.

—Ven y verás que cosa más curiosa.

—¿Ahora?, ¿No puede esperar?- No parecía dispuesta.

—Ahora, no puede esperar, porque la situación lo merece... no ocurren estas cosas todos los días...- dije enigmático.

Reuní a todo el público que pude, pues la situación lo merecía. Maribel, dos empleados del Zoo y tres visitantes. Seis en total. Cogí a la serpiente de escalera, con el bulto en el mismo lugar y, presionando con los dedos, comencé a desplazarlo hacia su boca.

Tras unos minutos, lentamente llegó a su cuello. Seguí presionando. Sus mandíbulas se separaron y abrieron y, poco a poco, un huevo de paloma salió por su boca.

—¡Qué curioso!, ¡se lo ha tragado entero!- mi público estaba encantado con la extracción.

—Pues eso no es nada..., lo mejor viene ahora...

Todos me miraban con curiosidad. Yo lancé el huevo contra el suelo. Ante la sorpresa general, el huevo salió rebotando sin romperse como si fuese una pelota maciza. Lo cogí otra vez en mi mano.

—¡¡Es de plástico!!- exclamé triunfal.

—¿De plástico? ¿Y cómo lo has sabido? -me preguntó Maribel.

—Atando cabos, como Hércules Poirot- puse la mejor cara de detective que tengo. —Era imposible que un huevo de paloma resistiese nueve días los jugos gástricos de una serpiente... Pero por la forma no había la menor duda de que era un huevo. Deduje que tenía que tratarse de un huevo de plástico para engañar a las palomas, de las que los colombófilos no quieren criar, y así tenerlas entretenidas y que no se desgasten poniendo huevos... La culebra se coló en el palomar, espantó una paloma incubando, olió con su lengua el huevo ¡olía a paloma!, luego tenía que ser de paloma y, sin más, se lo tragó.

Llamé a Ventura unos minutos más tarde.

—¿Ventura?- Tras su respuesta afirmativa, continué hablando.

—Soy José Ignacio, que juego a adivino. Estoy seguro que usas huevos de paloma de plástico para engañarlas...

— Claro, como todos los colombófilos...

El león... ¿Hay algún animal con el que resulte más divertida la crianza con biberón? ¿Existe alguno que tenga más aspecto de peluche? Si es así, díganmelo: lo traeré inmediatamente al zoo para que Maribel, que es la especialista, lo disfrute.

Dar el biberón a los leones es una pasada, como dicen los jóvenes. Se lo toman bien. Son rápidos, lo que es de agradecer,

sobre todo al principio, en las raciones de madrugada. No se escurren entre los dedos, como los titíes o las jinetas recién nacidos. Son sólidos. Tienen el tamaño adecuado. Se manejan bien. No son llorones, como los osos... Y, en cuanto crecen un poquito, son cariñosos y juguetones como sólo ellos saben serlo.

Durante años, tuvimos que criarle a Nora, la leona, que ya murió de vieja, todos los cachorros. Clarita, Grande, Coralín, Keniata, Lucía, Kim Kim... Unos porque, nacidos en invierno, la madre no les hacía caso y se quedaban fríos; otros, porque eran algo prematuros y demasiado pequeños y la madre tampoco les hacía caso, otros porque, a secas, la madre tampoco les hacía caso. Pero la cosa cambió con el pobre Misuko, porque Nora desde el principio ejerció sobre él un control un tanto... antideportivo.

Misuko pudo tener un hermano, pero nació muerto. Así que se quedó de hijo único. El parto del muerto le causó una infección a la madre, Nora, que no obstante recobró la salud muy deprisa, pero ya nunca más volvería a tener cachorros.

Misuko crecía con normalidad, pues toda la leche de Nora era para él.

Nosotros felices porque Nora se había -¡por fin!- decidido a criar a sus cachorros.

El leoncito comenzó a gatear con diez días y, pronto, cuando surgía la ocasión, aprovechando su pequeño tamaño, se fugaba por entre los barrotes de la instalación.

¿Qué hizo la leona para poner fin a estas escapadas? Lo primero que se le ocurrió: plantó la zarpa encima de Misuko. Tratando de librarse de las garras de mamá, el cachorro «nadó» sobre el suelo de hormigón, sin avanzar ni un sólo centímetro.

El método de Nora para controlar al cachorro al principio nos hizo gracia, hasta que, a los pocos días, descubrimos que Misuko -¡el pobre Misuko!- de tanto restregar sus patas contra el suelo tenía rozaduras y heridas importantes en el lado interno de sus patas traseras. No había otra solución que

traerlo a casa, curarle las heridas y darle biberón hasta que comenzase a comer carne.

Así, de la noche a la mañana, nos vimos con el séptimo cachorrito de león que compartía habitación con nosotros.

En aquella época, nuestro perro Hipólito, “Poto” o la “Nany inglesa” -a todos estos nombres atendía por igual- a pesar de ser macho, durante catorce años siempre compartió con Maribel las tareas de crianza. ¡Cómo lo echamos de menos!...

Cuando Poto vio a Misuko en casa -lo recuerdo bien- comenzó a dar saltos de alegría. Le encantaban los cachorros, especialmente los de león y los de leopardo.

Lo primero que hizo Poto al tener el cachorro a su cuidado, fue lavar a Misuko con la lengua, desde el morro hasta el rabo. Éste es el recurso que emplean las leonas para estimular el recto de sus cachorros y lograr que evacuen el vientre.

Muy poco tiempo después de aquel encuentro, Poto y Misuko eran inseparables. Dormían juntos los dos en la cama del perro.

A Poto no le gustaba que nadie tocara a «su cachorrito». También nos gruñía a nosotros cuando, tras darle el biberón teníamos a Misuko, a su entender, demasiado tiempo en brazos. Sus gruñidos eran una manera de decirnos: «¡Ya está bien! ¡Soltadlo! ¡Ya habéis tenido bastante!»

¡Para qué contar con los extraños! A éstos los mantenía alejados y a raya y que nadie osase acercarse más de la cuenta a su protegido.

A los tres meses, Misuko ya era del mismo tamaño que Poto. Todas las mañanas a primera hora, salían juntos al jardín, daban un corto paseo matinal y regresaban a casa.

Una mañana, Poto regresó solo.

—¿Dónde está Misuko?- le preguntamos. Poto no respondió. Encantado de que le hiciésemos caso, se limitó a mover el rabo.

—¿Dónde has dejado a Misuko?- Una y otra vez, obtuvimos la llamada por respuesta. Comenzamos la búsqueda inmediatamente.

—¡Misuko!, ¡Misuko!, ¿dónde estás?- Gritamos su nombre por todos los rincones del jardín.

Poco a poco, cundió el pánico. El león, en efecto, se había perdido. El radio de la zona de búsqueda, los efectivos humanos y la desmoralización ya habían aumentado mucho cuando recibí una llamada por el teléfono interior.

—¿Qué ocurre?- pregunté.

—Aquí hay unos señores que traen al león en brazos. Lo han encontrado cruzando la carretera, frente al final del aparcamiento. Casi lo atropellan-. No esperé más.

—Misuko está en la taquilla- Le dije a Maribel. Por el camino, acabé de contarle todo lo que sabía.

—¡Qué sorpresa nos hemos llevado!- comentaba el matrimonio catalán que acababa de salvar a Misuko.

—¡De repente, vimos un cachorro de león cruzando la carretera. Al principio, cuando paramos, no nos atrevimos a acercarnos. Estaba asustado. Gruñía. Después vimos un cartel con las palabras «parking» y «zoo», y comprendimos-.

En ese instante, también comprendí yo. La explicación estaba clara: Poto tenía la costumbre de ir al aparcamiento cada mañana. En el camino, hacía pis en sus lugares favoritos, mientras se alejaba de casa. Cuando llegaba al final, satisfecho de haber marcado el terreno, regresaba deprisa, sin detenerse. Aquel día, posiblemente, Misuko lo había acompañado a la ida, pero distraído por algo, no había conseguido seguirlo a la vuelta. Y se había perdido.

La historia tuvo un final feliz. Hablamos un buen rato con los dos catalanes y les agradecemos su colaboración. Ellos, también, muy alegres, rehusaron las invitaciones para ver el zoo, sacaron entradas y... se fueron derechos a contarle a Nora, madre de Misuko, lo mal que cuidábamos a su pequeño.

Que el Partido Reformista iba a obtener un mal resultado se veía venir desde bien lejos. En Galicia, con Coalición Galega, se había conseguido un excelente resultado en las anteriores autonómicas y eso, sin duda, precipitó presentarse a las nacionales antes de tiempo, sin esperar a otras posteriores.

En Cantabria no gustaba tanto catalanismo en un partido. A mí no me importaba. Yo cumplí mi promesa a Francisco y participé cuando me lo pidieron. Pero nadie se pudo imaginar que la debacle iba a ser de tal magnitud.

Llegó “el gran día”. Las elecciones a Cortes Generales eran, sin duda, las más importantes de todos los comicios. Todos nos movilizamos y, yo en concreto, lo hice a primera hora de aquel 22 de junio. Pero el panorama -aunque no presagiaba nada bueno- no se desvelaría en su magnitud hasta altas horas de la noche.

El recuento de votos y su publicación en la prensa fue -a pesar de sólo obtener dos mil y pico votos en la región- “más que interesante”.

Creo recordar que en la mesa de la Calle de Canalejas de Santander, donde votaban dos o tres miembros de la junta directiva de Cantabria obtuvimos... CERO VOTOS y quedó al descubierto que no es oro todo lo que reluce y que la falsedad y capacidad de engaño de los seres humanos supera con mucho a la de los animales, lo que dice mucho en contra de esta especie a la que pertenezco y mucho a favor del comportamiento de los que llamamos animales... Me niego a escribir adjetivos para describir a aquellos tres miembros de aquella junta directiva.

Un comentario sarcástico llegó a mis oídos que explicaba con diáfana claridad todo lo sucedido. Su procedencia, uno de los tres miembros más importantes de la directiva nacional, del que no quiero dar su nombre:

—“No tengo claro ni que mis propios hijos me hayan votado”- Con eso queda dicho todo.

Aquella pantera negra raquítica que trajeron Antonio Luis y Manolo, creció, aunque no demasiado. Por eso la sorpresa fue mayúscula cuando un día de primavera la encontramos dando lametones a dos preciosos cachorros -manchados como su padre- que eran un calco uno de otro. “Como dos gotas de agua”.

Decir esa última frase y tener nombre los pequeños fue todo uno. Alguien -creo que fui yo, pero no quiero quitar méritos a nadie- mencionó a aquellas actrices gemelas y de pelo rubio que estuvieron tan de moda años atrás...

—Si son hembras se podían llamar como Pili y Mili, las de la película “Como dos gotas de agua”.

Resultaron ser hembras y, dado el poco trato que sus padres nos permitieron mantener con ellas, nos conformamos con estos nombres no demasiado originales.

Después de las agrias discusiones con “La roca” para la compra de finca, aunque en mis planes estaba disfrutar de una plácida primavera, caí nuevamente en el pecado de quererlo todo para YA.

La finca la conocía como la palma de mi mano ya que -aunque no era mía- era el lugar de juegos preferido por Maximiliano, el zorro. Anteriormente lo fue de los lobos Zipi, Zape y alguno de sus hermanos.

El jardín de mi casa era su límite y sólo disponía del vallado de alambre de espino más sencillo del término municipal. Procedí a suprimirlo, como primera medida.

A continuación corté doscientas estaquitas de palos de avellano, las cargué en un carretillo y le puse a este un conductor con “carne”.

—Sígueme, que vamos a hacer la topografía de la nueva conquista. Donde yo te señale, clavas una estaquilla y con este

metro, mides uno ochenta enfrente de ella y allí clavas otra. Así iremos marcando el ancho y la traza del camino. Es como me enseñaron que se hace en la Escuela de Ingenieros de Caminos.

En una hora, lo que bullía por mi cabeza desde que le puse el ojo encima a la dichosa finca, estaba reflejado sobre el terreno. A la derecha del camino, los estanques para aves acuáticas. El primero pequeño, el segundo - el coincidir con una curva del arroyo- sería más grande y se llamaría “El Super”, por ser el más grande. Después -pasada la curva del arroyo- otro pequeño... el siguiente tocaba grande -pero no tan grande como el “Super”- por lo que se denominaría “Super 2”. Allí de momento se acababan los estanques.

A continuación tenía espacio para dos parques bastante llanos y grandes, como para poner en ellos a dos familias de animales de pezuña: gamos y antílopes eran mis preferidos.

Al lado izquierdo de los estanques dejaría una gran pradera de momento sin nada, que en un futuro ya la encontraría utilidad.

En el centro de la finca y en la parte más alta para que resultase bien visible: los osos. Todo el mundo me preguntaba por qué no tenía osos, y yo, a todos les contestaba lo mismo: por falta de espacio. Ya no podía mantener aquella disculpa porque el problema del espacio estaba subsanado. Así que osos.

Por último, en la esquina superior, en lo más alejado de nuestra casa, mi sueño dorado: una pareja de bisontes que me hiciesen olvidar a mi amigo Luis y que, con la ayuda de un bando numeroso de cigüeñas, me llenasen aquel campo de terneros.

Todo lo quería para ese año y lugar. Así que el plan, en principio, me garantizaba estar entretenido los próximos tres meses y una vez finalizado el plan original, aún me quedaba abundante terreno sin ocupar, para tener trabajo en un futuro más lejano.

Mi equipo humano estaba dispuesto a trabajar con ahínco. La preocupación de quedarse sin trabajo se alejaba hasta un horizonte muy lejano. Primero las obras, y después el cuidado de los animales, proporcionarían trabajo para dar y tomar.

Las obras desde el primer momento fueron rápido. La experiencia es un grado -dicen en el ejército- y es verdad. Saber manejar con soltura las telas metálicas, disponer de un buen albañil con ayudantes y de un ingeniero de caminos degradado a capataz y otras misiones, facilitaron el avance de las obras y, en pocas semanas, tuve la seguridad de que aquel verano -aunque en precario- abriríamos al público la nueva ampliación con más animales.

A primeros de mayo ya teníamos contruidos todos los estanques, las obras de los osos adelantaban, el cercado para los bisontes iba tomando forma y la finca estaba cercada en todo su perímetro por un vallado de tres metros de altura, compuesto de barras de hierro y tela metálica.

Sin duda lo último en terminarse sería el recinto osero. Ahí no valían los apaños provisionales. Los osos son animales muy peligrosos y la seguridad del recinto es fundamental.

En el zoo de Barcelona tenían reservados para mí un macho con dos hembras de tan solo dos años de edad recién cumplidos. Era lo ideal. A esa edad y sin completar su crecimiento, tanto el transporte como su adaptación serían mucho más fáciles.

En cuanto a los animales de pezuña, dos gamos y una pareja de antílopes acuáticos -llamados también kobos o Waterbuck- esperaban ansiosos venirse a veranear al norte de España sin tener que pagar un alquiler, como hace todo el mundo, ya que sus recintos estaban terminados. Eran de una sencillez absoluta y aproveché para ellos una parte importante -en ángulo- del cierre perimetral, al que añadí otro cierre paralelo, un costado y una división. Dos puertas de acceso y dos tejadillos donde -más que para guarecerse ellos, que poco les importaría

la lluvia, siendo como eran animales salvajes- les pondríamos el forraje que, al estar siempre seco, evitaría fermentaciones, que no son nada buenas para los estómagos de los rumiantes.

El tema de los bisontes estaba más verde. Había un macho disponible pero la hembra tendría que esperar, porque a las hembras todos las quieren y nunca sobran, mientras que los machos -con uno por grupo es suficiente- en cuanto llegan a adultos comienzan las peleas por las chicas y conviene “sacárselos” -en lenguaje zoológico- cuanto antes mejor, lo que evita disgustos y accidentes innecesarios.

Como los osos, con un bisonte, cuatro gamos y dos antílopes no hacen buena mezcla, decidí hacer el transporte por separado. Primero los rumiantes y más tarde -cuando el recinto estuviese totalmente fortificado- los tres osos.

Abril, mayo y junio es época de cosecha de forrajes “para seco” y la provincia de Lérida una gran productora de estas materias, en especial de alfalfa. En Cantabria están sus consumidores, las vacas y los terneros. En junio y el resto del año se vende en Lérida este forraje para otras regiones.

Cueli -vecino de mi término municipal- tenía montado el negocio de la siguiente manera. Con varios camiones de su propiedad, transportaba terneros jóvenes desde el ferial de ganados de Torrelavega hasta Cataluña, donde con sus forrajes los engordaban para el consumo de carne o la producción de leche. Al regreso -para no volverse de vacío- traía alfalfa seca para los ganaderos de esta región, muy deficitaria en este forraje tan esencial, si se quiere que las vacas den mucha leche y con alto contenido en grasa.

El trato fue sencillo. Una parte del camión traería alfalfa y en la zona sobrante -en unos cercados improvisados con tablones- viajarían mis futuros huéspedes. Así abarataríamos el coste.

Cuando a Cueli le puse en antecedentes, de que el bisonte era un ternero de unos dos años de edad y que pesaba menos de doscientos kilos, pero seguro que, en su momento, sería capaz de sacar de lo más hondo de su ser un carácter endemoniado, como ocurre con todos los de su especie cuando se les quiere subir en contra de su voluntad a la caja de un camión, Cueli sufrió un ataque de risa que casi le ahoga.

—¿Sabes cómo subo al camión a los toros tudancos de cuatrocientos kilos? Los cojo por un cuerno y la oreja del lado contrario, se la retuerzo con todas mis fuerzas y “¡Ale pa riba”! ¡A mí ese bisonte, no me lleva cargarle en mi camión ni dos minutos!

— Ya veremos- contesté yo -¡Ojalá tengas razón.

Era el cinco de julio cuando, desde primera hora de la mañana, todos impacientes esperábamos la llegada del transporte pero...

Cueli tardó en llegar. En teoría, cargaría los animales a primera hora de la mañana, saldría de Barcelona temprano para que no le cogiese “la calor” por los Monegros, se detendría en un par de ocasiones a repostar y poner agua a mis animales, dormiría sus buenas ocho horas, y a media mañana estaría aquí con su preciosa carga... pero Cueli no llegó hasta las seis de la tarde. ¿Habría sufrido una avería por el camino?

Nada más pisar el suelo de Cantabria y sin dejarme articular palabra...

—¡Traer tablones, barras de hierro y algo para sujetarlas! ¡Qué fiera de bicho! ¡La madre que lo parió! ¡Menos morder hace de todo! Cocea, cornea y si puede te patear...

—¿Pero no me asegurabas que a éste lo subías al camión tú sólo?

—Me equivoqué de plano. Diez tíos “como Dios manda” tirando de él con cuerdas y no éramos capaces de subirle al camión. ¡Cuatro horas hemos tardado en cargarle! ¡Y menos mal que le habían pinchado un dardo con un tranquilizante, que de no ser así, todavía estamos allí!

—Tranquilo Cueli, que ahora, fuera de su terreno conocido, ya verás qué bien se porta y bajará del camión como un manso cordero. Arrima el camión a la puerta.

—Está bien, si tú quieres, que eres el que pagas y teniendo mi parte cumplida, hazlo como quieras, pero yo me voy a lugar seguro.

Como esperaba, tras pensárselo un buen rato, el nuevo bisonte descendió indeciso por la rampa del camión y, contra pronóstico de Cueli, entró mansamente en su nuevo recinto.

Poco después gamos y antílopes mordisqueaban con asombro las primeras hierbas verdes que veían en su vida. Seguro que les supieron a golosina.

Ya, con todo terminado y a punto de inaugurarse, -nos faltaban de traer los tres osos- decidimos en esta ocasión acompañar a Cueli, para supervisar personalmente toda la operación, que en esos lances se aprende mucho y a mí me faltaba mucho que aprender.

Nos fuimos a Barcelona cada uno por nuestro lado. El plan era sencillo. Escoltaría a Cueli a su regreso, hasta el lugar que eligiese para descansar esa noche -el viaje en camión podía durar más de doce horas- y lo dejaríamos en ese punto, continuando nosotros hasta casa. Una vez en el zoo, dispondríamos todo lo necesario para el recibimiento que se merecen un trío de plantígrados.

La víspera del embarque visité en su retiro espiritual -donde los tenían ya encerrados- a mis tres ositos. Eran más corpulentos de lo que imaginaba y no estaban precisamente comunicativos. Se movían de un lado a otro de su habitáculo, deseando poner tierra por medio.

—Tenga siempre en cuenta que los osos son de lo peor que se puede tener en un zoo. Son traicioneros, imprevisibles

y muy cabrones. Si no me cree, miré lo que me dejaron de un dedo y sólo por distraerme un instante.

—Ya. Si me han hablado de ellos. Creo que fue en este zoo donde conocí a un cuidador suizo que le faltaba un brazo, por la caricia de un oso.

—Le conozco. Lo cogió con la boca y no dejó de tirar hasta que otros le dieron bien fuerte con un palo en la cabeza. ¡Al oso, no al suizo! No vaya usted a interpretarme mal, que contra aquel chico yo no tengo nada. Si quiere ver más mutilaciones vaya por los zoos que tienen osos y pregunte a los cuidadores...

Reconfortado con la tranquilidad de conocer el buen carácter de estos plantígrados, abandoné el recinto hasta la mañana siguiente.

—Con esta dosis de anestésico caerán redonditos como fruta madura- Comentaba Luera el veterinario a Justo su ayudante, el de la melena recogida en cola de caballo.

El anestésico surtió efecto casi inmediato y uno tras otro -bien a su pesar- se durmieron profundamente. De allí fueron derechos a las dos cajas que fabiqué para la pareja de tigres de Calahorra y a una tercera a estrenar, recién construida para este evento.

—Ya puedes arrancar- le dije a Cueli -Si no te he alcanzado antes, a partir del kilómetro treinta, donde puedas, te arrimas a la derecha y me esperas, que ahora voy a despedirme y arreglar unos asuntos en dirección-.

Todo se desarrolló como estaba previsto. Al anochecer se detuvo, junto a otros muchos camiones, en un área de descanso cerca de Pancorbo en la provincia de Burgos, apartó el suyo del resto para que los osos estuviesen más tranquilos y se fue a cenar. Más tarde les daría un poco de agua y descansaría él. Yo continué viaje hasta casa. El trabajo del día estaba hecho.

El desembarco -salvo trasladar las cajas, que pesaban cerca de trescientos kilos cada una- fue coser y cantar y los osos salieron, entre curiosos y acobardados a reconocer todo el recinto.

Sólo nos faltaba el acto final, la inauguración del nuevo añadido que le hacíamos a nuestro Zoo. Nueve mil metros cuadrados -como París- bien valían una misa y una inauguración en consonancia.

Habíamos elegido para este acto inaugural a una madrina de postín: la hija del ya famoso compositor Juan Carlos Calderón, hijo de doña Asunción y que fue vecino en mi infancia en aquella casa de la calle del Sol de Santander, en donde habíamos vivido de alquileres de su madre. El Arcipreste de la Colegiata de Santillana, Don Luis Ormazabal bendeciría el recinto justo antes de cortar la cinta con la bandera de España, luego él junto con nuestra rubia y joven madrina y las autoridades presentes -si es que venía alguna- recorreríamos el recinto y visitaríamos a los animales recién llegados: los tres osos, aún sin nombre, cuatro gamos, dos antílopes y nuestro nuevo bisonte. En los estanques gansos navales, y varias decenas de patos, ponían una nota de vida en el área a estrenar.

Todo resultó como estaba previsto en el guión y, antes de finalizar el mes, los osos tenían nombre: Luca el macho, como el hijo de una italiana casada con un amigo nuestro que frecuentaban mucho el zoo, Natalia una de las chicas por lo revoltosa que era, muy similar a la hija de otro amigo y Andrea la tercera en honor a mi sobrina de seis añitos, llamada a ser en un futuro lejano bióloga en este Zoo.

A falta de otro más original, al joven bisonte -alguien, no sé quién, le bautizó a mis espaldas- con un nombre más adecuado si, en vez de venir a Santillana, se hubiese quedado a vivir en Barcelona: Jordi.

Tener un zoo durante nueve años y no disponer de una guía, donde el visitante curioso conociese esos mil detalles que no se pueden descubrir en una visita turística, me pare-

cía un poco vergonzoso. Tenía algo de dinero para invertir en ella, que más tarde recuperaría con su venta en la tienda de la taquilla.

La guía es un buen recordatorio para los niños que, si tienen afición a los animales, acabarán arrastrando a los padres otra vez a visitar el zoo.

Durante años había hecho muchas fotos de mis animales preferidos y tenía varios amigos -entre ellos Manolo, el del poliéster- que era un entusiasta de la fotografía.

Diseñé personalmente la guía y escribí los textos correspondientes. Era la forma ideal de ponernos a nivel europeo, especialmente anglosajón. La mayoría de los zoos importantes tenían organizado lo que denominaban un “Club de Amigos” que agrupaba a fervientes seguidores de la vida en el parque y que, a cambio de poco dinero, se les proporcionaba un carné que les permitía entrar todos los días durante un año, sin tener que pagar en la taquilla. También se les mantendría informados, a través de circulares periódicas, de las novedades y nacimientos que hubiesen ocurrido recientemente.

La idea era hacer tres categorías: una para familias, otra para personas mayores individualmente y la tercera para niños en edad de pagar entrada. Consideré como familia estándar a la formada por padre, madre y hasta tres hijos en edades comprendidas entre los tres y los doce años. Los precios que asignamos a los diferentes carnés fueron de cuatro mil el familiar, mil doscientas para personas adultas y seiscientas pesetas para los niños.

Pero faltaba un detalle que en su día me gustó y que descubrí en una guía inglesa. Se podía considerar un farol pero, ¿habría alguien con suficientes ganas de ayudar al zoo como para sacarse ese carné? El nombre que le asigné a ese carné fue el de “Miembro de honor vitalicio” y la contraprestación del zoo -en el caso de que alguien se decidiese- era -y así lo detallé en la guía- que su titular podría visitar el Zoo acompañado de hasta cinco personas, mayores o niños, siempre que quisiera y

durante toda su vida, sin tener que pagar una sola entrada. El precio asignado de setenta y cinco mil pesetas una sola vez, les daba derecho a eso y a mi agradecimiento, también vitalicio.

La guía, con tapas azules y Luis -el primer, bisonte ya fallecido- en la portada, me la imprimieron en Manufacturas Jean, donde conocía al director José Antonio Láinz y mucho más a su cuñado y tocayo mío, José Ignacio Lecubarri, colombofilo entusiasta e íntimo amigo de mi hermano Eduardo.

En su página central: un plano del zoo a todo color. En el resto -en total ocupaba catorce hojas por ambas caras- fotos de Maribel conmigo jugando con dos lobos, una vista del zoo con excursión infantil incluida, tigres, pumas, leopardo, Hubertus y Berti los chimpancés, Caín, una pareja de corzos, el tucán, un guacamayo, cisnes, gansos y patos, patos y más patos, dos flamencos, un precioso pavo real, nuestra estrella la boa constrictor... que no estudió náutica, un alcatraz, una piraña, un pulpo y unos sargos... por último Maribel con nuestro cachorro de león “Grande” en brazos, -ya del mismo tamaño que ella-... el texto, desde describir nuestra colección de animales, pasando por la alimentación y cuidados sanitarios, daba una idea al profano de lo que era para entonces nuestro Zoo.

Quedaba por resolver el problema de qué tipo de carné se les entregaría. Investigué el tema sin resultado por aquí y por allá y, donde menos lo esperaba “saltó la liebre”, que casi la piso.

Cuando pagando la edición de la guía a José Antonio, le conté que andaba de cabeza con la forma de hacer un carné “aparente”, que diría nuestro guarda -de nombre “Vito”- del coto burgalés donde acudía a cazar en mis años de bachiller que fue el que institucionalizó la expresión, cuando, en un momento de inspiración divina, al ser advertido de que le iban a enviar un hurón para cazar los conejos que se comían los sembrados exclamó.

—¡Estupendo! Le construiré una jaula “aparente”.

La frase se convirtió en una especie de comodín entre los

socios del coto.

—Le diré a mi señora que me prepare una tortilla aparente- decía uno-.

Otro le respondía.

—Pues a mi hijo, que ha suspendido cinco asignaturas, le va a caer un castigo “muy aparente” ¿Sabéis lo de aquel chaval que, habiendo suspendido las mismas que mi hijo, le envió un telegrama a su madre que decía escuetamente: “Cinco suspendidas, prepara a papá”?- Al contestar todos que no, remataba la narración.

—El padre de la criatura le contestó con otro igualmente conciso: “Papá preparado... prepárate tú”.

José Antonio, con no menos inspiración divina que Vito el guarda me dio una magnífica solución.

—Nosotros en Manufacturas Jean, tenemos una máquina para imprimir tarjetas de plástico en relieve, que o se nos quedó obsoleta o no recuerdo para qué la compramos. Si te sirve para algo, te la puedes llevar regalada.

La máquina fue derechita al portamaletas de mi coche.

En pocos días conseguimos que nos hiciesen unos carnés de plástico, similares a una tarjeta de crédito en los que, con la magnífica máquina, estampábamos las letras en relieve que daban al carné un aspecto... muy aparente.

El siguiente problema surgió con los apadrinamientos, otra costumbre muy arraigada en los zoos anglosajones, en los que apadrinan -como he visto en mis viajes al extranjero- hasta a las papeleras.

El padrino recibiría una tarjeta del club y un diploma.

—“Nunca en la comunidad demuestras habilidad”- Solía decir en bromas mi padre, cuando le hacían algún encargo pintoresco...

Los apadrinamientos necesitaban un diploma que acreditase al padrino como tal. Casualmente en la Escuela de Caminos me “jarté” de rotular láminas y más láminas en la asignatura de dibujo. Asumí la responsabilidad y desenterré

las plumillas, compré un tintero de tinta china y –como en verano la Guardia Civil de Santillana, que con decenas de miles de turistas pululando por la villa “no tenía nada que hacer”- dediqué buenos ratos que robaba al sueño, a la tarea de rotular decenas de diplomas. Así de cruel es a veces la vida.

El Carné de Honor y Vitalicio lo encargué con las letras en oro -que es un metal que no se oxida- porque así, además de durarme una eternidad, parecerían una tarjeta de crédito “oro”, que estaban poniéndose muy de moda. Mis esperanzas de que alguien solicitase -y pagase- uno de estos carnés, eran similares a las de que apareciese petróleo en los terrenos del Zoo... Pero si todos los zoos extranjeros de los que tenía noticia brindaban esta posibilidad, no iba yo a ser menos.

La tirada de cinco mil ejemplares de la guía quedó de mi agrado, pronto comenzaron a ponerse en circulación e incluso la noticia de esta publicación apareció en la prensa.

No habían transcurrido diez días cuando, estando revisando el estado del firme del aparcamiento llegó un señor en una moto -de esos que trasportan mensajes- se acercó a mí y, tras cerciorarse de que era la persona cuyo nombre venía en la dirección del sobre, me lo entregó. Firmé el recibí e intrigado abrí el envío para descubrir su contenido. Era una carta de mi amigo Rafael Ferrer -el del examen suspendido injustamente- y al leerla casi me da un mareo. Decía más o menos lo siguiente:

“Querido Ignacio:

He leído en la prensa que has creado el club de amigos de tu Zoo. Si todavía estoy a tiempo deseo, si es aún posible, tener la suerte de ser el primer Socio de honor vitalicio, para lo que te adjunto un cheque de setenta y cinco mil pesetas...”

Me quedé de una pieza. Siempre supe que Rafa era un ex-

traordinario amigo y una persona generosa, pero nunca imaginé que llegase a tanto.

Corrí a casa a llamarle por teléfono para darle un millón de gracias por su ayuda.

Un anochecer, con temperatura claramente otoñal, en que mi salud -sin tener un mal en concreto- dejaba bastante que desear, pues me sentía fatigado, sin fuerzas y con muy pocas ganas de todo aquello que exigiese un mínimo esfuerzo, me refugié en casa al calor de la chimenea, con el firme propósito de no asomar la nariz al exterior hasta el día siguiente.

No llevaba ni diez minutos de tranquilidad cuando entra en la habitación mi sobrino Juan Manuel de 14 años que, junto al resto de sus hermanas y padres, vivían provisionalmente junto a nosotros a la espera de hacerse una casa en el campo.

—Tío. Está fuera un señor que dice que es el hermano de Mari Ángeles, la chica de la taquilla, que trae varios sacos de viruta para el zoo porque no le cabían a su padre en la carpintería y ha aprovechado que tenía que venir a Santillana a otra cosa para acercarnoslos ¿Qué le digo?

—Dale las gracias y dile que no puedo salir. Ponedlos en la “casa de las comidas” en una esquina -así llamábamos a nuestro almacén- que mañana ya los trasladarán a donde se necesiten.

Me extrañó aquella visita inesperada, pues hasta la fecha la viruta la recogíamos nosotros en la carpintería que regentaba Pepe Ruisánchez el padre de Mari. Nunca nos la habían puesto a domicilio. Pero bendito sea el que nos quite trabajo.

Me remordía la conciencia por no darle las gracias y, después de unos minutos de vacilación, salí con la intención de alcanzarle y darle las gracias personalmente. Por suerte todavía no había terminado de descargar.

—Muchísimas gracias por traernos la viruta, díselo de mi

parte a tu padre. ¿Qué hacéis que no encendéis la luz?

—Tío, es que no hay luz.- Respondió Juan.

—Qué raro. Bueno, si ya habéis terminado lo mismo os da. Adiós y gracias otra vez.- Di la vuelta para encaminarme hacia casa pero... ¿Por qué no había luz?

Haciendo un esfuerzo me fui hasta el acuario donde estaba el cuadro eléctrico central y abrí la caja de automáticos. Uno, el que correspondía a la línea que iba a la taquilla y al edificio de primates, estaba bajado, o sea en posición incorrecta, lo intenté subir varias veces pero saltaba y no se enganchara en el sitio debido.

Sin duda había una avería en la línea. ¿Pero dónde?. No tenía vocación de electricista y mucho menos con mi estado de ánimo de aquella tarde. ¿A quién podía afectar?. Los titíes de pincel con hijos crecidos no tendrían calefacción, pero dormía toda la familia junta dentro de una caja. Se darían calor unos a otros. Podían esperar hasta la mañana siguiente, ya que era improbable que con el cielo nuboso, cayesen las temperaturas con una helada.

El resto de los primates tenían una estufa noruega de leña de la marca Jotul, que era una maravilla. Carecer por una noche del suelo radiante eléctrico no supondría un problema para ninguno...

No obstante me sentía incómodo. ¿Y si no les habían encendido la estufa? El aire olía a leña... decidí sacando fuerzas de mi poco ánimo acercarme hasta esa instalación.

Abrí el candado y, al entornar la puerta, una ola de aire caliente me dio en el rostro. Una décima después vi el resplandor de las ascuas del incendio, junto al cuerpo de la estufa.

El calor que salía por la puerta era insoportable y el humo aun más. ¿Qué sería de los monos? Alguno estaba vivo pues oía al fondo de la instalación toses y estertores. Todo esto lo pensé en un segundo y otro segundo después, con la pala que se utilizaba para la limpieza, lancé todas las ascuas que pude

al exterior. De inmediato salí afuera para respirar aire fresco.

Lo más urgente era ventilar todo lo posible el edificio. Corrí como un gamo a buscar una linterna y con ella entré con la intención de abrir todas las puertas que daban a los parques exteriores. La linterna me la podía haber ahorrado, el humo era denso como hollín y no se veía nada en absoluto.

Llegué a tientas hasta la primera puerta, luché contra el candado y tuve que salir a respirar sin conseguir abrirle. Los ojos me escocían como si me hubiesen rociado con alcohol, así que -para lo que me servían, que era nada- el segundo intento lo hice con ellos cerrados y los pulmones llenos de aire. A riesgo de ahogarme, conseguí con un último esfuerzo abrir el candado y salir al parque de recreo de los monos patas. Desde aquella base improvisada todo sería más fácil, pues las puertas eran contiguas dos a dos.

Saltando de una a otra abrí las cuatro y corrí junto a los chimpancés, que eran los que estaban más próximos a la estufa. Estaban quietos y temí lo peor. Solté el candado, tiré del vástago de la corredera y abrí el dormitorio al exterior. Uno de los cuerpos estaba vivo pues se movió. Era el de Berti... que sacó un brazo de debajo de la manta, con su mano sujetó la corredera y de un fuerte tirón cerró la puerta. ¿Cómo era posible que no les molestase el humo?

En cuanto bajé el haz de luz de la linterna lo comprendí.

Los chimpancés dormían en el suelo, sobre dos cubiertas de coche grandes que utilizaban de cama. Era el punto más bajo de la instalación y el humo se había estratificado, quedando el lugar donde descansaban libre de él.

Corrí a ver al resto.

El panorama era desolador. Estaban todos caídos aquí y allá, la mayoría inconscientes. Los vómitos cubrían el suelo y sus pelajes... una catástrofe.

Pero ninguno había muerto hasta ese momento. Las toses eran horribles. Estudié en un momento lo ocurrido.

Cerca de la estufa habían dejado cajas vacías de madera

de las que se utilizan para la fruta. En total había once y tres de ellas estaban junto a la estufa quemadas casi en su totalidad. Constituían la primera fila, que sin duda se habían desplomado por estar mal apiladas, prendiéndose por la proximidad al fuego.

El humo había desaparecido. Recorrí con más detalle los dormitorios. Dos babuinos habían conseguido incorporarse a medias. Los patas: Caín y Pepa seguían inconscientes... pero respiraban. Sami, Nicoletta, Enano y la recién llegada Sally, al estar más alejados, casi con seguridad que saldrían del trance.

¿Dónde estaba la avería eléctrica que había hecho saltar la alarma?

La encontré en seguida. Estaba junto al techo, justo encima del fuego. No más de diez centímetros de la funda del cable se habían fundido por el calor y allí estaba el cortocircuito “salvador”.

Volví a casa y Maribel al verme quedó espantada.

—¿Qué ha pasado que vienes con toda la cara negra y los ojos rojos como cerezas?

Se lo conté con todo detalle.

—Algo, alguien, un hada madrina, un ángel de la guarda, Dios... ha querido que no muriesen todos los monos y de milagro lo ha conseguido. ¿Qué habría ocurrido si no se quema el trocito de cable? Con ocho cajas más a punto de incendiarse y visto lo que ha ocurrido con menos de tres, te lo voy a decir: **TODOS HABRÍAN MUERTO.**

—¿Y si el hermano de Mary no hubiese venido a traernos viruta? **TODOS HABRÍAN MUERTO.**

—¿Y si yo no salgo a dar las gracias o me vuelvo a casa?

—¡Ignacio por favor! ¡Deja ya esa letanía, que me estoy poniendo aun más nerviosa!

—Sólo con que hubiese venido media hora después, no se habría salvado ninguno. ¿Te das cuenta? Si por la mañana hubiésemos encontrado a todos muertos, creo que no habría

tenido fuerzas para continuar con el zoo y menos para traer más monos.

Había dicho varias veces que no apilasen las cajas en aquella zona. Al día siguiente más de uno me iba a oír.

Esa noche, después de bañarme y quitarme todo el hollín, me acerqué nuevamente a ver a aquellos pobres, que tan cerca estuvieron de la muerte. Casi todos se habían incorporado, aunque el coro de broncas toses no cesaba ni un instante.

Me fui a cenar a Puente Arce con unos amigos tratando de tranquilizarme. Todo fue en vano. Esa noche mi pulso no bajó de cien en ningún momento, así es imposible dormirse.

A las cinco de la mañana dejé de intentarlo e hice una nueva visita. Todos estaban mejor. Esperé hasta que, a las ocho, comenzaron a llegar los trabajadores. Hubo para todos, pero no impuse ningún castigo ejemplar. Sin duda yo, por improvisión y tratar de economizar calefacción era el principal culpable.

A continuación retiramos la estufa que se fue directamente a la chatarra.

Con todo lo que supuso la inundación, y las treinta y tres muertes ocurridas a consecuencia de ella, aquello no me afectó tanto como esto. Y eso que, en esta ocasión, no ocurrió una sola muerte. Los primates y más aún los chimpancés, son como de la familia y siempre he pensado que, de haberse producido la terrible catástrofe, no me habría recuperado de ella...

Un mes más tarde cesaron las toses.

Antes de finalizar el año me pasé por la Notaría para escriturar las fincas compradas a Torre y Mari Carmen y -ya que estaban pagadas- poner ese tema en orden.

1987



CAPÍTULO 11

Era Enero de 1987. El encargo era interesante, pero presentaba multitud de problemas. Se trataba de conseguir un grupo numeroso de aves acuáticas, cerca de trescientas entre gansos y patos. El Zoo hacía de intermediario entre un agente holandés, que representaba a un conjunto de criadores y el Ayuntamiento de Santander que acababa de construir un estanque que quería repoblar.

—¿Qué obtenía el Zoo a cambio? -no sólo abríamos un camino de suministro importante de aves raras criadas en cautividad que nos era muy necesario para aquella colección incipiente que estaba llamada a ser la más completa de España, si no que además, con el ahorro que teníamos previsto al transportarlos por carretera en vez del carísimo avión, podríamos comprar un buen lote de especies raras para el Zoo, que traeríamos en la misma expedición. Lo malo era que las aves nos esperaban a mil setecientos setenta kilómetros al nordeste de Holanda en un pueblecito entre Zwolle y Emmen, llamado Ane. Hasta allí había que ir a buscarlas.

Marqué un número de teléfono:

—¿Manolo? -Esperé a oír el “sí” de la voz que reconocí al instante y continué -Tengo un viaje, y he pensado que a lo mejor te apetece acompañarme. Vamos a pasar por París camino de Holanda... Viaje rápido. Eso sí, cómodamente instalados en furgoneta de alquiler. Te invito.

—¿Cuándo?— preguntó Manolo.

—La próxima semana o la siguiente a más tardar -Le aclaré las posibles fechas.

—No tengo problemas, libro las dos próximas semanas.

Ya tenía copiloto, y bueno, porque mi amigo Manolo era aguerrido como pocos ya que su profesión así lo exigía... El segundo problema era el idioma. Mi agente holandés apenas hablaba inglés y yo lo entendía leído, pero me costaba entenderlo hablado. Teníamos muchos detalles para hablar de nuestras futuras relaciones comerciales y eso exigía entenderse a la perfección para no dejar cabos sueltos. Necesitaba un intérprete.

Recordé a una chica holandesa que había pasado unos meses en Torrelavega en casa de una familia muy amiga nuestra. No tardé ni un minuto en marcar el nuevo número.

—¿Ana Mari? -pregunté.

—¿De parte de quién? -contestaron.

—De José Ignacio, del Zoo de Santillana -respondí. Fue una breve conversación seguida de una breve espera.

—¡Nano! -Así me llama quien me conoce desde la infancia- ¡Qué sorpresa!, ¿Cómo es que me llamas? -pregunta Ana Mari con extrañeza, porque en realidad su amistad me viene por mi hermano mayor y mi cuñada Marilín, que formaron “filas” en la misma “panda” juvenil.

—Necesito una persona que hable holandés y español, ¿qué fue de la holandesa rubia que tuviste en tu casa el invierno pasado?

—Mariela -me recuerda el nombre- ¡Es un cielo! Nos quiere como una hija. Este año está estudiando en Heerlen, al sur de Holanda. Además de holandés y español, habla inglés y alemán, los cuatro idiomas a la perfección, y por si fuese poco, también sabe algo de francés...

—Con el holandés y español y el número de teléfono tengo suficiente.

—Te lo doy en un momento. -apunto el montón de números y me despido con un “Muchísimas gracias Ana”. Un beso. Adiós.

Marco de nuevo, esta vez esperando antes el tono de llamada internacional. En un idioma rarísimo una voz joven me dice algo ininteligible.

—¿Mariela?- pregunto con miedo de haberme equivocado.

—¿Quién eres?- esta vez la misma voz me habla en español.

—Soy José Ignacio, del Zoo de Santillana. Te conocí en la tienda de Ana Mari, ¿te acuerdas? Ella me ha dado tu número de teléfono. Tengo que ir a Holanda y necesito una intérprete durante dos o tres días ¿te interesa el trabajo?.- En plan telegráfico le he puesto en antecedentes.

—Sí, pero yo vivo en Heerlen, junto a Maastricht, muy al sur de Holanda. Si me recoges aquí, te acompaño encantada, ¡además así practico el castellano!

Hasta habla mejor que yo y dice “castellano” en vez de “español” como a veces digo yo, ¡y sin ningún acento!

—Ya te volveré a llamar con más detalles, pero cuenta con ello. Un abrazo y adiós -¡tengo tanto que organizar!

Alquilo la furgoneta, consigo reunir embalajes suficientes, entre otros las cestas en que la sociedad colombófila de Torrelavega envía a sus palomas a los concursos. Me dan florines en el banco. Hablo con el agente de aduanas, reviso el pasaporte, y mil detalles y llamadas y más llamadas...

El 30 de enero a las cinco y media de la mañana salimos del Zoo dispuestos a llegar cerca de la frontera Belga, a 1200 kilómetros aproximadamente, de un tirón.

Catorce horas más tarde cruzamos París. Mejor dicho, intentamos atravesar París, porque equivocamos un cruce y nos vemos en el interior de un barrio periférico de esta gran urbe.

—¿Qué hacemos? -pregunta Manolo -¿Tú hablas francés?

—Yes -le respondo para que comprenda mis problemas con el idioma galo ¿y tú?

—Yo hablo un poco porque se parece al “bable” que se habla en Asturias... -me aclara Manolo.

—Pues, como dicen los toreros ¡que Dios reparta suerte, pero no tenemos otro remedio que preguntar! Cuanto más tardemos en hacerlo, más nos separaremos de la ruta... ¿Ves esa agencia de viajes? Todavía está abierta ¡para aquí! -le digo imperativo. Manolo, que está en su turno de volante, detiene el furgón en doble fila en aquella oscura y vacía calle del extraradio parisino.

Nos bajamos los dos. Vestimos anorak y llevamos gorros de lana y las manos metidas en los bolsillos para protegernos del frío, porque chispea nieve y la calefacción del furgón apenas calienta. Para no perder tiempo nos dirigimos deprisa a la oficina e irrumpimos los dos al tiempo... Hay una sola persona, una mujer de mediana edad, que se encuentra al fondo tras un mostrador. Manolo la saluda con un potente:

—¡Bonsoir!

La mujer se queda lívida e intenta incorporarse, pero le fallan las piernas, abre los ojos y la boca despavorida por aquellos dos extranjeros barbudos que irrumpen a aquellas horas. SÓLO puede tratarse de un atraco. Mira nuestras manos esperando ver algún arma como confirmación.

Al instante me percato del horror de la pobre señora y le susurro a Manolo, en plan de guasa:

—Tenemos dos opciones: llevarnos el dinero de la recaudación del día, que está a punto de entregarnos, o tranquilizar a esta pobre señora y convencerla de que venimos en son de paz.

Le dediqué la mejor sonrisa que pude y saqué las manos vacías de los bolsillos. Manolo me imitó. Poco a poco volvió el color a aquel rostro y se dulcificó la expresión que al instante se convirtió en una risa histérica cuando comprendió el error de interpretación.

—Bonsoir —contestó ya más tranquila...

Al cabo de un rato nos despedimos de la señora, que nos quedó agradecidísima por no haberla vaciado la caja, y continuamos viaje. Hicimos noche en Valenciennes conforme a lo previsto.

Por la mañana, en Heerlen, a pesar de mis denodados esfuerzos con el inglés, nos costó un buen rato encontrar la Kennedy Straat. Aunque parecía mentira nuestro aspecto bloqueaba el cerebro de los viandantes, que no entendían el nombre. Pero al final la encontramos y Mariela, alta, rubia y hablando un castellano perfecto que no encajaba con su aspecto, pasó a formar parte de la expedición.

De allí a Ane fue un paseo. Por la tarde-noche comenzamos una reunión sobre precios, especies, métodos de cría y mil y un detalles, que canalizados a través de Mariela, perfecta en su trabajo, resultó muy interesante de cara al futuro.

Toda la conversación la “engrasamos” con unas copas de aguardiente local. Con lo que concluimos contando chistes con traductora.

Agotados, a las doce de la noche intentamos conciliar Manolo y yo el sueño en una sencilla habitación de invitados en casa de Aaldert, el agente intermediario.

—Tú con el inglés que sabes podrías defenderte bien en Inglaterra -dijo Manolo en tono admirativo y sentencioso.

Por mi mente pasó el fracaso de más de cuatro intentos de hacer comprender el sencillo nombre de Kennedy “the name of the president of the EEUU” que, seguido de la palabra “calle”, repetí a varios sorprendidos viandantes holandeses. Quise contestar a Manolo y no pude. Un ataque de risa salía de mi garganta cada vez que comenzaba la frase que bullía en mi cerebro -“Sí, a...” y otra vez a reír en la oscuridad. Manolo se contagió de mi risa y entró al reclamo como hacen las aves acuáticas que cargaríamos en el furgón al día siguiente.

Me tuve que incorporar y apoyarme en una pared para no ahogarme. Manolo no comprendía de qué me reía, pero me coreaba con igual entusiasmo.

Despertamos a toda la familia. Casi me ahogo de tanto reír durante un cuarto de hora, pero liberamos todas las tensiones acumuladas. Al final, más tranquilo, conseguí responder a Manolo:

—Defenderme sí, pero a patadas en los cojones... porque con el idioma no creo!...- y por fin nos dormimos felizmente.

Después de pasar la siguiente mañana viendo patos, Aaldert Streutker nos sugirió que, ya que estábamos a solo 50 kilómetros, nos acercásemos al zoo de Emmen, que merecía la pena y nos iba a gustar.

A pesar de que el tiempo invernal hacía honor a su nombre y nevaba mansamente pero con un frío desconocido en mi tierra, a media mañana -con nuestra intérprete nos sentíamos seguros- nos armamos de valor y nos fuimos a ver ese Zoo, del que tan bien me hablaba Streutker.

Nada más entrar distrajo mi atención una instalación tras un cristal que sólo contenía piedras de muy diversos tamaños, alguna de media tonelada. Un cartel en holandés -ilegible para mí- explicaba su origen: ¡Todas las piedras allí exhibidas habían sido encontradas en la provincia de Emmen!

Encontrar una piedra en aquella llanura inmensa de tierra vegetal que es Holanda, descubrí que era un acontecimiento.

La visita, interesante, transcurría con normalidad y nada me sorprendía demasiado hasta que crucé el umbral de aquella puerta y de buenas a primeras me vi en el Paraíso Terrenal.

Un jardín tropical donde “casi” hacía sol. El calor y la humedad eran agobiantes y tuvimos que despojarnos de todas las prendas de abrigo que llevábamos encima, que eran muchas.

Las flores nos rodeaban, el agua caía en una pequeña cascada produciendo un susurro relajante y... por todas partes, decenas de mariposas tropicales de vivísimos colores, volaban a nuestro alrededor. Parecía algo mágico.

Aquel lugar era el sueño de un entomólogo, y yo era hijo de un entomólogo empedernido, y por genética y educación compartía la misma afición.

Los papilios de color negro, con franjas rojas y blancas y algunos de ellos con llamativas colas, que yo desconocía hasta ese momento, libaban en esponjas de colores impregnadas de algo para mí desconocido y colocadas en platos... de colores.

Todo esto sucedía a sólo centímetros de mis ojos ya que esas mariposas se sentían seguras e ignoraban mi presencia. El espectáculo me fascinó y me dejó sin habla.

Cuando me recuperé y salimos de aquel paraíso, no lograba quitarme aquellas imágenes de la cabeza.

Más tarde, mientras degustábamos los quesos más típicos de este país, para seleccionar los mejores y hacer acopio para traernos a España, las mariposas seguían revoloteando en mi cabeza y una idea comenzó a tomar cuerpo en mi cerebro...

De noche cerrada -¡hay que ver a qué hora anochece en pleno invierno en estas latitudes!- llegamos a nuestra base en casa de Aaldert. Esa noche, invitados por ellos, nos fuimos a cenar a un pueblo cercano de nombre -en holandés impronunciable- pero escrito: Hoogeveen. La cena típica, con todo el negocio resuelto y hablado para el futuro, transcurrió felizmente y, más descansados que la víspera y sin ataques de nervios, nos dormimos temprano, para estar preparados para la batalla del día siguiente que se presagiaba más que dura.

Al mediodía todos los patos, gansos y cisnes -más de ¡cuatrocientos!- estaban repartidos en las cajas y las cestas de transportar palomas y comenzamos a subirlas en el furgón. Todo iba bien hasta que faltaban tres cajas de tamaño mediano.

—Se acabó el sitio- dije a Manolo.

—Pues todavía faltan esas tres- contestó él.

Una hora estudiando combinaciones. Por fin, tras largas pruebas, logramos encajarlas... Pero interviene Mariela...

—Dice Aaldert que esa pareja de gansos de Hawai que trae en la mano te la regala.

Eran los primeros gansos de Hawai que tocaba en mi vida, y no podía dejarlos allí. Media hora más tarde encontramos la forma de alojar la pequeña caja en el furgón.

—¡Por fin todo está cargado!- exclamé triunfal.

—Falta la planta que Brejgie regala a Maribel... y mi bolsa de viaje.- Otra vez Mariela nos complica la vida.

Al final llenamos tanto la furgoneta que, si abríamos el portón trasero, único practicable, había que contener parte del equipaje que estaba apoyado en él, porque si no todo se venía al suelo. Por suerte, entre nosotros y la carga, una fuerte reja evitaba que las cajas se nos viniesen encima. Las ropas y útiles nuestros no tuvimos otro remedio, que llevarlos encima de nuestras piernas, hasta que dejásemos a Mariela en casa de sus padres en Moergestel, cerca de la frontera de Breda. De allí en adelante iríamos más anchos.

Ya en Moergestel, mientras tomábamos un café con Mariela y su madre y nos disponíamos a partir, le entregué a Mariela la cantidad de florines estipulada por su labor de guía e intérprete- que bien que se la había ganado- y la hice otra proposición:

—Habrás visto que de no ser por ti, no habríamos conseguido entendernos para poner en marcha las futuras importaciones. Ahora necesito que hagas de puente entre Aaldert y yo. Cuando comience a preparar una nueva importación y tenga un cierto volumen de aves previstas, te llamo, tú las apuntas y se las “rebotas” por teléfono a Streutker. Así me ahorraré una semana en cada comunicación entre él y yo, que es lo que viene a tardar una carta urgente.- La dejo que asimile la primera parte de mi propuesta y ataco la segunda.

—El modus operandi es bien sencillo. Ahora te entrego una cantidad de billetes de “gilders”, la moneda holandesa que tanta pena me da desprenderme de ella pues son los billetes más bonitos que he visto -y no por su valor- sino por la imagen que hay impresa en ellos: una agachadiza o laguneja, una de mis aves preferidas y estupendamente dibujada. Con ese dinero tú te cobras tus servicios y lo que cuesten las llamadas que hagas, que será poco, porque, cuando tengas algo que comentarme, me llamas, dices sólo ¡Llámame! Y así todos los gastos de llamadas al extranjero son por mi cuenta. Periódicamente te iré llamando y añadiéndote en inglés los nombres y número de aves que vaya necesitando hasta que complete una expedición ¿Entendido?

—Sí, jefe- Con esa escueta contestación quedó firmado nuestro convenio de colaboración.

Despedirnos de Mariela y de su madre, llegar a Breda, repostar y situarnos en la cola para despachar aduanas en Gerlach nuestro agente de aduanas, nos ocupó dos horas. El preparar los documentos de la importación: DUA y T2 -creo que eran sus nombres- nos ocupó otro par de horas más, y a las diez de la noche ya estábamos rodando por Bélgica.

A la una de la madrugada cruzábamos París, esta vez sin novedad y sin dar sustos a pobres empleadas.

Allí comenzó a nevar débilmente, pero poco a poco aumentó la intensidad de la nevada.

A cien kilómetros al sur de la capital de Francia éramos los únicos que marcábamos las rodadas en aquel blanco manto. Nadie a esas horas estaba tan loco como para aventurarse a viajar con semejante nevada... entonces, un tarro canelo -un bonito pato del que habíamos comprado siete parejas- de forma inexplicable saltó sobre nuestras cabezas, otro lo hizo a continuación y un tercero más les siguió al instante.

—¡Manolo, que se nos están escapando de las cestas los patos! -pedí socorro y Manolo se despertó de inmediato sin saber ni donde estaba. A todas estas, un tarro estaba junto al pedal del embrague, otro bajo el asiento y el tercero encima de mí.

—¿Qué pasa? -preguntó aún medio dormido- ¿Quién se ha escapado?

—¡Los tarros canelos! Mira a ver si puedes cerrar la cesta, porque si se escapan los once que quedan... No quiero ni pensarlo.

—¡Imposible cerrarla! Tendríamos que bajar toda la carga, lo más que puedo hacer... -otro tarro saltó fuera- es poner algo que obstruya la vía de escape.

—¡Pon lo que quieras pero pronto!

Y con el anorak de tapón cerramos la “vía de agua” o de tarros y, quitando y poniendo el anorak metimos otra vez a los fugitivos.

Nieve y más nieve. Cada vez más despacio. No podíamos detenernos, las aves tenían que llegar a sus estanques del Zoo cuanto antes. De no conseguirlo perdería mi preciada carga y con ella una pequeña fortuna. Pero la vida de los animales, mucho más que su valor, era lo prioritario.

A cien kilómetros de Burdeos en plena oscuridad, con los ojos rojos de toda la noche al volante y en plena desesperación, amainó la nieve.

Llegamos a Burdeos con la carretera limpia y de día. Las diez de la mañana. Nos detuvimos a desayunar y a llenar el depósito.

Un hombre desconocido se nos acerca y tras mirar la matrícula de nuestro furgón...

—¡Hombre!, ¡santanderinos! -nos dice como si nos conociese. Nos volvemos y no le conocemos ninguno de los dos.

—¿Qué ocurre? -preguntamos.

—Si vais para la “tierruca”, tened cuidado con la nieve -nos dice con cara seria- He hablado con mi casa por la emisora y está muy mal el tramo San Sebastián-Bilbao. ¡Suerte! Yo tengo que esperar a mañana para cargar y espero que para entonces haya pasado el temporal.

—¡Gracias por la información! Adiós. Buen viaje.

—¡Buen viaje!- nos devuelve el saludo.

De San Sebastián a Bilbao nos “decepciona” la carretera. Apenas hay problemas. Seguimos con normalidad y a las dos de la tarde estamos a quince kilómetros de nuestro destino ¡qué maravilla!

Subiendo el “alto de la Montaña” a seis kilómetros de Torrelavega -una pequeña subida con nombre exagerado- nos topamos con una capa considerable de nieve en la carretera y comenzamos a patinar.

—¡Tendría gracia que después de cruzar media Europa nevando, nos quedásemos aquí atrapados! -pronosticó Manolo.

—¡Pues me llevo a los patos andando por la nieve hasta Santillana! -contesté.

Pero por suerte no hizo falta. Con cuidado, dando patinazos y “a paso de burra” superamos el alto y, triunfantes, llegamos a las tres de la tarde al Zoo.

—¿Qué tal el viaje?- nos preguntó Maribel.

—¿No lo ves? ¡Bien, pues estamos aquí! ¡A descargar! Luego te contaré lo que he visto en el zoo de Emmen y que no consigo quitármelo de la cabeza.

Sólo una de las cuatrocientas aves murió como consecuencia del viaje, fue un cisne negro que sacó la cabeza por un hueco de la cesta y se quedó enganchado, lesionándose una vértebra y muriendo a los pocos días.

Unos días más tarde dos terceras partes de las aves nadaban felices en el estanque municipal de Matalaños, en Santander. El resto engrosó felizmente la colección del Zoo.

El viaje a Holanda, no sólo nos había mejorado la maltrecha “caja” del zoo. En invierno -hiciese frío o no- la caja se quedaba bajo cero y tenía que solicitar un crédito para salir del paso, pero la venta de patos había aliviado en parte esta situación. Aunque, lo que era más importante, había abierto una vía de aprovisionamiento de nuevas especies.

Una bonita colección de anátidas -como casi nadie había visto en España hasta esa fecha- atraería a los aficionados que pregonarían a los cuatro vientos lo que aquí se encerraba. Por lo menos eso era lo que me gustaba pensar. No obstante, estos pensamientos -quizás demasiado optimistas- ayudaron a cimentar mi teoría de la especialización, basada en que, para que un zoo pequeño tuviese éxito, debería ser muy diferente del resto. Poco a poco esta teoría fue tomando cuerpo.

Estaba claro que podía pasar de los animales grandes, que todo el mundo conocía y tantos quebraderos de cabeza podían causarme.

Había otros animales más manejables -como los felinos- que ya tenía. Pero los que trajese en el futuro, debería de elegirlos con sumo cuidado para que resultasen interesantes. Algunos ya estaban en mi programa.

Una noche -dos o tres años atrás- que salimos a tomar unas copas con mi colega Francisco Ballester -quien me hizo la excavación del acuario y me sustituyó posteriormente en una categoría superior en mi abandonado puesto de profesor de la escuela de caminos- y su esposa, nos topamos en uno de estos locales del Sardinero santanderino -creo que de nombre “Amarras”- con Juan Hormaechea Cazón, el alcalde de la ciudad. Maribel le conocía y yo, aunque menos, también. Se sentó con nosotros a tomar copas y charlamos largo y tendido de animales, de sus viajes a África y de muchos temas más, hasta que nos dieron las cuatro de la mañana.

A lo largo de la conversación -cuando aún casi todos estábamos perfectamente serenos- Juan se dirigió a Maribel y a mí.

—El Ayuntamiento de Santander os va a regalar una finca y un elefante. ¡Ya va siendo hora de que alguien apoye vuestro trabajo!

Tan amable promesa hizo que, a las cuatro y media de la mañana, encantados le llevásemos hasta su casa.

Como era de esperar, la promesa realizada bajo efluvios del alcohol se fue arrastrada por la resaca y quedó en agua de borrajas. Nunca se materializó, pero sí que el Ayuntamiento presidido por Juan se gastó el dinero en animales -aunque no en mi elefante- y compró en Alemania unos osos polares, en otro lugar unos pingüinos, no sé donde se hizo con unos ciervos y también unos Walabis -pequeños canguros- y a mí antes que a los otros -todo hay que decirlo- la colección de patos gansos y cisnes... no sin antes preguntar si disponían de ellos en el resto de los zoos importantes de España, que le remitieron al de Santillana como única solución.

Parte de esa colección la instaló en la península de la Magdalena -junto con unos leones que hasta entonces eran de Adolfo Sánchez Movellán- el resto fueron a parar a la finca de Mataleñas que previamente expropió a las ancianas señoritas Pérez.

Este trajín de animales por los parques de Santander no era precisamente de mi agrado, ya que para verlos no se necesitaba pagar ninguna entrada.

La posibilidad de ir con los niños a ver animales gratis, no era para desperdiciarla y -aunque ese verano nuestras visitas no se resintieron demasiado- sí escuchamos en numerosas ocasiones aquí y allá, de boca de conocidos, frases poco esperanzadoras.

—Hasta ahora todos los veranos visitábamos tu zoo. Ya hemos decidido que a partir de ahora, con los nuevos animales de Matalaños y la Magdalena, iremos un año a ver los animales de Santander y al siguiente nos tocarán los de Santillana.

Cada vez que oí repetir la frasecita en cuestión, un mal presagio comenzó a cruzar por mi mente...

En vista del éxito de la “operación pato nº 1 en Holanda” decidí repetirla más adelante. Pero mientras tanto, entre unas cosas y otras, había contactado con una empresa inglesa, que entre sus múltiples negocios, tenía un criadero de patos silvestres con destino a los aficionados ingleses. Sus precios eran buenos y la posibilidad de traerlos cómodamente por barco me animó a hacer un tanteo de posibilidades con esa ruta.

Como no hay mejor tanteo que llevar el experimento a la práctica, dado los magníficos precios que me ofertaban en Inglaterra en los cisnes cantores, que estaba deseando incorporarlos a la colección, envié un pedido por correo, me hice con las libras esterlinas en metálico y decidí que yo mismo iría a recogerlos.

Desde Santander había un ferry que, dos veces a la semana, hacía el trayecto hasta Plymouth. Desde allí al lugar donde me esperaban los patos, doscientos kilómetros conduciendo por la izquierda, otros doscientos de vuelta por el carril contrario -ahora también situado a la izquierda- y hecho. Así de fácil.

Lo primero que hice fue desmontar los asientos traseros de mi Nissan Patrol, para tener más espacio disponible. Después me hice con unas cajas de buen tamaño y unas cestas de palomas hasta llenar todo el volumen disponible de embalajes vacíos.

Convencí a mi amigo Luis Sitges que hablaba inglés, de que me acompañara a este viaje a Inglaterra en calidad de invitado y de intérprete.

Fuimos en Ferry desde Santander hasta Plymouth disfrutando de una buena mar. Al llegar a la aduana comenzó el interrogatorio de rigor.

—¿Cuánto tiempo van a estar ustedes en Inglaterra? -fue la primera pregunta.

—Un día, mañana, porque pasado mañana volvemos a embarcar de vuelta.

El sorprendido aduanero miró dentro del coche y vio las cajas de transporte en el lugar donde deberían de estar los asientos, que para disponer de más espacio yo había desmontado y dejado en casa.

—¿Y para que traen todas esas cajas?, ¿tienen algún valor?

—No, son para recoger patos y Cisnes de Cuello Negro que hemos comprado aquí -le contestó Luis.

—¿Son ustedes de algún circo o los quieren para comer? -nos preguntó más sorprendido aún.

—Son para un Zoo -y le explicamos la historia.

Ya en coche, bien entrada la noche, rodando por suelo inglés nos detuvimos en un típico pub, donde cenamos un “T-bone” bastante bueno que regamos con una botella de Rioja “Faustino V”.

Buscamos un lugar cercano donde dormir y a la mañana siguiente fuimos temprano hasta, cerca de la famosa abadía de Salisbury.

Pasamos la mañana viendo patos, cisnes, gansos y más patos. En unos estanques a modo de piscinas pero más rústicas, nadaban infinidad de patos, muchos de ellos interesantes para mí.

—Cisnes comunes no tenemos a la venta, porque en este país todos pertenecen a la reina. Solemos tener cisnes cantores, cisnes trompeteros, cisnes chicos, pero los comunes no nos dejan comerciar con ellos. Pero casualmente ahora sólo disponemos de parejas de cisnes de cuello negro y de cisnes negros. Los cisnes cantores y trompeteros se los llevaron hace unos días. Me acordé para mis adentros de sus antepasados, pues los cisnes cantores estaban dentro de mis “objetivos prioritarios”. Otra vez será... como la zorra con las uvas...

A la hora que es habitual comer allí, que se corresponde con la que en España algunos aun están todavía desayunando, nos llevaron a un restaurante y repetí de “T- bone”. Después, a capturar nuestros patos y cisnes de cuello negro, en total 86 aves, aprovechando el espacio al máximo.

Con todo cargado comenzamos el regreso.

Esa misma noche, con todos los patos en el coche, llegamos a Plymouth a eso de las ocho. Encontramos un hotel con buen aspecto cerca del puerto, cenamos en su restaurante y le pedimos a la sorprendida camarera cuatro jarras con agua para nuestros patos, y nos tomó por locos, pues debió pensar que los teníamos escondidos en la habitación. Sin hacerle mucho caso, con una jarra en cada mano, salimos a la calle, nos fuimos hasta el coche y llenamos los bebederos de los patos. La camarera nos miró desde la ventana como a dos locos, pero aparentaba estar mas tranquila.

Por la mañana el embarque fue rápido y sin problemas. El mismo aduanero de treinta horas antes, nos atendió:

—¡Ah! Los de los patos... Pasen por aquí por favor ¿Llevan muchos? -ochenta y seis- contestamos, y nos despachó en un momento.

El retorno en el ferry se me antojó eterno. Deseaba soltar a mis patos en un estanque tanto o más que ellos salir de su encierro. Varias veces durante la noche, nos acercamos sigilosamente hasta la bodega, abrimos un rato las puertas del coche para que se ventilasen y les pusimos agua fresca en los bebederos.

Todo salió a pedir de boca. No hubo bajas y el lunes por la mañana —habíamos zarpado en jueves— estaba todo ventilado felizmente.

A pesar del éxito, decidí no volver a Inglaterra a por patos sino que me centré en Holanda. El viaje en el barco era caro y la capacidad de mi coche escasa. La carencia de cisnes comunes en Inglaterra por la avaricia de la reina de que todos fuesen suyos, junto con que éstos en Holanda valían cuatro gordas y dada la gran demanda que había de estos cisnes en España, inclinó la balanza para el futuro en favor de Holanda.

Los codiciados cisnes cantores tendrían que esperar a mejor ocasión.

Nada más regresar a España, retomé el tema del cobro de los patos del Ayuntamiento de la capital. Como no me fiaba demasiado, había puesto como condición imprescindible que, para que me embarcase en la operación “Pato de Holanda”, tendrían que adelantarme un millón de pesetas. Aunque ahora parezca increíble lo hicieron y así pude pagar a Aaldert —aportando algo de mi bolsillo— cuando recogí los patos.

Ahora tenía que cobrar el resto y cuanto antes mejor.

Para entonces, y por referencias de amigos que trabajaron con él cuando aún era concejal, ya me había hecho una idea de cómo era el actual señor alcalde.

En una ocasión me contó un confidente, que paseando a mediodía por el Paseo de Pereda, vio salir al anterior alcalde de una cafetería. Por entonces Hormaechea era concejal y permanecía en el anonimato popular. Mi amigo volvió sobre sus pasos, entró a la cafetería y dirigiéndose al camarero que presidía la barra, al que conocía sobradamente.

—Óyeme, por pura curiosidad ¿Qué ha consumido el señor alcalde?— La respuesta contundente no se hizo esperar.

—Un Whisky con hielo.

—Pues si ya están de fiesta a mediodía, no sé cómo terminarán por la noche...

Esa tarde habían quedado varios miembros de la corporación para celebrar que dos de ellos acababan de ser padres -Balbás y Saéz- entre los acompañantes estaba otro concejal, Hormaechea, que se había animado a acompañar al grupo encabezado por el alcalde Alfonso Fuentes, hombre que antes de ser alcalde había trabajado en una empresa lechera -creo que la SAM- y que tenía un problema en un pie, que le hacía cojear ligeramente. No hacía tres días de su nombramiento cuando el chistecito ya circulaba de boca en boca.

—Este alcalde, por lo menos sabemos “qué leche tiene” y de que pie cojea- La verdad es que la gente es ocurrente.

La celebración de los nacimientos debió de ser animada y terminó en un club nocturno camino del Faro de Cabo Mayor. Así lo reflejó de forma velada días más tarde la prensa local.

“Una de las últimas noches, algunos miembros de la corporación municipal han tenido un altercado en una conocida sala de fiestas de la ciudad” La noticia era así de escueta pero mi amigo me la amplió y me aseguró que se repartieron bastantes mamporros, administrados por los “seguratas” del “afamado” club, que tampoco se fueron de rositas.

Cuando aquella mañana acudí al Ayuntamiento para el tema del cobro de la segunda parte de la “operación pato”, nada más entrar en “La casona” -como se la denomina cariñosamente en algunos ambientes- noté que el aire estaba cargado de tensión. En vez de dirigirme al despacho de David Puebla, el interventor, con el que tenía que despachar el asunto del cobro de los patos, fui a saludar a la esposa de un amigo que trabajaba en el mismo lugar. La encontré seria y como asustada.

—¿Qué ocurre que todo el mundo tiene cara de funeral?

—¿No has oído la noticia?- Ante mi expresión reflejando ignorancia, continuó hablando en un susurro. -Un periodista ha denunciado al alcalde Hormaechea por agresión. Parece ser

que anoche tomando copas se encontraron en la barra de un bar y que el alcalde no se anduvo con chiquitas y le atizó, o por lo menos eso es lo que ha declarado en la policía. Lo que sí te digo es que nadie se atreve a asomar las narices por su despacho. A una de las chicas de la secretaría la he visto bajar llorando y creo que ha huido del Ayuntamiento. Los que suben a despachar lo hacen temblando y el Alcalde está que echa humo como el volcán Krakatoa. Ahora están los de Tele Cantabria entrevistándole. No sé por dónde se descolgará el alcalde para explicarlo, pero si hay alguien hábil para hacerlo, ese es él.

Me despedí, aligeré todo lo posible la reunión con el interventor y corrí a casa para no perderme la entrevista, que sin duda se emitiría a las dos de la tarde. Tenía el tiempo justo.

—Maribel. Pon la tele que vas a ver una noticia divertida. No le di más explicaciones. Al minuto pusieron la entrevista.

— “Señor alcalde, hemos recibido la noticia de que ha sido presentada una denuncia contra usted por el periodista señor...”

La expresión de Juan hasta ese momento era imperturbable. Al acabar su pregunta la entrevistadora, un rayo de luz brilla en los ojos del alcalde, despliega una sonrisa de oreja a oreja, que permite verle a la perfección la separación de más de dos milímetros entre sus dientes centrales superiores.

—¡Qué me dice! Verdaderamente que se oyen cosas increíbles. Recuerdo perfectamente que anoche me encontré a quien usted me ha nombrado y que es un buen amigo mío. Tomamos una copa juntos y estuvimos charlando un buen rato. No hubo ninguna agresión por mi parte, se lo puedo asegurar. No sé cómo este amigo ha presentado esa denuncia, lo único que hubo de contacto entre nosotros, son esas bromas habituales que se gastan cuando uno toma copas, una palmadita en la espalda, un golpe cariñoso en el hombro... me sorprende que haya interpretado que eran con mala intención,

pero nada más lejano de la realidad. El primer sorprendido soy yo. ¿Cómo iba a pensar que de unas bromas sin importancia iba a inventarse una agresión?

Cualquiera que lo hubiese visto habría quedado más que satisfecho de la explicación... yo no le creí.

El cinco de junio amaneció como un día normal. Esperábamos numerosas excursiones escolares —cosa que era habitual en esta época del año— pero nada más, que no fuese lo habitual, estaba previsto en la agenda. Me fui derecho a practicar uno de mis deportes favoritos ligados al buen tiempo: recolectar alevines de peces cantábricos para completar mis acuarios.

A mi regreso noté un revuelo inusual. Maribel sale a mi encuentro y me recibe con la misma “frase hecha” que utilizamos con frecuencia desde que, en una ocasión —después de haber remirado en no menos de cincuenta tiendas— cuando pasábamos frente a una más de cerámica típica, al ver que yo no frenaba el coche en seco, Maribel exclamó.

—¡Mira Ignacio que nos perdemos las mejores!

En esta ocasión no había tiendas y la frase de Maribel, por su expresión al pronunciarla, encerraba un notición. Se veía bien a las claras.

—¿Qué me he perdido en esta ocasión?— pregunté intrigadísimo.

— Pues nada más y nada menos que el nacimiento de un pequeño y precioso bebé de chimpancé...

—Y ¿está bien?

—Perfectamente. Hasta tiene nombre. Te cuento.— Rellena los pulmones de aire, para liberar la tensión del momento y comienza la narración de los hechos —Ha sido a media tarde, cuando la última excursión escolar estaba frente a ellos, disfrutando con las gracias de Huber. De pronto Berti se ha puesto de parto y en un par de minutos estaba la cría en este mundo.

Huber, al verlo, se ha puesto a gritar de alegría como un auténtico poseso. Igual que ese día del verano pasado, cuando, siendo una tarde de mucho calor, te oyó decir: “Voy a traerle un helado”, pues así, los mismos gritos. Yo acudí corriendo a ver qué ocurría y allí me encontré a todos los niños emocionados por lo que acababan de presenciar. Una de las niñas se me acercó y me dijo: Señora, hoy es mi cumpleaños y mi nombre es Patricia. ¿Podrían ponerle mi nombre al cachorrito de chimpancé si es una chica? El nombre me ha gustado y es precioso para una joven chimpancé ¿Estás de acuerdo?

Totalmente. Personalmente tengo la esperanza de que sea hembra porque si no... cuando tenga doce años tendrá problemas con su padre y tendremos -en el peor de los casos- que prescindir de él y enviarle a otro Zoo.

Así, por sorpresa, aumentó la familia de chimpancés aquella inolvidable tarde de junio.

La loba madre debía de haber estudiado matemáticas y dado clases intensivas a sus hijas, porque su precisión a la hora de parir a sus cachorros año tras año era como si estuviesen mirando el calendario y dijese ¡Ahora!

Siempre había creído, o escuchado a alguien que presumía de entendido, que las lobas parían al final del invierno. Ahora tenía la certeza de que lo hacían -fuese en cautividad o fuese en el campo- entre los días cuatro y doce de junio. Creo que un solo parto se salió de esta franja del calendario.

Coincidiendo con esas fechas, mi padre solía decir en mayo: “ya puede granizar porque están todos los frutales en flor”. Mi refrán se le parecía: “parto de loba, tormenta segura”, porque año tras año desde la fatídica inauguración del 77, los cachorros de lobo nacidos en el Zoo se pasaban irremediablemente “por agua”, debido tanto al lugar en donde habitaban cuanto a que la loba era una maniática, y, aún disponiendo de

una magnífica caseta de madera elevada un palmo del suelo, se empeñaba en excavar ella misma un hoyo profundo. Por ello, a la primera tormenta, la lobera se llenaba de agua teniendo ella, cada vez, que transportar a los cachorros en la boca, en busca de un lugar más seguro.

Este año las pequeñas y lloronas bestezuelas eran cuatro, pero hubo suerte, la madre estuvo inspirada y excavó debajo de la mismísima caseta, que no era un mal sitio por lo que no hubo que salvar a ningún Moisés...

—¡Las “gitanas” han sido padres!- Lancé las noticia a los cuatro vientos y aunque a algún visitante le sonase a raro, todos los del zoo la entendieron, porque ese era el nombre cariñoso con el que llamábamos a las jinetas Tom y Jerry.

Habíamos esperado dos años a que naciese ese único cachorro, que me recordó al instante de verlo y tocarlo, a aquellas dos “jinetucas” que durante el viaje de novios -catorce años antes- nos permitió acariciar en el Coto de Doñana, Miguel Delibes, hijo del famosísimo escritor, que con la ayuda inestimable de estos cachorros y la colaboración inestimable de los padres de ellos estaban entre todos realizando una tesis doctoral.

Recuerdo que se nos subieron por encima, agarrándose con sus finas uñas a nuestras ropas. Las filmé en cine Súper 8, y aún conservo la película.

Este cachorro -como aquellos lejanos de Doñana- no sería objeto de tesis doctoral, pero sí fue una alegría para nosotros y sus padres que, por cierto, demostraron ser unos avanzados a su tiempo y a pesar de vivir cerca de veinte años los tres juntos, se conformaron con la hija única y no buscaron “la parejita”.

Un día de mediados de abril habíamos almorzado cuatro personas en la “Hostería Piamontesa”, restaurante italiano situado en la Costanilla de los Ángeles, cerca de la plaza de Callao, en el mismo centro de Madrid. Este lugar me traía muy buenos recuerdos de la época de estudiante, ya que en él -cuando venían a Madrid mis padres- tenía ocasión de salir de mi clásica y austera comida de estudiante que vive alejado de su casa.

En esta ocasión los comensales no fueron de mi familia: Andrés Serralta, Sandro Albiani, otro socio y yo. El motivo de la reunión no era degustar comida italiana -aunque Sandro lo fuera- sino hablar solo y exclusivamente de serpientes venenosas. El grupo ATROX de los italianos encabezados por Sandro, para los que trabajaba Andrés Serralta, poseía una colección muy completa de reptiles venenosos y estaban dispuestos, si llegábamos a un acuerdo económico, a exhibirlos durante el verano en el Zoo de Santillana.

—Me comprometo a construir un edificio en dos meses para albergar vuestras serpientes. Lo que no puedo hacer de ninguna manera es guardar las mías de mala manera todo el tiempo que dure vuestra exposición. Además, el edificio que tengo con peces y serpientes, no reúne condiciones de seguridad para instalar esas “becerras” que vais a traer vosotros- dije negándome a sus pretensiones.

—Y de las pesetas ¿qué?- una y otra vez volvían a la carga por el mismo sitio -Nos tienes que garantizar, mínimo esos millones de que hablamos.

—Yo no garantizo nada. Vosotros tenéis que llevar una colección que merezca la pena. Mi oferta ya la sabéis. Se cobra una entrada única en la taquilla del Zoo que da derecho a ver la exposición. Vosotros cobrareis el porcentaje de que hemos hablado. Si estáis de acuerdo, bien, y si no lo dejamos ya, porque la oferta que os hago me parece razonable, ¿de acuerdo? Las ratas, ratones y vigilancia permanente del recinto de la exposición, corren de mi cuenta.

Como a regañadientes, con ojos de tristeza fingida, contestan.

—Bueno, de acuerdo.

De inmediato comienzo a pensar en la que se me avecina. Dispongo de dos meses para, partiendo de la nada, construir un edificio de 150 metros cuadrados, dotado de corriente eléctrica, con una gran lucera central, destinado a albergar en un futuro a unos “inocentes” seres que, si has sido bueno en esta vida, te pueden enviar al cielo a poco que te descuides.

El edificio requiere de un pasillo que permita recorrerlo todo él, escoltado a ambos lados por terrarios conteniendo: mambas negras o verdes a elegir, cascabeles, cobras que muerden o escupidoras -que lanzan su veneno a los ojos-, víboras de varios tipos tamaños y colores y otros “angelitos” con nombres menos conocidos pero no por ello menos peligrosas. En total cuarenta especies de serpientes elegidas entre la flor y nata de las más venenosas de este mundo.

En el centro del edificio el cuarto de vigilancia. Tiene que haber siempre una persona mientras esté abierto al público, no vaya a ser que un loco, un resbalón inoportuno u otra causa cualquiera produzca una rotura de un cristal... mejor no pensarlo.

Esta exposición, en principio, iba a estar abierta en verano y, en función de lo satisfechos que acabáramos, tanto los arrendadores como yo, lo prolongaríamos o no al siguiente verano.

El día que se cancelase definitivamente, tenía planes para este edificio. Mi intención era transformarlo en aviario para aves exóticas.

De momento nos lanzamos a una especie de locura colectiva que sólo se detenía con la noche bien cerrada, con una excepción, cuando tuvimos electricidad se prolongó dos horas más la jornada.

El último día corrimos “contra culebra” y en nuestro caso: venenosas -que es peor que correr contra reloj- ya que,

cuando los animalitos partieron de Barcelona hasta su destino en Santillana quedaban bastantes cosas por rematar. Cuando a la una y media de la madrugada, exhausto por tanto trabajo sin descanso, colocamos en su terrario a la mamba verde, la última serpiente venenosa -y una de las más peligrosas- en ser sacada de su bolsa de transporte, todos respiramos y nos fuimos a descansar mirando para atrás por si nos perseguía alguna “Bicha”.

Por la mañana y a la luz del día todo se ve de mejor color.

—¿Qué te parecen? ¡Son ejemplares bellísimos! -dice Sandro con su acento italiano.

—No están mal, un poco flacuchas algunas de ellas, pero tengo a plena producción la cría de ratas y ratones para darles de comer todos los que se las antojen.

—¡Ten cuidado que no se empachen, que si devuelven enferman y mueren!- dice, con su peculiar acento catalán, Andrés Serralta preocupado.

Uno a uno miramos todos los terrarios, nos detenemos principalmente en las estrellas: la mamba verde, las *Bitis gabonica*, la Mocasin, las tres cobras -una de ellas muy mal educada, pues es una cobra escupidora- la cascabel albina, los *bo-throps*, las *Cerastes cerastes*, las *rimeresurus*... Total: treinta y tres especies diferentes, mas un poco de “chiquillería”, como por ejemplo, ocho *Bitis gabonica* recién nacidas. -Las medidas de seguridad son fundamentales. Una persona vigilará constantemente por el pasillo para evitar que los cristales sean golpeados, y tres veces al día como mínimo: antes de abrir el local al público, al relevo del personal para su comida y al cerrar a última hora de la tarde, se comprobará que cada una de las serpientes esté en su terrario correspondiente. Sólo tendré las llaves yo, y por la noche estarán a buen recaudo en mi casa... Los sueros antiveneno los tendré en la nevera, aunque espero no tener que usarlos, porque los sueros pueden llegar a ser tan peligrosos como una mordedura. Me contaron un caso de una reacción “anafiláctica” en que la mordedura no tuvo en

sí misma apenas importancia pero que, tras la aplicación del suero, casi se muere el accidentado como consecuencia de la reacción. Les expliqué con toda claridad como tenía previstos todos los detalles.

—¿Cuándo abrimos?, ¿Mañana?... porque nosotros que-remos empezar a cobrar cuanto antes- Andrés Serralta y Sandro pronunciaron la misma frase casi al tiempo. Sólo pensaban en el dinero.

—Sí, y en cuanto esté todo preparado, comenzaré con la promoción en prensa, radio y televisión. Las pancartas que me habéis traído, pediremos de inmediato permiso para colocarlas. En Santillana no tendremos problemas pues ya lo he hablado con el Alcalde. En cuanto a Santander, Maribel se ha prestado voluntaria para ir a hablarlo con Juan Hormaechea el Alcalde, que está a punto de convertirse en Presidente Regional y que es muy “bichero” -yo diría que demasiado- pero que espero que por esta vez, nos eche una mano y no al cuello precisamente.

La exposición, se vio desde el comienzo que iba a resultar un éxito absoluto. La anunciamos con cuatro pancartas: dos en las entradas a Santillana y otras dos en Santander: una en el paseo de Menéndez Pelayo y la otra -si es que al fin logramos colocarla, que ahora no lo recuerdo con exactitud- en la zona del muelle. El alcalde de Santander se portó bien y autorizó la colocación, aunque en ese momento yo desconocía aún sus futuras intenciones.

Todos los medios de comunicación se hicieron eco del acontecimiento y, un día tras otro, el recinto de las “serpientes más venenosas del mundo” se llenaba desde primeras horas.

El morbo atrae, lo comprobamos enseguida. Los dos terrarios que tenían fotos de mordeduras en una pierna y en una mano humana, atraían como la miel a las moscas. Eran unas fotos horribles en las que se podía apreciar una hinchazón de tejidos negros y necrosados y unas llagas, que ponían los pelos de punta.

—¡Fíjateeeee!- exclamaban muchos visitantes emocionados ante las terribles fotos -¡Que ese bichejo te ponga la pierna así si te muerde! ¡Qué horror! Se me han quitado de repente las ganas de viajar a esos países exóticos, en los cuales viven estos “angelitos”.

Todo transcurría con normalidad. Andrés venía cada quince días un fin de semana. Lo primero cobraba y después daba de comer a las serpientes, limpiaba los cristales sucios y cogía el avión de vuelta a Barcelona donde tenían su base. La semana que no venía las tenía para mí solo.

A veces, cuando tenía amigos de visita, daba de comer a alguna para que vieses en directo lo mortífero de su veneno...

—¡Le ha dejado “seco” en el acto! ¡Qué barbaridad! -Exclamaban horrorizados.

En otras ocasiones abría una rendija del terrario del crótalo “durisus” -una serpiente de cascabel- o de su vecina la cascabel albina. A través de esa rendija, las incordiaba un poco con un largo gancho que utilizábamos para el manejo, hasta conseguir enfadarlas lo suficiente para que hiciesen ruido con su “sonajero” y, ¡vaya si lo hacían! Aquel soniquete tenía la propiedad de poner los pelos de punta al más templado.

—¡Cuidado, que se sale!- La cascabel aquel día se veía a las claras que tenía ganas de guerra porque, ante mi acoso, llegó a sacar medio cuerpo por la rendija. Por suerte controlé enseguida la situación. No volví a tener más relación con aquel animal. No tenía un revolver como tenían los vaqueros del lejano oeste y que -por lo visto en las películas- era el único arma eficaz para defenderse de estas serpientes.

La cobra escupidora, un buen día, vio a través del cristal a alguien que no le cayó simpático y, como si fuese un “spray”, lanzó contra el cristal todo su veneno ¡Verdaderamente comprendí a los que les gustan estos animales, porque saben hacerse querer!

Salvo estas pequeñas sorpresas, la exposición transcurrió

con normalidad absoluta durante un mes. Conseguí incluso alejarme a ratos de ella...

Una mañana en que había delegado la apertura del recinto porque me ausenté temprano, cuando volví al Zoo todo el mundo me esperaba como en un fuerte del oeste americano asediado por los indios de la tropa salvadora.

—¡Tenemos un problema serio en las serpientes venenosas! ¡Ven a ver!- me dijo alguien.

Efectivamente, más de cien personas se agolpaban a la puerta y el enfado colectivo se notaba desde lejos. Pablo, un empleado del Zoo, los contenía como podía.

—¡Ahora llega el director, que es el que tiene las llaves! Disculpen las molestias- decía Pablo mientras salía a mi encuentro.

—¿Qué dices de las llaves? ¡Si te las dejé en casa para que te las dieran!- respondí sin comprender.

Pablo en un susurro me dio la noticia:

—¡Se ha escapado una!

—¡No me jodas!- La expresión de Andrés por lo visto era contagiosa -¿Qué dices? ¿Estás seguro? ¿La has visto? ¿Has cerrado a cal y canto?- dije aterrorizado.

—Está todo cerrado, y seguro que no se ha salido porque no ha tenido tiempo. En cuanto vi que faltaba, corrí a la puerta y, desde allí he mirado por el suelo, pero no he visto nada.

—Espera, espera- le dije tranquilizándole un poco -¿Cuál es la que falta? Déjame que lo adivine ¿Es por casualidad el *Bothrops alternatus*?

—Acertó, esa exactamente es la que no está en su terrario ¿Es muy peligrosa?

—Ya no. Abre la puerta al público, que esas personas son mucho más peligrosas que el botrops con diferencia- Pablo, me mira sorprendido al ver mi tranquilidad, y yo le digo:

—¡El botrops se murió ayer tarde y Andrés Serralta se llevó el cadáver a Barcelona!... Se me olvidó dejaros una nota- Terminé la frase con esa disculpa, pues el principal responsable del susto era yo.

Por suerte sólo fue una falsa alarma. La única en los dos veranos que duró la exposición. Cuando la exposición terminó y se fue, dormí no obstante más tranquilo, y con el edificio amortizado.

Con el resultado de las elecciones en la región, no sabía qué hacer, si dar saltos de alegría -pues las aventuras de Matalañas y La Magdalena era de suponer que se detendrían allí- o preocuparme más por la posible competencia no de un ayuntamiento sino de un gobierno regional.

A Juan Hormaechea lo perderían los santanderinos como alcalde pero todos los cántabros lo tendríamos como presidente.

Tras la toma de posesión el día veintinueve de julio, yo coincidí con él nuevamente en un programa de radio en la terraza del restaurante Rhin del Sardinero, donde ambos estábamos invitados. Para amenizar un poco el programa -dado que era de cara al público- llevé un par de serpientes inofensivas: una falsa coral, con aspecto de mandar a cualquiera a los infiernos -o al cielo- y una serpiente de maizal pequeña y simpática, que sin embargo dio la nota discordante ya que, al cogerla en sus manos una locutora que participaba en el programa, atraída por el perfume que las impregnaba, quiso tragarse entera a la locutora que nos acompañaba. Dado sus tamaños respectivos, no lo consiguió. Nunca he visto otra cosa igual de insensatez en un reptil.

Juan, nuestro flamante presidente jugueteó con ambos reptiles, se fotografió e hizo sus chascarrillos característicos sobre África, sin llegar a confidencias subidas de tono como en otra ocasión.

Unos días antes de su toma de posesión se presentó con su mujer Elena Alonso para ver la exposición de serpientes que tanto éxito estaba alcanzando.

Le gustó mucho, ya que tenía una sintonía muy personal con las serpientes venenosas. Charlamos amigablemente y curioso el zoo de arriba abajo, di el tema por zanjado y su curiosidad por satisfecha....

Pocos días más tarde, una espléndida tarde de verano, a eso de las cinco, una llamada desde la taquilla me trasmite el siguiente recado.

—José Ignacio. Aquí está un señor que pregunta por usted. Dice que viene de parte de Hormaechea-.

—Ahora enseguida bajo- ¿Con qué encomienda me vendría aquel emisario? Mi padre probablemente en esta situación habría dicho “¿Qué tripa se le ha roto a...?” Pero Hormaechea gozaba de excelente salud y no parecía que la frase encajase en esa situación.

Mi sorpresa fue mayúscula y tardé en comprender el malentendido. Probablemente la conversación con la taquillera siguió los siguientes derroteros.

—Por favor. Dígale a José Ignacio que si es posible, quería verlo un momento.

—¿De parte de quien?- debió preguntar la taquillera.

—De parte de Hormaechea.

Y era así. Nada más, que el que venía de parte de Hormaechea era: ÉL MISMO.

Después de intercambiar los saludos reglamentarios y volver a felicitarle por su toma de posesión y sin apenas mediar palabra, me coge por el codo derecho a la vez que caminamos, mira a derecha e izquierda y me larga de un tirón...

—¿Sabes una cosa? Aquí voy a construir un gran zoo. Compraré esos terrenos circundantes, me gastaré dos o tres mil millones de pesetas -como si fuesen tuyas, pensé yo- No creo que tenga ningún problema con que me lo autorice la Asamblea Regional. TÚ, SEGUIRÁS DIRIGIÉNDOLO.

Of course! que dicen los ingleses. Parecía que ese día estaba de suerte y que lo que era mío lo iba a seguir siendo. También conservaría mi puesto de director, sin verme en la necesidad de cesarme a mí mismo.

En ningún momento me pidió opinión ni tuvo en cuenta que el zoo era mío, que en él tenía mi casa y en ella vivía. No tuve más remedio que decirle lo que pensaba al respecto.

—No creo que sea una buena idea.- Me miró extrañado- He visto muchos zoos que siendo relanzados por sus alcaldes - en Barcelona fue el alcalde Porcioles, en Córdoba su alcalde respectivo y en Vigo van por el mismo camino- cuando ha cambiado de manos el poder, las han pasado canutas. Mi idea de un zoo es que tiene que guardar una proporción con sus posibilidades, de forma que sea AUTOSUFICIENTE, para estar al margen de los resultados electorales y gustos políticos.

Mi perorata no le gustó. Todos le bailaban el agua como a un faraón o rey absolutista, el que le contrariasen no estaba en el programa. Unos minutos después se fue.

Me sorprendió y alarmó al mismo tiempo, cuando unos días más tarde un fotógrafo enviado por él, vino a tomar fotos del zoo y de sus alrededores.

Me puse de inmediato en contacto con una persona —no voy a desvelar su nombre— que me hizo una radiografía de su forma de actuar en casos de expropiación forzosa. La casa tapón de la avenida de los Castros y otras actuaciones, me dieron una idea de cómo podía actuar si se le metía una cosa en la cabeza.

La historia de la casa tapón de la avenida de los Castros, de ser cierta no tenía desperdicio.

Esta casa habitada por una madre anciana y varios hijos constituía un verdadero problema para continuar con ese vial que allí se estrellaba. Hormaechea había ofrecido a cambio otra vivienda, pero los hijos la habían rechazado, exigían otra mejor y así seguía el tema bloqueado.

Un día el Sr. alcalde se siente inspirado y avisa a los hijos que se pasen por el Ayuntamiento para “negociar”. Acto seguido da las siguientes instrucciones.

—En cuanto estén aquí, que vaya un camión de mudanzas y una pala excavadora, sacáis a la vieja y los muebles, tirais la casa, a la vieja la lleváis con todos sus enseres a la casa que no les gusta y en cuanto todo eso esté en marcha, me avisáis aquí a la alcaldía.

—¿Y si le da un patatús a la vieja, qué hacemos?- preguntó alguien.

—Que esté preparada una ambulancia por si hay complicaciones.

Una hora más tarde, en plena reunión “negociadora” con los hijos de la vieja, les comunica Juan que el derribo está en marcha.

—Ya podéis marcharos a vuestra nueva casa. Ya está allí vuestra madre y la casa vieja está derruida.

Los tres hijos —creo que ese era su número— salieron zumbando de la alcaldía.

Poco después Juan da otra orden.

—Ahora bajáis a la vieja de donde la habéis instalado y la lleváis a ella, a sus tres hijos y todos sus enseres donde ellos querían.

—Pero Juan- dijo uno de los presentes- si ya lo has hecho ¿Qué necesidad tienes de darles ahora lo que te pidieron?

—Sólo quiero que se den cuenta de que al alcalde no se le imponen condiciones y que aquí se hace lo que yo digo por c...

Oída esta bonita historia que por su origen, creo en su veracidad, me quedó clara una faceta de este personaje, al tiempo que me sembró cierta intranquilidad.

Pero las primeras palabras de mi asesor sobre mi caso, me tranquilizaron.

—Si no tienes deudas o las que tienes no las puedas asumir y si el zoo es autosuficiente, veo difícil encontrar una ra-

zón para la expropiación... pero no te fíes. Lo que se le ocurre a Juan ni se le pasa por la imaginación a la mayoría de las personas- Me contaron más historias, pero para muestra, bien vale un botón.

Pagué la cena en el restaurante Cañadío y los cinco comensales asistentes nos fuimos a nuestras respectivas casas. Unos más tranquilos que otros.

¡Sorpresa! ¡Sorpresa! La mañana del 29 de julio, cuando me acerqué —como a primera hora hacía a diario- a comprobar que la exposición de serpientes venenosas estaba en perfectas condiciones para ser abierta al público, algo me llamó la atención en el terrario de la mocaén de agua, *Agkistrodon piscivorus* conocida en los pantanos de Florida como “cotton mouth” o boca de algodón, llamada así por tener en el interior de su boca, una especie de membrana revestida de una mucosa blanca, que cuando te “tiraba un viaje” para enviarte al hospital, se lo veías claramente ¡Como si uno estuviese para mirar! Dos bolsitas como de plástico transparente estaban sobre la arena, en una de ellas se notaba un cierto movimiento... en eso una cabecita negra se asoma por la membrana y poco a poco, una inocente culebrilla de poco más de diez centímetros sale al exterior.

La otra bolsa contenía un segundo reptil idéntico al anterior pero muerto.

Como curiosidad, esta serpiente tiene una extraña propiedad que le evita buscar pareja año tras año. Puede almacenar óvulos fecundados en una cavidad de la cloaca y utilizarlos para criar cuando no encuentra un macho en su territorio. Curiosa adaptación.

El otro ejemplar de mocaén de la exposición, de la especie conocida como “cooper head” o cabeza de cobre, mucho más pequeña que la cotton mouth, pero más bonita por su

colorido marrón cobrizo, no tuvo a bien obsequiarnos con otro nacimiento.

Cuando a través del teléfono le conté la noticia, Andrés se quedó maravillado.

—¡No me jodas! ¡Esta serpiente es “la pera”! ¡Hace cinco años que no está con un macho y cría todavía! ¡Guardan óvulos fecundados y, si encuentran condiciones favorables, los desarrollan! -me gritó Andrés en estado de éxtasis. Cosa que ya sabía.

Ver zoos me era muy necesario. En todos se aprende algo, mirando distintas soluciones uno se da cuenta qué es lo que se hizo bien, qué regular y en que se metió la pata hasta el fondo.

Nunca fui de los que tomaban decisiones precipitadas, entre otras cosas, porque durante las eternas negociaciones de los terrenos, me pasaba horas y horas imaginando como estaría todo terminado. Durante estas meditaciones, podía hacer todas las modificaciones del proyecto inicial que considerase necesario sin tener que recurrir a la piqueta. Por lo que, desde que comencé en el Zoo, pocas cosas había reformado, salvo algún añadido aquí y allá y poco más.

Quién sabe si a mi regreso del viaje, que aquel día de mediados de octubre acababa de comenzar, no arrasaría todo lo hecho y volvería a construirlo de muy diferente manera.

Varias razones me llevaban hasta California. Por una parte Pilar y Julio -el guía de la Balkan Turist- acababan de hacer el mismo viaje con sus tres hijos incluidos para pasarse un curso entero en la localidad de “El Cerrito”, próximo al famoso Berkeley y su universidad -ambos en el entorno de la bahía de San Francisco- donde Julio, disponiendo de su año sabático, trabajaría en esa universidad con gente muy diferente.

Al tener ellos casa y espacio en ella, les tomamos por la palabra su ofrecimiento de invitación y en un DC 10 de Iberia

en diez horas y media -entonces había ese vuelo directo desde Madrid a Los Ángeles- nos plantamos allí.

Con esto de que volamos a favor de hora sólo llegamos dos horas después de salir. Hicimos un trasbordo rápido y en otro avión, en clase bussines y “by the face” -nos debieron de confundir con algún famoso, si no, no se explica- en poco más de una hora aterrizamos en San Francisco, nuestro centro de operaciones.

Desde el primer instante comencé a disfrutar observando a todo bicho viviente porque todos eran diferentes para mí. Los Black bird con sus extrañas colas y aspecto de cruce a tres bandas de mirlo, estornino y urraca negra, estaban por todas partes.

Dedicamos unos días al área próxima y a la ciudad. Fuimos hasta el Muir Wood, un bosque de secuoyas gigantes, del que me traje por un dólar, un bote de plástico similar al envase de un yogur, pero conteniendo tierra y semillas de este gigantesco árbol, del cual a nuestro regreso y añadiéndole agua, brotaron tres plantuchas sobre mi misma mesa del despacho. Tras algunas vicisitudes, una de ellas sobrevivió y creció y creció hasta convertirse, 25 años más tarde, en un monumento de veinte metros de altura. Todo por un dólar, para que me digan que América es cara...

En otra excursión fuimos en el coche que alquilamos -un magnífico Buik modelo Park Avenue, hasta Punta Reyes, donde no vi ballenas -que era lo que prometían en aquel lugar- pero sí miles de estorninos, descendientes de aquellos cincuenta que un inglés con morriña, se llevó desde Europa y soltó en Central Park allá por los años finales del siglo diecinueve. En poco tiempo colonizaron el continente americano, igual que con más tiempo hicimos los humanos.

En Yosemite -otra de nuestras excursiones- hice otro descubrimiento curioso. Los animales americanos tienen infinitamente menos temor a los hombres que sus equivalentes europeos. Un grupo de ciervas tumbadas junto a una cabaña,

permitieron que Maribel se sentase junto a ellas, a no más de dos metros, y continuaron con la rumia sin molestarse siquiera en echarle una ojeada. Un coyote -cuando paseábamos en bicicleta- cruzó ante nosotros y muchos más ciclistas de la zona, para intentar cazar unas ardillas terrestres que retozaban en un descampado. En la línea directa hacia las ardillas, un hombre sentado en el suelo, con su espalda apoyada en un árbol y la cara tapada con un periódico, dormía la siesta. El coyote lo utilizó como escondite y fue hasta él, para después avanzar lentamente cruzando junto a sus pies, en dirección a las ardillas. Éstas no temían a la gente pero al coyote sí, por lo que, al verle aproximarse, se lanzaron de cabeza a sus agujeros en busca de refugio y seguridad.

Mil historias se me pasean por la cabeza, pero continuemos con el viaje.

Después de unos días en el entorno de San Francisco, junto a la familia Pozueta al completo, nos fuimos a Monterrey donde pocos años antes, aprovechando el edificio de una antigua fábrica, habían construido un acuario que me dejó sin palabras y sin respiración. Comparar un pis de vaca con mi acuario, era como comparar el famoso acuario de Montecarlo -que ya lo conocía- con esta monstruosidad de derroche e imaginación que era el acuario de Monterrey.

En aquel acuario descubrí lo que se puede hacer, con mucho trabajo, mucha imaginación, muchos conocimientos y muchos, muchos, millones de dólares.

Vi acuarios que imitaban el fondo de un puerto con pilotes de hormigón tamaño natural, cubiertos de moluscos, estrellas de mar y rodeados de cientos de peces. Para realizar este acuario, hundieron en el mar los pilotes, esperaron varios años, los extrajeron con grúas y los colocaron en su sitio ya preparado. Acto seguido, lo llenaron de agua. Así de fácil.

El acuario principal, de seis metros de profundidad y más de cien metros de superficie albergaba en su interior un bosque de kelp -unas algas de la zona de hojas anchas y más de

diez metros de longitud- que se mecían suavemente al son de las olas que una máquina muy compleja, provista de una excéntrica, generaba continuamente sin que se viese como, a no ser que subieses a la terraza desde donde se podía ver toda la compleja maquinaria.

Otro acuario daba la impresión de estar roto, pues se vaciaba lentamente donde los peces, al verse sin agua, buscaban refugio en lo más profundo de las grietas y cuevas de las rocas del fondo. Cuando sólo quedaba un palmo de agua... una ola caía por la parte superior llenándolo todo. Los peces salían nadando y buscando comida. Así, pero diferentes, centenares de acuarios.

Cinco horas en el interior y no lo vimos entero. Con eso está dicho todo.

—En América, todo está construido a otra escala- repetía Julio cada vez que, desde el comienzo en el Golden Gate, veía que me quedaba con la boca abierta.

De Monterrey fuimos al “pueblecito” de Carmel a saludar a un conocido. Carmel no tiene números en la casas ni, creo recordar, nombre en las calles, porque los que viven allí prefieren mantener el anonimato y recoger la correspondencia en un apartado de correos. Por más que buscamos a nuestro “conocido”, de nombre Clint Eastwood y, aunque era el alcalde, no lo vimos inspeccionando por ninguna obra. Carmel tiene por metro cuadrado más millonarios que vacas Cantabria.

De allí pusimos rumbo a San Diego, donde tenía dos asuntos pendientes: ver su famoso Zoo y... comerme mi primer hot dog en América.

San Diego es una ciudad fronteriza junto a la mejicana Chihuahua. Tiene un millón cien mil habitantes en la ciudad y otros cuatro millones más en sus proximidades o “Área Metropolitana” y una renta per cápita cuatro veces la española. Así tiene un Zoo importante cualquiera, que en el caso de San Diego, tenía fama de ser el mejor del mundo.

Al Zoo sólo fuimos parte del grupo, Julio, Pilar y su hija Elena de tan solo seis años, pero con una vitalidad que aparentaba dieciocho, se fueron a otras cosas y sus hijos Julio y Álvaro se vinieron con nosotros.

El Zoo de San Diego, entre otras comodidades, dispone de autobuses, escaleras mecánicas y mucho espacio donde agotarse caminando durante un largo día.

Muchas de las instalaciones tenían ya sus añitos, pero se respiraba ciencia, buen hacer, medios y dinero por los cuatro costados.

Tuve un poco la misma sensación que cuando visité el zoo de Lisboa, salvando las distancias y que no se ofendan los portugueses. Un Zoo tarda en adquirir prestigio muchos años y, una vez adquirido, éste se puede perder muy lentamente aunque se haga poca labor de renovación en sus instalaciones.

Suele suceder que, muchas personas que lo visitaron una sola vez, continúan haciendo durante toda su vida los mismos comentarios sobre él, como si fuese una obra eterna como las pirámides de Egipto o el Gran Cañón del Colorado.

Los Zoos, como las personas, crecen, envejecen, se hacen la cirugía estética con cierta frecuencia e incluso pueden llegar al trasplante de sus órganos vitales.

El de San Diego conservaba toda su sabiduría que le dio la fama durante muchos años, pero como a los premios Nobel, el cuerpo le pedía un arreglo.

Todo esto no quita para que me impresionase por muchos aspectos.

En un momento en el que estábamos a punto de desfallecer avisté un puesto ambulante hot dog.

—¡Hot dog a la vista! ¡Estamos salvados!- grité como si un naufrago hubiese avistado una isla.

—José Ignacio. Esos no son hot dog, son “hot dog burritos”- dijo uno de los niños intentando amargarme mi descubrimiento.

—Mira, un hot dog es un hot dog lo mires como lo mires y como dicen por allá, “aquí y en toda tierra de garbanzos” - le expliqué con mi santa paciencia a la pequeña e inexperta criatura. Pero él insistió.

—Ahí pone “hot dog burrito” y eso no es un hot dog.

—Vas a ver si es o no es ahora mismo. ¿Queréis uno?

La demostración más palpable es ponerle uno en la boca, me dije yo.

—Yo quiero una hamburguesa. Y yo también- continuó el hermano como si fuese el eco.

—Yo tomaré uno.-Maribel se solidarizó conmigo.

—Dos hot dog y dos hamburguesas, “please” - le dije al hispano que nos atendía, para que viera que éramos gente preparada.

Cinco minutos más tarde, le hincó el diente a un bocadillo de puré de alubias rojas -muy similar a un hormigón biológico- que en lo más profundo de su ser contenía una salchicha imposible de extraer, si no era zampándose anticipadamente el puré.

Visto lo visto, para no quedar como un idiota y además hambriento, me lo tuve que comer sin rechistar, ante el pitoreo y el jolgorio correspondiente de dos niños de once y nueve añitos.

Maribel me imitó y ambos estómagos, con el puré y la salchicha que encontramos en sus profundidades, quedaron como si estuvieran hormigonados. Eso me permitió ir a cenar esa noche a un restaurante japonés, donde la comida es muy ligera y no muy de mi agrado.

El estigma del hot dog burrito aún me persigue.

Al día siguiente, repuesto de la ingesta del día anterior, fuimos Maribel y yo solos -no sé si los niños se negaron por miedo a una venganza por mi parte, o si hubo otra razón- al Sea World. Allí aluciné con las instalaciones, los animales y hasta con un altavoz disfrazado de roca que emitía música, el cual tardamos varios minutos en localizar. Las orcas, focas,

delfines, pequeñas ballenas que se podían tocar al tiempo que les dabas de comer peces, que allí mismo te vendían, acuarios tan bonitos como los de Monterrey aunque menos sofisticados, una colección de patos que me pusieron los dientes largos, tarros Rajás, porrones alvéolos, serretas... todos nadaban y paseaban entre el público sin ningún temor, se les podía dar de comer, extrayendo la comida de una máquina... tras introducir unas monedas ¡cómo no!

Tras comprar unas alfombras en una tienda como un Corte Inglés -que estaba en el interior del recinto, para evitar que te fueses con algo de dinero- cuando dábamos por finalizada la visita, nos acercamos a ver los pingüinos a un estanque junto a un extraño edificio sin ventanas. Tras disfrutar con estas curiosas aves observando sus evoluciones, nos acercamos a curiosear el extraño edificio. En una de sus puertas ponía “entrada” y nos asomamos a ver que era aquello. Casi sin darnos cuenta estábamos subidos en una especie de pasillo rodante que circulaba por la Antártica.

¡Qué espectáculo! Tras una cristalera gigantesca un paisaje cubierto de hielo, un agua transparente con peces nadando en ella y sobre el hielo y en el agua decenas de pingüinos de ocho o diez especies diferentes bañándose y retozando como terneros... el pasillo continuó arrastrándonos hasta el Ártico -curiosamente a tan solo unos pocos metros- donde montones de peces y aves como los frailecillos, araos y alcas acompañados de diferentes eíderes y de patos arlequín me dejaron al borde del desmayo.

Di varias vueltas por el pasillo y me separé junto a él en la zona de observación dispuesta para los que como yo, querían disfrutar largo y tendido de aquel espectáculo.

Con aquella cura de humildad y aquella ostentación de recursos, nos fuimos al hotel a descansar de tantas emociones.

Una vez que las serpientes pusieron “anillos en polvorosa” y ya de regreso de hacer las Américas, volvió una especie de paz que nos dejó a todos un tanto aplatanados y con poco que hacer, salvo recoger las hojas del otoño, que es una actividad muy relajante.

Pero una novedad importante estaba prevista para el 10 de noviembre, ya que en esa fecha se incorporaría a la plantilla del Zoo un veterinario con experiencia: Manuel López, al que ya conocía de tiempo atrás y que en una ocasión anterior ya nos había visitado, cuando acompañó a la pantera negra junto con Antonio Luis.

Manolo venía de Guinea donde había estado casi un par de años de cooperante en temas de control de alimentos. Allí cuidaba de la “salud alimenticia” de los guineanos. Ahora nos ayudaría a cuidar de la salud principalmente de nuestros mamíferos, que no se manejan con tanta facilidad como las aves.

1988



CAPÍTULO 12

Desde que mi colección de animales se complementó con los osos, comencé a tener pesadillas. Fueron sin duda mucho más variadas que cuando me asaltaba la pesadilla “clásica”, en que el argumento era que al día siguiente tenía un examen en la Escuela de Caminos.

Los animales me sorprendían en el jardín, me los encontraba en un restaurante o se presentaban a mi lado durante una cena y siempre me hacían pasar un mal rato que terminaba cuando -aliviado- me percataba de que por suerte sólo era un sueño.

Mis animales conceptuados como peligrosos -cachorritos aparte- eran: tres osos, dos leones, dos leopardos, dos pumas y dos tigres, los últimos en incorporarse al Zoo. No olvido a los impredecibles chimpancés, equivalentes al gran Houdini en el mundo de los animales.

Por mis visitas a otros zoos y en las conversaciones de “pasillo” me había enterado de muchas historias en que el argumento base eran escapes de animales. Todos tenían algo que contar.

—¿Sabes lo del gorila que después de escaparse se ahogó en el estanque de las focas? ¿Y lo de la fuga de los chimpancés? ¿Te acuerdas de aquel día en que nos encontramos a aquel animal entrando a los vestuarios?- Había historias para todos los gustos, que sólo en la confidencialidad se comentaban.

La conclusión a que llegué era que, se hiciese lo que se hiciese, un escape era posible y había que estar preparado para él, física y mentalmente.

Una cosa que ya había hecho era comprar un fusil lanza dardos y una cerbatana de aire comprimido -no de pulmón humano, que esa ya la fabriqué yo hacía mucho tiempo- en la que mi pulmón era sustituido por un depósito que se llenaba dando a un pedal y observando en un manómetro la presión de llenado. Según a qué distancia hubiese que lanzar el dardo y el peso del contenido de éste se regulaba -fruto de experiencias en prácticas y lanzamientos fallidos- la presión final. Esta cerbatana era fácil de utilizar y muy efectiva en cortas distancias... ¿Pero qué ocurriría si el animal al recibir el pinchazo se enfadaba -cosa que parecía hartó probable- y se lanzaba sobre el causante de su enfado?

De nada serviría decirle a un oso “tú tranquilo y sigue mordéndome, que veras qué pronto caes dormido.”

Para los casos de auténtico peligro, había que estar preparado con métodos mucho más expeditivos.

Compré veinte balas del calibre doce, para -sólo en caso de absoluta necesidad- convertirme en el “white hunter” que llevo dentro, desde que en mi infancia vi películas como: “Las minas del rey Salomón”, “Mogambo” y muchas otras más, con secuencias inolvidables frente a animales salvajes de la fauna africana.

Desde mis años jóvenes, en que era cazador de caza menor, tengo dos escopetas, una del calibre doce y otra del calibre veinte. Con estas armas y munición adecuada estaba más que preparado para aquella emergencia, que cada cierto tiempo se me presentaba, por suerte hasta la fecha, sólo en sueños.

El supuesto táctico de cómo actuar en un escape peligroso, lo tenía archidesarrollado en la teoría: cómo comunicarnos durante las crisis, dónde situar puntos de observación e información en lugares seguros, cómo y por donde evacuar a los visitantes en el caso hipotético de que los hubiere y mil detalles más, los había repasado una y mil veces tanto por el día como en mis sueños, donde casi los resolvía como auténticos casos reales.

Con mis balas en lugar seguro, las escopetas bien engrasadas y la cerbatana y el fusil lanza dardos en perfecto uso, estaba preparado para cualquier contingencia, que esperaba no tener que resolver nunca.

Mis pesadillas no me abandonaron e incluso descubrí que -como la gripe- eran muy contagiosas. Maribel las padeció y algunos de mis empleados también. Más de uno al llegar a trabajar, me comentó en diversas ocasiones -contestando a mi pregunta de por qué tenía tan mala cara- que se había dado una paliza terrible huyendo de Hubertus que lo perseguía con aviesas intenciones.

El tema no tenía -o por lo menos yo no se lo encontraba- la menor gracia. De vez en cuando los ganaderos me acusaban de soltar lobos en los montes cántabros. En cuanto los lobos hacían alguna trastada entre los rebaños de ovejas o con potros y terneras, me llegaba a mí la onda a través de un amigo que había oído todo tipo de comentarios al respecto.

Pero no era eso lo peor. La prensa regional se hacía eco, y junto a la noticia de la muerte de animales a colmillos de estos cánidos, incluía sabrosos comentarios de gente del país como por ejemplo.

—El año pasau, en el zoo esi de Santillana había muchus lobus y naide sabe donde han idu a parar.

—El lobu que se mató el otru día en la batida, tenia las uñas gastás, como de haber estao pisando el hormigón en un zoo.

Yo estaba indignado y me ponía de muy mala leche con estos comentarios. Maribel lo llevaba aún peor que yo.

—¡¡Si te parece!! ¿Voy a soltar yo en el monte a estos lobetes tan guapos para que pasen hambre y frío y que esos salvajes los asesinen, habiendo zoos que los están deseando y no se los queremos vender?

Pero el tema no acabó ahí e incluso alguien del interior de la región me advirtió que era tal el mal ambiente y tan creído se lo tenían los ganaderos, que no me recomendaba que me dejase caer por aquellos pueblos y muchísimo menos -si llegaba a hacerlo- me identificase como el dueño del Zoo.

No tuve otro remedio que defenderme. Comencé a hacerlo cuando leí los primeros comentarios de una revista de difusión nacional -Época- en la que Jaime Capmany escribía en un artículo las opiniones de los ganaderos de Cantabria sobre el origen de los lobos. A él le dirigí una carta con mi protesta educada y razonada, a la que nunca se dignó responder.

Los periódicos de la región cogieron la noticia de rebote y repitieron lo publicado por Época, sin meterse en más averiguaciones.

El Diario Montañés me publicó un artículo en el cual yo pude explicar el origen de mis lobos, el destino de los nacidos ese año: dos a un centro oficial de la Generalitat situado en Lérida y otros dos a unos veterinarios de Andorra. También hice alusión a dos parejas de lobos, una de catorce años y la otra de diez, que seguían como “jubilados” viviendo en el Zoo y así continuarían hasta su muerte, por si alguien quería comprobarlo.

Muerto Félix Rodríguez de la Fuente, al que -con las mismas falsas razones que a mí- habían acusado de soltar lobos por media España, me tocaba ahora a mí la titularidad de la sucursal del norte de este país y con idéntico “sambenito”. Pero no quedó otro remedio que aguantar las acusaciones y consolarnos con el dicho popular: “Lo importante es que hablen de uno... aunque sea bien”.

Desde que comencé a tener el Zoo, me interesé por pertenecer a la Asociación Iberoamericana de Zoos y Acuarios.

En cierta ocasión -bastantes años atrás- solicité al director del Zoo de Barcelona que me considerase como candidato

para ser aceptado como socio, su respuesta no pudo ser más sorprendente ni desesperanzadora.

—Ni se te ocurra. Esta asociación está más muerta que los dinosaurios, aunque oficialmente continúe existiendo. Cuando se fundó hace veinte años, todos creíamos que la presencia de los zoos de Iberoamérica facilitaría los intercambios de animales con esos países, pero al final se ha comprobado que son tan poco operativos y tienen tantos problemas de índole política, que no hay quien ate cabos con ellos. Salvo con un zoo de Argentina, con el que ya antes manteníamos buenas relaciones, no sé que se haya conseguido nada positivo por ese lado. Lo único que hemos logrado es que Pío Ballesteros se encargue de mantenernos informados de los excedentes de animales de unos y otros. Ahora ya nadie paga sus cuotas y lo que tenemos que hacer es enterrar esta asociación y crear una nueva, en la que sólo estén presentes los zoos españoles.

—Si avanzáis en ese proyecto, cuenta desde ahora mismo conmigo- fue mi contestación que dio por terminada esa conversación.

Lentamente y sin prisas, durante unos años se fue gestando el nuevo esquema y se redactaron los nuevos estatutos. Acudí a todas las reuniones y, cuando aquello fue tomando cuerpo, me ofrecí para que el acta de constitución oficial se firmase en Santillana del Mar. Aceptaron encantados mi propuesta. El que más o el que menos sentía curiosidad por conocer lo que había conseguido en mi Zoo hasta ese momento. El complemento de la Villa y la posibilidad de entrar a ver su reabierta Cueva de Altamira -aunque con un límite de pocos visitantes por jornada- sumaron también puntos a mi favor en esa decisión colectiva.

Solicité plazas para la visita a la Capilla Sixtina del arte Cuaternario —como se conoce también a la cueva de Altamira- y recibí la promesa de que, a lo largo de los tres días que duraría la estancia de los directores de zoos españoles, me encajarían a todos ellos en los huecos disponibles.

Dedicué varios días a poner el Zoo como si fuese la novia de una boda. En parte era así, pues establecería un compromiso duradero con el resto de los zoos importantes del resto de España. Con todas las instalaciones en perfecto estado de revista, se acercó el día de nuestra reunión para la firma del acta fundacional.

El tiempo no podía ser mejor cuando aquella mañana de mayo, comenzaron a llegar de toda España y de sus islas, tanto Canarias como Baleares, todos aquellos personajes.

El primero en llegar fue D. Ignacio Docavo Alberti -sobrino del famoso poeta Rafael Alberti- que con sesenta y pico años venía recién casado, con lo que solapó viaje de novios con el de constitución de la asociación. Ignacio era desde siempre, director del zoo de Valencia y miembro de la anterior asociación ya extinguida.

Poco a poco recibí al resto: Tomás Cerdán, director del zoo de la Casa de Campo, con el que me unía una excelente amistad, Enric Mas Gerente del de Barcelona, el Sr. Caseras de Loro Park de Tenerife y el Sr. Benet de Marineland, Fernando Peralta del Safari El Rincón cercano a Madrid, Miguel... del Zoo de Jerez, Pepe Barasona del de Córdoba -animador con su gracia andaluza de las reuniones preparatorias- los representantes del safari Vergel, también los del safari de Elche etc...

La constitución se firmó en el Ayuntamiento de la villa, en presencia de su alcalde Javier Rosino, que invitó a una cena en el Parador de Turismo Gil Blas.

Todo fue un éxito y aquí, en Santillana, dio sus primeros y vacilantes pasos la AEZA -Asociación Española de Zoos y Acuarios- que veinte años más tarde incorporaría a los zoos portugueses y cambiaría su título de Española por el más amplio de Ibérica, AIZA.

Aprovecharon la visita para ver las cuevas de Altamira, que tenían las visitas restringidas y con un año de listas de espera pero... con tanto tiempo siempre fallaba gente y en tres días conseguí que todos viesen esa maravilla.

Pero un acontecimiento empañó mi alegría por el éxito de la reunión.

La mañana del siete de mayo, cuando poco después de las doce conducía mi coche para recoger a varios de mis colegas de su vista a la cueva, al cruzar el barrio de Herrán camino de la cueva, algo vi por el rabillo del ojo que se atravesaba ante mi coche a toda velocidad. Miré por el retrovisor y vi lo que me temía. Paré, bajé y recogí a una preciosa hembra de armiño que sin querer, yo había matado.

Los armiños son muy escasos y me sobraban dedos en las manos para contar los que llevaba vistos hasta esa fecha.

Recordé a Abderramán III que, cuando le preguntaron ya en su vejez, cuántos días de su vida recordaba haber sido plenamente feliz de la mañana a la noche, creo que contestó “sólo catorce”.

Yo no sé cuantos llevo, pero ese en concreto, sé que no fue uno de ellos, porque el atropello involuntario del pobre armiño me le empañó.

En uno de mis primeros viajes a Barcelona había “conocido” a unos roedores gigantes, tan grandes o más que un gato grande, de dientes color naranja, oreja pequeña, rabo de rata, redondo y largo y patas traseras con membranas entre los dedos especiales para concursar en campeonatos de natación. Su nombre científico lo decía todo: *Myocastor coypus*, una especie de roedor pariente del castor, como aquél que cazaban por su piel aquellos aventureros que se dedicaban al trampeo de animales en las frías tierras de Canadá y Alaska en los tiempos de la conquista de América. Pero sobre todo tenían una gran ventaja para mí: eran vegetarianos, una facilidad para alimentarlos sin hacer grandes dispendios.

No tuve más que insinuar al director que me habían gustado y que disponía de un posible alojamiento para ellos,

y me hice sin dificultad con un trío, o sea un machito con dos chicas.

Llegados a su nuevo destino, se adaptaron con facilidad y aquellas “ratonas” que, de no ser por su hocico redondeado, parecían ratas participantes en la N.B.A. de éstos roedores, me demostraron que –aun comiendo sólo verduras- podían llevarme a la ruina como se reproducieran demasiado, ya que “embarcaban” zanahorias a una velocidad increíble, además de manzanas, peras y otras frutas a las que no hacían ascos.

Como me temí, se reproducían con facilidad y pronto la familia de tres se convirtió en cinco, uno de los cuales nació completamente blanco y con los ojos azules lo que para mí fue una sorpresa mayúscula.

Para consolarme de su alto consumo en frutas, resultaron ser muy atractivas a los visitantes aunque a algunas mujeres -que ya es bien sabido el miedo ancestral que profesan a los ratones -a pesar de la laca del pelo, se les ponían los pelos de punta. Pero todo lo olvidaban en cuanto comenzaban estos curiosos animales con el ritual de sus baños en el pequeño estanque de que disponían. Entonces todos los presentes se lo pasaban en grande.

El baño comenzaba con una sesión de buceo y continuaba con algún chapoteo que otro, pero enseguida salían del agua y comenzaban sus abluciones rituales. Primero se sentaban cómodamente sobre sus patas traseras y comenzaban -usando sus manos con cinco dedos a modo de peine- a arreglarse el pelaje como si fuesen de fiesta, empezando por la espalda después con el vientre y por último -esto era lo que tenía verdadero éxito- acabando por la cabeza. Las pasadas de las manos por su nuca y sus orejas las hacían con movimientos casi humanos. Verlos era para partirse de risa, se limpiaban las orejas con entusiasmo, se frotaban el pelo de la cabeza y se lo esponjaban para que les quedase de su gusto y cinco minutos más tarde se metían al agua a comerse unas zanahorias y vuelta a empezar. Resultaron ser unos animales divertidos aunque

-para advertir a los visitantes que circulaban deprisa- me obligaban a mí a estar por las cercanías y así alertarles de que se detuviesen un momento para no perderse el final del baño.

El blanquito no duró demasiado. Empezó con problemas debidos al sol. No estaba preparado para pasarse todo el día al sol y en la playa. Comenzó con problemas de piel que poco a poco se le extendieron a aquellas zonas más sensibles, como las orejas y el hocico, en que a la falta de pigmentación se unía la carencia de pelo.

Poco a poco sus orejas se cubrieron de costras negras y le sangraban con facilidad. El estar todo el día de baño en baño no le beneficiaba en absoluto y así sus heridas no cicatrizaban.

Le di pomadas en las orejas y en otros lugares donde aparecieron llagas e hice todo lo que se me ocurrió para curarle, pero todo fue inútil, porque todas sus miserias fueron lentamente a peor y antes de cumplir los tres años, el albino murió.

El grupo, por suerte se había estancado en el número seis. Si nacían dos se moría otro y si nos estancábamos una temporada en el siete y no nacía ninguno, otra baja le volvía al seis de partida. A veces nacían varios y la madre -probablemente consciente de que no había lugar para todos- los dejaba morir. Pero en una ocasión nacieron dos camadas de tres al mismo tiempo y todos salieron adelante. Aquello podía ser un auténtico problema, pero fue el zoo de Barcelona -el mismo que me los proporcionó- quien acudió en mi salvación.

—Oye ¿no tendrás algún coipu que te sobre?- La llamada no pudo ser más oportuna -Hemos tenido un problema con ellos y solo nos quedan tres, lo que hace parecer vacía la instalación, que como tu sabes es muy amplia.

—Tengo seis guapísimos que me sobran y el llevároslos es una excelente disculpa para haceros una visita, y de paso, recordar al director el tema pendiente: la hembra de bisonte que me tiene prometida.

Llamé a Manolo -el que respiraba poliéster- y se mostró dispuesto a acompañarme, aunque su voz al principio se la

noté irreconocible. Quedamos para las nueve de la mañana del día siguiente. Estábamos a primeros de julio y el tiempo era excelente. Disfrutaríamos del viaje.

—Buenos días. Tengo un trancazo encima que no me tengo de pie. A ver si hay suerte y, viajando a Barcelona, con el cambio de clima lo dejo atrás.

—Así que te noté tan rara la voz. No te preocupes que el aire seco por lo menos te dejará la nariz, tan seca o más, que una piedra pómez.

Emprendimos viaje. Atrás, en el portaequipajes de mi Renault 18, viajaban los seis coipus, cómodamente tumbados sobre un lecho de heno y en el interior de una jaula construida con varillas de hierro, a prueba de dientes de roedores gigantes.

Al llegar a la altura del Pilar de Zaragoza miré el reloj, eran las dos de la tarde y el calor era bastante intenso, Manolo - en prevención de males mayores- mojó un pañuelo en el agua de un termo que le acompañaba y se refrescó la cara con él.

—El calor lo llevo fatal, me afecta muchísimo. Espero que no haga mucho más porque si aumenta la temperatura mucho más yo “la palmo”.- No quise nombrarle Los Monegros para no asustarle, pero me temí que el calor subiese en ese lugar varios grados.

No me equivoqué en mis vaticinios y Manolo comenzó de inmediato a lamentarse. Se tapo la cara con el pañuelo húmedo.

—Si esto sigue así me asfixio. Los de Sietes en Asturias no hemos pasado por esta selección natural y no resistimos el calor.

Por lo menos hablaba con coherencia. Bajé un poco el cristal para que notase que no era para tanto y una bocanada de fuego nos dio en la cara. Subí el cristal a toda prisa.

—Sí que hace calor ahí fuera. A lo mejor estamos a cuarenta y ocho grados. Menos mal que el coche -aunque no tiene aire acondicionado- con el movimiento y la evaporación de tu pañuelo...

—Me siento mal, creo que voy a desmayarme.- Dicho esto, Manolo tumbó el asiento todo lo posible y se sumió en un profundo y jadeante sopor.

Aceleré lo poco que me permitía el vehículo, pues lo llevaba casi a tope. La autopista estaba casi vacía. Los únicos locos que transitábamos por ella éramos nosotros y mis pasajeros del portamaletas.

Manolo ya no emitía más que susurros, pero ya enfilábamos la bajada de Lérida hacia Barcelona. Seguro que la temperatura nos concedería un respiro al aproximarnos al mar.

A las cinco -con Manolo volviendo a la consciencia poco a poco- detuve el coche a las puertas del entonces llamado, Gran Hotel Sarriá en la avenida del mismo nombre.

—Manolo. Tengo aquí una habitación reservada. Adelántate, te metes en la bañera en agua fría y me esperas que yo entrego a los coipus en el zoo y vuelvo zumbando.

Mientras Manolo se alejaba tambaleante con las dos bolsas de nuestro exiguo equipaje, abrí el portaequipajes. Allí, uno junto a otro, todos en fila, estaban dormidos los seis coipus.

Zarandéé ligeramente la jaula para que se percatasen de habíamos llegado, pero no se movieron. Lo repetí con más fuerza e hicieron caso omiso del vaivén... entonces me di cuenta de que los seis coipus estaban muertos.

La trágica historia de Bongo el puerco espín se había repetido. ¿Cómo era posible? Allí no daba el sol. O mejor dicho, sí daba, pero lo mismo ocurría en el habitáculo del coche y nosotros habíamos -Manolo a duras penas, todo hay que decirlo- sobrevivido.

Poco a poco fui consciente del problema. El coipu -un animal cuya piel se utiliza en peletería- utiliza su pelaje como aislante del frío, pero, para aislarse del calor, sencillamente se zambulle en el agua. Si no tiene agua para refrigerar, su temperatura corporal lentamente sube hasta alcanzar la de su entorno, si ésta sobrepasa los cuarenta grados sin agua a su alcance

para refrigerarse, sufre un golpe de calor y muere sin remisión.

Metí el coche en el garaje. Llamé al zoo desde la recepción del hotel y les puse en antecedentes de lo ocurrido para que no me esperasen y les hice una pregunta.

—¿Puedo mañana dejaros allí los cadáveres?— La contestación fue un escueto, sí.

Rellené la hoja de entrada al hotel y se la entregué al recepcionista que me estaba atendiendo y me encaminé a la habitación.

Cuando entré en la habitación, Manolo —ya en la bañera y algo más tranquilo— se mostró sorprendido de lo rápido que había ido y vuelto.

Le conté la tragedia.

“La exposición de serpientes más venenosas del mundo” volvió a Santilla ese Verano. Tenía decidido que fuese el último verano. No quería más preocupaciones, que de esas andaba sobrado y el porcentaje que se llevaban los italianos no era precisamente despreciable.

Tenía la experiencia del año anterior, en que, como es sabido, si en el ejército la experiencia es un grado, en mi caso también lo era. El manejo, la alimentación y otros detalles, con el rodaje del año anterior no sería un problema.

La afluencia de público fue este segundo verano muy similar al primero, aunque un poco inferior, lo que achacamos a que casi todos los que se sentían atraídos por el morbo de la exposición ya la habían visitado.

Tampoco hubo novedades que atrajesen la curiosidad, ni pancartas como el año anterior ni cosas por el estilo, sólo, cuando quedaban unos pocos días para la clausura definitiva, una serpiente arborícola verde como una manzana, de nombre sencillo *Trimeresurus arbolabais* y pequeñita, pero con una mirada de mala milk —que dicen los ingleses— que por precau-

ción no le daba de comer nada más que lo imprescindible y abriendo para eso una rendija mínima, decidió que tenía que montar el número y una noche... parió casi una docena de copias reducidas de sí misma. Aproveché la ocasión para, al contárselo a Serralta, sacarle unos cuantos “¡No me jodas!” de lo más profundo de su corazón.

—¿Sabes Andrés lo que nos ha pasado con el Trimeresurus que tanto quieres?... Dejé la pregunta sin respuesta esperando su contestación que no se hizo esperar...

—¡No me jodas! ¿Acaso se ha muerto? ¿Ha vomitado una rata?- Me hice el sordo para que me repitiese con su característico acento catalán el “¡no me jodas!” habitual, pero al intuir que no tenía un día expresivo, opté por contestarle a su pregunta.

—No, está viva y aparentemente bien, sólo que ha expulsado por la cloaca unas cosas raras que se retuercen...

—¡No me jodas! Acaso está soltando parásitos. Eso es muy mal síntoma. ¿Cómo son los que ha expulsado?- Ya no pude contener la risa.

—Son nueve, verdes y con los mismos ojitos y cara de mala leche que su mamá.

—¡Qué sustos me das! ¡Eres un cabrón! ¡Un día me matas de un infarto! ¡Ya verás ahora para “subirlos”!... creo que comerán bien los renacuajos. Prueba a ver si consigues que coman que es muy importante...

Desde hacía diez años estaba deseando tener una hembra de bisonte, lo cual debió de haber ocurrido en su momento y se postergó diez años. Me explico.

El macho de bisonte -Luis- que vino de Barcelona y que murió de un problema en sus vías urinarias, salió de Madrid siendo hembra y llegó aquí siendo macho. Fue una bonita historia que descubrí por casualidad en una reunión de los directores de los zoos.

—¿Qué tal está la bisonte que Pío Ballesteros se llevó para ti?- La pregunta, en boca del director del zoo de Madrid, me sonó rara.

—No, lo que yo me traje fue un bisonte macho, pero no de Madrid, sino de Barcelona.

—Pues Pío se llevó de aquí una hembra para ti.- Acercándose a Pío. -Oye. ¿Qué ocurrió con la hembra de bisonte que te dimos para Pardo?

Pío, que negociaba e intercambiaba animales entre los Zoos de la Asociación Iberoamericana de Zoos, y que se las sabía todas a la hora de organizar intercambios a tres o más bandas, contesta, con la mejor de sus sonrisas.

—Debió de ser que al pasar por Barcelona se equivocaron, se traspapeló y le dieron un macho.

Sencillamente, debió ocurrir que Barcelona no quería pedirle la hembra a Madrid -eran los dos Zoos grandes y no gustaban de pedirse favores- con la disculpa de que era para mí, Pío se la saco a uno y se la dio al otro, que aprovechó la ocasión para largar un macho excedente y tener a cambio una hembra que necesitaba, y además, de otra familia.

Pero mira por donde, diez años más tarde, la famosa hembra, ahora convertida en una joven de dos años escasos, iba a realizar el viaje que emprendió su madre o su tía. Vaya usted a saber.

El 26 de julio, un camión recogió al animal en su zoo de origen y se la trajo para acá.

Fui personalmente a presenciar el embarque.

Para intentar capturarla de la mejor manera, primero les pusieron a todos juntos, un poco de comida en su corral, bastante más reducido que el parque de paseo habitual.

Una vez todos los bisontes reunidos en un solo grupo, los cuidadores, discretamente, como si no ocurriese nada extraño, fueron haciendo salir del corral al resto, procurando distraer a la viajera. Poco a poco se fue quedando sola. En cuanto consiguieron que saliese el último y cerraron la puerta, el animal

se percató de que iban a por él y se metió en la cuadra en busca de refugio. Al ver que lo encerraban dentro, quiso salir saltando por una lucera del techo a la que dio un cabezazo de campeonato, también intentó huir por encima de la puerta sobre la que quedaba una ranura y, lo único que consiguió fue hacerse unos rasponazos de aquí te espero.

El resto del proceso hasta el embarque fue un calco del relato de Cueli cuando trajo el macho. Mucha gente tirando de una cuerda, ella que no, ellos que sí y tras una hora de forcejeo, al camión.

Por fin teníamos la pareja y mi deseo de ver nacer un bisonte, en las mismas tierras que los cazó y pintó el hombre de Altamira, quién sabe, quizá en un par de años mi sueño se hiciese realidad.

Pero hay deseos que tardan en cumplirse y éste fue uno de ellos. Aquella bisoncita tenía poco futuro.

Un año más tarde comenzó con problemas, que el veterinario diagnosticó como prolapso de recto. El esfínter del trasero no le funcionaba y cuando defecaba, se quedaba fuera colgando.

La operamos en una ocasión pero poco a poco fue a peor hasta que un necrosamiento y un comienzo de gangrena obligaron a sacrificarla. Mi gozo en un pozo.

Casi coincidiendo con la llegada de la bisonita...

Una tarde de verano tuve una visita ilustre, Ignacio Marí de Oriol y Urquijo. Como tenía una buena amistad con su sobrino Íñigo y su esposa Vicky Ibarra, que tenían una preciosa casa estilo inglés en la vecina Comillas, los traté lo mejor que pude sin escatimar un minuto explicándoles punto por punto todo aquello que considero interesante, procurando no excederme y pecar de pesado. Se fueron satisfechos de su paseo.

Unos días más tarde recibo una llamada de Iñigo, su sobrino.

—Me ha llamado mi tío Ignacio María y me ha contado que en su finca de Puente la Virgen en la provincia de Córdoba, han encontrado una zorrита completamente blanca y con los ojos rojos y me ha encargado que te pregunte si te interesa.

—¿Un zorro albino? Es la primera vez que oigo que han encontrado uno. ¡Claro que me interesa!

Pocos días más tarde, el 30 de agosto, alguien me trajo aquella rareza. Era pequeña. Por lo avanzado del verano y sabiendo que los zorritos nacen en marzo y visto el tamaño del animal, le calculé unos cinco meses de edad, y en verdad que era cosa rara.

Yo tenía la esperanza de que fuese como Maxi, para que se reprodujeran y conservar latente ese gen de albinismo, pero desde el principio se vio que no intimaron, visto lo cual la instalé en precario en el único lugar disponible, con la intención de unos días más tarde, en cuanto acabara el verano construirle un recinto como se merecía.

La zorrита era tremendamente esquiva e inquieta. No descansaba un momento y en cuanto veía a alguien en el horizonte aceleraba.

Al principio mi esperanza fue que con el paso de tanto público cerca de su instalación provisional, poco a poco —aunque sólo fuera por cansancio— el animal se volvería más tranquilo.

Si lo hizo, fue en tan escasa medida que no fui capaz de apreciarlo. No me sentía cómodo con aquel ser intranquilo, pero tampoco podía ponerlo en libertad porque su color la haría tan vulnerable, que en el campo —más si era un terreno desconocido para ella— duraría menos que un pastel a la puerta de un colegio.

El público amainó y ella, como le ocurrió a aquel alcalde de pueblo que, muertos de la gripe española todos los vecinos

menos él, fue preguntado desde el gobierno civil por la situación de la epidemia en su ayuntamiento.

—Epidemia controlada por falta de personal- fue su acertadísima respuesta.

Con mi zorrilla albina ocurrió algo similar y se tranquilizó al dejar de ver gente en las cercanías... Pero se volvió, para mi gusto, demasiado tranquila. Poco a poco se fue quedando débil y su comida la dejaba a la mitad como si estuviese cansada y no le quedasen fuerzas para comer. Recurrimos a un análisis de sangre para intentar averiguar el origen de aquella desgana.

Los resultados nos dejaron helados, El animal padecía un grave problema de hígado, a las claras irreversible.

Ese otoño la zorrilla murió. Estaba visto que los albinos, por lo menos en este zoo, no tenían futuro.

Nunca sabré si el albinismo llevaba aparejada alguna deficiencia congénita o si sencillamente, el estrés le desencadenó la enfermedad. Pero mis esperanzas de inundar el mundo con sus descendientes blancos como la nieve, se esfumaron sin darme tiempo a buscarle un compañero y a construirles una nueva instalación para los dos. La vida es así.

El año no era propicio para los recién llegados. Que conste que no soy supersticioso... porque serlo trae mala suerte. Siempre se dijo.

Aquella culebra que me envió mi amigo Ventura, que se metió en su palomar y no pudo salir porque se comió por equivocación un falso huevo de paloma que era de plástico, después de extraerle el huevo, agradecida, comía y se portaba de bien, que no tenía de ella ninguna queja.

En mis viajes al Zoo de Barcelona, una cosa que físgaba por las trastiendas y que me fascinaban -gracias a la amistad que me brindaron todos los biólogos conservadores- eran las jóvenes serpientes que allí nacían. Así aprendí cómo se

incubaban los huevos que ponen estos seres tan odiados por muchas personas.

La técnica de la incubación allí empleada es muy sencilla: se toma vermiculita que es una materia inerte -para que no se formen hongos- se le añade una cantidad de agua de un cuarto de su volumen, se colocan sobre ésta los huevos que ha puesto la serpiente, se pone la tapa al “tupper” y se mete éste en una incubadora -que puede ser rudimentaria- a una temperatura entre 25 y 30 grados... -muy importante- se arma uno de paciencia y, si todo marcha bien, entre los 45 y 90 días aparecerán unas cabecitas asomadas por las rasgaduras que han hecho las pequeñas serpientes con su diente de eclosión situado en su cabeza, en la membrana del huevo.

Pues esto me ocurrió el 17 de septiembre. La serpiente de escalera que me mandó Ventura había puesto al final de la primavera seis huevos alargados y ahora nacían las pequeñas.

La culebra de escalera recibe este nombre, porque en su librea del dorso, luce durante su “infancia y juventud” dos rayas negras longitudinales unidas cada pocos centímetros por otras que asemejan en su conjunto los peldaños de una escalera. A partir de los dos años los peldaños se hacen apenas perceptibles y toman un color amarillento que los diferencia poco del resto de la piel, mientras que las dos rayas negras se mantienen algo más visibles. Mis recién nacidas -está mal que yo, que me sentía casi su padre lo diga- en verdad eran una preciosidad.

Tuve que pelear con ellas, pues hacerles comer y que se desarrollen con normalidad unos seres tan pequeños, tiene su dificultad. Pero cuatro de ellas llegaron al año y con eso me di por satisfecho.

La prensa, que a veces se excede en el sensacionalismo de las noticias, escribió textualmente el día 22 de ese mismo mes: “El zoo consigue, por primera vez en España, la reproducción de reptiles ovíparos”. También nacieron unos días antes una docena de culebras de collar. Pero en ellas mi mérito fue muy

escaso, pues provenían de una puesta encontrada en un jardín y a los pocos días de nacer, rápidamente las solté deseándoles suerte en la vida, porque en esta región, asocian el collar blanco amarillento que tienen en su infancia con la palabra víbora... con eso está dicho todo sobre su futuro si alguien les pone la vista encima...

Hasta la fecha nuestra suerte con los leopardos había ido de mal en peor. Nada hacía presagiar que las cosas se iban a torcer de aquella manera después de que nuestra pantera-leopardo negra-melánica, hubiese tenido dos gemelas, que crecieron junto a su madre con absoluta normalidad.

Hasta aquí todo perfecto pero, cuando más ilusionados estábamos, coincidiendo con un viaje a California para conocer el Zoo de San Diego, el de los Ángeles y tantas maravillas como hay por allí, a la vuelta nos encontramos con la triste sorpresa de que “la negra” había muerto de parto después de serle practicada una cesárea a vida o muerte, que acabó en lo segundo.

Poco después, de forma inesperada una de las “gotas de agua” siguió a su madre. No nos dio tiempo ni a detectar un problema.

Cuando la hermana Mili, poco después, quedó preñada, cruzamos los dedos.

Hubo suertecilla todo fue bien y el uno de setiembre de 1988 nació una hermosa cachorrita que, para seguir con nuestra mala suerte, ante la inoperancia de su madre como criadora de cachorros -la abandonó en una esquina de la instalación sin hacerle maldito el caso- tuve que tomar la iniciativa y tomarla bajo mi protección. Los acontecimientos se desarrollaron de la siguiente manera.

A Maribel no le ocurre lo que a mí, que madrugo incluso sin proponérmelo, pues para mí el madrugar es una necesidad

vital. A ella le cuesta mucho despertarse. Habitualmente, se hace la remolona. Escucha la radio o ve la televisión mientras se aclaran sus ideas... a no ser que me presente en la habitación diciendo «mira lo que tengo» y que «lo que tengo» sea un cachorro falto de atenciones. Entonces sí que salta de la cama, se despeja y se pone en acción al instante. Así fue, exactamente, como ocurrió con Gladys, que aún no tenía nombre. Entré en la habitación con el cachorro y Maribel, sin pérdida de tiempo, se consagró al empeño de convertirlo en un leopardo de pro. Todo marchó sobre ruedas hasta que, pasados ocho o diez días, el pelo de Gladys empezó a caerse. Cuarenta y ocho horas después, teníamos un leopardo completamente calvo. Daba tal grima mirar a Gladys que teníamos que envolverla en una toalla para darle el biberón. Y lo peor es que enfermó y, en un corto espacio de tiempo, estaba al borde de la muerte.

El suero, los antibióticos que le administró Manolo, el veterinario del zoo -que posteriormente sería director técnico del zoo de Madrid- y la abnegación de Maribel hizo posible el milagro de su curación. De todas maneras, antes de que Gladys recobrase la salud, hubo momentos de auténtica desesperanza.

En una ocasión, incluso Maribel estuvo a punto de abandonar. Viendo a Gladys más allá que acá, se marchó a Santander, a unos recados. De Manolo se despidió así:

—Aquí te dejo a Gladys. Se está muriendo. Haz por ella lo que puedas...

A su regreso, para sorpresa de Maribel, Gladys seguía entre nosotros. El suero la había reanimado y luchaba por la vida. Al parecer, el problema estaba en la leche que le suministrábamos y que nos habían recomendado. No le sentaba bien; su cuerpo la rechazaba y este rechazo se manifestaba perdiendo el pelo. Con todo y con eso, cuando llegó la nueva leche especial, una leche Norteamericana de marca Sbilac -“la carísima”- nosotros aún no estábamos seguros de que fuera a salvarse. Aunque estaba algo mejor, tenía muy torcidas las

patas delanteras y seguía igual de calva.

La respuesta del organismo de Gladys al nuevo alimento y a las vitaminas comenzó a parecerse a un milagro...

Por fin, tras varias inyecciones de vitaminas y cinco días tomando la leche nueva, Gladys recuperó las manchas negras sobre su piel de cerdito rosa, señal de que el pelo brotaría pronto.

Una semana y sus patas delanteras se enderezaron completamente y Gladys, irreconocible, comenzó a masticar carne por primera vez y a disfrutar junto con nosotros de la vida en familia.

No tardó ni otro mes en empezar a perseguir por el jardín a los pavos reales, a trepar a los árboles -de donde hubo que rescatarla más de una vez- y a jugar con Poto, su «Nani», y con Verona y Keisy, las dos perras dogo gigantesacas.

Visto que el verano había sido un éxito y que otros zoos se estaban aficionando al tema de las aves en general y de los patos en particular, me decidí a otra aventura de importación.

Ya había abierto yo la ruta y serían otros los que la continuasen.

En poco más de quince días preparé la segunda “operación pato”, para la que encontré un transportista -Jesús- que tenía una camioneta pequeña y experiencia en el transporte de aves, ya que, cuando los fines de semana no tenía trabajo en sus ocupaciones habituales de repartir bebidas a los bares o llevar cortinas metálicas de un lugar para otro, por encargo de una empresa que las fabricaba, se dedicaba a llevar de viaje a las palomas mensajeras de la sociedad colombófila de Torrelavega y soltarlas donde le dijese para que ellas regresasen “volando” y nunca mejor dicho.

Lo de Holanda era más complicado y hacerlo en un tiempo record era muy importante, por lo que busqué dos ayudan-

tes. Uno que haría de segundo piloto, para turnarse, y el otro, un holandés que se dedicaba a la pedicura en las afueras de Torrelavega y que sería el intérprete de la expedición.

Cuando partió la expedición crucé los dedos y les deseé suerte. A la vuelta tenían que despachar en la aduana de Irún, ya que la de Santander se declaró no autorizada para los envíos de aves de fuera de nuestras fronteras.

Mantuvimos contacto telefónico antes de comenzar el viaje de regreso, cuando todo estaba ya en el camión, y comencé los cálculos de tiempos y mi propia “cuenta atrás”. Cuando calculé que ya estaban a punto de llegar recibo una llamada.

—José Ignacio, tenemos un problema gordo. A los de la aduana de Breda se les olvidó darnos la documentación y nosotros llegamos a Irún felizmente. Aquí, al ver que no teníamos documentación, nos dijeron que volviésemos a Francia que allí nos la hacían... porque creyeron que veníamos de Francia...- Toma aire y se prepara a soltar la bomba.

—¡No veas la que nos han armado los franceses por haber cruzado todo su país sin un papel! ¡Nos quieren quemar toda la carga, camión incluido, porque dicen que es ilegal! No atienden a razones...

— Déjalo. Llámame en media hora que voy a hablar con José Antonio de Cantábrica de Silos que es mi agente en la aduana de aquí a ver si se puede arreglar.

Temblando, le conté nuestro problema a José Antonio que lo comprendió en el acto.

—Voy a hablar con Breda. ¿Vuestro agente allí era Gerlach?

—Sí- contesté con voz de agonía -Resuelve esto como sea, que si no me muero.

Diez minutos después suena el teléfono. Me lanzo a por él como un naufrago a una orilla.

—Soy yo, José Antonio. La documentación, con las prisas, se la dejaron tus chicos en el mostrador de Gerlach. Me

han asegurado que hoy mismo les envían a la aduana de Irún una copia por telefax. Allí un agente que trabaja para nosotros irá a Francia y en menos de veinticuatro horas estará el tema resuelto... suponiendo que los franceses no se pongan burros...

No sabía lo que era un telefax, pero a mí me sonó a milagro y música celestial. No todo estaba perdido aunque —había que ser realista— sufriríamos bajas en la expedición. Un día más de viaje eran muchas horas a sumar. Cada hora de más, empezando por los más débiles, comenzarían las muertes.

Un día desesperado y una noche sin dormir, hasta que me confirman que todo está en vías de solución. Unas horas más hasta la llegada. Lo primero que me dijo Jesús, me desanimó aun más.

—Esta noche ha hecho un calor inusual para esta época del año. Por la mañana había un charco debajo del camión ¡Y eso que le dejamos con la ventilación abierta!

Para entonces ya era muy pesimista respecto al feliz término de la expedición. Con la noticia del calor y del charco de agua bajo el camión, pasé en un segundo a la categoría superior de desesperación total. Mucho tiempo de viaje y calor excesivo era como mezclar clorato potasa con azufre y carbón vegetal... una bomba.

El desembarco fue trágico... más de treinta aves muertas de las quinientas aves que salieron vivitas y coleando de casa de Streutker.

Curiosamente los que se llevaron la peor parte fueron unos patos buceadores que, por su plumaje y su dependencia absoluta del agua se debilitaron los primeros. La mitad de los muertos fueron porrones moñudos. ¡Qué lastima y qué disgusto!... en los siguientes días, como consecuencia del desgaste hubo algunas bajas más.

—Espero que hayáis aprendido la lección. Otra como ésta y Torrelavega se queda sin pedicuro y quedan vacantes dos puestos de trabajo de conductor. Porque os asesino- fue

mi amenaza medio en broma medio en serio para zanjar la tensa situación.

La granja de visones, desde su comienzo a principios de 1985 -ahora había terminado la quinta campaña- no había funcionado mal. A su sombra se habían instalado varias granjas satélites, a las que la del Espinar, vía la de Santillana, suministraba reproductores, comida y tecnología.

Pero la granja me había dado un disgusto tonto, pero que en su momento me sentó fatal por la forma de producirse.

Una mañana un año después del comienzo de su funcionamiento, se presenta en casa un periodista -Alfonso Burgón de Izarra- que quiere hacerme una entrevista. Le invito a pasar al salón de mi casa, donde estaría más cómodo y charlamos largo y tendido sobre el zoo, su futuro, sus éxitos... cuando nos despedíamos en la puerta de mi casa deslizó dos preguntas de un contenido diferente.

—¿Qué tal va esa granja de visones de la que creo que tienes una participación? ¿SE HA ESCAPADO ALGUNO?

—Que yo sepa no, ¡buen cuidado tengo de que eso no ocurra! Ten en cuenta que son animales sanguinarios que no respetan ave alguna. Estoy a dos kilómetros, en la cuenca de un arroyo que es el lugar que más les gusta, y de escaparse alguno recorrerá éste u otro de los tres arroyos de la zona y si llega aquí me dará un disgusto.

El disgusto me lo dio el periodista, que no publicó una sola línea sobre el Zoo, sino que el artículo sobre los visones era lo más destructivo y malintencionado que uno se puede imaginar. A mi me nombraba en primer lugar...

Otro problema surgido con un aval bancario que se tardaba en renovar de forma injustificada, aumentó mi malestar, ya que el banco me amenazó con proceder contra mí aduciendo “que era el más fácil de cobrar”.

Tuve que pelearme para que arreglasen lo del aval y una vez arreglado —como diría mi abuela— mandé a paseo al banco que, sabiendo que había un socio mayoritario que tenía mucho más dinero que yo, “apuntó su escopeta” hacia mí que desde hacía treinta años trabajaba con ellos.

Por otra parte, por una u otra razón los otros dos accionistas amigos míos, el alcalde y el veterinario, habían vendido sus acciones al mayoritario, con lo que un ochenta y cinco por ciento estaba en su cartera y un miserable quince en la mía.

Los consejos de administración eran un trámite a dos voces: un solista y un comparsa que no tenía partitura. Ese era yo.

Decidí que lo mejor era vender mi participación, como hicieron los demás, e irme con viento fresco.

Mientras tanto, tenía que resolver un problema, leve según se mire. Le había cogido miedo y manía al mismo tiempo, a mi Renault 18 color gris y diesel, que aunque no se había portado mal conmigo hasta la fecha...

El coche no frenaba en condiciones. Lo llevé al concesionario donde lo compré, le hicieron pruebas y más pruebas y seguía igual. Estaba claro que, con la forma de frenar de aquel coche, era mejor mantener vigilados a los niños y viejos despistados, porque, de cruzarse alguno por mi camino acabaría bajo las ruedas. El coche se detenía... pero a su aire.

Vino a verlo un técnico de Valladolid y todo siguió igual.

—El coche frena, menos de lo que debería, pero frena. De ahí no los saqué.

Cuando un día lluvioso estaba llegando al puente que hay a la entrada de Torrelavega viniendo de Oviedo, mi coche molesto conmigo, me la jugó. Ante mí había una retención que me percaté de ella a cien metros, reduje la marcha, hice un nuevo cambio, puse la segunda velocidad y, a veinte metros del último coche detenido, toqué levemente el freno... a cámara lenta mi coche comenzó a girar en redondo y se detuvo perfectamente en la fila de detenidos pero... mirando en di-

rección opuesta. Me vi enfrente del que me seguía que me miraba como si yo fuese un inútil conduciendo. ¡Qué vergüenza! Juré que no le daría otra oportunidad.

El 28 de noviembre me dieron en el concesionario el coche de mis sueños, un BMW 325 ix, azul con tracción a las cuatro ruedas y 171 caballos de potencia. Ante todo seguridad.

Tras negociar mi salida del negocio de visones por la misma cantidad por mi aportada -no se habían repartido dividendos nunca-, lo cual no era un triunfo pero sí una salida honrosa, convenimos en vernos en una notaría de Madrid, para zanjar la operación. La fecha elegida fue el 27 de diciembre, el treinta y seis aniversario de aquel accidente con una escopeta que casi me envía al otro mundo.

Como mi intención era ir, zanjar la operación y volverme a casa sobre la marcha, me llevé de copiloto a Pedro un empleado que conducía bien y que a la vuelta me permitiría dormir un buen rato.

En Madrid aparcamos mi flamante coche en el subterráneo de Velázquez -que vi construir en los años sesenta cuando a diario cruzaba junto a él a la vuelta de la E.T.S. de Caminos situada en la esquina del Parque del Retiro- Me encaminé a la notaría elegida, en la calle de Goya cerca de la cafetería California 47. Subí, firmé y cobré, me despedí y al regresar al coche descubrí que me habían roto un cristal y me habían “birlado” -palabra utilizada en una jugada de los bolos cántabros- la radio.

Como Abderraman, un día feliz menos.

Cuando al llegar a casa, ya con la noche encima me recibió Maribel con una cara seria como no suele ella tener, me temí lo peor. Entones me dio una noticia infinitamente peor que el robo de la radio.

—Ignacio. ¿Sabes lo que se le ha ocurrido a Hormaechea, que lo acabo de escuchar en la radio?- Maribel hace una pausa, toma aire para lanzar lo que parece que es una bomba y continua- Dice, que si en San Diego está el mejor Zoo del

mundo... y como Santander es una ciudad muy parecida a San Diego, él va a construir en Cabárceno, el mejor Zoo de Europa.- Un rayo habría hecho un efecto similar si cae sobre nuestras cabezas. ¿Qué iba a ocurrir con nuestras ilusiones y nuestro trabajo? ¿De qué me habrían servido todos mis esfuerzos para evitar que alguien me hiciese la competencia?

—¿Te acuerdas que cuando estuvo con Elena su mujer de visita en el Zoo, te preguntó cuál era a tu juicio el mejor Zoo del mundo y le dijiste que San Diego? Pues ahí mismo le diste la idea.

—Cualquier parecido de Santander con San Diego es -como en las novelas- pura coincidencia. El área metropolitana de San Diego es 25 veces Santander y su renta per cápita cuatro veces superior. Eso sí, en una cosa le doy la razón, ambas tienen mar y turistas sólo que allí son varios millones al año los que la visitan. Para qué te voy a contar. Ya lo viste con tus propios ojos.

A partir de aquí mis días felices serían aún menos que los de Abderraman.

Ahora, con el dinero de todos los cántabros y en parte con el de nuestros impuestos, parecía que, a pesar de que la Constitución reconoce en España la libre empresa y una economía de mercado, ahora las instituciones sin respetarlo se meten a empresario y ¿en qué condiciones?...

Con los nubarrones aún muy en la lejanía -como esos huracanes que aparecen en el centro del Atlántico y que con su sola aparición hacen temblar a América- acabaríamos ese año 1988.

El balance hasta esa fecha era así de increíble:

Cerramos el año con 139.989 visitantes, que comparados con diez años antes en que eran 34.813, daba una idea del futuro del Zoo de Santillana. De no ser por la noticia de cuatro días atrás lo habríamos celebrado con champagne. Pero no fue así.

¿Cuál sería ahora nuestro futuro? ¿Resistiríamos un año,

dos, diez, quién sabe si veinte? ¿La noticia sería una baladronada de Hormaechea? ¿Habría evitado el problema que se me avecinaba si le hubiese contestado -cuando dos años antes me visitó- “Sí Bwana”- como si mi Zoo fuese una colonia del gobierno regional y Juan Hormaechea el lord Mounbaten¹ cántabro...

1. Lord Mounbaten, primo de la reina de Inglaterra y último virrey de la India, asesinado por el IRA norirlandés.

1989



CAPÍTULO 13

Tardé varios días en asumir que el gobierno de Cantabria pusiese un zoo, o lo que fuese.

Diecisiete autonomías en España y se le iba ocurrir a la mía. Asturias, las dos Castillas, Euskadi, Aragón, Extremadura, Murcia, La Rioja... no tenían Zoo y aquí en Cantabria, que ya estaba el mío, no sólo ya tenía haciéndome compañía, dos mini zoos del Ayuntamiento de Santander -en la Magdalena y en Matalaños- sino que ahora -y también con dinero público- se anunciaba otro, y por lo oído grande, para acabar de jorobar la situación.

No pensaba en otra cosa y no se me ocurría la forma de sobrevivir a semejante despropósito. Entraríamos sin duda en el Guinnes, como la región con más Zoos per cápita del mundo... por lo menos mientras el de Santillana sobreviese.

Pasados unos días me decidí a luchar como pudiese. Tenía que hacer que mi Zoo fuese más original y atractivo que cualquier otro derrochando imaginación... mientras la competencia institucional lo que derrocharía sería dinero a manos llenas... Conociendo a Hormaechea y, vistas sus intenciones, que ya me esbozó cuando me visitó en mi Zoo, llegué a la conclusión de que, el que tomé por Lord Moumbatten era en realidad un descendiente directo de los últimos faraones egipcios.

Mi idea de hacer un jardín tropical con mariposas exóticas e insectos raros y aparentemente peligrosos, pasó a ser una

necesidad imperiosa y a ello me dediqué en cuerpo, alma y capital... este último, pedido prestado a los bancos.

Decidí tomar la iniciativa, llamé al consejero de Turismo Alberto Rodríguez que era de Torrelavega y le pedí una cita, que me dio para un par de días más tarde.

Ya en el antedespacho de la consejería, cuando espero que me reciba de un momento a otro, sale el consejero con unos papeles en la mano.

—Me vas a perdonar, pero tengo que asistir a una rueda de prensa que ha convocado el Presidente. Te ruego que esperes, no creo que sea larga-... Y se fue con viento fresco dejándome plantado.

Durante la espera de más de una hora, repasé cómo le iba a plantear mi problema.

Hora y media más tarde se presenta de nuevo, me invita a pasar y a sentarme frente a su mesa.

—Cuéntame- me dice animándome a que le explique el motivo de mi visita.

—Estoy más que preocupado. Cantabria no tiene tanta población como para que haya tanto zoo con animales. Ahora a Juan se le ocurre poner otro y dice que va a ser gigantesco, que se va a gastar en él un montón de millones, y -comienzo a jugar a adivino- nosotros estamos cobrando la entrada de adulto a 400 pesetas, como cobréis en el futuro una cantidad parecida nos va a hacer una competencia terrible, y en parte con el dinero de mis impuestos. Después vendrán los problemas, y lo sé porque lo he visto en otros parques, cuando cambie el gobierno, el que venga detrás recortará gastos y se olvidará del parque y a mí me dejareis en la cuneta.

Durante más de una hora estuvimos Alberto y yo hablando del tema, le dije todo lo que se me ocurrió y él no hizo en ningún momento alusión a la rueda de prensa de Hormaechea. Me fui desahogado, pero sin nada nuevo que no supiese.

La sorpresa me dejó sin habla. El periódico Alerta del 12 de Enero, en una de sus páginas, daba con este titular la no-

ticia: EL GOBIERNO REGIONAL ENCARGA EL ESTUDIO DEL GRAN PARQUE DE LA NATURALEZA DE CABÁRCENO.

Eso ya me lo esperaba, lo que me dejó sin respiración estaba en la tercera columna del artículo, bajo una foto del Presidente hostigando con un rastrillo a una foca de la Magdalena... “la visita al futuro Parque de la Naturaleza de Cabárceno, será GRATIS, pues la rentabilidad...”

O sea, que Alberto Rodríguez, consejero de Turismo, que la víspera me dejó largarle todas mis preocupaciones sobre cuánto costaría la entrada al futuro recinto sin decir esta boca es mía, sabía al salir de la rueda de prensa que iba a ser GRATIS y no me lo dijo.

La guerra estaba declarada y me iba en ello el Zoo y la vida. Pero todavía tenía la esperanza de que algo cambiase aquel rumbo tan adverso. Tiempo al tiempo.

Para sacarme un poco de mi depresión un suceso me distrajo de mis preocupaciones.

La primera noticia la tuve por el periódico, donde aparecía un cisne negro -especie oriunda de Australia- nadando tranquilamente por la ría de la Rabia en Comillas.

El periodista estaba intrigado de dónde provenía aquel raro espécimen, pero para mí estaba más claro que el agua. Con toda probabilidad era un cisne asturiano, pues en Gijón, en el parque Isabel la Católica, tenían un enjambre de estas aves, que se reproducían, y con los que nacían no se tomaba ninguna medida para impedirles el vuelo.

Un temporal del oeste, el cisne que sale a estirar las alas, el viento que le arrastra y acaba en la ría de la Rabia.

Hormaechea que para entonces ya padecía una especie de gripe aviar, que en cualquier cosa relacionada con animales quería ser protagonista, le encomienda a José Luis Gil

que hablase conmigo y que negociase una pareja para aquel soltero de oro.

Gil viene a verme y le explico una idea que desde años atrás me ronda por la cabeza.

—Si queréis soltamos allí otro cisne para que le haga compañía, pero que sepas que sin cogerlo en la mano, es muy difícil saber su sexo, con lo que la probabilidad de que acertemos con la pareja es del 50 por ciento. -Pausa para que digiera como le cuenta eso a Hormaechea, y continuo.

—La ría de la Rabia es el lugar ideal para, con muy poco dinero, hacer una cosa muy bonita: atraer patos salvajes de distintas especies para que pasen allí los meses fríos del invierno y, poniendo comederos y unos grupos de patos de cada especie habitual, mansos e impedidos para volar, conseguir que se tranquilicen los salvajes. Donde fueres haz lo que vieres, es el lema de comportamiento de estos patos. Si encuentran patos que no temen al hombre, enseguida los imitarán y podrá ser un atractivo turístico para la zona.

Unos días más tarde me llama para decirme que se lo comentó al presidente Hormaechea y que le hiciese un pequeño proyecto y un presupuesto.

No tardé ni una semana en tenerlo todo planeado, desde los carteles informativos con las especies posibles de avistar en la zona, hasta cómo iba a distribuir los comederos, pasando por las especies y número de reclamos de cada una, los nidos flotantes, plataformas, etc, así como lo que iba a suponer al erario público.

Me dieron la conformidad y me puse manos a la faena.

A partir de ese momento todos los días me acercaba hasta la ría de la Rabia, recorría los caminos de sus alrededores desde los cuales, con la ayuda de unos buenos prismáticos, “pasaba lista” a los habituales y registraba a los recién llegados.

Aproveché que tenía patos en exceso de mi última importación y solté una buena colección en aquellas aguas. Me di cuenta de que aquel lugar era como un laboratorio. Rodeada

de monte y prados empinados, con su salida natural cerrada por una presa sobre la que discurría la carretera, era el lugar perfecto para que mis patos estuviesen seguros y no se perdiesen haciendo tontas excursiones a la ventura.

Pronto comenzaron a verse novedades y silbones, rabudos, porrones comunes y moñudos, los omnipresentes azules, decoraron el lugar. Las garzas reales se les unieron en escaso número debido a su territorialidad, que no les permite que otra de su especie pesque en sus proximidades.

En ese lugar esperaba en un futuro ver aves insólitas, ya que el sitio y la presencia de aves en buen número y con comida, no podía ser mejor reclamo para algún ave perdida lejos de sus territorios habituales.

El “money” también era importante, pero los gastos de unos magníficos carteles destinados a sobrevivir a los tiempos —llevan allí casi un cuarto de siglo y están como nuevos— los sueldos de mis empleados ayudantes y de otro personal del lugar que necesitaba para la atención diaria, no le quitaban atractivo, porque sabía que iba a disfrutar cada otoño, como años antes hice en el lago de Reocín con mi colección de patos.

Una tarde de invierno en que el viento había tirado una mimosa, cuando ya el leopardo Gladys tenía cinco meses, Maribel me dijo:

—Ignacio, me voy de paseo con Gladys y con los perros. Quiero cortar unas flores.

—¡Está bien! -asentí-. Te espero en el comedor.

Dos minutos más tarde, mezclados con los gritos de Maribel, escuché unos aullidos estremecedores.

Salí a la calle a toda prisa para ver lo que ocurría.

—Mira lo que ha pasado, Ignacio- lloraba Maribel, desconsolada -Gladys ha saltado al parque de los lobos mientras yo cogía unas ramas de mimosa. La han atacado los dos, uno

por cada lado. ¡Cómo le sacudían! Por suerte, Gladys se ha defendido con uñas y dientes y está todavía con vida, pero muy mal. ¿Crees que sobrevivirá?

—No lo sé. Por fuera no se le ven heridas, pero si tiene hemorragias internas, morirá lentamente. Habrá que buscar un sitio donde tenerla en observación. Las próximas horas son cruciales-...

—¡Pobre Gladys! ¡La zarandeaban como dos fieras!- de nuevo se lamentó Maribel, una vez que la vio instalada sobre un lecho de mantas y en un cuarto tranquilo, con una bombilla de infrarrojos sobre ella suministrándole calor...

Gladys, tumbada sobre la manta abría los ojos a duras penas, pero no podía mover ni un solo músculo. Aún seguía en la misma postura después de comer. Igual ocurrió esa noche. A la mañana siguiente, por fin, bebió agua.

Después de todo, tuvimos suerte. Gladys sólo tardó unos días en volver a andar. Dos semanas después, había recobrado las fuerzas. De su mal trago con los lobos le quedó únicamente -además del recuerdo- un bulto en un costado bajo la piel, del cual Manolo el veterinario del Zoo la operó felizmente meses más tarde.

Mi deseo de construir un jardín de mariposas, latente desde que conocí el de Emmen, en mi viaje a Holanda en enero de 1987 -cuando la importación de patos para el Ayuntamiento de Santander- me tenía obsesionado de día y de noche. No pensaba en otra cosa y era quizás mi tabla de salvación más cercana.

Llegado al punto de que disponía de terreno, algo de dinero, conocimientos sobre el tema y valor -en un recuadro de mi cartilla militar estaba escrito, valor: "se le supone" - me entregué con todo el ánimo a intentar hacerlo realidad.

El otoño anterior había viajado a Inglaterra donde conocí el London Butterfly House en Syon Park junto a los Kew

Garden, y allí, gracias a la ayuda que me prestó Mr. Dick Burgess, me empapé de conocimientos. Compré publicaciones -las pocas que había- de cómo atraer mariposas a un jardín, qué flores les gustaban más a estos preciosos insectos, nombres de las plantas de las que se alimentaban las especies de mariposas exóticas que mejor se adaptaban a la cautividad, etc.

También conseguí contactos para, llegado el momento, poder comprar pupas de mariposas que eclosionarían en mi futura instalación, aunque ellos mismos tenían un criadero y podían venderme las necesarias.

De vuelta a España, sin perder un día, comencé a contactar con varias empresas que fabricaban invernaderos de cristal. Les presenté mi proyecto, pedí precios y, tras estudiarlos detenidamente, seleccioné a ININSA, empresa ubicada en Burriana en la provincia de Castellón.

Viajé hasta allí con mis planos y preguntas sin aclarar. Tras dos o tres reuniones con Juan Carlos Nebot, el ingeniero que la dirigía, nos pusimos de acuerdo en plazos, precio y otras condiciones y, vuelto a casa, me puse manos a la obra.

Cinco meses era el tiempo máximo que calculé para la realización de la obra, esperaba que fuese suficiente, porque era fundamental inaugurarla en verano, para aprovechar su tirón publicitario.

Paralelamente comencé a buscar plantas raras -de las que hoy alguna aún no he conseguido- ya que las orugas de las mariposas no suelen -salvo en contadísimos casos- coincidir en gustos con agricultores, paisajistas y cultivadores de plantas ornamentales.

Aproveché las pocas coincidencias y compré limoneros y naranjos en tiesto, ya que estas plantas -los cítricos- son muy abundantes en el sudeste de Asia y bastantes especies del género papilio, muy vistosas y procedentes de estos países, devoran sus hojas sin distinguir si son de origen silvestre o cultivado. También la “Flor de la pasión” o *Passiflora caerulea* -cuyo nombre proviene de lo bonita pero efímera que es su flor, que sólo

dura un par de días- tenía bastantes “clientes” que gustaban de alimentarse de sus hojas.

Me puse en contacto con “Sutton Seeds”, una tienda de Londres donde vendían semillas de todas clases.

Poco más se me ofrecía en los comienzos, pero sin duda descubriría con el paso del tiempo nuevas especies de plantas que nos permitirían reproducir otras mariposas diferentes.

Al comenzar las obras de la cimentación, que debía de ser muy precisa, ya que el invernadero era prefabricado y todo tenía que encajar al milímetro, una voluntaria no esperada se mostró muy interesada en colaborar. Constantemente se arrastraba por el suelo en obras y se ocultaba en el fondo de las zanjas, mirando y controlándolo todo, hasta el mínimo detalle.

La voluntaria era el leopardo Gladys que, en su convalecencia, había adquirido unas mañas propias de un niño pequeño. Se le consentía estar casi todo el día con los perros por el jardín y, desde él, nos seguía cautelosamente hasta las obras de cimentación que estaban en la primera fase, la excavación.

Nunca hasta entonces imaginé que un leopardo o pantera tuviese vocación de ingeniero constructor, pero Gladys demostró con su presencia que el tema le iba.

Escondarse por las zanjas de los cimientos, para salir desde allí en pos nuestro o de uno de los perros, era su deporte favorito: intentar cazarnos como si fuésemos antílopes impala.

Otras veces se quedaba quieta en el fondo de la zanja durante mucho tiempo. Sólo sacaba por encima del suelo los ojos y poco más, como hacen los submarinos con el periscopio y, eso sí, como ellos, dispuesta a atacar en cualquier momento a humano o animal que se acercase a menos de diez metros de su punto de observación.

Un día Gladys tuvo allí un “accidente”, si se le puede llamar así. Acabábamos de terminar el estanque que en el centro del jardín nos ayudaría a mantener alta la humedad y, para comprobar su estanqueidad, lo había llenado de agua. Gladys

ignoraba todo esto, por eso cuando en una de sus carreras rutinarias, sin darse cuenta de la novedad, metió sus patas en él, al notar el contacto del agua al que no estaba acostumbrada, dio un salto tremendo y salió escopetada huyendo del lugar.

—Pobre Gladys- la consolaba Maribel- Así aprenderás a no ir como una loca corriendo de aquí para allá. Gladys debió de aprender la lección o entender a Maribel pues no la vimos nunca más dar un paso en falso. Pero no fue Gladys la única que se llevó un susto, otros también recibieron lo suyo y estuvieron al borde del infarto.

Una mañana los perros y el leopardo jugaban, como siempre, en el jardín de casa. Gladys practicaba su deporte favorito: esconderse entre las plantas junto a la entrada del jardín, y quedarse quieta para pasar inadvertida y cazar a algún incauto a la espera. De pronto, un hombre franqueó la puerta y se acercó. Traía un papel en la mano.

—Señora, traigo esta factu...

No dijo nada más. Se quedó paralizado porque, al oír su voz, se lanzaron hacia él, ladrando, las dos imponentes dogas -Keisy y Verona- y Poto, su jefe.

—¡Quietos! -gritó Maribel en tono autoritario-. Verona, Keisy, Poto, ¡venid aquí ahora mismo!

Los perros se detuvieron.

—Los perr-rr-os no mor-dee-rán, ¿verdad?- balbuceó el intruso.

—No; no se preocupe por los perros, que son muy buenos... pero tenga cuidado con el leopardo. Está a su izquierda, entre las plantas.

El hombre de la factura volvió la cabeza. Por suerte, tenía el corazón en perfectas condiciones, pues se encontró, a menos de dos metros, con los ojos amarillentos de Gladys mirándole fijamente. Se fue sin decir adiós... Y un poco lívido, por cierto.

Desde entonces, las facturas de esa empresa, nos llegan a través del banco y Gladys vive en una instalación cerrada.

Yo me perdí “el directo” de esta bonita historia, pero muchos años más tarde, al entrar en una ferretería de Torrelavega.

—¡Hombre, mira quién llega por aquí! ¡Nada menos que el dueño del zoo de Santillana!- Siempre que iba por allí estaban de guasa. Unas veces era el dueño del Zoo, otras el dueño de Santillana, otras el señor de los animales... Al oír el recibimiento que me dedican, se me acerca otro cliente que estaba a unos pasos.

—¡Menudo susto me dio un leopardo en la entrada de su casa un día que acudí con una factu...- Le interrumpí.

—Cuéntemelo, que me va a gustar mucho escuchar la versión de boca del protagonista.

Una vez las obras en marcha, apunté en dirección a otros problemas.

No recuerdo quién me suministró unas señas:

—Ronald N. Baxter en Ilford, Essex, Inglaterra, tiene tarántulas...

Le escribí una carta urgente. Dos semanas más tarde obtuve contestación. La abrí echo un manojo de nervios y...

—¡Bingo! - le dije a Maribel que me miró sorprendida, pues sabe que no soy aficionado a ese tipo de juego.

—¿Cómo cantas bingo si en vez de un cartón, lo que tienes en la mano es una carta?- me solicitó la aclaración, en tono de guasa.

—Porque aunque lo que tengo en la mano sea una carta es un cartón y premiado... Me ofrecen tarántulas y “tiradas” de precio. Entre una y dos libras cada una. ¡Voy a pedir por lo menos una docena!- No podía creerme que aquella maravilla de lista de precios estuviese en mis manos. Dicho y hecho.

Quince días más tarde, previo pago por adelantado, llegaron las tarántulas. Todo resuelto. Un problema menos, pero...

Cuando vi la caja me quedé un poco sorprendido. Las debían de haber metido con calzador, porque la caja no tenía más de una cuarta de largo. Impaciente comencé a abrirla.

Lo primero que encontré fue la factura y allí decía que 18 tarántulas la acompañaban, pero debajo yo sólo veía algodón. Comencé a retirarlo con manos temblorosas por la emoción...

Bajo el algodón no había tarántulas, sólo frascos como de medio dedo meñique de tamaño, rellenos de papel y con el nombre en latín escrito por fuera con rotulador. En dos de los frascos que destacaban por ser un poco mayores ponía *Psalmopoeus cambridgei*... o sea, de Cambridge. Dentro un diminuto cucurucho de papel higiénico. Quitó el tapón y en el interior, una arañita de un tamaño igual a la mitad de la uña de mi meñique, se movió incomoda.

—¿Qué tal las tarántulas? -me preguntó Maribel al entrar en mi despacho- ¿Son bonitas?

—Si las miras con lupa, sí- le contesté completamente desmoralizado.

—¿Qué me dices?— preguntó y yo le expliqué.

—Cualquiera de las arañas que hay sueltas por casa, es un jugador en la NBA de las tarántulas comparada con estas ¡Así que eran tan baratas! ¡Son recién nacidas! ¡Ah! Y ¿sabes lo que comen? ¡Moscas de la fruta!, ¡Qué ridículo tan espantoso! Aquí hay una nota del criador que me recomienda tenerlas en estos frascos por lo menos cinco o seis meses más.

A pesar de su tamaño, durante el manejo de los primeros días, uno de los *Psalmopoeus cambridgei* que devoraba moscas “como por un tubo” y crecía de día en día, cuando con toda mi inocencia, le iba a poner más suministro alado para que siguiese chupando moscas, salió corriendo hacia mi mano con las peores intenciones, o eso es lo que a mí me pareció. Viéndola correr me pareció mucho más grande y me dio un buen susto.

Esas mini tarántulas no me habían resuelto el problema y tenía que seguir indagando aquí y allá. ¿Tendría al final que acudir a Harrods a comprobar si su publicidad era cierta?

Pero conseguí otro cartucho -señas- para resolver el problema. Me las dio mi amigo del Butterfly Garden de Londres y allí que me fui.

Viajar a Inglaterra para comprar tarántulas no es lo más habitual, pero tuve que hacerlo obligado por la premura y las circunstancias. Las señas del importador lo situaban en Hale-soewen, cerca de Birmingham. Con un plano llegué sin dificultad al Entomological Lifestock, que así se llamaba la empresa.

Me recibió Mr. Wallace muy amablemente y durante un rato chapurreé mi inglés viendo con sorpresa con qué facilidad me comprendía sólo por el hecho de tener yo un pequeño fajo de libras esterlinas en mi mano. Un giro en la conversación, que comenzó con mariposas, me llevó al terreno que me interesaba.

—Do you have spiders?- dije con mi mejor pronunciación.

—Sure! Please, follow me.- Y abriendo una puerta penetró en la habitación contigua. Yo le seguí a un paso.

Para mí el espectáculo que vi allí fue similar al que descubrió en “las minas del rey Salomón” el actor de cine Stewart Granger.

Toda la habitación en su perímetro -a excepción del hueco de la puerta- estaba cubierta de estanterías. Y todas las estanterías estaban llenas con cientos de pequeños contenedores de plástico transparente. En el interior de cada uno, un trozo de algodón húmedo y una descomunal araña, algunas gigantes, casi como un puño.

Lo había conseguido. Compraría una buena colección y cuando muriesen de viejas, seis u ocho años más tarde, quizá pudiese sustituirlas sin hacer el ridículo, por las microscópicas que me envió Ronald Baxter.

—One *Pamphobeteus fortis*- le dije al inglés... la verdad que el nombre de “fortis” le iba al pelo al animal, porque aquello no era una araña, era un auténtico animal. ¡Qué tamaño!

—I want two...- comencé a decir pero el inglés, de nombre Wallace, me interrumpió con una frase.

—Do you like?...- y en su mano me mostró uno de aquellos monstruos. ¡Qué valor! A la mayor parte las cogía a mano desnuda y una tras otra -si yo asentía con un gesto- las iba

colocando en pequeñas cajas transparentes de transporte, para que me las llevara “puestas”.

A 2.000 pesetas más o menos el ejemplar, me parecieron casi regaladas, por lo menos a peso me salieron mucho mejor que las de Mr. Baxter. Ya tenía en mi poder las deseadas tarántulas.

Sólo tenía una preocupación ¿Resistirían el vuelo en avión o por el contrario, sufrirían todas el mal de altura y llegarían como los pobres coipus a Barcelona?

A mi llegada deshice el embalaje poseído por los nervios, pero felizmente llegaron todas perfectamente y no noté en ellas síntomas de mareo. Los *Pamphobeteus fortis*, los encontré, si cabe, “más fortis” que al meterlos en la caja para el viaje.

Ahora necesitaba urgentemente comenzar la búsqueda de insectos palo y otros animalejos.

Mi dificultad con los idiomas y la acumulación de trabajo, me los vino a resolver con una llamada Mariela, mi intérprete en la aventura holandesa, que tanto nos facilitó el comienzo de las importaciones.

—Oye “jefe”- Así me llamaba cuando me daba noticias de las novedades habidas durante la preparación de una importación -¿No me darías trabajo durante una temporada? Me quiero ir unos meses a Estados Unidos y no tengo money para el billete y para gastos. Tengo ya buscada para quedarme una familia con niños para cuidarlos pero...

La interrumpí.

—No sigas. Precisamente estoy con el proyecto que te dije que quería hacer cuando estuvimos juntos en Emmen. Tengo que mantener contactos con varios ingleses y con un alemán de Berlín y si estás dispuesta a darme a mí unas clases de inglés y ayudarme en detalles del insectario, dentro de un par de meses puedes empezar.

Problema resuelto.

Porque en el insectario, además de mariposas e insectos asquerosos como las cucarachas, quería poner otros seres que -sin ser insectos como las tarántulas que ya tenía- tuviesen su mismo morbo, como por ejemplo los escorpiones, las escolopendras y los mil pies, que todos ellos gustan mucho al público.

Para conseguir estas nuevas “estrellas” tenía nombres y señas de posibles proveedores, pero no había establecido aún contacto con ellos, pues desde que aprobé el inglés a la segunda en mi paso por la universidad, solo había escuchado en ese idioma a los Beatles, a los que, por cierto, yo no les entendía nada. Mariela me resolvería esa carencia

Mariela Buchner, nacida en Moegerstel (Holanda), se incorporó al zoo como traductora, intermediaria, intérprete y profesora de inglés, pero poco a poco le surgieron nuevas obligaciones.

Con el invernadero para las mariposas casi construido, nos quedaba un problema que resolver. Para evacuar el calor producido por la insolación en verano, disponía de un mecanismo que accionado por un termostato, abría dos ventanas en lo más alto del techo, que eran del largo del invernadero y de más de un metro de anchura cada una. Por allí se escapaba el aire excesivamente caliente y con él -si no poníamos remedio- todas las mariposas.

La solución estaba pensada, pero ponerla en la práctica era otro cantar. Tenía que intercalar, entre la cumbre de cristal y la zona destinada a que realizasen su vida las mariposas, una especie de filtro, que permitiese escapar el aire y no los insectos.

Compré 250 metros de una especie de tela metálica plástica de malla muy fina y de color verde -dos milímetros de luz- que la conseguí en rollos de un metro de anchura. “Sólo” faltaba unirlos con aguja e hilo de nylon, del empleado en la pesca, hasta conseguir una pieza de ocho metros de ancho por diecinueve metros de largo.

En resumen había que hacer a mano unas costuras que sumadas todas ellas alcanzaban la nada despreciable cifra de 140 metros. Mariela se puso a la tarea con más paciencia que el santo Job.

Por si tuviese poco entretenimiento, Mili, la madre de Gladys, trajo a este mundo dos cachorritos que, tomándolo por costumbre, nuevamente no los hizo maldito el caso.

Maribel estaba con mis hermanas pasando unos días en Menorca, así que le endosé a Mariela los dos cachorritos.

Con esto ya tenía bastante.

Pocos días después se redujo la familia, pues uno de los dos hermanos no asimiló bien la leche, poco a poco se fue debilitando, contrajo una infección, o Dios sabe qué, el caso es que murió a los diez días, aún sin nombre con que pasar a la historia.

Timoteo, el hermano, se desarrolló en cambio perfectamente.

De regreso de Menorca, Maribel tomó cartas en el asunto y nosotros nos dedicamos a escudriñar por Europa en busca de posibles suministradores de “mil pies”, escolopendras gigantes, cucarachas igual de gigantes, insectos palo y lindos escorpiones.

Mariela tenía, a sus dieciocho años, una “endiablada” -que diría Ota- habilidad para hablar idiomas. Con Ulrich Ziegler de Berlín fingía ser alemana, con Wallace y Ronald N. Baxter de Inglaterra -al que interrogamos por si tenía algo de un tamaño aceptable- le decía que era inglesa y en España -a pesar de su pelo rubio clarito, aseguraba ser española... y todos la creían, por lo que nuestras relaciones con estos proveedores fueron de lo más fluidas.

A Ulrich Ziegler le pedimos cucarachas -me aseguró que eran espectaculares-, “mil pies” africanos -inofensivos pero del grosor de un dedo humano- varias especies de insectos palo, y otros insectos que simulan hojas de color verde a los que sólo conocía en foto.

—Me ha dicho el Sr. Ziegler- me dijo nada más colgar el teléfono para calmar lo antes posible mi impaciencia -que hoy salen de allí las cajas con los insectos. A más tardar pasado mañana los tenemos aquí. ¡Me ha preguntado si era alemana!- A Mariela le encantaba que creyesen que era del país del idioma que hablaba en aquel momento, y casi siempre lo conseguía, pues captaba los acentos y los giros de una manera extraordinaria... yo diría que de una manera excesiva, porque tenía un oído tan fino para las pronunciaciones, que me tuvo toda una tarde repitiéndole la palabra tonta inglesa “very” y no conseguí pronunciarla a su gusto. A la centésima vez que me corrigió – aduciendo que el “very, very” era una enfermedad, me pasé al holandés y con la lengua seca de tanto pronunciar “Zwolle” sin hacerlo a su gusto me rendí a la evidencia de que, o los idiomas no estaban hechos para mí, o Mariela era una virtuosa de los idiomas, y hablar con ella era como intentar tocar el violín con Yehudy Menuhin y que el célebre violinista quedase satisfecho.

A media mañana del segundo día de espera, no sabíamos absolutamente nada del envío. Por la tarde no pude contenerme más y le ordené a Mariela que llamase a Berlín.

—Me ha dado el nombre de la agencia de transportes y un teléfono de Madrid...

—Llama sin falta. Estamos en la pista.

Una hora más tarde localizamos nuestros insectos en Bilbao. Hasta la mañana siguiente no podían traerlos.

—Le aseguraron a Mr. Ziegler que los entregaban hoy –le dije indignado.

—Verá, hemos tenido algún problema... Quizá esta tarde a última hora los podamos tener en nuestra oficina en Santander... Si van allí a recogerlos a las nueve de la noche... Si no se los llevaremos mañana sábado.

Me acerqué a Santander y recogí dos grandes cajas de cartón que eran ligeras como el aire... La sombra de las minitarántulas pasó una y otra vez sobre mí.

Aprovechamos la ocasión de estar en la city, para cenar con unos amigos. Los insectos podían esperar unas horas más.

Como nos solía ocurrir con estas cenas llegamos a casa “a las tantas” y me lancé a desempaquetar a mis nuevos inquilinos. ¡Qué bien empaquetan los alemanes! Tuve que pelear un buen rato hasta cortar aquellas malditas cintas adhesivas. Una vez que lo logré, y retirado el relleno para amortiguar golpes, conseguí acceder al interior y ¡por fin! pude ver su contenido.

Varios botes de plástico transparente, conteniendo hojas verdes y en su interior unos rarísimos seres que no había visto nunca. Decidí curiosear bote por bote.

Los insectos hoja eran “auténticas” hojas verdes con los bordes recortados y medio secos. Los insectos palo, varias especies, no se distinguían de las ramas de zarza, si no fuera por su falta de pinchos. Por si fuese poco, con sus patitas pegadas al cuerpo se “hacían los muertos”, lo que contribuía aún más a su camuflaje.

Seguí con unos extrañísimos seres de Australia, según aparecía en la etiqueta, *Extatosoma tiaratum* era su nombre, pero in mente los bauticé automáticamente como “insectos corteza”, tal era su parecido.

Por fin destapé el bote de los últimos, los *Eurycantha calcarata* ¡Impresionantes! Los hurgué con el dedo para que se moviesen y...

—¡¡Ay!!- di un grito de dolor porque algo se había clavado profundamente en mi dedo. Saqué la mano a toda velocidad y con ella un insecto negro, tan grande como mi dedo índice, que colgaba de éste por una de sus patas. El dolor era muy intenso. Intenté soltar al animal, pero éste hizo algo que aumentó mi dolor. Miré con detenimiento.

Una de sus patas, del tercer par —la que no me sujetaba el dedo- estaba provista de un pincho curvo y negro. En la otra el pincho no era visible porque el animal aquel, había cerrado la pata sobre mi dedo como si ésta fuese un cascanueces, el

pincho se había clavado en mi blanda carne con total facilidad como si me hubiese puesto un grapa. Enseguida me di cuenta de que el maldito bicho sabía lo que se hacía.

Si le tocaba para que se soltase, su respuesta inmediata consistía en repetir el apretón con más fuerzas todavía, clavándome el pincho hasta el alma.

No tuve otro remedio. Opté por dejarlo tranquilo, resistiendo a duras penas el dolor... y las ganas que me aumentaban por momentos de asesinar a aquella fiera.

Tras un minuto de espera, aflojó la presión, desclavó su arma similar a un espolón y comenzó a moverse. Del pinchazo comenzó a manar abundante sangre. Por un momento temí, ante el fuerte dolor, que tuviese algún tipo de veneno...

Cogí el bote en mis manos y leí el resto de la etiqueta...

—*Eurycantha calcarata*, Australia, “Plant feeder Warbler and oak” ¡Cuidado al tocarlos!...- la última información ya no me hacía ninguna falta.

Después de curar mi dedo y desinfectar bien la herida, continúe con la segunda caja, pero dispuesto a no tocar nada que tuviese aspecto de ser vivo.

El contenido era un poco repugnante ¡cucarachas! ¡Pero qué cucarachas! Algunas medían cinco centímetros y no tenían alas, otras aladas eran ligeramente más pequeñas. Por su nombre científico escrito en el bote, me di cuenta al instante de que su descubridor también quedó impresionado al verlas por primera vez *Granphadorryna* “portentosa”.

Abrí los botes y para que se moviesen, les golpeé en la espalda con mi bolígrafo. Las aladas estuvieron calladitas pero las otras... una especie de mugidos eran emitidos a cada toque del bolígrafo, aquello era sorprendente. Sabía que la mariposa de la calavera *Acherontia tropos* tenía esta capacidad, pero estas cucarachas “gritaban” aún mucho más fuerte.

Agotado y con un dolor insoportable en mi maltrecho dedo que se hinchaba por momentos, puse las tapas de cartón en ambas cajas y me fui feliz —a pesar de todo- a dormir.

—Ignacio, mira que curioso lo que ha ocurrido a esta rosa... Ayer era un capullo a medio abrirse y hoy está cerrado —me dijo Maribel cuando por la mañana regresé de instalar a mis insectos alemanes.

—¡Qué más te da! Mejor aún, si se cierra y se abre, te durará más- contesté sin prestarla atención -Mira mi dedo, hace como tu rosa: ayer por la noche se hinchaba y hoy por la mañana se está deshinchando... pero me duele. Vaya puñales tienen las eurycantas. Te intentan enganchar en cuanto las molestas, pero lo que no contaban con ello, era que tengo unas pinzas largas, muy largas y con ellas las he cogido por el tórax y se han tenido que aguantar. En total son ocho- descansé unos segundos...

—También he cogido con las pinzas a las “cucarachas mugidoras”, no parecen peligrosas, pero a mí esos bichos me dan algo de asco aunque son lisas y no huelen. Más parecen armadillos en miniatura que cucarachas. En total hay ocho mugidoras y dieciocho aladas.

A la mañana siguiente intento recuperar el tiempo perdido con los insectos y me instalo en la mesa del despacho. Llega Maribel.

—Aquí ocurre algo raro... El capullo de ayer se ha reducido de tamaño, pero no porque se esté secando... No lo entiendo.

Miro hacia el jarrón que está sobre la chimenea. Maribel tiene razón. Aún no habiéndome apenas fijado en él la víspera, hoy lo noto sensiblemente reducido. Maribel lo contempla ensimismada.

—¡Ignacio! Hay un bicho escondido detrás del capullo, entre él y la pared. ¡Qué asco, parece una horrible cucaracha!

Efectivamente, lo es. Pero tengo que hacerla prisionera, a mano. Si se me esconde detrás de la librería me va a tocar moverla entera. No tengo tiempo de ir a buscar las pinzas.

—¿Cuántos de esos bichos te mandó el alemán?- pregunta Maribel.

—No lo sé. De las aladas había dieciocho, de las mugidoras ocho. Cuando llegue la factura por correo lo sabré.

—Como haya más, me da algo. Esta se ha comido los pétalos, ahora está clara la explicación... ¿No habrá más por aquí?

Maribel mueve y golpea los libros que están en los costados de la chimenea. Le contesta un “mugido” de cucaracha.

Tres horas más tarde, hemos logrado hacer cinco prisioneros más, pero hemos tenido que mover el cuarto de estar-despacho de arriba abajo. Varias horas más tarde Maribel está más tranquila y todo está en orden.

Dos días más tarde, la chica que viene a limpiar me dice.

—Al pasar la escoba por debajo del radiador se oye un quejido...

—¡Otra! Pero no le digas nada a Maribel, que quiero seguir viviendo en esta casa- Le explico lo del fin de semana.

Cuando llega Mariela la acompaño a la oficina y le pido que, por favor, se entere de cuántas cucarachas mugidoras me envió.

—Dice que dieciocho, como de las otras ¿No las contaste al sacarlas?

—Sí, pero la víspera debí... bueno, con las prisas de que se nos hizo muy tarde porque cenamos fuera y el dedo que me taladró un compañero de viaje, seguro que me dejé mal cerrado el bote y como consecuencia de mi distracción, tengo una estampida de cucarachas por la casa. Por lo que me dices aún me faltan tres de localizar.

Al final, poco a poco, las tres fugitivas fueron cayendo prisioneras una a una. La última, al verse sola en una casa tan grande, prácticamente “se entregó” ella misma... un mes más tarde, cuando nos íbamos a dormir, la encontré esperándome en el pasamanos de la escalera.

En junio ya teníamos casi todo dispuesto. Habíamos construido un edificio en forma de L en el cual se apoyaban dos lados del invernadero. Una de sus alas la destinaríamos a complementos, caldera de la calefacción, utillaje diverso y laboratorio. La otra ala, la de mayor longitud, sería la trastienda de los dieciocho terrarios de diversos tamaños en los que, escorpiones, mil pies, cucarachas, tarántulas e insectos surtidos de varias formas y colores completaban todo el espacio disponible de la pared.

Detrás de los terrarios de insectos que se los veía como si fuesen ventanas, había un pasillo de servicio desde el cual se les atendía y suministraba el alimento y el agua, esta última en forma de nebulizaciones, para mantener así una humedad relativa muy alta como en sus selvas de procedencia.

En lo que era propiamente el jardín, entre una vegetación que crecía de día en día, volarían libres las mariposas.

Un mecanismo automático abriría el techo si la temperatura superaba la seleccionada en el termostato. En lo más alto el cierre de red confeccionado por Mariela, impediría que al abrirse el techo debido al calor, mis mariposas tomaran las de Villadiego.

Cuando ya todo estuvo dispuesto, diez días antes de la fecha elegida para la inauguración oficial, llegaron las primeras crisálidas. Describir mi emoción en ese momento es imposible y sólo comparable a la que vivieron los primeros astronautas cuando volaron al espacio... eso sí, con menos riesgo.

Las crisálidas las instalé entre dos paredes de tela verde, aprovechando los recortes de la utilizada para el techo, para que, en cuanto eclosionasen, trepasen por ellas para estirar las alas. No funcionó muy bien al principio y al observar que algunas no acertaban a trepar, decidí pegarlas una a una en palos delgados y dejarlas así, como se instalaban en la Naturaleza. A partir de ahí todo fue mejor.

Ver volar a los primeros *Papilio polytes* me trasportó a una especie de Nirvana... Descubrir a una pareja en cópula fue el éxtasis total —el mío y el suyo—. Descubrir un huevecillo de co-

lor amarillo en el envés de una hoja de un limonero, me causó un efecto similar al impacto emocional que recibió el descubridor del diamante Koi Noor, conocido como la “Montaña de Luz”. Cuando unos días más tarde aparecieron las primeras orugas mordisqueando las primeras hojas de un limonero... casi pierdo el sentido.

Cada día era una nueva sorpresa y un descubrimiento para mí. La simple muda de la piel de una oruga hacía que ésta cambiase de color e hiciese cosas sorprendentes. Cuando las orugas de polytes crecieron -a una velocidad vertiginosa- se transformaron en orugas verdes, con una especie de pequeños ojos que les daban un cierto aspecto de reptil... ¡Pero ojo con tocarlas! Porque de su cabeza salían al instante dos pequeños tentáculos con los que te untaban el dedo de un olor repugnante e intenso que te hacía desistir de repetir, y en el caso de sus enemigos, intentar comérselas.

Poco a poco nuevas especies fueron eclosionando de aquella primera remesa de crisálidas y el jardín tropical se convirtió en una molécula de la selva del Amazonas.

Enseguida me percaté de que, a pesar del estanque en el centro del jardín, la escasez de humedad y el intenso calor en el recinto de cristal, expuesto al pleno sol del verano, era una escasa y el otro excesivo. Las plantas se deshidrataban y las mariposas buscaban refugio en las esquinas más frescas.

A pesar de nuestros frecuentes riegos, muchas zonas quedaban escasas de agua. Tomé una decisión.

Coloqué a tres metros del suelo una red de cables de acero, de estos cables suspendí un circuito de mangueras, provistas de unas boquillas especiales que pulverizaban agua en todas direcciones. Accionando una palanca, comenzaba lentamente una lluvia fina que, según iba aumentando la presión en todo el circuito, se convertía en una autentica tormenta tropical. Problema resuelto.

El 29 de julio del año 1989, el primer jardín tropical de mariposas exóticas vivas de España, se abrió al público ante las

bocas abiertas de muchos de los primeros visitantes, que no habían ni imaginado la belleza de estos seres cuando vuelan en su ambiente tropical.

Por primera vez —y como se suele decir, “sin que sirva de precedente”— inauguramos una nueva instalación sin las carreras habituales de última hora.

El domingo 20 de agosto un artículo en el periódico *Aler-ta*, con una foto mía y un insecto corteza del tamaño de uno de mis dedos subido en mi mano izquierda, comenzaba así.

“Hasta el pasado día 29 de julio en ningún zoológico de nuestro país era posible contemplar en vivo mariposas tropicales...”

Aquel lugar pasó a ser mi segunda —¿o quizás mi primera?— vivienda. Horas de observación visitando, sin moverme del lugar, las selvas de Sudamérica y unos segundos después observando a una mariposa hoja en Indochina o a una monarca canadiense, era tan emocionante que sólo la oscuridad me apartaba de aquel lugar... para, en el pasillo contiguo y con luz artificial, explorar la vida de los insectos palo, las tarántulas u otros insectos de mala catadura y de costumbres nocturnas.

Los cientos de horas que allí disfruté ese verano, eran una miseria si las comparamos con las que, por suerte, dedicaría a este lugar en años sucesivos...

Una nueva complicación —¡Bendita complicación!— fue la consecuencia directa del éxito de mi creciente colección de patos gansos y cisnes. Fomentar la afición por estas aves y aumentar su demanda fue todo uno. Cuanto más aves conseguía reproducir, más aumentaba mi problema. ¿Cómo es posible? se preguntará el lector

Mis aves eran muy buenas reproductoras en cuanto a número de hijos, pero parecía que algunas de ellas se empeña-

ban en tener a todos sus descendientes del mismo sexo, o por lo menos en una desproporción importante entre machos y hembras.

Si un zoo me solicitaba cinco parejas de rabudo de las Bahamas y yo había criado ocho machos y dos hembras...

Al reproducir más y más especies de aves acuáticas “el problema” aparecía cada vez en mayor proporción. Cuando después de la cría contabilizábamos y sexábamos a los patos, gansos y cisnes ya crecidos, ocurrían estas cosas.

—Un macho y cinco hembras de cerceta Hottentot, siete machos y tres hembras de tarro canelo, veintisiete machos y catorce hembras de pato mandarín...- escribía en mi cuaderno de control. ¡Más de cien desaparejados! que para encontrarles destino, sería primero obligado encontrarles pareja, porque todos los nuevos aficionados que surgían en España, así como los Zoos y Ayuntamientos, siempre querían parejas.

Sexar los patos, con un poco de experiencia no es tarea difícil. En muchos se diferencian los sexos por el plumaje antes de cumplir dos meses. Otros tienen la voz diferente si son machos o hembras: el azulón o ánade real y sus descendientes la mayoría de los patos domésticos, si se los agita en la mano un par de segundos y se les suelta en el suelo, las hembras al huir dicen “cua”, mientras que los machos emiten un ruido gutural que expresa su cabreo por las molestias. A otras muchas especies de patos y gansos les ocurre lo mismo, pero en todo hay excepciones —especialmente en los cisnes y algunos gansos- y obliga a proceder por las bravas. Se captura al ave y se mira por el trasero a ver si tienen pene o no. Es conveniente hacerlo con las aves muy jóvenes y marcarlas después, porque si se quieren sexar adultos, estos aprietan con fuerza el esfínter y más que un sexaje parece una violación.

En la actualidad —aunque más caro- con unas plumitas del ave, muchos laboratorios de genética nos dicen el sexo y lo certifican junto a su número de anilla... aunque a veces se equivocan.

Por todo esto -una y otra vez, con una larga lista de “novios” y “novias”, para, con nuestros desaparejados, completar los pedidos de aves que nos solicitaban otros Zoos, Ayuntamientos, aficionados y, por supuesto, cubrir las necesidades de nuestra colección- teníamos que recurrir a enviar un camión pequeño, acondicionado perfectamente, a recoger las aves que Aaldert, nuestro agente en Holanda, había reunido para nosotros en sus instalaciones.

Para comunicarme con el holandés Mariela resultó ser el puente perfecto. Con una llamada mía, ella apuntaba mis necesidades de aves y, como si fuese la antena de un repetidor, se las trasmitía traducidas a Aaldert. Sólo había una pequeña complicación. Los nombres de las aves, tanto el holandés como yo, los utilizábamos en inglés o latín y Mariela tuvo que aprender nombres de patos en estos idiomas a la fuerza.

Como en anteriores ocasiones, para evitar nuevos problemas, siempre enviaba a dos conductores y al holandés que vivía en Cantabria, que aprovechaba el viaje para ver a sus familiares y sacarse unas pesetillas además de para resolver cualquier imponderable, como ya ocurrió con una documentación olvidada.

Aunque parezca imposible que ocurra, apenas dos años más tarde de la primera equivocación, surgió otra complicación.

—¿Por qué están ustedes aquí?- La pregunta del aduanero que observaba detenidamente la documentación en la aduana de Irún les cogió desprevenidos a los conductores.

—Venimos de Holanda con aves para el Zoo de Santillana del Mar y ésta es la frontera más cercana- contestaron a la “tonta” pregunta del aduanero.

—No, contestó él en tono serio -ustedes han salido de Holanda con un cargamento de veinte toneladas de sebo rum-

bo a Checoslovaquia... o por lo menos, eso es lo que dice aquí en la documentación.

Cuando me lo dijeron por teléfono estaba contemplando aves en la Ría de la Rabia y se me nubló la vista. ¿Qué había pasado?

Un cruce de las documentaciones entregadas en Breda. Probablemente una equivocación del agente... y una falta de comprobación lo hicieron posible.

“¿Dónde estará ahora el camión que lleva nuestros papeles?” Esa era la pregunta del millón. Horas más tarde, en la frontera Franco-Suiza ocurría algo curioso, un camionero que creía que llevaba sebo, éste, misteriosamente, se le había transformado en un rebaño de patos.

Gracias al fax, intercambiamos las documentaciones -los originales llegarían más tarde por correo- y, después de un susto monumental que duró sus buenas cinco horas, pudimos despachar la aduana.

Como era lógico, con el paso del tiempo, a nuestro veterinario se le quedó nuestro -entonces- pequeño Zoo y la inseguridad que sembró Cabárceno, a punto de abrir sus puertas, hizo que buscase nuevos derroteros.

Tenía esperanzas de que Cabárceno necesitase un veterinario y personas influyentes le habían recomendado a la dirección del futuro parque, aún sin estrenar.

Pidió la cuenta con antelación y el 9 de noviembre -justo el día de su “segundo cumpleaños” en nuestro Zoo- dejó definitivamente este trabajo. No consiguió que se realizasen sus deseos de trabajar para la recién nacida competencia, pero sí en el Zoo de Madrid, donde le contrataron y donde años más tarde por una carambola en que Antonio Luis dejó este Zoo, pasó a titular y posteriormente a director Técnico.

De momento esto nos causó una cierta desorientación, pero enseguida trazamos un plan para rehacer nuestras filas, en cuanto a servicio veterinario se refiere.

En nuestro Zoo, dos años antes estuvo haciendo prácticas un estudiante de veterinaria de nombre Jesús Fernández Morán. Nos le recomendó su tío, José Antonio Sánchez Morán, conocido por todos sus amigos como “Pepín, el mejicano de Golbardo”, que era el dueño de la tejera de Virgen de la Peña, lugar en que se fabricaban ladrillos, otros productos cerámicos y cómo su mismo nombre indica: tejas. Pepín, además de una excelente persona, era especialmente aficionada a los corzos, y mantenía esta afición, a pesar de haber sido corneado varias veces por uno de ellos, no se resistía pese a esto, a dejar de tenerlos.

Él sufrió en sus carnes lo duros que son estos pequeños cérvidos a la hora de cornear a alguien en defensa de su territorio... y lo delicados que resultan cuando uno se desvive intentando sacarlos adelante a biberón. Él me explicó el modo de hacerlo: poquísima leche cada toma, siempre de la misma vaca, cada tres horas noche y día... y mucho rezar, porque a los seis días, les atacaba la diarrea y se van “al cielo de los corzos”, donde seguro que todo son bosques y no hay lobos ni zorros ni águilas reales, sus enemigos naturales.

En una ocasión, de un centro de recuperación, me entregaron un corcito que era una monada. No tendría la semana y lo acogimos con todo el cariño que se le puede dar... A los seis días matemáticos, de acuerdo con las peores previsiones, empezó con diarrea, dejó de comer y en veinticuatro horas murió.

Cuando se lo comenté a Pepín, lo primero que me preguntó fue cuánta leche le daba cada vez. Al decirle que dos dedos de una botella de coca cola —un utensilio muy útil para criar corzos—...

—Lo has matado. Con la cuarta parte cada vez era suficiente— fue su lacónica contestación.

Esto había ocurrido años atrás, en los comienzos del zoo, pero ahora, -camino de Inglaterra para, junto con Jesús su sobrino, recorrer los Zoos más importantes y, si nos poníamos de acuerdo, traérmelo para aquí cuando terminase la carrera en el Zoo de Glasgow, para lo que le faltaban unos pocos días- me parecía que había sido ayer, cuando vivimos aquellas experiencias que no dejaba de recordar...

En cierta ocasión, protegido por una resistente tela metálica, me comentó, mientras observábamos a su macho adulto, una fiera de seis años.

—No te acerques más, porque si pasas de ahí, esa bestia se abalanza con tal fuerza que cede la tela lo suficiente y te clava un cuerno en la rodilla como hizo conmigo la segunda vez que me corneó.- Me retiré prudentemente. Él continuó con su narración, mientras el corzo, echando espumarajos por la boca y fuera de sí, golpeaba el suelo al andar con sus pezuñas delanteras, como hacen los caballos de pura raza y los toros de lidia, cuando quieren mostrar todo su poderío. Daba miedo verlo a pesar de su pequeño tamaño.

—La primera cornada fue la peor. Me cogió desprevenido porque él aun era joven y me clavó sus estiletes en el muslo tan profundos, que me rompió una vena o arteria -no sé lo que fue-. Si no llega a ser porque me apreté con toda la fuerza con un dedo para contener la hemorragia, me muero desangrado allí mismo. Así todo, a pesar de que pedí socorro y me atendieron muy pronto, casi me muero.

Poco después los corzos suyos -que él, en su amabilidad, decía que eran míos- comenzaron con problemas. El macho asesino murió sin saber de qué y otro de sus siete hijos lo siguió rápido. El resto en 1985 se vinieron al zoo, cuando tuve junto a los monos un lugar disponible donde acogerlos.

Todos estos recuerdos me asaltaron cuando, junto a Maribel y mi cuñada Marilín, volábamos a Londres. Dos objetivos habían propiciado este viaje. Uno, como dije, contratar al sobrino del mejicano que estaba a punto de terminar la carrera

en la universidad de Glasgow y otro, inspirarme viendo zoos para posibles ampliaciones.

Al llegar al aeropuerto de Heathrow, alquilé un pequeño turismo -para pasar más desapercibido- con matrícula inglesa, el volante a la derecha y... automático. Para darle más emoción.

Tras un par de frenazos de antología al buscar con mi pie un embrague inexistente, ampliamente vitoreado por las bocinas de los coches que circulaban detrás de mí y a mis costados por la intensidad conseguida en la frenada, me fui adaptando a aquella nueva forma de conducción y llegamos sin novedad al centro de Londres donde, en el hotel Clinton Ford, dejé a Maribel y Marilín. A continuación, me fui hasta el hotel Lancaster, donde estaba citado con Jesús.

—Vamos a recorrer una serie de instalaciones zoológicas en este país, que quiero ver con detalle. Al final hablaremos del trabajo.

Durante cinco días dedicábamos las horas de luz a ver zoos, por la tarde noche nos reuníamos a cenar con las señoras y cambiábamos impresiones.

—Hoy hemos estado en Whisnade Park, cerca de Lutton. Ya lo conocía de otra visita, pero reconozco que me ha impresionado como la primera vez que lo visité.- Este parque era de la misma sociedad que el Zoo de Londres. En él, en espaciosos recintos, tenían decenas de bisontes europeos, un buen rebaño de ciervos Sambar, varias cebras de Grevy, una docena de rinocerontes y otros muchos animales, que en el centro de la ciudad era imposible tener y menos aun, en semejantes cantidades como allí tenían.

Las cenas, procurando huir lo más posible del pastel de riñones eran de lo más entretenidas, entonces comentábamos todos los avatares del día.

—Esta mañana a Marilín -no nos explicamos cómo- le han robado la cartera que llevaba en el bolso, pasaporte incluido, en un ascensor de Liberty.

—Pues ya tenéis entretenimiento para mañana. Tendréis que ir a la embajada o el consulado a que la den un salvoconducto para que pueda salir del país, o si prefiere Marilín, se puede quedar una temporada a vivir en Inglaterra- comenté para consolarlas por la pérdida. -Nosotros hemos estado en Norfolk, en una reserva de aves acuáticas.

En los días siguientes visitamos el zoo de Regent Park en Londres, fuimos al Entomological Lifestock, en Beaver Park, Hayseech Road en la localidad de Halesoewen, cerca de Birmingham donde Mr. Wallace tenía las arañas de medio mundo llenando estanterías.

El último día fuimos al London Butterfly House y compré a Dick Burgess un montón de crisálidas para traérmelas en el equipaje. Cuando al día siguiente pasásemos muy cerca del Syon Park camino del aeropuerto, recogería el paquete, pagaría un par de cientos de libras, soltaría mi pequeño coche que ya se me había hecho familiar y me subiría al avión junto a Maribel, Marilín y mi preciosa carga.

Por último, Jesús y yo, hablamos del zoo. Quedamos de acuerdo en que en cuanto cerrase el curso en Glasgow, se vendría para España y aterrizaría, en vez de volver en barco hasta Cantabria, como debía de hacer por tradición familiar, ya que su padre era marino.

Volveríamos a tener veterinario titular.

Al tema de Cabárceno no le perdía el rastro en ningún momento. Raro era el día que no ocupaba una parte importante de la prensa. Todos los políticos de la oposición e incluso algunos diputados del partido que sustentaba el gobierno, estaban en contra. También había un clamor popular contrario a esta obra, pero nadie se acordaba de nosotros excepto nuestros amigos que, para tranquilizarme, opinaban que eran dos cosas completamente diferentes, que no tenía porqué restarme visitas. Mi lacónica contestación era siempre la misma, aunque con dos variantes, la de invierno y la de verano.

—Una boda en Colindres, a la que acudan quinientas personas, en un día en que yo espero mil visitas, estadísticamente, si la población de Cantabria en ésta época del año ronda las quinientas mil personas, me “roba” un visitante. En la época de verano, la mayoría de los visitantes son turistas. He desarrollado una “teoría de la relatividad”, basándome en la del difunto Einstein que liga energía y materia, que te la voy a esbozar. Un turista se compone de dos partes claramente diferenciadas, TIEMPO Y DINERO, cualquiera que, da lo mismo en que actividad, ocupe tiempo o le haga gastar dinero al turista, está compitiendo con el resto que desean lo mismo, tiempo y dinero del turista. Cuando éste acaba una de estas dos cosas, se tiene que volver para casa. Cabárceno, si no cobra la entrada, consumirá mucho tiempo de muchos turistas, y si cobra, como acabará haciendo, también consumirá dinero del turista, o sea haciendo la competencia a todo aquel que desee del turista una de estas dos cosas. Por ponerte un ejemplo claro, que te lo va a hacer comprender con más facilidad, LA PLAYA, aunque parezca neutral, hace la competencia a todo el sector turístico, ¿por qué si no la llaman la Caja de Ahorros?, porque la playa consume mucho tiempo, o sea turista. Nosotros en verano deseamos días nublados, para que el público acuda al Zoo en vez de irse a la playa, lo tenemos comprobado hasta la saciedad, un agosto de mucho sol y nuestras previsiones no se cumplen por defecto, si por el contrario, el tiempo permanece nublado, rebasa nuestras expectativas de visitantes.

De momento, la incertidumbre me mantenía expectante.

Todos los políticos de la oposición estaban en contra del proyecto, como también algunos diputados regionales del grupo en el gobierno, como Manolo Pardo y Leandro Valle. También una buena parte de la opinión pública no hacía más que enviar cartas al director manifestándose en contra.

Las constructoras y los contratistas en cambio, habían encontrado un maná inagotable. De la nada había surgido la

obra de mayor volumen de maquinaria del norte de España, sin presupuestos, adjudicaciones o controles. Hormaechea al frente y las máquinas produciendo para su propietario, aunque ese día no se supiese en que tajo emplearlas. Sería interminable relatar aquí lo que me contaban amigos ingenieros de las contratas y otros conocidos que estaban implicados en la construcción dirigida por nuestro Ramsés provincial. Pero ya se sabe, a río revuelto...

Hormaechea había traspasado allí su despacho. Volaba hasta su obra en el helicóptero del Gobierno Regional para ganar tiempo. Sólo por las noches se relajaba, armando alguna que otra bronca por los clubes nocturnos de la ciudad.

Poco a poco, con aquella inyección de dinero que se estimaba acabaría superando los diez mil millones de pesetas, la primera parte de la obra estaba casi terminada... o por lo menos lo suficiente para que Hormaechea hiciese pública ostentación de lo que se podía hacer con el dinero de los cántabros y la decisión de alguien que se consideraba con suficiente autoridad para no necesitar la autorización de la Asamblea Regional.

El veintisiete de diciembre —un año más tarde de que, en aquella rueda de prensa, acompañado por el “sincero” Alberto Rodríguez, contase su brillante idea— comentaban los periódicos. “Más de dos mil personas asistieron a la apertura oficial del parque de Cabárceno”... Las invitaciones, curiosamente, se terminaron antes de hacer los sobres para los diputados de la oposición. Que se fastidien.

Así acabé el año, viendo cómo el dinero público -incluido el de mis impuestos- administrado sin control alguno, me iba a llevar a mí y a todo mi trabajo al paredón.

Mi único consuelo era que los 139.989 visitantes del año anterior, prácticamente se habían repetido ese año. Tenía bastante apoyo de mi público y, aunque me fuesen quitando clientes, esperaba poder dosificar mi pérdida y el día en que Hormaechea dejase el poder... quién sabe, a lo mejor poco a poco iba decayendo la ilusión de los nuevos gobernantes.

Toda mi teoría de construir un Zoo, que tuviese un tamaño suficiente, que hiciese difícil que alguien se animase a hacerme la competencia, la había desarrollado tan bien, que había animado al mismísimo Gobierno Regional a lanzarse a la palestra con el dinero público por delante y sin cobrar la entrada. Peor no podía haber resultado. Ni un terremoto habría producido un efecto más demoledor en mi futuro.

¿Por qué no se les ocurrió hacerlo a otras comunidades autónomas como Euskadi, Asturias, Navarra, Castilla-León, Aragón, Castilla-La Mancha, La Rioja y no sé cuantas más... que no tenían ningún zoo? No había día que no me hiciese esta pregunta diez veces...

Pero la esperanza es lo último que se pierde. Mientras tanto, a seguir luchando...

La colección de patos, gansos y cisnes, me henchía de orgullo como le ocurre a un padre con sus hijos. Los protegía, como un perro mastín protege a sus ovejas, contra todo y contra todos. Daba lo mismo que fuesen gatos, jinetas, zorros silvestres o zorros humanos, estos últimos muy de temer.

Cuando paseaba por el Zoo lo hacía con cien ojos. Si una hembra de pato tenía el vientre hinchado, deducía que estaba a punto de comenzar a poner, lo que también se intuía de su comportamiento ansioso en la búsqueda de comida, mientras que su pareja la acompañada sin preocuparse en absoluto de buscar algo que llevarse al pico, porque las hembras, para “fabricar” un huevo cada día, no sólo tienen que comer mucho como les ocurre a las embarazadas, sino que, además, tienen que buscar los bocados más selectos y alimenticios lo que las conduce a escudriñar el suelo en busca de comida de una forma muy especial.

Contar los patos por sexos y especies al pasar junto a un estanque lo hacía de una forma tan mecánica como apartar a una mosca pesada de mi cara o rascarme.

En cierta ocasión, a mediados de noviembre, al cruzar junto a un estanque que albergaba varias especies de patos de

pequeño tamaño -conocidos vulgarmente como cercetas- a la primera mirada, eché en falta a uno de los machos de las dos parejas de cerceta de collar, un segundo después vi que faltaba otro de las cercetas cinabrio y otro de las Laysan. Se me erizaron los pelos como a un mastín cuando intuye la presencia del lobo y un escalofrío recorrió mi cuerpo ¿qué había ocurrido? Un repaso concienzudo fue aun peor porque OCHO cercetas faltaban en mi estanque. Ni huellas, ni plumas, ni sangre. La fechoría, por primera vez era con toda probabilidad obra de un “zorro de dos patas”. ¿Había otra posible explicación?

Quince días después de éste hecho aun sin aclarar, descubrí que me falta un precioso macho de pavo real que dormía, noche tras noche, en la misma rama de saúco que se adentraba a través de la tela metálica, en una de las lindes del Zoo. Me acerqué hasta ese lugar y... ¡Sorpresa! La tela metálica presentaba un limpio corte, que facilitaba una abertura suficiente para que una “rata humana” hubiese entrado y salido por ella con un pavo real bajo el brazo.

Comencé a vigilar a todo y a todos los posibles visitantes que me pareciesen sospechosos, porque, de eso no tenía la menor duda, el que robó las dos veces era el mismo ladrón y se conocía el Zoo tan bien como para saber hasta en donde dormían los pavos reales.

Faltaban pocos días para Navidad cuando, uno de los muchos aficionados que visitan el Zoo, me hizo el siguiente comentario.

—Oye, José Ignacio. ¿Te ha faltado alguno de esos patos pequeños que tanto cuidas?- Ni que decir tiene que la pista produjo en mi organismo una descarga de adrenalina que casi me hizo saltar.

Tras un intenso interrogatorio me contó la siguiente bonita historia.

—Vi unos patos como los tuyos en una pajarera que tiene un paisano en Herrera de Ibio, eran cinco muy parecidos a los

tuyos. Me contó que los compró en el mercado de Cabezón de la Sal...- Todo encajaba como un guante. Al “aficionado de la pajarera” le conocía de verle por el Zoo y preguntarme varias veces qué tenía a la venta. Ataqué el problema de inmediato y de frente.

Ya en Herrera de Ibio localicé la casa del “presunto”. Nadie atendió mi llamada a la puerta y, puesto que la huerta donde a lo lejos descubrí lo que me pareció una pajarera no tenía ningún tipo de cerramiento, me acerqué hasta ella.

Cinco de mis patos estaban allí. No dieron ninguna muestra de alegría al verme, pero sin lugar a dudas eran los míos... Subido en un posadero acicalándose el plumaje y ajeno a mí, mi macho de pavo real.

Pregunté a una vecina a qué hora solía “parar” por casa el presunto.

—Llega por la noche y se marcha de mañana al trabajo a las ocho y media o nueve.- Ya tenía suficiente. Me encaminé derechito al Cuartel más cercano de la Guardia Civil. Le puse en antecedentes al comandante del mismo.

—No quiero jaleo, pero en el caso de que se resista a devolverme lo que es mío, aportaré documentación sobre ellos y requeriré su presencia. Si todo lo solvento sin derramamiento de sangre no volveré por aquí.

A la mañana siguiente, bastante antes de amanecer, acechaba desde mi coche a la puerta del caco. Pasadas las ocho y media observo movimiento y luces que se encienden y más tarde se apagan... aparece en escena el presunto, salgo de mi coche y le corto el paso.

—Hola ¿Cómo tú por aquí?- Aparentemente no se le altera el pulso. Para cínico yo.

—Pues pasaba por aquí y me dije “voy a devolverle la visita” a mi amigo G..., a ver qué pájaros tiene- Y me dirijo a derecho hacia la pajarera.

—¡Oye! Esos patos son los míos ¿Dónde te hiciste con ellos?

—Los compré muy baratos en el mercado de Cabezón.

—Suerte que has tenido, porque a mí me los robaron. Así perderás menos dinero cuando me los devuelvas... por cierto ese pavo real que está allí subido también es mío.

—¡No! Ese pavo real lo he criado yo hace tres años...- Le interrumpo.

—Creo que te equivocas. Le estoy viendo una marca que apenas se le aprecia y que lo puedo explicar en presencia de la guardia civil para que estés más tranquilo y veas que no te intento engañar.

—Ahora me acuerdo. El que yo crié se murió hace unos días. Ese también le compré en el mercado de Cabezón.

Ya era hora de ponerme serio.

—Esta tarde, ya que no tengo sitio ni cajas para llevarmelos, me los acercas a todos al Zoo y miras a ver si, el que te los vendió, tiene los tres que faltan en el grupo. Hasta luego.

A las cuatro y media se presenta en su “cuatro latas” con las cajas que contienen mis aves. En un momento cada cual está en su sitio.

—Por cierto. ¿Tienes algún pavo real a la venta?- Me pregunta.

—Varias parejas, por no decir muchas, son algo más caras que las del mercado de Cabezón, porque las vendemos a quince mil pesetas cada una.

—Te voy a comprar una pareja, porque como te dije, se me murió el macho que había criado. ¿Tienes patos carolina y mandarín a la venta?

—También tengo. Ya sabes que patos criamos muchas especies. Los que me pides son a siete mil quinientas la pareja.

—Estoy pensando que me puedo llevar una pareja de cada. Me los puedes poner en las cajas que he traído.- En unos minutos los tiene en su poder, me paga treinta mil pesetas, que en esta época del año me saben a miel y todos contentos... sobre todo yo, que visto los gustos del presun-

to, mejor cortarlo de raíz que unos días más tarde me los hubiese robado, como sin duda habría ocurrido de no ser por mi confidente.

Nunca más volví a ver al presunto.

Al final de año, como tengo por costumbre antes de tomar las doce uvas, hice balance de ese poco halagüeño 1989 y del conjunto desde aquellos felices comienzos de 1977.

Nuestro futuro –de no haber sido por la amenaza Hormaechea, materializada principalmente en Cabárceno, pero con la colaboración de los mini zoos municipales del Palacio de la Magdalena y del parque de Matalaños- a la vista de los resultados y de la variación positiva de estos, año tras año: los visitantes aumentaron en su conjunto como la espuma, desde los 12.684 de 1977 hasta 139.534 lo que –junto a la inflación, el crecimiento en superficie hasta multiplicar por cuatro la inicial y el aumento exponencial de los gastos, obligó a varias subidas de los precios que también dispararon nuestros ingresos y por derivación, nuestras posibilidades de crecimiento y mejora del conjunto de nuestro Zoo: casi cincuenta millones de pesetas de ingresos y una cantidad suficientemente inferior de gastos, que nos permitía asumir el endeudamiento que manteníamos y, al mismo tiempo, haber hecho posible la realización de nuestros proyectos.

Como a todo el mundo le ocurre, no sabíamos qué nos depararía el futuro, aunque sí conocíamos los peligros que nos acechaban. La inesperada competencia nos obligaba a estrujarnos la mente en busca de hacer más atractivo nuestro Zoo. Tenía un proyecto estrella que podría –en un futuro aún lejano- plasmarlo en una realidad. Entrañaba sus riesgos, por-

que la inversión prevista era importante y no contaba que el Gobierno Regional, visto lo visto, nos regalase nada que no fuesen palos en la cabeza, como venía haciendo.

Todo esto me quitaba el sueño noche tras noche, mi preocupación era constante y no me lo podía apartar de la cabeza,, ¿Quizás un cambio de gobierno aliviase esta presión? El resto de los partidos políticos criticaba el proyecto con auténtica saña, pero... si conseguían el poder ¿no se produciría un cambio radical al verse mangoneando aquel invento?

Lucharíamos contra todo y contra todos si era necesario, pero... tiempo al tiempo.